

Viviendo en crisis

Microanálisis del colapso argentino de 2001

Autor:

Gaggioli, Naymé Natalia

Tutor:

Schuster, Félix Gustavo

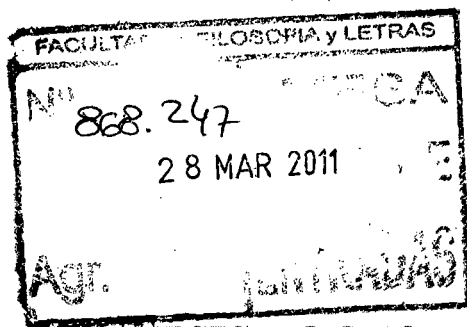
2011

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Antropología.

Posgrado

**Tesis
16.3.1**

Tesis 16.3.1



TESIS DOCTORAL

Viviendo en crisis: microanálisis del colapso argentino de 2001

NAYMÉ NATALIA GAGGIOLI

2011

Director de Tesis: Félix Gustavo Schuster

Consejera de Tesis: Cecilia Elvira Hidalgo

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Dirección de Bibliotecas

Resumen

A lo largo de las páginas de esta tesis doctoral se han presentado los hallazgos de una investigación etnográfica que enfatiza la diversidad de experiencias humanas de la crisis argentina de 2001 que alcanzó una magnitud sin precedentes a nivel local e incluso ha sido considerada paradigmática a nivel global. En este camino hemos focalizado, desde la perspectiva antropológica, el análisis interpretativo de los factores involucrados en los microprocesos que guiaron la orientación de la vida económica cotidiana en tales momentos turbulentos.

En un intento por reconsiderar el papel central de las vinculaciones entre los contextos históricos de crisis, las situaciones extraordinarias engendradas por estos y las intervenciones singulares de los actores envueltos en las mismas, la tesis desafía la difundida pretensión neoclásica de la primacía de lo económico sobre lo sociocultural, de lo racional sobre lo emocional. Podría afirmarse que la imprevisibilidad de los desafíos que las crisis suponen para la vida diaria tiene efectos meramente desconcertantes sobre los actores involucrados. No obstante, los resultados de esta investigación muestran que la perspicacia de los mismos para hacer frente a tales desafíos mediante estrategias de reconfiguración de su vida económica se sobrepone al desconcierto causado por las circunstancias inciertas.

La tesis ofrece argumentos empíricos y teóricos sobre la inviabilidad de comprender el funcionamiento de la economía diaria como una dimensión aislada respecto de otros componentes centrales de la vida social. En este sentido, hemos provisto la evidencia necesaria para mostrar la necesidad de abordar analíticamente la economía de la vida diaria en términos de las interpretaciones, sentimientos, relaciones interpersonales, significados culturales y prácticas concretas que la componen.

La peculiaridad de indagar sobre la economía de la vida diaria en circunstancias de crisis consiste en el examen de procesos que habitualmente son dados por sentado y que en tales momentos se ponen en evidencia o agudizan. En este sentido, nuestros hallazgos dan cuenta del papel sustancial del ingenio de los actores en constituir, adaptar y reformar sus vidas económicas de manera razonable respecto de situaciones extraordinarias. La perspicacia con que los sujetos hacen frente a circunstancias apremiantes o amenazadoras se refleja en lo que hemos denominado el “esfuerzo creativo” de combinación de elementos subjetivos y objetivos en las situaciones extraordinarias puntuales generadas por la crisis. Ese esfuerzo es lo que les permite desarrollar nuevas estrategias de acción proyectadas en prácticas centrales de sus vidas económicas. Tales modificaciones sin embargo, no se hacen en contextos vacíos de significados sino que son producto de experiencias cognitivas, emocionales y relacionales del entorno crítico y por ende implican peculiares redefiniciones materiales y simbólicas.

El conocimiento antropológico puede ofrecer un entendimiento distintivo del complejo -y recurrentemente crítico- mundo contemporáneo desde la perspectiva concreta de actores singulares, mediante el cual dar cuenta de la diversidad de formas en que los mismos piensan, sienten y actúan sobre la economía de sus vidas diarias.

Palabras Clave: Crisis - Argentina 2001 – Etnografía – Vida Económica

Agradecimientos

Las crisis constituyen escenarios en los que la vida desafía nuestra capacidad de sobrellevar situaciones extraordinarias, en ocasiones de manera dolorosa. El itinerario personal recorrido para dar lugar a esta tesis doctoral me ha enriquecido académica y personalmente, aún cuando el mismo ha estado colmado de momentos placenteros y de otros sombríos. Es mi profundo deseo que esta investigación llegue a sus lectores con la intención de enriquecer la comprensión de circunstancias críticas, aún cuando las mismas reflejen experiencias humanas de pesar.

En este camino, tanto instituciones como personas han sido fundamentales para el desarrollo y desenlace de la tesis. Ante todo debo explicitar mi agradecimiento a la Universidad de Buenos Aires y a la Facultad de Filosofía y Letras, las cuales me han dado la posibilidad de llevar a cabo esta tesis doctoral. Asimismo, la financiación de la misma ha sido suministrada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), organismo al cual debo mi gratitud especialmente luego de haber experimentado por largo tiempo, académica y personalmente, los efectos de la crisis argentina de 2001.

Agradezco el apoyo incondicional del Profesor Félix Gustavo Schuster en su rol de director de esta tesis. El afectuoso esfuerzo provisto por la Profesora Cecilia Elvira Hidalgo asimismo merece mi más profunda gratitud, dado que sus vastos conocimientos, sus valiosas observaciones, su criticismo y su acogedor espíritu de aliento han sido decisivos para guiar y llevar a cabo la investigación.

Mi agradecimiento también se dirige especialmente al Profesor Alex Preda, quién con su apoyo comprometido me ha estimulado e inspirado en este trayecto, habiendo dedicado incontables lecturas e inestimables sugerencias expertas, aún desde la distancia. Además, la contribución intelectual y afectiva de la Profesora Viviana Zelizer ha sido cardinal para mí, dado que ella desinteresadamente me introdujo en el fascinante mundo de la observación sensible de la vida económica.

Sin el aporte de todas aquellas personas que han accedido a ser entrevistadas o bien a que yo participe en sus actividades diarias, esta investigación no hubiera sido posible. A ellos, quienes generosamente y con entusiasmo han compartido sus experiencias, recuerdos y conocimientos, aún cuando estos suponían franquear los límites de la privacidad de sus economías personales, agradezco enormemente su contribución.

En el trayecto de engendrar, desarrollar y concluir esta tesis tuve el maravilloso privilegio de tener una familia que no sólo me apoyó incondicionalmente sino que me ayudó incansablemente. En el comienzo y al promediar el proyecto, la contribución de mi padre Néstor Gaggioli fue sustancial, dado que con su admirable sabiduría participó en la investigación mediante interminables discusiones, reflexiones, lecturas, cuidados e inmenso cariño. Incluso en los últimos tiempos de esta tesis, desde algún lugar desconocido de este mundo, con su eterno espíritu crítico, mi adorado padre supo immortalizarse encarnado en mi persona al continuar acompañándome, sosteniéndome, acobijándome tiernamente y alentándome para perpetuar el entusiasmo por intentar comprender el misterio de la vida humana.

Un párrafo especial merece además mi adorada madre, Delia Rodríguez. Sin ella y mi padre, esta tesis doctoral no existiría. Su pasión, su indescriptible encanto por la vida, su infatigable devoción de ayuda, estímulo y comprensión, sus sabias y fascinantes reflexiones, su apoyo persistente han eternizado mi admiración y amor hacia ella. Su tierno amor, su voluntad tenaz, sus grandiosos atributos y su sostén cognitivo, emocional y logístico para ayudarme en la vida diaria constituyen el fundamento del dichoso y arduo trabajo que supuso esta investigación.

La dulzura y comprensión de mis pequeños, Kai e Ian, han iluminado mágicamente este camino en la intimidad. Mi compañero de vida, Benno Hoerpel, con amor, vigoroso entusiasmo y apoyo me contuvo perseverantemente en cada rincón del planeta y a lo largo de todo el trayecto que juntos hemos recorrido.

ÍNDICE

RESÚMEN.....	2
AGRADECIMIENTOS.....	3
INTRODUCCIÓN.....	7
1. Estructura de la disertación.....	14
PARTE 1	
CAPÍTULO 1 MARCO CONCEPTUAL Y METODOLÓGICO.....	18
<i>Introducción</i>	
1.1. Desarrollo de la Investigación.....	18
1.1.1. Delimitación del objeto de estudio (consideraciones epistemológicas).....	24
1.1.2. Campo (decisiones, técnicas, dificultades).....	29
1.1.3. Preguntas e hipótesis.....	37
1.2. Marco conceptual.....	41
1.2.1. Antropología y sociología económicas.....	44
1.2.1.1. Lo económico desde la perspectiva de los antropólogos.....	45
1.2.1.2. Lo económico desde la perspectiva de los sociólogos.....	52
1.2.1.3. Emociones económicas.....	57
CAPÍTULO 2 CRISIS.....	60
<i>Introducción</i>	
2.1. Crisis: hacia un recorte conceptual.....	60
2.1.1. Estudios sociales de las crisis.....	67
2.1.2. Crisis: de la rutina a las sorpresas.....	70
2.1.3. Selección del escenario.....	72
2.2. La crisis argentina de 2001.....	78
2.2.1. Orígenes de la crisis.....	78
2.2.2. Cronología del colapso argentino de 2001.....	86

PARTE 2

CAPÍTULO 3 | INTERPRETANDO LA ECONOMÍA..... 111

Introducción

3.1. Esferas separadas..... 111

3.2. Experiencias de la macrocrisis y las microcrisis..... 115

3.2.1. Constelación: la macrocrisis..... 125

3.2.2. Rutinas y sorpresas: las microcrisis..... 131

3.3. Espectadores participantes..... 133

3.3.1. Interpretando la economía..... 137

3.3.2. Actores en crisis..... 141

3.4. Microprocesos económicos..... 146

3.4.1. El país en riesgo..... 163

3.4.2. Indicios ominosos..... 166

CAPÍTULO 4 | LÓGICAS (SUPUESTAMENTE) IRRACIONALES..... 171

Introducción

4.1. Lógicas (supuestamente) irracionales..... 171

4.2. Vidas económicas en la economía..... 177

4.2.1. Inercia y cambio..... 182

4.2.2. Espectáculos mundanos..... 186

4.2.3. Dimensiones no racionales de las acciones económicas..... 189

4.2.4. Economía razonablemente irracional..... 193

4.3. Economías sentimentales..... 195

4.3.1. Cultura, emociones, acciones e interacciones..... 198

4.3.2. Atención, esfuerzo, acción..... 202

4.3.3. Emoción y cognición..... 208

4.4. Acciones e interacciones creativas	212
4.4.1. Sacrificios.....	218
4.4.2. Emociones desviadas.....	226
CAPÍTULO 5 VIDAS ECONÓMICAS DURANTE LA CRISIS	232
<i>Introducción</i>	
5.1. Economía doméstica	232
5.2. Dinero	237
5.2.1. Crédito.....	247
5.3. Interacciones laborales	251
5.3.1. Trabajos de géneros.....	259
5.3.2. Cambios de interacciones.....	263
5.4. Decisiones económicas	270
5.4.1. Consumo.....	272
5.4.2. Dones.....	277
CAPÍTULO 6 CONSIDERACIONES FINALES	285
ANEXO SELECCIÓN DE ENTREVISTAS	295
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	303
LISTA DE DOCUMENTOS	321

INTRODUCCIÓN

La presente tesis doctoral indaga, desde la perspectiva antropológica, sobre la diversidad de experiencias que guían la vida económica durante un período sociohistórico de crisis como ha sido el colapso argentino de 2001. Las experiencias, en tanto percepciones e interpretaciones del entorno crítico, representan de manera procesual y dinámica el esfuerzo que actores sociales singulares hacen combinando elementos subjetivos, culturales y sociales en circunstancias de crisis, para reconfigurar sus vidas económicas en tales circunstancias. Al respecto, sugerimos que tales percepciones e interpretaciones están inextricablemente entrelazadas con la orientación que toman las prácticas económicas individuales y con la construcción de significado de tales actividades.

El problema de investigación de esta tesis gira en torno a cómo los diversos actores, implicados en el contexto de la crisis de 2001, orientaron y reorientaron las prácticas económicas clave de sus vidas cotidianas, a fin de hacer frente a diferentes alteraciones provocadas por tales circunstancias críticas. Intentamos así elaborar una comprensión de las crisis desde la perspectiva de los sujetos en tanto actores sociales, y no meramente a través de fenómenos formalizados que se imponen en forma de consecuencias sobre la vida de los mismos, y sobre los que los actores parecen tener escaso margen operativo. Este enfoque permite dar crédito a la compleja tarea humana de llevar a cabo prácticas cruciales para el desarrollo de la vida económica diaria en escenarios conflictivos.

Sobre la base de los hallazgos de la investigación etnográfica, la tesis se estructura centrándose en una distinción analítica de las dimensiones *cognitivas*,¹ *emocionales*² y *relacionales*,³ que han mostrado ser influyentes en la determinación de la conducta económica durante dichas circunstancias críticas.

¹ Es imperativo no confundir “cognitivo” con “mental”. En este sentido, adhiero a la referencia que Preda (2009b: 56) hace respecto de esta cuestión, remitiéndose a los procesos cognitivos como acciones prácticas que producen nuevos conocimientos representacionales significativos (observaciones, interpretaciones, clasificaciones, narrativas, etc.).

² Sostenemos que las emociones, en articulación con otras dimensiones, influyen las acciones económicas. Las reacciones afectivas combinadas con evaluaciones cognitivas pueden ser evidenciadas en los microprocesos que los actores llevan a cabo para ejecutar acciones económicas (Lowenstein, 2001). Con ello, no pretendemos sugerir que lo emocional juega un papel central en la vida económica, sino que mostramos, siguiendo la línea argumentativa trazada por estudios recientes (Berenzin, 2005), que los estados emocionales intervienen en alguna medida, junto a otros elementos relevantes, en el proceso que resultan en comportamientos o acciones económicas singulares.

³ Al hacer referencia a las dimensiones relacionales involucradas en la determinación de la conducta económica, intentamos dar cuenta del carácter negociado que esta adquiere al ser atravesada por interacciones interpersonales requeridas para emprender las actividades económicas. Esto supone que la vida económica es conducida en escenarios socio-culturales particulares, ilustrando la naturaleza histórica y culturalmente variable de los marcos compartidos, en los que tales lazos sociales se configuran (Zelizer, 2006b; Tilly y Tilly, 1998).

El mundo contemporáneo se caracteriza, entre otras cosas, por estar sobrecargado de información. Esta refiere a hechos y relatos de alcance global, local, interpersonal y personal. La habilidad de percibir e interpretar los diversos niveles de tal información define las lógicas de inserción de los seres humanos en el mundo.

La identificación y el microanálisis de las vinculaciones entre la aprehensión de la realidad crítica desde la perspectiva de actores singulares y la orientación que adquieren las prácticas económicas en tales contingencias, nos permiten sugerir que el énfasis en la forma de procesar la información relevante en tales momentos excepcionales resulta fundamental. En este camino, el análisis de los factores biográficos, culturales y sociales que influyen en tal microprocesamiento individual de información y sus efectos en la orientación de las prácticas económicas concretas, son considerados esenciales.

Hemos recurrido al caso del colapso de 2001 para ilustrar la diversidad de formas en que dichos microprocesos⁴, que desembocan en acciones económicas concretas, ponen en evidencia conexiones entre las experiencias respecto del entorno crítico, por un lado, y las prácticas centrales de la economía de sus vidas diarias. Estos microprocesos, mediante los que los actores sociales experimentan las crisis, y que derivan en prácticas concretas de la economía de la vida diaria, permiten dar cuenta de la diversidad de formas en que las crisis se encarnan en las vidas económicas singulares como resultado del interjuego de factores cognitivos, emocionales, relacionales y simbólicos.

En esta tesis se muestra empíricamente, mediante la metodología etnográfica, la forma en que se presentan en la realidad concreta los microprocesos que guían la ejecución de prácticas en la vida diaria, los cuales más que en términos de decisiones puramente conscientes procuramos mostrar en tanto manifiestan lógicas razonables de articulación entre distintos factores clave, las cuales derivan en acciones determinadas. Examinamos, de este modo, la diversidad de formas que adquieren tales microprocesos en la vida cotidiana desde el punto de vista de los agentes mismos. El abordaje de las crisis como instancias decisivas en las que es imperativo para los actores involucrados realizar juicios para escoger entre diversas alternativas, es contrapuesto con aquél que las comprende en términos de períodos de

⁴ En esta investigación adoptamos el término “microprocesos”, que consideramos resulta más abarcativo respecto de la multiplicidad de factores que ejercen influencia sobre el comportamiento y las acciones, y más propicio, en tanto permite considerar el carácter no necesariamente consciente e intencional de la acomodación de la conducta respecto de las circunstancias. Recientemente, incluso entre los estudiosos de los procesos desicionales han surgido propuestas que desafían los enfoques exclusivamente cognitivos o consecuencialistas al mostrar que factores tales como las reacciones emocionales coexisten, y con frecuencia divergen, con las evaluaciones cognitivas, incidiendo en la orientación que adquiere el razonamiento y las desiciones llevadas a cabo en situaciones de incertidumbre (Lowenstein *et al.*, 2001: 7). Estas perspectivas recurren a metodologías formales basadas en estudios psicológicos y mentales para explorar la complejidad con que las situaciones de incertidumbre son procesadas y transformadas en percepciones subjetivas que guían el comportamiento (Slovic y Weber, 2002: 5).

transformación que impulsan a los sujetos a recurrir más a la creación de nuevas soluciones para nuevos problemas (Scheff, 1990: 157. Citado en Summers-Effler, 2002: 52) que a la decisión entre opciones existentes.

Las situaciones problemáticas o extraordinarias, producto de los escenarios de crisis, reflejan interrupciones de las actividades rutinarias que son experimentadas por los actores. Las mismas son peculiarmente relevantes en este tipo de indagación, dado que pueden poner en evidencia el esfuerzo de los mismos al menos en lo que refiere a dirigir la atención hacia lo inusitado.

Las crisis, en tanto momentos excepcionales, implican circunstancias que alteran la continuidad preexistente reconfigurando las dinámicas culturales y sociales que encarnan en la multiplicidad de vivencias que los actores singulares tienen de las mismas. El análisis minucioso de las percepciones, interpretaciones y prácticas concretas pone de relieve el papel central de los microprocesos mediante los que los actores sociales las experimentan, lo que a su turno puede acercarnos a una comprensión más exhaustiva y compleja de tales eventos. Las crisis iluminan de manera distintiva las dimensiones materiales, simbólicas y sociales de la vida económica. Por ende, resultan momentos clave para poner en evidencia las intersecciones entre tales dimensiones y las actividades económicas mediante el examen de los microprocesos con que se llevan a cabo las prácticas. Los agentes establecen activamente un conjunto de categorías de comprensión y prácticas acordes, que operan para reorganizar la vida económica de modo que se adapte a una nueva e inestable situación.

Nuestra investigación muestra que los microprocesos que definen los cursos de acción en circunstancias críticas ponen en evidencia la existencia de lógicas alternativas respecto del esquema racional instrumental, que permiten a los sujetos diseñar de manera creativa estrategias razonables de acción en concordancia con las situaciones particulares que experimentan. El interjuego de elementos cognitivos, emocionales y relacionales involucrados en el procesamiento de información clave resulta en intervenciones no rutinarias, lo que sugiere la existencia de formas razonables de reorientación de las prácticas económicas de una manera más creativa que calculada. Es en este interjuego, donde se encuentran los cimientos de la razonabilidad del proceso de continuación, cuestionamiento, negociación, terminación o redefinición de las prácticas económicas según su adecuación respecto de las situaciones extraordinarias resultantes de la crisis.

Comprendemos que las crisis económicas son construcciones culturales distintivas. Esto se pone en evidencia en la diversidad de formas culturales en que los sujetos las experimentan a diario, que se reflejan en las configuraciones distintivas que adquieren los microprocesos que

guían la conducta económica. Este punto de partida manifiesta la intención de evitar recurrir a un concepto simplista o técnico de crisis para plantear otro que recupere la perspectiva de los seres humanos involucrados de diversas formas en tales circunstancias. Se muestra, además, que la diversidad de experiencias de la crisis se proyecta en la multiplicidad de significados que los seres humanos le atribuyen, y evidencia el sostenimiento mutuo de la economía de gran escala y las vidas económicas singulares.

Desde hace varias décadas, vivimos un momento histórico en el cual la economía no solo tiene un papel central en los escenarios mundiales, sino que también rige las más diversas actividades humanas. Instituciones constituyentes del orden social contemporáneo, como los negocios y las finanzas, influyen de manera decisiva en la vida social. Sin embargo, hay aún muchos aspectos que han sido pobremente comprendidos, en particular en lo que concierne a sus efectos en el orden social, dado que el mundo económico es visto como una caja negra que solo los expertos logran interpretar.

La retórica contemporánea de lo económico como dimensión hegemónica ha sido propagada en todas las esferas de la vida. Los diversos fenómenos que constituyen la economía atraviesan la existencia humana desde múltiples direcciones y se encarnan en prácticas, discursos, nociones y dispositivos. Sin necesidad de conocer en profundidad su lógica, de una manera u otra, estos invocan nuestra atención por su carácter omnipresente en el mundo actual. Percibimos la economía y participamos en ella mediante nuestra observación y nuestras acciones.

No obstante, debido al lugar prominente de los discursos económicos dominantes, con frecuencia olvidamos que la economía es una práctica social vivida. Es sorprendente que aunque el lugar central de la economía y las finanzas en la vida contemporánea es ampliamente reconocido por el público, escasas veces se centra la atención en la manera en que estas funcionan, en sus efectos sobre la humanidad, y menos aún en la forma en que la retórica de la sociedad de mercado ha sido originada, propagada y legitimada. Sin embargo, la orientación hacia la economía como eje de la vida social tiene por elemento esencial la aceptación y legitimación pública como resultado de un largo proceso histórico-cultural occidental (Preda, 2009: 6).

La constante alusión a la economía en sentido amplio, en arenas expertas y legas, habla de un papel casi ineludible en la vida contemporánea, que tiene profundas implicancias para la existencia humana, aunque las mismas sean inciertas, confusas o contradictorias. El humor de los mercados, las fluctuaciones de la economía nacional y global, y sus efectos en la vida diaria se destacan en el incesante flujo de información.

Es casi imposible ignorar por completo el curso de la economía de gran escala. Aunque no conozcamos las fuentes que la originan, cómo funciona y sus efectos, no podemos simplemente eludirla. Tanto la economía de escala como el mercado en el corazón de la misma, atraviesan la vida diaria. Los actores la aprehenden y expresan en forma de conocimiento y experiencia.

En este marco, las crisis económicas han cautivado la atención por constituir uno de los fenómenos sociales más recurrentes en el mundo contemporáneo, en los cuales se revelan peculiarmente las intersecciones entre las actividades económicas y la vida social, y que tienen implicancias significativas en el curso de la existencia humana. El análisis de las crisis representa un punto de inflexión en la estructura de comprensión de la dualidad entre la persistencia y el cambio. La reconciliación de los supuestos en torno a la reproducción de las estructuras convencionales y a la ocurrencia eventual de transformaciones sociales (Summers-Effler, 2002: 41) debe ocupar un lugar preponderante a la hora de intentar comprender la dinámica de la vida en un contexto de crisis.

La percepción e interpretación de eventos de gran magnitud como las crisis económicas, se encuentran entrelazadas con el flujo de la vida diaria. Asimismo, la vida económica y el resto de las dimensiones de la vida se intersectan mutuamente, resultando en vivencias concretas temporal y localmente variables. Percibimos los acontecimientos que nos rodean en términos de nuestra propia experiencia y desarrollamos nuestras vidas en términos del marco de comprensión que tal percepción nos provee.

Nuestro propósito en este trabajo, más que establecer relaciones causales, es identificar conexiones entre la interpretación de macro y microeventos constitutivos de momentos de crisis y ciertas prácticas cotidianas.

El escenario de la crisis argentina de 2001 se propició como el más indicado para explorar las maneras en que los actores dan forma a sus vidas económicas, por varias razones. En primer lugar, porque en momentos de quiebre del orden establecido, la participación activa de los sujetos se hace más evidente; las herramientas metodológicas y conceptuales de la antropología constituyen un recurso privilegiado para abordar la problemática de la relación entre lo económico y lo sociocultural, ya que nos acerca de manera microsocia a la comprensión de las implicancias de la economía en la vida cotidiana. En segundo lugar, las crisis capturan el misterio del incansable esfuerzo de la gente en mutar sus vidas respecto de las fluctuaciones del entorno. Por último, el colapso de 2001 ha adquirido reputación como ejemplo paradigmático a nivel mundial tanto del fracaso de las políticas neoliberales como de estrategias novedosas para sobrellevar las secuelas de la crisis.

Persuadidos por la necesidad de elaborar comprensiones alternativas a los modelos de racionalidad instrumental, académicos provenientes de las más diversas disciplinas – antropología, sociología y psicología– recientemente han sentado las bases de un giro teórico decisivo, en que esta tesis se inscribe, sobre la forma de dar cuenta de la vida económica tal como se presenta en la realidad concreta, atravesada por experiencias subjetivas, relaciones interpersonales y significados culturales. Semejante desafío ha adquirido notable visibilidad y alcance en las últimas décadas, signadas por las recurrentes crisis económicas y financieras. El reto de elaborar una visión distintiva respecto de la colosal teoría económica neoclásica ha permitido generar un entendimiento de la vida económica concreta en términos más socioculturales que individuales.

Las inquietantes crisis vividas en los últimos tiempos justifican la oportuna desaprobación que estos ideólogos de la economía de la vida diaria han hecho del paradigma macroeconómico. En este sentido, las crisis no solo han afectado las vidas económicas mismas, sino que han expuesto la incompetencia de los modelos económicos hegemónicos (Zelizer, 2011).

La antropología ha demostrado ser capaz de proveer agudas interpretaciones sobre la vida sociocultural, haciendo uso de detalladas descripciones de mundos singulares e inconmensurables (Maurer, 2006: 16). Incluso al interior mismo de tales sociedades, mediante la cuidadosa observación etnográfica, la antropología ha logrado dar cuenta de la experiencia humana en el marco de dimensiones tanto mundanas como espectaculares de la realidad social y cultural (Palmer y Jankowiak, 1996).

Una etnografía del colapso argentino de 2001, como la que se desarrolla en esta tesis, representa un desafío único, que pretende contribuir a la comprensión de la experiencia humana durante las crisis, intentado poner en evidencia el carácter construido social y culturalmente de los fenómenos, procesos y relaciones formativos de tales circunstancias excepcionales. Las crisis son constituidas por eventos y procesos extraordinarios que precipitan la reacción de los actores involucrados de manera distintiva, que a su vez se traduce en intervenciones no rutinarias por parte de los mismos. Los estados de los sujetos reaccionando de forma imprevista ante situaciones invadidas por incertidumbres se proyectan en interrupciones en el curso reiterativo de las estructuras de acción.

Procurando capturar el misterio que envuelve a las crisis en tanto momentos de desvío respecto del sólido y repetitivo curso rutinario de la vida, esta tesis muestra que la antropología puede proveer herramientas analíticas propicias para indagar sobre el significado de las mismas para los seres humanos que las experimentan.

Este estudio aspira a reconocer y enfatizar el carácter singular de un estudio de las experiencias humanas en un marco crítico, sosteniendo que tales circunstancias extraordinarias echan luz sobre las conexiones existentes entre experiencias cognitivas, emocionales y relacionales, requeridas para emprender actividades económicas concretas. La investigación contribuye, de este modo, a la comprensión del lado “mundano” de las crisis, mediante un microanálisis de las experiencias y prácticas cotidianas, ilustrando a través de la evidencia empírica, que en tales escenarios históricos críticos se manifiestan de manera singular las interrelaciones entre las dimensiones simbólicas y materiales de la vida.

Detrás de los fenómenos macrosociales coexisten microprocesos que dan forma a las acciones, en los cuales pueden identificarse las dimensiones más visibles y mundanas de tales fenómenos. Tales microprocesos revelan la complejidad del esfuerzo que los sujetos realizan para adecuar sus vidas económicas ante situaciones extraordinarias; esto implica el procesamiento cognitivo, emocional y relacional de los cambios en el flujo rutinario que representa la diversidad de experiencias singulares de las crisis, involucrando la articulación tanto de evaluaciones cognitivas como de reacciones emocionales, influenciadas por las dimensiones sociales y culturales.

Son estos microprocesos, encarnados en el esfuerzo de los agentes, los que permiten –tomando prestada la distinción de Bourdieu (2005: 212)– escapar de la dicotomía entre una definición teleológica de acción como resultado del cálculo racional instrumental consciente y una definición mecanicista de acción como producto de la mera reacción ante fuerzas indiferenciadas.

Las dinámicas con que se presentan tales microprocesos, en particular en circunstancias extraordinarias, permiten sugerir que más que ser determinadas de manera exclusivamente racional o mecánica, las acciones económicas constituyen el producto de lógicas creativas a través de las cuales los agentes combinan los diversos recursos a su alcance de acuerdo con la situación peculiar que deben afrontar en su vida económica.

Tales lógicas nos autorizan a considerar que a pesar de las disrupciones del flujo rutinario de la vida económica, los agentes hallan la forma (de manera más creativa que teleológica o mecánica) de orientar y reorientar de modo razonable, aunque no estrictamente racional, las prácticas económicas cruciales de sus vidas. Aunque el quiebre de las regularidades parece ser característico en momentos de crisis, lo que puede implicar cambios en el marco sociocultural que interviene en las vivencias singulares, la continuidad de la influencia cultural y social prevalece en la experiencia que los actores tienen de la crisis, dando lugar a lógicas razonables de acción.

Una investigación antropológica centrada en el examen de las lógicas que subyacen los microprocesos que conducen a formas razonables de acción, mediante las cuales los agentes hacen uso de los recursos a su alcance articulando evaluaciones cognitivas y reacciones emocionales –enmarcadas en sistemas de significados culturales y relaciones sociales– es en particular relevante si refiere a un contexto histórico de crisis, en el que circunstancias extraordinarias pueden echar luz sobre aspectos de la realidad inapreciables durante el flujo habitual de la vida. Después de todo, son tales momentos de ruptura los que usualmente ponen de relieve de manera reveladora tanto las alteraciones de las continuidades que caracterizan lo habitual como las regularidades rutinariamente imperceptibles.

1. ESTRUCTURA DE LA DISERTACIÓN

La tesis se encuentra estructurada en dos partes. La Parte I consiste en la construcción de un contexto teórico-metodológico e histórico desde el cual podrá comprenderse el análisis interpretativo de la evidencia empírica surgida del trabajo de campo etnográfico y de las entrevistas que se exponen en la Parte II.

La Parte I comienza con una introducción al problema de investigación, la explicitación de los objetivos e hipótesis fundamentales, y expone la estructura de la disertación. El capítulo 1 recupera el marco conceptual y metodológico que dio lugar al desarrollo de la tesis. El capítulo 2 plantea en términos conceptuales y cronológicos la elección del escenario de la crisis argentina de 2001.

La Parte II consiste en tres capítulos dedicados a la exposición de los hallazgos provenientes del análisis interpretativo del material empírico surgido en el trabajo de campo etnográfico. Tales hallazgos son articulados con elementos conceptuales y teóricos expuestos en profundidad. Finalmente, se propone una síntesis de los resultados de la investigación y lineamientos para futuras pesquisas. A pesar de ser inseparables, puesto que en la realidad se encuentran inextricablemente entrelazados, la Parte II despliega una distinción analítica de las principales dimensiones que han mostrado ser influyentes en la conducta económica en situaciones extraordinarias o críticas. Así, en los capítulos 3, 4 y 5 se enfatiza el alcance de las influencias *cognitivas*, *afectivas* y *relacionales*, respectivamente, sobre la orientación de la vida económica diaria en circunstancias críticas.

PARTE 1

El capítulo 1 reconstruye el desarrollo de la investigación, puntualizando las decisiones metodológicas y técnicas tomadas en su transcurso, y los aspectos más salientes de la perspectiva adoptada. Asimismo, se expone una serie de consideraciones generales sobre las perspectivas teóricas que la sustentan. Tal recorrido teórico y conceptual preliminar se organiza alrededor del tratamiento de lo económico desde la sociología y la antropología económicas, y desde la antropología del mundo contemporáneo.

En el capítulo 2 se describen las categorías conceptuales en torno a la delimitación operativa del concepto de crisis y, particularmente, de la crisis argentina de 2001. También se da cuenta de las razones metodológicas de la selección de tal escenario contextual. Además, se presenta un breve recorrido cronológico en términos de los orígenes de la crisis y de los eventos concretos más salientes de la misma, divulgados en la esfera pública.

PARTE 2

A fin de articular los hallazgos etnográficos y los marcos analítico-conceptuales adoptados, el capítulo 3 gira en torno a los vínculos entre la percepción e interpretación que los actores sociales hacen del desarrollo de los acontecimientos constitutivos del escenario histórico de la crisis, y la orientación de las prácticas económicas de la vida diaria. Desafiando la conceptualización de lo económico y lo sociocultural como esferas separadas, se argumenta que la realidad cotidiana experimentada por los sujetos presenta una compleja gama de intersecciones entre los aspectos subjetivos, culturales, sociales y económicos de la vida, la cual puede ser explorada de manera minuciosa mediante la experiencia etnográfica. Tales intersecciones permiten dar cuenta de la diversidad de significados que las personas conceden a las prácticas económicas en tiempos turbulentos, mostrando así las diferentes maneras de experimentar la crisis en términos de las vidas económicas singulares. Sostenemos que el esfuerzo interpretativo que los actores hacen del contexto crítico incide en las maneras en que los mismos orientan sus actividades económicas cotidianas. Para ello, exploramos las formas de percibir e interpretar la crisis como una constelación de elementos contextuales y, a la vez, una combinación de situaciones extraordinarias que suponen el quiebre de rutinas económicas, y son organizadas y sintetizadas por los sujetos en términos de su propia

inserción en tal realidad. Distinguimos analíticamente la diversidad de experiencias de los sujetos respecto de la crisis en términos de dos órdenes de vivencias: un orden macro y un orden micro.

Sobre la base de la evidencia empírica recolectada, en el capítulo 4 se desafían los enfoques neoclásicos que suponen ciertas prácticas del ámbito cotidiano como “no económicas” o como “irracionales”. Precisamente, se destacan los elementos emocionales involucrados y se rastrea la diversidad de lógicas que operan en el proceso de ejecución, cuestionamiento y redefinición de las prácticas centrales de la vida económica humana. En el contexto de la crisis de 2001 se observa que, lejos de ser supuestamente “irracionales” o lisa y llanamente no económicas, tales prácticas se manifiestan en la realidad cotidiana como resultado de intersecciones entre las experiencias subjetivas (que involucran lo cognitivo y lo afectivo), los significados culturales, las relaciones interpersonales y las actividades económicas concretas, en las que los sujetos tienen un rol clave al reformular de manera ingeniosa el marco de referencia cultural con el que se guían para orientar consecuentemente sus prácticas económicas en términos de la nueva realidad. En este sentido, el interjuego de elementos cognitivos y emocionales involucrados en el procesamiento de información clave resulta en intervenciones no rutinarias de los actores, lo cual sugiere la existencia de lógicas que guían la orientación de las prácticas económicas de una manera más creativa que calculada. Sugerimos que es en este interjuego donde pueden encontrarse los cimientos de la razonabilidad del proceso de continuación, cuestionamiento, negociación, terminación o redefinición de las prácticas económicas de acuerdo a su adecuación respecto de la situación de crisis.

A partir del análisis del material de campo, en el capítulo 5 se indaga sobre los cambios en las interacciones interpersonales y su incidencia sobre la reorientación de las prácticas económicas en la esfera doméstica. Se examinan las percepciones acerca de las perturbaciones actuales o potenciales en la economía cotidiana y las estrategias desarrolladas para hacer frente a las mismas. De este modo, se muestra que la multiplicidad de sentidos que los sujetos atribuyen a las prácticas económicas habitualmente adquiere formas peculiares en situaciones extraordinarias o críticas. Mediante el análisis de la evidencia empírica sobre el proceso de combinaciones –entre elementos cognitivos, afectivos, simbólicos y relacionales– que guía el comportamiento económico diario, este capítulo despliega las formas en que semejantes microprocesos se encarnan en las decisiones domésticas que conciernen al dinero, la distribución y negociación del trabajo doméstico, así como otros factores relativos a la

organización y planeamiento de la economía doméstica tales como el consumo y la economía de los dones.

La tesis concluye con una síntesis de los resultados de la investigación y propone algunos aspectos que han quedado fuera del alcance de la misma, los cuales creemos pueden proporcionar materiales conceptuales provechosos para futuras pesquisas.

CAPÍTULO 1

MARCO CONCEPTUAL Y METODOLÓGICO

INTRODUCCIÓN

Este capítulo reconstruye el desarrollo de la investigación, puntualizando los detalles de las decisiones metodológicas y técnicas tomadas en el transcurso de la misma y los aspectos más salientes de la perspectiva metodológica adoptada. El propósito de la sección siguiente es plasmar el contexto y el desarrollo de la manera en que esta tesis ha sido delineada y cómo el objeto de estudio ha sido delimitado. Además, exponemos aquí una serie de decisiones metodológicas y técnicas, así como las dificultades de carácter metodológico que se han sucedido y han enriquecido la investigación.

Por otra parte, este capítulo procura dar cuenta de una serie de consideraciones generales sobre las perspectivas teóricas y conceptuales que sustentan el estudio, para luego, en los capítulos subsiguientes, explicitar en profundidad el marco conceptual adoptado para llevar a cabo la articulación del análisis interpretativo del material surgido en el campo.

1.1. DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN

La curiosidad sobre la orientación de las prácticas económicas domésticas, en especial durante períodos de crisis económicas, que experimenta esta investigadora, surgió justamente en el marco de la crisis argentina de 2001. Me intrigaba saber cómo la gente llevaba a cabo sus economías personales en términos de su percepción del entorno, en particular en aquellos momentos en que la incertidumbre y el conflicto constriñen la vida ordinaria. El itinerario

académico y personal que dio lugar a esta tesis doctoral constituye un camino de sucesos tanto deliberados como fortuitos.

Desde antes de comenzar este proyecto, ya me había seducido la posibilidad de indagar desde un enfoque antropológico acerca de la influencia del contexto sociocultural, político y económico en la conformación de ciertas percepciones y prácticas cruciales para la vida de los seres humanos. Así, en una investigación anterior, correspondiente a mi tesis de licenciatura, defendida en el 2001, he mostrado mediante el análisis de las creencias y prácticas de la comunidad de científicos y técnicos dedicados al estudio y puesta en funcionamiento de Reactores y Centrales Nucleares (pertenecientes a la Comisión Nacional de Energía Atómica), la incidencia de factores contextuales tanto en la configuración institucional del grupo como en el desarrollo de distintos tipos de prácticas y percepciones de los actores institucionales sobre el rol de su propia disciplina –la tecnología nuclear– frente a la sociedad.

Además de dar cuenta de tales conexiones entre un momento histórico crítico y el devenir de la vida diaria de la comunidad de científicos y técnicos dedicados a lo nuclear, durante ese período experimenté personalmente la crisis de 2001 y sus secuelas, las percepciones mediáticas e individuales, los efectos en la economía doméstica y la consecuente reacción social que se forjó frente a tal disyuntiva nacional. La constelación de tales eventos extraordinarios me resultó fascinante desde el punto de vista antropológico, en tanto se volvía peculiarmente evidente la intersección entre cultura y economía, dando lugar, por primera vez en años, al cuestionamiento de la otrora indiscutible ortodoxia de la economía neoliberal. El interés en semejante problemática claramente se encauzó hacia la indagación de ciertos patrones de comportamientos económicos cotidianos, alterados en el marco de la crisis.

Las influencias que se proyectaron en la definición de la problemática tal como en la actualidad es abordada en este doctorado, provinieron de varias fuentes. Por un lado, esta tesis se enmarca en el actual interés de los estudios antropológicos por conocer las instituciones poderosas del mundo contemporáneo, cuyo poder es el de influir profundamente en la vida social y ser parte constituyente del nuevo orden social. La dedicación del grupo UBACyT al cual pertenezco por comprender tales fenómenos socioculturales actuales contribuye desde hace tiempo a reforzar mi interés en una antropología de prácticas, representaciones y relaciones sociales presentes y culturalmente cercanas al investigador.

Dado el lugar preponderante que juega la economía en la actualidad, este trabajo refleja un intento más por entender, desde la perspectiva antropológica, cómo la misma afecta la vida de los individuos. La investigación se enmarca en la larga trayectoria trazada por los equipos de investigación en cooperación sobre la antropología del mundo contemporáneo, entre la *École*

des Hautes Études en Sciences Sociales de París, dirigido por Gerard Althabe, y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, dirigido por Félix Schuster y Cecilia Hidalgo, ambos dedicados al estudio antropológico de fenómenos, procesos e instituciones influyentes en el orden social contemporáneo. Así como la gran empresa, la ciudad moderna, la ciencia y la tecnología, el mundo de las finanzas y las crisis económicas se ubican hoy en el foco de la mirada antropológica. La producción antropológica sobre el presente de la propia sociedad ha adquirido un papel central, en el cual la localización y temporalidad respecto del objeto de estudio adquieren una nueva dimensión epistemológica que contrasta con el desarrollo tradicional de una “antropología de los márgenes”, distanciada social y culturalmente del investigador social (Althabe y Schuster, 1999).

Como producto de decisiones personales, también en cierta medida relacionadas con la crisis, he migrado a Alemania en primer lugar y a Estados Unidos luego, en donde tomé contacto con dos grupos de investigación dedicados a los estudios sociales de las finanzas y a la Sociología Económica, respectivamente. Considero relevante mencionar esto ya que el camino recorrido desde una Buenos Aires en crisis hasta dos de los centros de las finanzas globales más importantes (Frankfurt y Nueva York), ha jugado un papel central en la evolución de mi interés en el mundo de la economía y de las finanzas, y ha incidido en la forma en que he encarado esta investigación.

A fin de profundizar mis estudios sobre temáticas enfocadas en la tecnología y la economía, me he acercado al grupo de investigación “Knowledge, Finance and Society” de la Universidad de Konstanz, Alemania, dirigido por Karin Knorr-Cetina y Alex Preda, quienes han realizado uno de los más prominentes aportes en ese campo de estudios. El acercamiento al grupo alemán acerca de la relación entre finanzas y sociedad, y en particular a los extensos desarrollos teóricos del profesor Preda en torno a los comportamientos extremos producidos entre otras cosas por las crisis financieras, hizo que en los comienzos de esta tesis centre la atención en la dimensión financiera de la crisis argentina de 2001. No obstante, esto resultaba demasiado limitado puesto que lo que me interesaba especialmente eran las experiencias humanas durante un período en el que el malestar no solo guardaba relación con los aspectos financieros. Por el contrario, esta investigación pretendía abordar la crisis de manera microsocial pero dentro de un contexto definido holísticamente, donde se incluyeran los aspectos particularmente económicos, así como financieros, políticos, sociales y culturales.

Durante mi estadía en Alemania, el profesor Preda, quien es supervisor externo de esta tesis, me alentó a definir el proyecto de doctorado en torno a un microanálisis de la crisis financiera argentina de 2001, dado que consideraba iluminador el hecho de abordar las crisis

financieras desde un punto de vista microsocioal, a fin de esclarecer desde la perspectiva etnográfica la dinámica de las actividades económicas diarias en circunstancias críticas. El énfasis en la necesidad de llevar a cabo un estudio microsocioal de la vida económica en momentos signados por lo extraordinario se sustenta en la extensa trayectoria de Alex Preda, entre otros renombrados estudiosos provenientes de la sociología, quienes han trazado una novedosa línea de investigación social y cultural que recurre a la etnografía para analizar la vida económica y los mercados financieros.

Al comenzar a delinear este proyecto, en el año 2004, Alex Preda me aseguraba que un estudio antropológico sobre la crisis de 2001 era sumamente relevante para comprender casos paradigmáticos de tales circunstancias históricas excepcionales aunque cada vez más recurrentes. Vaticinando profundas crisis en los países centrales, el profesor Preda sugería que los mismos experimentarían situaciones similares a la vivida en Argentina. No obstante, debo ser sincera y decir que si bien no le di el crédito que merecía, emprendí tal proyecto por esta y otras razones personales. El mérito profético de Preda ha sido confirmado con la crisis global de los años 2008 y 2009.

Asimismo, mi estadía en la Universidad de Princeton, Estados Unidos, también tuvo efectos en el desarrollo de la tesis doctoral, en tanto me introdujo en las disciplinas de la sociología y la antropología económicas y en la trayectoria de estudios vinculados a la vida económica doméstica, lo cual contribuyó a la reflexión sobre el desarrollo y demarcación del problema central y sus aristas conceptuales y metodológicas, así como del alcance de la investigación misma. La profesora Viviana Zelizer ha contribuido sustancialmente en el último período de la investigación, examinándola y efectuando valiosos comentarios, dada la cercanía de la problemática de mi proyecto respecto de su notable experiencia en la especialidad denominada "Nueva Sociología Económica".⁵ Mi asistencia al célebre seminario de doctorado "Social Ties, Culture, and Economic Processes", dictado por ella, en el marco del Programa de Doctorado en Sociología de la Universidad de Princeton, también ha constituido un factor decisivo para el progreso de esta tesis doctoral ya que en el mismo se desarrollaron temas pertinentes a la problemática de interés de mi trabajo, que resultaron ser fundamentales para la definición analítica del problema y su abordaje.

Aunque en los tres centros de estudios mencionados se desplegaron diversos tipos de aproximaciones a la relación entre economía y cultura, las mismas se intersectan en la aplicación de metodologías y estructuras conceptuales originalmente provenientes de la

⁵ Smelser, N. J. y Swedberg, R. "The Sociological Perspective on the Economy," en *The Handbook of Economic Sociology*, 2ª ed. (Nueva York: Russell Sage Foundation and Princeton: Princeton University Press, 2005, 3-25).

antropología.

En el transcurso de mi acercamiento hacia los estudios sociales de la economía, di cuenta de que si bien existía una línea de investigaciones dedicadas a la relación entre la economía y la cultura –principalmente en lo que concierne a las rutinas económicas domésticas–, eran escasas las aproximaciones desde la antropología y la sociología hacia las prácticas económicas cotidianas en momentos de crisis. Así emprendí la tarea de conjeturar cómo podría establecer un abordaje apropiado a fin de comprender el colapso de 2001 desde la perspectiva de los actores ordinarios y sus prácticas cotidianas. Tras una serie de redefiniciones respecto del problema de investigación, suscitadas por cuestiones tanto conceptuales como metodológicas, la investigación se centró en la combinación entre la influencia de la percepción de un entorno crítico en la orientación de las prácticas económicas cotidianas en períodos de excepcional inestabilidad y vulnerabilidad de los patrones habituales de acción.

De este modo, me he interesado en el estudio de los efectos de la cultura en la economía y, en particular, de la forma en que la cultura y la economía tienden a ser mutuamente generativas, en tanto la cultura provee las categorías y el entendimiento que permite a las personas emprender acciones económicas. Asimismo, el supuesto de que la cultura posibilita y al mismo tiempo constriñe la acción económica, ha sido demostrado en diversos estudios y abre un camino prometedor hacia la indagación profunda de orden empírico y microsocioal (DiMaggio, 1994). En este marco, considero que la perspectiva antropológica puede aportar novedosas herramientas para revelar ciertos aspectos exiguamente conocidos del lado mundano de la economía y el mercado, específicamente en circunstancias de crisis.

En origen, el plan de investigación pretendía indagar acerca de las controversias de carácter moral y legal que se presentan en el mundo financiero actual, intentado comprender en profundidad la crisis económica y financiera argentina de 2001, siguiendo la línea desarrollada por los estudios sociales de las finanzas. Dado que las últimas décadas habían sido testigo de grandes escándalos, fraudes, corrupción y crisis del sistema financiero reinante en los países involucrados de manera distinta en la célebre globalización de la economía, nos habíamos planteado examinar, a través de microanálisis de prácticas cotidianas, de percepciones de los grupos de actores involucrados y de las relaciones sociales significativas, la estructura de comprensión de las restricciones morales de nuevas actividades especulativas, las cuales han sido –y continúan siendo– muy difusas, más aún cuando dichas prácticas cambian su forma y alcance en el transcurso de los diversos contextos históricos. Entonces, el principal interés de este proyecto era examinar las relaciones sociales cotidianas que hacen

posible el desenvolvimiento de un sistema financiero muy cuestionado en el mundo, y en especial en casos paradigmáticos de crisis como el argentino, focalizando la atención en los valores culturales que determinan la forma en que los diferentes grupos de actores económicos perciben, interpretan y realizan juicios de valor sobre el papel de las prácticas especulativas y la responsabilidad social de las instituciones o individuos que las llevan a cabo.

Sin embargo, a partir de la discusión de cuestiones focalizadas en la dimensión conceptual del trabajo, la aproximación metodológica y los primeros resultados obtenidos mediante el análisis documental y la incipiente interpretación de las entrevistas realizadas, hemos reformulado los objetivos de la investigación, dando un giro hacia el estudio de las lógicas que guían la percepción de ciertos fenómenos y procesos político-económicos en tiempos de crisis, las cuales dan forma al marco interpretativo por el que las personas comprenden la realidad que las circunda e influye en la vida económica cotidiana.

La investigación doctoral se centró en la identificación de mecanismos de interpretación del entorno crítico por parte de los agentes en el transcurso de sus vidas cotidianas y su incidencia en las actividades económicas privadas; a través de su contenido se ha desplegado una variedad de formas de comprender los mismos en términos de la vida diaria de los sujetos. Las maneras por las cuales los actores evalúan, juzgan y sintetizan la información en momentos críticos contribuyen a revelar la incidencia del procesamiento subjetivo de señales distintivas en la vida económica. Hemos mostrado que tales crisis, en donde se plasman situaciones excepcionales, y en ocasiones dinámicas colectivas extremas, no representan tan solo el producto de comportamientos humanos irracionales –en términos del esquema medios/fines–, sino que suponen lógicas en las que el interjuego de factores cognitivos y emocionales tiene un papel crucial, las cuales reproducen la relación intrincada entre la vida de los agentes y el acontecer de la economía de gran escala. Vistas desde la perspectiva de actores ordinarios, las cuestiones económicas se intersectan de modo constante con otros elementos de su existencia cotidiana. Esto implica que la vida y las actividades económicas no están separadas, sino por el contrario, la economía forma parte de la vida y, a su vez, la vida fluye en las actividades económicas.

El problema de investigación de esta tesis doctoral gira alrededor de cómo los diversos actores sociales, implicados en el contexto de la crisis argentina de 2001, orientaron y reorientaron las prácticas económicas clave en sus vidas cotidianas, a fin de hacer frente a alteraciones provocadas por tales circunstancias. En ese marco, pretendemos indagar en qué

medida la percepción e interpretación del entorno económico cambiante ha guiado las orientaciones que tomaron las prácticas económicas diarias.

1.1.1. Delimitación del objeto de estudio (consideraciones epistemológicas)

Una forma de indagar empíricamente las experiencias de las crisis en términos de la vida económica diaria desde la perspectiva de actores singulares, es mediante las percepciones y las prácticas de estos. Tal manera de abordar la problemática se imprime en la intrincada relación entre la cultura y la economía. Aunque lo económico puede influenciar los aspectos socioculturales que constituyen la existencia diaria de los seres humanos, la cultura tiene un papel crucial en dar forma a las vidas económicas (Zelizer, 2010).

Representaciones culturales compartidas y relaciones interpersonales moldean las actividades económicas que constituyen la vida económica de las personas. La aproximación analítica hacia la variedad de formas en que la relación entre la cultura y la economía se presenta en la realidad concreta permite tanto iluminar las lógicas con que los sujetos manejan sus vidas económicas en períodos críticos, como proponer una mirada alternativa respecto de la teoría económica neoclásica, que ha demostrado ser incapaz de realizar un abordaje apropiado de las crisis que afectan al mundo contemporáneo. El análisis minucioso de las percepciones, interpretaciones y prácticas concretas que representan los microprocesos mediante los que los actores sociales experimentan las crisis en sus vidas económicas, puede acercarnos a una comprensión más exhaustiva de tales períodos que refleje la complejidad con que semejantes eventos se manifiestan en la realidad.

Utilizando la perspectiva antropológica, nos involucramos en la compleja empresa de descripción y análisis de la vida económica en un contexto de crisis. En términos de Carrier (2005: 2), el enfoque antropológico se caracteriza por indagar empíricamente en lo que refiere a relación entre “lo que la gente piensa y dice, por un lado, y lo que hace, por el otro”, lo que puede sintetizarse en la incidencia mutua entre la cultura y la práctica. Esta tesis se ocupa de las maneras en que los actores viven sus vidas económicas en momentos críticos, en los que el flujo rutinario de la relación mutua entre la cultura y la práctica se ve alterado ante situaciones problemáticas, que requieren de la atención intencional y eventualmente de intervenciones no rutinarias que conducen a reorientaciones de las prácticas económicas concretas. Para ello, es

imprescindible partir de una explicitación en torno a lo que nos referimos cuando hablamos de “vida económica” y “crisis”.

En primer lugar, tomamos prestada la llana y esclarecedora definición que Carrier (2005) hace sobre la *vida económica* desde la antropología. La misma corresponde a aquellas actividades a través de las que los sujetos producen, circulan y consumen objetos materiales e inmateriales, tales como trabajo, conocimiento, servicios, etc. Las diversas maneras en que las sociedades –y en ellas, los actores singulares, los hogares y las comunidades– aseguran su subsistencia en el transcurso de la vida económica, hacen que esta se constituya variablemente en relación con los demás ámbitos de la vida sociocultural. Tales ámbitos ejercen influencia sobre las actividades económicas y a su vez ésta incide sobre los mismos. La vida económica debe ser abordada desde una perspectiva que tome en consideración su inserción en el marco del mundo social y cultural singular en el que se desarrolla.

Una comprensión de la vida económica resulta imposible si se deja de lado el contexto sociocultural histórico y localmente determinado que le da forma. No obstante, diferentes tradiciones antropológicas han abordado, de manera disímil, esta relación de incidencia mutua entre la vida económica y el resto de las áreas de la vida social. Las mismas, según Carrier (2005) pueden ser reducidas a dos tipos de enfoques: el individual y el sistémico. El primero ha sido trazado desde el emblemático trabajo de Malinowski sobre el Kula (1922) y se ha caracterizado por analizar la relación entre la vida económica y la vida social mediante el estudio de las creencias y prácticas de miembros individuales de la sociedad en cuestión. El segundo, supone una sociedad conformada por partes interrelacionadas con propiedades singulares que constituyen un sistema. En este enfoque, planteado por Durkheim (1851), la intención es superar la idea de una sociedad como un mero conjunto de individuos.

En segundo lugar, consideramos a las *crisis* como circunstancias excepcionales en las que se altera la continuidad preexistente reconfigurando dinámicas sociales y culturales encarnadas en la multiplicidad de vivencias que actores singulares tienen de las mismas. Es fundamental recurrir a una comprensión de las crisis que, en vez de referirse meramente a la acumulación de alteraciones respecto de la rutina, permita más bien contemplar tales momentos históricos como períodos clave de transformación, que requieren de intervenciones no rutinarias decisivas por parte de los actores sociales que evidencian el proceso de construcción cultural de las crisis. Sostenemos que situaciones inusuales como las crisis pueden iluminar de manera significativa las conexiones entre la economía y la vida, y logran aproximarnos al análisis de aquellas dimensiones materiales, simbólicas y culturales de las finanzas que se evidencian en los microprocesos llevados a cabo por los actores para ejecutar

sus prácticas. Las mismas, a su vez, pueden arrojar luz sobre los aspectos simbólicos, las relaciones sociales pertinentes y los estados emocionales, requeridos para emprender actividades económicas.

Partiendo de estas premisas, en esta tesis nos proponemos dirigir la atención hacia las percepciones y las prácticas económicas de diversos actores, en tanto acciones que requieren intervenciones inusuales en la vida económica.

El examen que sugerimos se basa en la indagación de la multiplicidad de formas que adquieren las experiencias de la crisis como vivencias que repercuten en las vidas económicas singulares, y contribuye al análisis de las lógicas que aun en momentos de incertidumbre guían la acción económica. La opción de contemplar la multiplicidad de sentidos que los sujetos dan a las prácticas en el contexto de una crisis conduce a explorar lógicas que guían el desarrollo de las vidas económicas durante tales períodos extraordinarios. Para ello, es válido recuperar la propuesta de Alex Preda acerca de la manera en que actores dispersos se involucran en cursos de acción inciertos frente a circunstancias críticas o extremas, tales como las crisis financieras o las catástrofes humanas y naturales, o en que acciones dispersas son coordinadas en tales escenarios (Preda, 2009a). Este enfoque sobre el comportamiento humano enmarcado en el orden de interacción social en situaciones de crisis desafía la idea de que tales circunstancias pueden derribar el orden de interacción y en ocasiones conducen a conductas “irracionales”. Por el contrario, Preda sugiere que en estos escenarios se producen modificaciones dentro del orden de interacción, que incluyen diversas formas de acción siempre resultantes de la interacción social. Por eso, él sostiene que en los momentos críticos, en vez de identificar el caos como la antítesis del orden, es más apropiado distinguir formas de interacción que se configuran, modifican y reconfiguran en relación con las interacciones habituales que fluyen en condiciones preestablecidas, a la vez adquiriendo renovados sentidos para los actores involucrados.

Un análisis de tal diversidad de experiencias de la crisis que no enfatice la observación directa y específica de las percepciones, interpretaciones y prácticas –como la que sostiene el método etnográfico– puede resultar inapropiado para esclarecer en profundidad la dinámica de dichas circunstancias inextricables. Particularmente en tales períodos de crisis, gracias a su atención a los detalles, la diversidad y las especificidades locales, la aproximación etnográfica dota a la investigación de los elementos conceptuales y metodológicos necesarios para abordar la relación múltiple de factores personales, sociales, culturales y económicos, íntimamente vinculados en el transcurso de la vida diaria.

Las crisis se manifiestan como consecuencia de procesos y relaciones sociales engendrados

en la articulación de elementos globales y locales, que se plasman en enclaves socioculturales locales singulares. El problema planteado se liga así con esta cuestión central que permite enfatizar el mérito analítico de la perspectiva antropológica.

Asimismo, la especificidad de plantear una etnografía sobre las percepciones, interpretaciones y prácticas de actores ordinarios supone además una ventaja al indagar acerca del punto de vista de actores sociales particulares en momentos críticos, en los que se ponen de manifiesto lógicas subyacentes de intersección entre elementos socioculturales y económicos. Rescatando un atributo medular de la disciplina, semejante enfoque antropológico puede posibilitar el esclarecimiento analítico de la diversidad de formas en que se articulan la economía de gran escala y las vidas económicas singulares, permitiendo mostrar la multiplicidad de significados que las crisis tienen para los seres humanos que las experimentan.

Durante los primeros tiempos del trabajo de campo mis esfuerzos se han dirigido hacia la elaboración de un esquema organizativo general y de recolección de material empírico. Dado que el propósito ha sido orientar la investigación de acuerdo con la realidad empírica, he partido de un esquema basado en tres ejes de interés: reunir información respecto de la crisis como evento histórico espacial y temporalmente delimitado; identificar los diversos actores involucrados de manera dinámica, procesual y en ocasiones conflictiva; determinar las estrategias y prácticas económicas significativas en momentos de crisis.

La propuesta metodológica de esta tesis refleja el énfasis de nuestra atención dirigida hacia la variedad entre actores que han atravesado la crisis y las modalidades de emergencia, negociación, redefinición y terminación de prácticas económicas que se presentan en sus vidas económicas.

En definitiva, el objetivo fundamental de la investigación doctoral es recoger esta diversidad, lo que implica ir más allá de la aparente evidencia según la cual en escalas divergentes todos padecemos las crisis. Esto constituye un esfuerzo por comprender en profundidad la diversidad de maneras de vivir la crisis y la multiplicidad de significados que semejante colapso socioeconómico ha adquirido según las vidas económicas singulares.

La intención es revelar, mediante una etnografía las continuidades, las alteraciones o las reorientaciones de prácticas cruciales en las vidas económicas singulares, que conlleva una crisis de gran magnitud y, a su vez, esclarecer las lógicas para ponerlas en práctica, modificarlas o terminarlas en tales circunstancias. Para ello, es conveniente hacer explícitos algunos puntos de partida de la investigación.

En primer término, el acento puesto en actores ordinarios y no en expertos, refleja la intención de explorar la dimensión económica de las crisis como un ámbito de la vida social experimentado cotidianamente. Esta propuesta desafía la idea generalizada de la economía como una caja negra, sobre la que una gran parte de la literatura especializada se ha ocupado de desnaturalizar. Incluso entre los exponentes de la literatura en derredor de estudios sociales de la economía, la atención se ha dirigido principalmente hacia la mirada de expertos sobre la vida económica y las crisis. El enfoque propuesto en esta tesis es, por el contrario, el de una antropología que examine la vida económica en tiempos de crisis desde la perspectiva de sujetos legos; por ello, son fundamentales las percepciones e interpretaciones que los mismos hacen del escenario crítico y su incidencia en las prácticas concretas. Es en la articulación de las percepciones, las interpretaciones y las prácticas donde se intersecta el contexto de crisis con las vidas económicas. Sugerimos que tales intersecciones pueden ser distintivamente manifiestas en tiempos turbulentos.

La preocupación antropológica en torno a los modos en que los actores construyen sus mundos socioculturales singulares es de una centralidad fundamental si se pretende dar cuenta de la multiplicidad de significados que adquieren las crisis para los seres humanos involucrados de maneras diferenciadas mediante alteraciones y redefiniciones de sus vidas económicas en tales circunstancias.

En cualquier caso, el enfoque antropológico establece la comensurabilidad entre formas contrastantes de conocimiento y experiencia humana. Los sujetos perciben el mundo desde sentidos culturalmente construidos (Ingold, 1996). La exploración de la diversidad de formas que adquiere la relación entre las habilidades prácticas de percepción y acción requiere de la reconstrucción cautelosa de la experiencia humana mediante la observación de las narrativas de los actores, que puede ser capturada de manera distintiva por la mirada antropológica.

Otro punto de partida de esta etnografía refiere a la concepción de una antropología económica que dé cuenta de las interconexiones entre diversos fenómenos y procesos económicos reflejados en las prácticas cotidianas, evitando la banalización de la incidencia de las crisis sobre las vidas económicas singulares. Esto supone reconocer la diversidad de experiencias reales de las personas y las relaciones sociales que intervienen en las fases económicas de producción, distribución y consumo (Narotzky, 2007a).

La coexistencia, y mutua dependencia, entre diferentes estrategias y prácticas encaminadas a satisfacer las necesidades cruciales en la vida económica cotidiana durante circunstancias extraordinarias se refleja en una multiplicidad de expresiones y sentidos que resultan de tales experiencias vitales de la crisis. En este sentido, la mirada antropológica permite una

aprehensión de la realidad en términos de la diversidad de modalidades que adquiere la vida económica en épocas turbulentas respecto de su correlación con aspectos sociales, culturales y personales; en estos últimos es donde se plasma el interjuego de factores cognitivos y emocionales que abren paso a la acción concreta.

Otra implicancia de un enfoque etnográfico basado en la mirada de actores singulares sobre sus vidas económicas en momentos de crisis, se plasma en la relación entre la estructura y la *agencia*,⁶ o bien, entre la economía de gran escala y las vidas económicas. La incorporación en la investigación de datos empíricos provenientes de un complejo panorama de interpretaciones diversas por parte de los sujetos (clases sociales), me ha obligado a contrastarlos con la información surgida de fuentes de carácter público, dando cuenta de las conexiones entre las percepciones públicas y privadas. Sin embargo, es justamente la riqueza proveniente de tal multiplicidad de experiencias lo que sustenta este trabajo.

En última instancia, han sido los protagonistas de esta etnografía los que han determinado el alcance de la información que la investigación pueda dar cuenta. Esto resulta evidente a la hora de etnografiar las finanzas domésticas, dado que los actores se han mostrado en numerosas ocasiones reticentes respecto de exponer su intimidad económica. Ante tales situaciones, para asegurar la ética y la calidad de los datos etnográficos en el intento de capturar la dinámica de la vida económica en el espacio doméstico, hemos debido reconsiderar una vez más la sensibilidad respetuosa por parte del investigador que requiere el acercamiento hacia la intimidad económica de los sujetos, que debe ser combinada con la receptividad para obtener información.

1.1.2. Campo (decisiones, técnicas, dificultades)

La investigación se basó en un trabajo de campo realizado de manera intermitente entre comienzos de 2006 y fines de 2010. La distribución temporal de la misma respondió a criterios tanto personales como académicos, entre los que se incluyen la elaboración de las entrevistas, la recopilación de información relevante, el análisis interpretativo de los datos empíricos obtenidos, la distancia necesaria para determinar la redefinición de ciertos objetivos de investigación, la reflexión en torno a los resultados obtenidos y los esfuerzos centrados en la redacción final de la tesis.

⁶ Se retoma aquí el uso que Bourdieu hace de la "agencia" en términos del dominio de los agentes sobre su propia conducta. Es decir, refiriéndose a los actores sociales que determinan el curso de sus acciones.

El diseño metodológico de la recolección de datos y la clasificación de la evidencia empírica se sustentó en la perspectiva etnográfica. Partiendo del enfoque etnográfico, la investigación se enfoca en el análisis de entrevistas retrospectivas estructuradas y semiestructuradas, registradas mediante grabación, conducidas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, durante los años posteriores a la crisis. El propósito fue desarrollar una comprensión sistemática de la diversidad de formas en que la percepción e interpretación de la crisis de 2001 por parte de los actores sociales entrevistados, ha incidido en las prácticas que han dado forma a sus vidas económicas.

La intrincada realidad de la crisis supuso una clase de aproximación etnográfica basada sobre todo en dichas entrevistas. El planteamiento de un recorte social que contemple los diferentes sectores afectados por la crisis, no es una tarea simple, dado el amplio espectro de actores y de grupos involucrados. Por esta razón, rescatamos la utilidad metodológica de acotar el campo empírico a una muestra significativa de informantes de los estratos sociales de bajos, medios y altos ingresos, y cruzando tales variables con el criterio clasificatorio ocupacional, a fin de dar cuenta del carácter heterogéneo de las experiencias de la crisis. La delimitación espacial del campo centrado en entrevistas elaboradas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, permite disponer de material acotado localmente y de acceso viable para la investigación. El criterio de clasificación ocupacional responde al carácter significativo de las fuentes de ingresos en términos de la vida económica durante los acontecimientos de 2001.

Comenzamos identificando aquellas prácticas económicas significativas que usualmente son llevadas a cabo en el seno doméstico y aquellas que han sido perturbadas por la crisis. Así, hemos procurado dilucidar diferencias indicadoras que puedan reflejar el posicionamiento social de los actores, y a su vez se expresen en muestras representativas de la diversidad de vivencias de la crisis.

La evidencia empírica surgida de las entrevistas ha sido articulada con el análisis interpretativo articulado en ciertos ejes centrales que conciernen al problema de investigación. De esta manera, hemos indagado acerca de la pluralidad de perspectivas que supone el proceso de construcción de significados en torno a la crisis, mediante la interpretación de las narrativas de los actores entrevistados. A su vez, hemos explorado las formas de definir, cuestionar y redefinir las prácticas económicas, según la esfera doméstica, en función de redes de significación y de relaciones sociales insertas en condiciones demarcadas de forma espacio-temporal, que son presentadas por los actores sociales a nivel discursivo. El análisis interpretativo de los datos empíricos que emergieron de la situación etnográfica, permitió

recuperar con suma minuciosidad los discursos y las prácticas que nos han permitido esclarecer ciertas vinculaciones entre las orientaciones de las actividades económicas cotidianas y el contexto constituido por procesos económicos y políticos más amplios, que son presentados desde las diversas perspectivas planteadas.

Dada la complejidad del abordaje etnográfico de la crisis, he procurado sostener una visión diacrónica de su evolución, priorizando las posibilidades a mi alcance respecto de las vías de acceso al campo. En principio, ha sido fundamental la refamiliarización con el marco de la crisis de 2001, para lo cual debí poner peculiar atención en las prácticas económicas cotidianas. El desafío ha sido analizar los puntos de cruce entre la crisis y las prácticas económicas desde una perspectiva antropológica, ya que usualmente son abordadas desde la sociología. Por ello, la forma de explorar el problema principal que ocupa este trabajo ha ido encontrando sucesivos obstáculos metodológicos y conceptuales que contribuyeron al desarrollo de la investigación.

Partimos de una visión diacrónica y holística de la evolución de los acontecimientos, aunque el propósito de la tesis se limita a las prácticas económicas individuales en tal entorno. Han sido desarrollados dos textos de carácter cronológico en donde se plasman, por un lado, el contexto histórico amplio que circundó la crisis, y por el otro, los eventos más salientes relativos a los meses previos a diciembre de 2001 y los primeros meses de 2002. El registro documental de información detallada acerca de los eventos divulgados en la esfera pública resultó fundamental para crear un marco que nos permita contrastarlo con las heterogéneas percepciones de los actores –y divergencias entre las mismas–, y con nuestra propia percepción como investigadores sociales y como agentes involucrados en la crisis. Además, tal indagación fue crucial para proponer una delimitación del concepto de “crisis” y la percepción pública de sus fronteras. Dado que no es nuestro propósito definir absolutas fronteras temporales de la crisis, hemos establecido, con fines metodológicos, puntos de partida relativos en la comunicación pública en los que se percibieron alteraciones estructurales en el país.

En lo relativo al eje empírico, si bien la investigación etnográfica fue organizada en términos de entrevistas, también se nutrió de reuniones informales. La combinación de la información surgida de encuentros casuales y programados, proveyó una dinámica favorable para forjar vínculos con los informantes y viabilizar de manera concreta la investigación.

En principio, elaboramos una lista de contactos, estructurada en muestras diferenciadas, y varios esquemas de entrevistas para cada grupo de actores. Esto ha facilitado definir las dimensiones del campo que nos hemos propuesto abordar y el desarrollo mismo de las

entrevistas. Del mismo modo, ha posibilitado ampliar luego la red de contactos a nuestro alcance.

Al inicio de la tesis he desarrollado una etapa de prospección de campo, debido a que la experiencia en el Centro de Inversión y Financiero del Deutsche Bank, en donde me he desempeñado como empleada, me ha permitido adquirir los conocimientos básicos referentes al mundo económico y financiero, lo que, dadas las características particularmente económicas y financieras de muchas facetas de la explosión de diciembre de 2001, hizo posible la comprensión profunda de aspectos técnicos de los documentos referentes al tema, de los reportes de los medios de comunicación especializados y los relatos de los mismos entrevistados.

Además, he participado y he realizado entrevistas informales en las protestas del Movimiento Independiente de Ahorristas Argentinos y la Asociación de Damnificados por la Pesificación y el Default. Asimismo, he efectuado entrevistas a diversos actores entre los que se podemos mencionar: ahorristas organizados, ahorristas no organizados, ex empleados y empleados de entidades bancarias. Aunque en un principio los entrevistados tenían alguna relación con lo que se denominó el “congelamiento bancario”, más tarde, intentando abordar la crisis de manera conceptualmente más holística, he ampliado el espectro de actores consultados hacia aquellos que la experimentaron desde otras esferas, lo que supuso un criterio más amplio de organización metodológica.

Encontramos así, en el criterio ocupacional –en articulación con la posición de los entrevistados según estratos sociales y localización– un eje de organización de la evidencia empírica testimonial factible de ser abordado, de acceso viable y de carácter relevante en términos de los acontecimientos. Semejante criterio tiene como objetivo realizar un abordaje metodológico que provea información significativa para el análisis de patrones humanos de conducta durante situaciones de turbulencia social. Asimismo, han sido tomadas en cuenta disímiles variables, como género, edad, nivel educacional y origen social; para ello, fueron seleccionados informantes que variaban según tales atributos, a fin de garantizar una representación apropiada de la muestra escogida.

En el orden de la escala analítica y operacional seleccionada, no obstante, dicho enfoque clasificatorio presenta tanto beneficios como límites. Permite sistematizar datos sobre aspectos sociales relevantes, variando según la finalidad del análisis, no solo en términos de tareas y roles, sino también de características como los ingresos, la habilidad, la responsabilidad, el estatus y el estilo de vida. Empero, aunque la presente investigación no tiene como propósito el análisis a largo plazo de ciertos patrones sociales, reconocemos que el

cambio social y económico continuamente modifican la estructura ocupacional, revelando los límites de la capacidad de tal sistema de clasificación para reflejar la estructura social en el tiempo.

Otro dilema metodológico emergió ante la delimitación de la crisis como acontecimiento histórico y la recolección de evidencia empírica sobre eventos que pertenecen al pasado. Debido a ello, en el nivel del campo, la investigación se basó en entrevistas en las que se acentuó el uso de técnicas de historia oral. El uso metodológico de entrevistas retrospectivas con el objeto de reconstruir las percepciones de actores sociales de un evento pasado, tiene desventajas ya conocidas. Donald MacKenzie menciona en su trabajo sobre los orígenes del mercado financiero de Chicago, el “sesgo del sobreviviente” y el riesgo de “idealización” en entrevistas retrospectivas.⁷ Además, consideramos que la utilización de una aproximación enraizada en la perspectiva etnográfica, orientada a documentar experiencias personales de actores implicados en la crisis, nos desafía a indagar en particular el aspecto metodológico del análisis del comportamiento y las reflexiones de tales individuos sobre los eventos del pasado, permeadas por sus experiencias presentes. Sin embargo, creemos que tales desventajas metodológicas no son obstáculo suficiente para cuestionar la confiabilidad de semejantes fuentes de información.

Es importante que la evidencia surgida de las entrevistas sea contrastada con otras evidencias.⁸ Por ello, aunque la evidencia empírica utilizada para ser articulada con el análisis interpretativo proviene de las entrevistas exclusivamente, hemos tenido que valernos de otras fuentes para poder conformar un encuadre más completo para la interpretación y contrastación del corpus de datos surgidos de las mismas. Tal encuadre viabilizó el análisis de las percepciones e interpretaciones de los actores sobre aquel momento crítico y sus eventos constitutivos. El proceso de armado de semejante marco de referencia se basó en la recolección de información adicional referente a las representaciones públicas de la crisis proveniente de fuentes complementarias tales como la revisión de datos estadísticos significativos y el análisis de material de archivo.

En este sentido, hemos examinado los testimonios reflejados en los titulares de los principales diarios (*Página 12*, *La Nación* y *Clarín*) y de boletines informativos de instituciones relevantes (Ministerio de Economía, Banco Central y Facultad de Ciencias Económicas de la UBA), desde comienzos de 2001 hasta la primera mitad de 2002.

⁷ Mackenzie, D. y Millo, Y. “Constructing a Market, Performing Theory: The Historical Sociology of a Financial Derivatives Exchange”, en *American Journal of Sociology* (julio de 2003: Vol 109, N° 1, 107-145).

⁸ Ritchie, D. *Doing Oral History* (Nueva York: Oxford University Press, 2003).

Relevamos, de este modo, la secuencia de aparición de titulares que hacen referencia a la crisis y las maneras de tratar esa información. Asimismo, hemos revisado algunos resultados que consideramos pertinentes del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas llevado a cabo durante noviembre de 2001 por el INDEC.

Nuestro objetivo refiere a las percepciones, interpretaciones y prácticas en un contexto crítico, desde el punto de vista de actores legos, por lo que debemos partir de la delimitación conceptual del colapso argentino de 2001 y sus eventos constitutivos. No obstante, las fronteras públicas de tales acontecimientos son difíciles de definir en términos teóricos. Por ello, partimos de la elaboración de un marco de interpretación en torno a las formas en que tales fuentes complementarias transmitieron y definieron los límites de la crisis –aunque los mismos sean representados de manera relativa en la esfera pública–, para luego contrastarlo con las percepciones e interpretaciones de los actores recogidas mediante las entrevistas.

La articulación de los datos empíricos de las entrevistas con el análisis conceptual, responde a la tesis central de esta investigación, la cual tiene guarda relación con la exploración de la diversidad de percepciones y prácticas que representan de manera cognitiva, procesual y dinámica el esfuerzo interpretativo que individuos particulares han hecho de elementos personales, culturales y sociales, en el contexto de la crisis argentina de 2001, y su influencia en la orientación que tomó la vida económica diaria en tales circunstancias.

Debido al carácter múltiple de los acontecimientos que conformaron la consabida crisis, y en especial a su naturaleza de evento pasado, el empleo del enfoque etnográfico tuvo que prescindir de una observación-participante en sentido estricto. Con el objeto de facilitar el relevamiento del material empírico necesario tanto para el examen teórico-conceptual como para el análisis de aquellas categorías propias de la situación etnográfica, como las prácticas y los discursos que conforman la vida cotidiana, la presente investigación se orientó en forma *cualitativa*.

Cabe mencionar otro aspecto, simultáneamente favorable y conflictivo metodológicamente, que ha sido la experiencia personal de esta investigadora social durante la crisis de 2001. El hecho de haber vivido ese período ha facilitado la comprensión de ciertos elementos constitutivos de tal escenario. Pero, la tensión que significó la percepción personal sobre semejantes eventos frente a la permeabilidad de la frontera entre el ámbito personal y el de investigación, ha implicado la necesidad de hacer expreso énfasis en la distinción reflexiva continua entre el sesgo del investigador respecto de las categorías analizadas en las situaciones de campo, obligando así a oscilar juiciosamente durante la investigación entre la familiaridad y el distanciamiento respecto de la realidad estudiada.

Defendemos el modelo de la práctica etnográfica como una experiencia social y un proceso reflexivo de generación de conocimiento sobre la vida social. En definitiva, el encuentro mismo entre el investigador y sus interlocutores promueve la reflexividad acerca de la propia instancia de comunicación, tomando en consideración tanto el papel del investigador como la manera en que los interlocutores interpelan y modifican dicha relación (Guber, 1995).

Dado que tradicionalmente la antropología se basa en la separación entre el investigador y los sujetos investigados, tal distanciamiento en las investigaciones contemporáneas de las sociedades afines a las del investigador se plantea el problema epistemológico de la alteridad. Así, eventualmente se pone en cuestión la legitimidad de la investigación antropológica debido al desdibujamiento de la distancia de su objeto de estudio respecto del investigador, dando lugar a numerosas discusiones ampliamente debatidas en el seno de la disciplina (Althabe, 1999). Sin embargo, no podemos dejar de lado su esclarecimiento retomado en el transcurso de la propuesta analítica que en esta tesis orienta la interpretación del cuerpo empírico, poniendo en evidencia la naturaleza construida de la interacción etnográfica, anticipando y fijando la existencia de nuestro objeto y del universo social estudiado, y definiendo la posición del investigador al explorar un mundo social desconocido con el propósito de producir conocimiento desde adentro (Althabe, 1999: 62).

Al intentar diseñar su especificidad en el mundo contemporáneo, la antropología recurre a la producción de conocimiento dentro de los límites de esferas sociales particulares y dado que no tiene acceso a la totalidad de las situaciones sociales a las que pertenecen los individuos, el investigador “solo obtendrá la representación de los intercambios que allí se desarrollan bajo la forma de una puesta en escena que surge de su encuentro con los sujetos y cuyo sentido debe buscarse, máxime, en la situación misma donde tiene lugar el encuentro” (Althabe, 1999: 63). De este modo, nuestra investigación erige su particularidad antropológica en los encuentros en los que el investigador estará obligado operativamente a reproducir una y otra vez una distancia respecto de sus interlocutores. No obstante, “la investigación antropológica, si bien implica la generación de una distancia, se desarrolla en la no separación de la comunicación ordinaria” (Althabe, 1999: 62).

Durante el avance de esta tesis doctoral, tal operación autorreflexiva ha tomado forma de manera procesual y dinámica durante las situaciones de campo, en tanto la investigadora no solo pertenece a la misma sociedad, sino que además ha experimentado de manera personal la crisis. Al estar tan cerca del objeto de estudio me he esforzado reflexivamente en no perder la autonomía como antropóloga y en no correr el riesgo de reforzar mi propia perspectiva sobre los eventos de 2001, seleccionando relatos convenientes. Para ello, he debido arduamente

reflexionar de manera casi constante a lo largo del desarrollo de la investigación sobre la problemática del distanciamiento para así lograr interpretar las narrativas de mis interlocutores sobre su mundo social de acuerdo con la temática que el modo de comunicación encierra.

En nuestro caso, he reflexionado en forma recurrente respecto de mi posición dual como observadora, en tanto formaba parte del encuentro social de investigación y en tanto pertenecía a la categoría de actores que se han visto de formas diversas involucrados en la crisis. Tal reflexión ha permitido el esclarecimiento conceptual y metodológico de la orientación que ha tomado la pesquisa. En el curso de la investigación, la situación etnográfica empíricamente construida, en tanto recorte del mundo sociocultural, supuso un escenario propicio para el surgimiento del objeto de conocimiento. “Esta fabricación de un objeto de conocimiento, hipotético, tiene lugar cada vez que el antropólogo trata la situación concreta en la que los sujetos se reagrupan como si se tratara de un universo social extraño” (Althabe, 1999: 64). Las entrevistas en las cuales se le propone a un interlocutor un marco para elaborar su relato de la representación de su existencia, construyendo una imagen de sí mismo en un momento dado, han permitido comprender los modos por los cuales el sujeto se produce y es producido como actor social en un escenario circunscripto al momento histórico de crisis.

Las situaciones de campo fueron recortadas según la factibilidad de las vías de acceso y de criterios personales. Entre estos últimos se incluía el hecho de que luego de una estadía prolongada de casi seis años en el extranjero, incluso hasta promediar esta tesis doctoral he debido alternar entre estadías más cortas en Argentina, en Alemania y en Estados Unidos, entre las cuales llevaba a cabo el trabajo de campo de manera intermitente. Aunque he intentando aprovechar metodológicamente de haber compartido con mis interlocutores entrevistados situaciones cotidianas semejantes durante la crisis de 2001, también he logrado sacar partido de la situación académica y personal que implicó transformaciones de mi posición como observadora social, dado que las idas y venidas desde el extranjero hasta el campo en Argentina han fortuitamente determinado una dinámica de distanciamiento respecto de la realidad estudiada que incidió de modo positivo en el proceso de reflexión acerca de las situaciones etnográficas.

La puesta en práctica de varios cuadernos en los que se plasmaron las notas de campo, combinaban datos provistos por las entrevistas y otras fuentes, así como elementos personales y relacionales de la experiencia de campo han consistido en el eje tangible del esfuerzo por

llevar a cabo esta investigación etnográfica, la que ha experimentado sucesivas metamorfosis respecto de su delimitación.

1.1.3. Preguntas e hipótesis

Esta investigación gira en torno a la exploración de la diversidad de percepciones e interpretaciones que representan de manera relacional, cognitiva, procesual y dinámica el esfuerzo que actores sociales singulares hacen combinando elementos personales, culturales y sociales en circunstancias de crisis, y su influencia en el curso de sus vidas económicas. Los interrogantes planteados a continuación han provisto puntos de partida para el análisis interpretativo de los datos empíricos obtenidos en la investigación etnográfica y han dado lugar a las hipótesis que siguen:

1. El primer conjunto de interrogantes puede sintetizarse en el interés general sobre la forma en que el concepto de “crisis” es construido socioculturalmente, en tanto fenómeno social total:

- ¿Qué es una crisis?
- ¿Qué es lo que constituye las crisis económicas que azotan recurrentemente al mundo desde el siglo pasado?
- ¿Cómo las percibe y qué significado les atribuyen las personas?
- ¿En qué medida afectan el orden social y, por lo tanto, la vida diaria?
- ¿De qué manera las personas dan forma a sus vidas en términos de estos complejos sistemas contextuales?
- ¿Cómo experimentan los sujetos la crisis en la vida cotidiana?
- ¿En qué medida influyen sus experiencias personales previas en la comprensión subjetiva de una realidad crítica?
- ¿Cuáles son las características del proceso por el que los sujetos perciben e interpretan el entramado contextual que los circunda y construyen su propio marco de referencia para vivir en ese mundo?

Es frecuente observar que los estudiosos de diversas disciplinas se preocupan más por analizar los factores que engendran o hacen detonar las crisis, que por sus efectos y significados para la existencia humana.

La presente indagación al respecto del carácter socialmente construido de las crisis refleja la ambición de evitar recurrir a un concepto simplista o técnico de crisis para plantear otro que recupere la perspectiva de los seres humanos involucrados de diversas formas en tales circunstancias históricas. Para ello, se ha adoptado como punto de partida analítico el supuesto de que un análisis de la crisis argentina de 2001 que pretenda contemplar efectos materiales y significados para la vida de los actores que la han vivido, debe realizarse en términos que la refieran como un *fenómeno social total*, que ha afectado la vida social e individual toda.

Sostenemos, además, que las crisis económicas son construcciones culturales distintivas, lo cual se pone en evidencia en la diversidad de formas culturales en que los sujetos las experimentan a diario. Por ende, el tratamiento analítico de la vida económica en un contexto crítico, en tanto construcción sociocultural, implica la aceptación de la idea de que las actividades y procesos económicos dependen de prácticas, instituciones y creencias de origen sociocultural.

Las crisis, en tanto momentos excepcionales, implican circunstancias que alteran el orden establecido, reconfigurando las dinámicas sociales y culturales que encarnan en la multiplicidad de vivencias que los actores singulares tienen de las mismas. El análisis minucioso de las percepciones, interpretaciones y prácticas concretas pone de relieve los microprocesos mediante los que las personas experimentan las crisis, lo que a su turno puede acercarnos a una comprensión más exhaustiva y compleja de tales eventos. Por consiguiente, sostenemos las siguientes hipótesis encadenadas:

- a. La construcción cultural de las crisis se torna evidente en las diversas formas que adquieren los microprocesos que guían la conducta económica.**
 - b. La diversidad de experiencias de las crisis muestra la multiplicidad de significados que los seres humanos les atribuyen y evidencia el sostenimiento mutuo de la economía de gran escala y las vidas económicas singulares.**
 - c. La percepción de los actores de escenarios extraordinarios está inextricablemente entrelazada con la orientación que toman las prácticas económicas individuales y con la construcción de significado de tales actividades.**
2. El segundo foco de atención gira en torno a interrogantes más directamente relacionadas con cómo los actores singulares aprehenden el escenario de la crisis y, en consecuencia, desarrollan estrategias creativas mediante lógicas razonables de acción –aunque no racionales

en sentido estricto— a fin de enfrentar interrupciones actuales o potenciales en sus vidas económicas respectivas. Han sido iluminadoras preguntas tales como:

- ¿Qué características distinguen la percepción del entorno en períodos habituales de la percepción del entorno en períodos críticos?
- ¿Cómo generan un entendimiento propio del contexto de crisis los actores singulares?
- ¿Qué elementos constitutivos de la crisis perciben los actores como relevantes?
- ¿Cómo sintetizan la amplia gama de información proveniente desde múltiples fuentes?
- ¿Qué características distintivas adquiere el procesamiento de tal información en circunstancias extraordinarias?
- ¿Qué factores culturales, relacionales y personales influyen en semejante procesamiento?
- ¿De qué manera inciden los estados emocionales y las evaluaciones cognitivas en la conducta económica?
- ¿Es posible distinguir lógicas alternativas respecto de la instrumental para dar cuenta de las estrategias generadas para hacer frente a las alteraciones propias de la crisis?

Con el fin de enfocar nuestra mirada antropológica hacia la aprehensión de la realidad crítica desde la perspectiva de actores singulares y su incidencia en la orientación que adquieren las prácticas económicas en semejantes circunstancias, sugerimos que el énfasis en la forma de procesar la información relevante en tales momentos excepcionales resulta fundamental. En este camino, el análisis de los factores culturales y biográficos que influyen en dicho procesamiento y sus efectos en la orientación de las prácticas económicas son considerados esenciales. Asimismo, la vida económica durante las crisis incluye la definición de las prácticas que la constituyen, que serán adecuadas de acuerdo con las circunstancias. Suponemos que la definición de las prácticas económicas en el transcurso de la crisis dependerá de quién la formule, del contexto en que lo haga y de los criterios que escoja y juzgue apropiados según la situación.

En las interrupciones de la rutina, inherentes a las situaciones críticas, la información relevante se presenta en la forma de indicios que los agentes procesan combinando factores cognitivos y emocionales para dar forma a determinados cursos de acción que suponen intervenciones no rutinarias por parte de los mismos (Preda, 2009b: 38). En este camino, formulamos las siguientes hipótesis:

- d. El procesamiento de información crítica resulta del interjuego entre factores cognitivos y emocionales, que influyen en la forma que adquieren los cursos de acción.**

- e. Se trata de microprocesos que derivan en prácticas concretas y son producto de la interrelación tanto de factores relativamente constantes como de factores relativamente variables.
- f. Estos microprocesos constituyen la diversidad de formas en que las crisis se encarnan en las vidas económicas singulares como resultado del interjuego de factores cognitivos, emocionales, simbólicos y relacionales.
- g. Los microprocesos que definen los cursos de acción en circunstancias críticas ponen en evidencia la existencia de lógicas alternativas respecto del esquema racional instrumental, que permiten a los agentes diseñar de manera creativa estrategias razonables de acción según la situación.
- h. El interjuego de elementos cognitivos y emocionales involucrados en el procesamiento de información clave resulta en intervenciones no rutinarias de los actores, lo cual sugiere la existencia de lógicas que guían la orientación de las prácticas económicas de una manera más creativa que calculada.
- i. Es en este interjuego donde se encuentran los cimientos de la razonabilidad del proceso de continuación, cuestionamiento, negociación, terminación o redefinición de las prácticas económicas de acuerdo con su adecuación respecto de la situación de crisis.

3. Finalmente, el tercer foco de atención se centra en los cambios en los patrones habituales de interacción interpersonal y su incidencia en las prácticas concretas de la economía doméstica. Partiendo de los supuestos y las hipótesis anteriores, las preguntas que se sucedieron en esta tesis giraron en torno a cómo operan económicamente los actores en situaciones que quiebran patrones rutinarios en la vida económica:

- ¿Cómo incide el procesamiento de la información relevante en situaciones de crisis en las actividades económicas concretas de los actores entrevistados en sus esferas domésticas e interpersonales?
- ¿En qué medida el esfuerzo activo de tales actores ordinarios por sintetizar información crucial, en tanto sorpresas informacionales e incertidumbres, guía las orientaciones económicas privadas?
- ¿Qué elementos inciden en la ejecución, cuestionamiento, negociación, terminación o redefinición de tales prácticas, provocadas por las circunstancias críticas?

Los significados atribuidos a las prácticas cruciales de la vida económica doméstica establecen la posición de la economía privada dentro de la sociedad, y sus consecuencias en la

construcción de la economía de gran escala. La esfera doméstica representa un terreno específicamente atractivo para analizar, dado que las combinaciones entre las acciones económicas se entrelazan de manera cotidiana con las relaciones interpersonales. Del mismo modo, en estas combinaciones diarias se refleja la lógica de los juicios que cotidianamente los actores realizan sobre las acciones económicas, en las que la cultura –contextualmente dependiente– ejerce influencia.

El proceso relacional de combinaciones (entre elementos cognitivos, emotivos, culturales, sociales y económicos) que guía el comportamiento económico diario, se encarna en las decisiones domésticas que conciernen a la producción y distribución de bienes y servicios, a los medios para adquirirlos y a la organización y planeamiento de la economía doméstica. Sostenemos las siguientes hipótesis:

- j. En escenarios sociales cambiantes, la economía doméstica representa una arena de negociaciones y redefiniciones en la que los individuos tienen un rol clave en la reformulación de sus acciones en términos de la nueva realidad.**
- k. Los agentes establecen activamente un conjunto de categorías de comprensión y prácticas acordes que operan para reorganizar la vida económica de modo que se adapte a una nueva e inestable situación.**
- l. El carácter heterogéneo y dinámico que las prácticas económicas domésticas adquieren en tales circunstancias pone en evidencia la creatividad de los actores en la reorientación de las vidas económicas singulares.**
- m. Ante cambios en las interacciones interpersonales, provocados por el entorno desestabilizador, los actores emprenden un esfuerzo activo para diseñar un conjunto de estrategias con el objetivo de reorientar las prácticas económicas domésticas.**
- n. Tales prácticas adquieren múltiples significados dependiendo de cómo la experiencia subjetiva, los esquemas culturales y las relaciones sociales se manifiestan en el contexto de la crisis en tanto circunstancia extraordinaria.**

1.2. MARCO CONCEPTUAL

Desde hace varias décadas, vivimos un momento histórico en el que la economía y las finanzas han conseguido una notoriedad sin precedentes en las sociedades occidentales, con la

pretensión de dominar las diversas dimensiones de la vida humana. Tales instituciones constituyentes del orden social contemporáneo influyen de manera decisiva en la vida social de las personas. Sin embargo, muchos fenómenos constitutivos de las mismas han sido escasamente atendidos, dado que la reputación del mundo económico se asienta sobre la comprensión de una complejidad tal que únicamente es abordada por expertos. No obstante, la economía y las finanzas no solo son constituidas por modelos, sino que representan dimensiones de la vida social concreta, lo cual se hace visible en la pluralidad de formas en que los sujetos las experimentan día a día. Entendemos a la economía principalmente, y por lo tanto al mercado financiero, no solo en su aspecto formalizado sino como prácticas socioculturales vividas.

La economía neoclásica de la cultura occidental de los siglos XVIII y XX, ha insistido en la separación entre lo económico y lo social. La ciencia económica ha ejercido de manera creciente su propia influencia cultural a fin de garantizar la legitimidad de su discurso, así como de sus hábitos de pensamiento y de acción relativos a la disciplina, conformando un marco intelectual con lenguaje propio, modelos deductivos abstractos formales, haciendo referencia a la lógica de acción racional de maximización de la relación entre medios escasos y fines, y enfatizando la predicción matemática y en la reducción analítica al *homo economicus*. Tal influencia cultural ha sido difundida masivamente en la sociedad contemporánea y ha conformado la base sobre la que se han apoyado de modo sistemático las políticas respectivas (DiMaggio, 1994: 46).

Estudios empíricos contemporáneos han mostrado, en oposición a la difundida creencia en la separación entre lo económico y lo social, que en la vida diaria las actividades y procesos económicos se intersectan constantemente con relaciones interpersonales y con significados históricamente variables (DiMaggio, 1994). Enmarcada en tal comprensión de la realidad económica como el conjunto intrincado de fenómenos económicos, sociales y simbólicos, la presente investigación explora el modo en que los actores dan forma a su propia vida económica no solo en función de las estructuras de relaciones sociales y los sistemas de significados culturales, sino además a través de su percepción e interpretación del entorno crítico así como de sus efectos en la vida diaria.

Dado el lugar preponderante de la economía en el presente, esta tesis refleja un intento más por comprender, desde la perspectiva antropológica, cómo esta afecta la vida de las personas. La investigación se enmarca en la larga trayectoria trazada por los equipos de investigación en cooperación sobre la Antropología del Mundo Contemporáneo, entre la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de

Buenos Aires. Como hemos explicado con anterioridad, al igual que otros aspectos y disciplinas contemporáneos, el mundo de las finanzas y las crisis económicas también se hallan en el foco de la mirada antropológica. La producción antropológica sobre el presente de la propia sociedad ha adquirido un papel central, en el cual la localización y temporalidad respecto del objeto de estudio adquieren una nueva dimensión epistemológica que contrasta con el desarrollo tradicional de una “antropología de los márgenes”, distanciada social y culturalmente del investigador social (Althabe y Schuster, 1999).

La atención principal de este trabajo se dirige a cómo interpretan los individuos el contexto de la crisis económica de 2001 en términos de sus vidas cotidianas, y al mismo tiempo, cómo enmarcan sus propias vidas en términos de la comprensión de semejantes procesos económicos, que por su misma naturaleza parecen remotos. De tal manera sostenemos que resulta substancial el análisis de las percepciones e interpretaciones de actores singulares para trazar la estructura de comprensión de los procesos económicos constitutivos de la crisis e indagar la incidencia de la misma en el procesamiento individual que guía la economía de la vida diaria.

En otras palabras, las maneras por las cuales la gente percibe, evalúa y juzga los procesos y actividades económicas en momentos de crisis, contribuyen a revelar la incidencia de las interpretaciones terrenales de la economía de gran escala y de sus efectos concretos en la vida económica de los individuos y en el orden social. Este trabajo desafía así la idea de la economía como dimensión apta de ser interpretada en forma exclusiva por especialistas en la temática. En contraste, se despliega en sus páginas una variedad de formas de comprenderla en términos de la vida diaria de actores sociales legos.

Partimos del supuesto antropológico de mutua influencia entre cultura y economía, esto es, mientras que las relaciones económicas influyen ideas, símbolos y formas de ver el mundo, ciertos aspectos de la cultura dan forma a las instituciones y relaciones económicas (DiMaggio, 1994: 27). Así, nuestro objetivo es entender el lado mundano de sus actividades, reflejadas en las vidas económicas de actores singulares. El interés en comprender el lado mundano de la economía y sus efectos en la vida de los seres humanos y en el orden social, nos aproximará a una interpretación de las crisis como ilustraciones de encuadres en los que se manifiesta de manera particular la relación entrelazada entre la economía y la cultura, en el seno de las vidas económicas personales.

Siguiendo este camino delineado para comprender en profundidad la relación recíproca entre las prácticas económicas y los elementos socioculturales que la atraviesan, la tesis se

sustenta principalmente en dos orientaciones empíricas y conceptuales, relativas a la literatura existente: 1. la antropología económica y 2. la sociología económica.

1.2.1. Antropología y sociología económicas

Han sido varios los intentos intelectuales por acercar la dimensión económica y la sociocultural.⁹ Sin embargo, en la actualidad presenciamos el renacimiento de la antropología y la sociología económicas, que combinan la especificidad de sus disciplinas con la utilización de los marcos conceptuales y metodológicos de ambas, reforzando así la tendencia hacia la comprensión de lo económico y lo social y cultural como un intrincado conjunto de aspectos humanos (Granovetter y Swedberg, 1992).

Las herramientas teóricas y metodológicas que emergen en las discusiones compartidas por la antropología y la sociología económicas contemporáneas representan el soporte fundamental en el que se sustenta esta investigación, en tanto ponen de manifiesto la complejidad de la vida económica como producto de las formas de pensar y actuar de los sujetos. Estos enfoques abren el camino de exploración sobre la problemática empírica y conceptual de la relación entre lo económico y lo sociocultural, entre el mundo económico y el mundo cotidiano, o en otras palabras, entre la economía y el mercado como modelos y la vida económica concreta de los seres humanos (Carrier, 1997: 47).

Determinadas orientaciones proveen los cimientos necesarios para desarrollar esta tesis respecto del propósito central de buscar una comprensión alternativa a la idea neoclásica sobre la racionalidad instrumental como guía para la ejecución de acciones económicas. En este sentido, este trabajo representa un intento por investigar la incidencia de factores emotivos y cognitivos en las acciones y las interacciones económicas.

Suponemos, al igual que Alex Preda (2009b), que particularmente en situaciones de crisis se ponen de manifiesto o resultan más aparentes los cambios, transformaciones y reorientaciones de las acciones e interacciones. Tales circunstancias demandan un procesamiento no rutinario y en cierta medida excepcional por parte de los sujetos, mediante el que se ilumina de manera singular la intrincada conexión de las actividades económicas concretas con las demás dimensiones de la vida. Del mismo modo, sugerimos que dichos

⁹ Desde el historicismo alemán, Auguste Comte, Karl Marx, Georg Simmel, Émile Durkheim y Max Weber, entre los mayores exponentes de la filosofía y de la sociología económica por un lado, y más enfáticamente, por parte de la antropología económica explícitamente de la mano de los sustantivistas Karl Polanyi, Marshall Sahlins y George Dalton.

escenarios ponen en evidencia de manera distintiva microdinámicas que engendran las prácticas cruciales de la vida económica, incluso aquellas propias de su curso habitual. Factores influyentes en semejantes microdinámicas, entre los que se encuentran las emociones y el juicio cognitivo, los cuales han sido examinados en estudios empíricos recientes (Hochschild, 1979; Bandelj, 2009; Summers-Effler, 2002; Palmer y Jankowiak, 1996; Preda, 2009a,b), adquieren una significatividad y visibilidad excepcional ante la emergencia de tales situaciones agudas.

Según Marshall Sahlins (1976), uno de los elementos que caracterizan a la sociedad occidental es que el simbolismo económico ocupe un lugar estructuralmente determinante en el orden social. El lugar institucional predominante de la economía hace que la producción material se constituya como la base clasificatoria dominante de producción simbólica impuesta sobre todas las dimensiones de la cultura. A su turno, el dominio institucional otorgado en la sociedad occidental a la economía tiene un correlato en la esfera doméstica, así como en el resto de las esferas de la sociedad.

Esta perspectiva, que atribuye preponderancia a la ciencia económica y el modo económico dominante, a la que adhiere la presente tesis doctoral, remite al debate nunca resuelto formalista/sustantivista de la antropología económica de los 60. Como es sabido, frente a la introducción de conceptos de la economía formal en los estudios de ciertos antropólogos económicos, Karl Polanyi formuló la alternativa “sustantivista” para comprender las acciones económicas¹⁰ (Polanyi, 1992: 29).

Es en esta orientación teórica, compartida en la actualidad por un gran número de antropólogos y sociólogos económicos, donde adquirieron particular trascendencia los aportes conceptuales elaborados por la antropología. En efecto, ambas disciplinas se erigen en la actualidad sobre el supuesto distintivo de los sistemas culturales simbólicos como marco de las dimensiones materiales y sociales.

1.2.1.1. Lo económico desde la perspectiva de los antropólogos

La tradición antropológica, por su naturaleza misma, al explorar los diversos sistemas económicos de culturas ajenas a la del investigador, ha partido ya desde sus comienzos del supuesto de la concepción recíproca en lo que respecta a la relación entre cultura y economía.

¹⁰ Esta afirma la dependencia de los individuos sobre la naturaleza y sus semejantes, resultando en el aprovisionamiento de medios materiales para la satisfacción de sus necesidades (traducción propia).

Aunque entre los primeros etnógrafos evolucionistas clásicos existía una preocupación por la clasificación de fenómenos económicos, recién con el surgimiento de los estudios empíricos de la antropología británica, a comienzos del siglo XX, y sus novedosas aproximaciones etnográficas, el antropólogo emprendió no solo la tarea de observar y clasificar tales prácticas y costumbres, sino que se dedicó a comprender su sentido en los términos de su funcionalidad respecto de otros elementos culturales.¹¹ Con la intención de cuestionar el modelo naturalizador y universalizador de la teoría económica hegemónica, estos antropólogos afrontaron la valiosa empresa de demostrar empíricamente la variabilidad cultural –incluyendo la económica– respecto del pensamiento occidental y, por consiguiente, la indiscutible relación entre la cultura y la economía (Trincheró, 1998). La íntima integración de las instituciones sociales y económicas en la sociedad primitiva hizo imposible que el antropólogo describa lo económico sin, al mismo tiempo, mostrar su relación con lo social (Dalton, 1978: 194).

El énfasis antropológico en la variabilidad cultural y el carácter sociocultural de las categorías económicas ha sido desde hace tiempo tomado en consideración, y recientemente revalorizado por otras disciplinas sociales dedicadas al estudio del comportamiento económico, como base conceptual para analizar el sistema económico occidental.

Los replanteamientos teóricos de la antropología en general y de la económica en particular, en el contexto contemporáneo, supuso la revisión de las herramientas conceptuales y metodológicas propias de la disciplina, con el fin de adecuarlas a los nuevos escenarios de la realidad. Un claro ejemplo de semejante proceso se ha manifestado con la crisis argentina de 2001. En el contexto de inflexión, esto giró hacia a nuevos enfoques para comprender los cambios, por ejemplo, en las condiciones de vida de los distintos sectores sociales afectados por ese momento crítico (Trincheró *et al.*, 2007).

Trincheró y colaboradores (2007) han reparado en la necesidad de recuperar y redefinir las formulaciones teóricas de la antropología económica, en escenarios cambiantes como el de 2001, lo cual supone algunos desafíos para que la disciplina contribuya con los instrumentos analíticos necesarios para comprender nuevas realidades. Entre ellos, los autores presentan, en primer lugar, el reto de discutir críticamente (tomando como punto de inicio el relativismo, en tanto dimensión analítica antropológica singular) las categorías y conceptos del pensamiento neoclásico. Asimismo, plantean la urgencia de superar dualismos conceptuales tales como: “economía” y “sociedad” o “micro” y “macro”; para ello, es necesario recurrir a prácticas

¹¹ Encontramos así estudios etnográficos detallados de los sistemas económicos de diversas culturas en estrecha correlación con sus sistemas simbólicos y sociales en: Malinowski, Boas, Thurnwald, Firth, Radcliffe-Brown, etc. (Trincheró, 1998).

teórico-metodológicas que viabilicen el análisis de procesos históricos, lo cual supone una aproximación analítica procesual y dialéctica del interjuego entre lo general y lo particular o entre procesos globales y particulares. Por último, la antropología económica debe necesariamente, según los autores, intentar comprender la diversidad y las conexiones analíticas entre la emergencia de diversos actores sociales y las nuevas condiciones que experimentan.

El supuesto teórico culturalista de la cultura históricamente vivida y localmente experimentada debe ser analizado en los propios términos de los sujetos. El énfasis en los significados atribuidos por los miembros de una sociedad a los fenómenos culturales, tanto como los económicos, debe hacerse sobre la base de su propia experiencia. Mediante tales atribuciones, los actores son capaces de llevar a cabo prácticas concretas y por ende de conceder sentido a determinadas acciones, en términos de su posición singular en el mundo. Por ello, el énfasis de la perspectiva etnográfica en la centralidad de la cultura y en sus redes de significaciones, vividas en la realidad cotidiana de acuerdo con la participación activa de los integrantes de la sociedad, provee el marco teórico principal en el que se sustenta este trabajo.

Esta sensibilidad de la antropología hacia la cultura como un conjunto de prácticas significativas, es lo que permite a esta tesis doctoral plantear en términos antropológicos la necesidad de abordar la complejidad de la vida económica en torno a la intrincada relación entre la cultura y las prácticas económicas cotidianas.

El papel principal de los actores, otorgado por la antropología contemporánea, en la construcción de sentido de los fenómenos culturales como la economía mediante las experiencias de la vida diaria, muestra el carácter dinámico y diverso de la cultura y, a su vez, la naturaleza del esfuerzo activo de los sujetos, que enfatizamos en esta investigación.

Procurando reflejar las complejidades de la vida diaria y dando cuenta de la dimensión cultural, establecida histórica y localmente, de las lógicas que guían las experiencias cotidianas de los miembros de la sociedad, rescatamos el marco conceptual provisto por el análisis de prácticas diarias, entendidas como aquello que media las estructuras supraindividuales –social y cultural– y la agencia individual (Faubion, 2007: 50). Haciendo referencia a la investigación de Morphy (1991) sobre el arte de la comunidad Yolungu en Australia, Tilley (2007: 260) muestra cómo los sentidos son vividos en las prácticas de la vida cotidiana. Morphy indaga sobre la multiplicidad de significados de los diseños Yolungu, como sistemas de comunicación y sistemas de conocimiento, elaborados desde el marco de referencia de la práctica. Los significados son creados desde la acción social situada y

contextualizada, que está en una continua relación dialéctica con estructuras generativas basadas en reglas, formando un medio para la acción y al mismo tiempo un resultado de la misma. El arte es así producido mediante su uso, en relación con prácticas individuales y grupales.

Siguiendo la amplia tradición de estudio de las acciones económicas como “incrustadas” en relaciones sociales, desarrollada por Karl Polanyi y retomada por Mark Granovetter,¹² consideramos que las interpretaciones y prácticas de los agentes constituyen una fuente substancial para conocer las lógicas de asimilación cotidiana de la realidad circundante.

En principio, tal conceptualización resultaba útil en particular en el análisis de sociedades “primitivas”, en las que la relación entre lo económico y lo social era claramente identificable, de la mano de las relaciones de parentesco. Sin embargo, minuciosos estudios etnográficos recientes en diversos campos del mundo contemporáneo, han cuestionado y planteado la discusión respecto del carácter “incrustado” o inmerso de la economía en otras esferas sociales como característica exclusiva de las sociedades “primitivas” (Quirós, 2009; Uzzi, 1997). Tales investigaciones han demostrado que también en las sociedades contemporáneas, lo económico atraviesa diversas dimensiones sociales y culturales, contribuyendo a la comprensión de la relación estrecha entre economía y relaciones sociales, entre lo económico y lo cultural.

Con tales hallazgos, no solo se ha dado un paso más allá en el análisis de la articulación entre la acción económica y las relaciones sociales en general, sino que se ha trazado la línea argumentativa que permite conocer en profundidad las formas que toman los lazos entre las prácticas económicas y las redes de relaciones sociales, incluso en el mismo interior de las unidades domésticas (Quirós, 2009). La creciente literatura sobre estudios empíricos relativos a las prácticas económicas domésticas, ha sido crucial para el análisis de la forma en que la intrincada relación entre cultura y economía influye en la vida ordinaria de los individuos, abordada en esta investigación.¹³

Gudeman (2001) desafía a los antropólogos a estudiar las sociedades contemporáneas desde la perspectiva etnográfica, a fin de dar cuenta analíticamente de las intersecciones que

¹² Smelser, N.J. y Swedberg, R. "The Sociological Perspective on the Economy", en *The Handbook of Economic Sociology*, 2ª ed. (Nueva York: Russell Sage Foundation and Princeton: Princeton University Press, 2005, 3-25).

¹³ Las conexiones entre las relaciones sociales y las actividades económicas; los sistemas de contabilidad mental que guían el comportamiento económico cotidiano; las decisiones domésticas que conciernen al consumo, la producción y distribución de bienes y servicios, así como los medios para adquirirlos; la distribución y negociación del trabajo doméstico; y la organización y el planeamiento de la economía doméstica, son solo algunos ejemplos del análisis minucioso llevado a cabo por estos trabajos etnográficos sobre la economía doméstica (ver ejemplos en: Zelizer, 2005; Quirós, 2009; Bittman, England y Folbre, 2003; Carrington, 1999; Humphrey, 1991; Lin Chang, 2005; Miller, 1998; Bearman, 2005; Blair-Loy, 2001; Velthuis, 2003).

se presentan en la vida económica concreta de los seres humanos. El autor parte del reconocimiento de dos campos de transacciones, o *transactions realms*, el de la comunidad y el del mercado, regidos respectivamente por las relaciones sociales y los valores compartidos, por un lado, y por la acción individual con fines materiales, por el otro, con el propósito de exponer la relación dialéctica que existe entre la separación y la complementariedad de ambos órdenes.

En la colección de etnografías presentada en el libro editado por Parry y Bloch (1989) se muestra que pese a la aparente diversidad de significados culturales concedidos a las actividades económicas de las distintas sociedades en cuestión, los autores logran distinguir dos ciclos de intercambios en un patrón general de articulación cultural: un ciclo de transacciones basadas en el comercio y el trabajo remunerado, caracterizado por intercambios monetarios de corto plazo, y, por otra parte, un ciclo de intercambios comunitarios de larga duración atravesados por aspectos morales y sostenidos con el propósito de la reproducción del grupo. Ambos ciclos u órdenes de transacciones parecen corresponderse con la formulación de Gudeman (2001), dado que en las realidades sociales estudiadas se encuentran articulados de manera inextricable.

Tales argumentaciones antropológicas proveen un marco de comprensión de la compleja relación entre la dimensión del mercado y aquella de la comunidad, demostrando, en términos de Narotzky (2004: 237) el papel ineludible de la lógica económica de la esfera doméstica inserta en esta última, al garantizar la reproducción social.

El análisis de la influencia mutua entre lo económico y lo cultural reflejada en la realidad social resulta iluminador en especial cuando se enfocan momentos de crisis económicas, es decir, en tiempos en que los significados culturales se intersectan con realidades económicas cambiantes. Estos períodos constituyen una situación ideal para investigar el producto de tales intersecciones y sus efectos en la vida de los individuos.

Para ello, esta investigación doctoral recurre a un enfoque que recupera los instrumentos conceptuales y metodológicos propios de la disciplina antropológica y de la antropología económica, en particular, así como de los aportes teóricos de la sociología económica. Se debe así apelar a un marco conceptual que rescate las herramientas teóricas y metodológicas específicas de tales campos disciplinarios, que posibiliten la indagación de la diversidad de interpretaciones y de prácticas de los actores sociales respecto de sus realidades económicas singulares. Una comprensión dinámica y procesual del interjuego entre las estructuras que condicionan la vida de los actores sociales, su percepción e interpretación y las prácticas de

los mismos, debe llevarse a cabo en relación con el contexto histórico en el que tal interjuego toma forma.

Procuramos una comprensión de la diversidad, sin tratar las diferencias como equivalentes, rescatando una visión que contemple los múltiples sentidos que las personas dan a sus propias experiencias. Enfatizamos, de esta manera, los aspectos creativos del proceso de dar sentido, en tanto construcciones en las que se intersectan conocimientos y vivencias, biográfica y localmente determinados.

Esta tesis se sustenta, entonces, del marco conceptual que comprende las actividades y procesos económicos en términos de la multiplicidad de significados que adquieren para la vida humana. He examinado a tales efectos, accediendo a la realidad empírica mediante la experiencia etnográfica, los múltiples sentidos otorgados a elementos, procesos y prácticas cruciales en la economía de la vida diaria. Considero, al igual que Salaff (1990), que tales procesos y prácticas cotidianas establecen la posición de la economía privada dentro de la sociedad, teniendo consecuencias públicas en la construcción de la economía de gran escala.

La antropología, tal como hemos mencionado, ha sido pionera en reconocer la interrelación entre la multiplicidad de significados de los elementos, procesos y actividades económicas en las sociedades “exóticas”, y los contextos históricos en los que se insertan. Con el objeto de extender el análisis a diversas prácticas económicas en el desarrollo mismo de la tesis, expondremos aquí solo uno de los tantos ejemplos notables, en los que la contribución de la perspectiva etnográfica ha sentado las bases del estudio de la multiplicidad de sentidos en torno a las prácticas económicas: el tratamiento del dinero en las diversas sociedades estudiadas.

Desafiando las tradiciones que pretenden demostrar que el dinero puede universalizar o corromper especificidades culturales, el trabajo de Parry y Bloch (1989), citado arriba, presenta un célebre conjunto de etnografías que exploran las múltiples formas que adquiere el dinero al ser simbólicamente representado en distintas sociedades, de acuerdo con las formas con que las culturas le asignan una valoración moral en términos de su propia visión del mundo. Los autores proporcionan una explicación de cómo las diversas sociedades estudiadas desde la perspectiva etnográfica incorporan la práctica monetaria occidental a través de procesos distintivos desde el punto de vista cultural. Estos consisten en la apropiación constantemente negociada y resignificada del dinero basada en la valoración moral en términos de su propia comprensión cultural.

Las culturas, por lo tanto, negocian relacionalmente la condición moral de los intercambios monetarios dando forma a los límites y categorías según la nueva realidad contextual. Para

entender el modo en que las representaciones simbólicas de las actividades económicas foráneas son culturalmente variables, espacial y temporalmente, es fundamental comprender el proceso dinámico y negociado de generación de mecanismos de articulación de la realidad habitual y de una nueva situación.

La antropología económica contemporánea también ha mostrado un interés por extender las herramientas conceptuales y metodológicas propias de la disciplina, hacia la observación social y cultural de la diversidad de sentidos que la realidad concreta de la vida humana en las sociedades occidentales contemporáneas presenta respecto del interjuego entre categorías culturales, relaciones sociales y actividades económicas. Exponiendo tal diversidad y “elasticidad” del dinero como una dimensión de la vida social entrelazada con las relaciones personales, Roberto Da Matta plantea que en la vida social se despliegan muchas esferas de intercambio, y cada una de ellas tiene una moneda (Da Matta, 1993: 26). En el plano simbólico, la moneda se relativiza de acuerdo con el entorno social en el que se inserta de manera significativa según los sentidos que los sujetos le confieren, demostrando así su carácter múltiple en estrecha relación con los lazos personales que le dan vida.

Uno de los aportes notables para la comprensión del carácter múltiple del al respecto de las particularidades de la interrelación entre el contexto latinoamericano y las representaciones y prácticas de actores sociales tanto expertos como legos ha sido el provisto por Neiburg (2007). Este trabajo, utilizando como punto de partida empírico los períodos inflacionarios brasileros y argentinos, indaga acerca de los procesos de desnaturalización pública del valor de la moneda, contribuyendo a los estudios antropológicos sobre el dinero, desde una comprensión de sus sentidos sociales y culturales, a fin de analizar la articulación entre las ideas y las prácticas monetarias, tanto eruditas como ordinarias, en tales contextos históricos.

En este trayecto se ha forjado un considerable convenio entre los estudiosos sociales contemporáneos sobre la diferenciación social de fenómenos económicos como el dinero, entre muchos otros, no solo en las economías exóticas sino también dentro de las sociedades monetarias occidentales, en las que las relaciones sociales y las pautas culturales proveen el marco para que los actores redefinan el significado de los mismos, en sus propios términos. Semejante entendimiento parece arrojar luz sobre los mecanismos culturales que subyacen a este tipo de construcciones sociales intersectados por entornos variables.

El análisis de la interacción entre la cultura, las relaciones interpersonales y las prácticas económicas en escenarios críticos puede poner en evidencia el carácter razonable de las lógicas que guían la economía de la vida cotidiana, aunque estas no se recuesten sobre el cálculo racional. La manera en que lo social y lo cultural, enmarcados en contextos históricos

variables, operan en el curso de la vida económica, puede así ser esclarecida particularmente mediante el estudio etnográfico de ámbitos económicos en pequeña escala, en el que la interacción de las prácticas económicas y las relaciones interpersonales adquiere notable visibilidad.

1.2.1.2. Lo económico desde la perspectiva de los sociólogos

La tradición clásica de la sociología económica que puede encontrarse en los célebres trabajos de Marx, Weber, Durkheim y Parsons, entre otros, ha trazado el camino de indagación social sobre fenómenos económicos alrededor de la producción, la distribución, el intercambio y el consumo de bienes y servicios escasos.

A pesar de que los enfoques que han constituido la sociología económica clásica no han producido una perspectiva dominante en este campo del conocimiento, han sentado los cimientos de la disciplina sobre una aproximación compartida hacia determinados aspectos centrales en torno a lo económico y lo social, la cual se erige oponiéndose a las tradiciones económicas clásicas y neoclásicas. Aunque Smelser y Swedberg (2005) reconocen diferencias cruciales entre la sociología económica clásica y la microeconomía (como por ejemplo respecto de los propósitos de análisis, los modelos empleados, el papel de la economía en la sociedad, etc.) sugieren que entre tales aspectos centrados en las discusiones económicas, sobre los que se erigen las divergencias entre la sociología económica y la microeconomía, son centrales: los conceptos de actor y de acción económica. Por un lado, mientras la aproximación analítica de la economía hacia los actores se basa en el individualismo metodológico, la sociología dedica su atención a los actores como entidades socialmente constituidas, es decir, en lugar de observar actores individuales contemplan a los sujetos en interacción con otros sujetos, conformando grupos, instituciones y sociedades. Por otro lado, al estar interconectados, tales sujetos ejercen influencia mutua sobre las acciones subjetivas de los demás y, por ende, la característica central de tales acciones es que son sociales para el enfoque sociológico, contrariamente a la mirada microeconómica, que supone que los actores tienen un conjunto estable de preferencias que les permiten elegir la más óptima entre las diversas alternativas de acción.

Mientras la visión microeconómica se sustenta así en el esquema racional de cálculo entre medios-fines, el enfoque sociológico admite la posibilidad de variados tipos de acción económica. En consecuencia, este último abre el camino a la posibilidad de una comprensión

más amplia de los elementos que en ocasiones pueden incidir en la ejecución de estas acciones. En este sentido, las divergencias entre ambas perspectivas en referencia a la acción económica remite a diferencias clave respecto del entendimiento en torno a la racionalidad formal o sustantiva con que se llevan a cabo. Asimismo, la ausencia de atención deliberada por parte de la teoría económica, hacia el significado que las acciones económicas tienen para la vida humana, ha dado lugar al énfasis sociológico acerca de la centralidad de la construcción histórica y culturalmente variable de tales significados.

La ambición por comprender en detalle la relación entre lo económico y lo sociocultural, desde la sociología, se ha renovado en las últimas décadas en lo que fue denominado la “nueva sociología económica”,¹⁴ principalmente con el fin de producir una alternativa al pensamiento de la economía neoclásica, de hacer frente a la creciente popularidad de la ideología neoliberal y de avanzar hacia una comprensión más profunda del comportamiento económico (Granovetter y Swedberg, 1992). Durante los años 80, la sociología económica se comprometió así con la recolección etnográfica de información empírica a fin de demostrar que las acciones económicas se encuentran incrustadas en sistemas de relaciones sociales concretos (Granovetter, 1985: 487).

No obstante, esta renovación de la sociología económica dio lugar a una gran variedad de corrientes intelectuales divergentes que han realizado notables aportes en el avance del conocimiento sobre el carácter construido socialmente de la economía. Entre las mismas se han destacado en Europa los aportes de Bourdieu (1997; 1986), Boltanski y Thevenot (1991), así como la emergencia de los estudios sociales de las finanzas de la mano de prominentes investigadores sociales pioneros en los Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología, quienes volcaron su interés hacia el análisis de los mercados financieros, sobre todo en Francia y Alemania (Callon, 1998; Knorr-Cetina y Bruegger, 2001). En Estados Unidos, por su parte, han sobresalido los estudios de redes (Granovetter, 1985), los estudios organizacionales (Fliigstein, 1990) y los aportes de la sociología cultural (Zelizer, 1994; DiMaggio, 1994). Entre estas corrientes, la que más se ha aproximado analítica y metodológicamente a la indagación antropológica ha sido el enfoque que la sociología cultural ha elaborado de manera renovada hacia la sociología económica, y por ende, es la que más atrae nuestra atención en esta tesis. Además, esta corriente sociológica se ha caracterizado por el abordaje de la vida económica doméstica como sustento empírico por

¹⁴ La misma ha sentado sus bases sobre el pensamiento de de Karl Marx, Max Weber, Georg Simmel, Joseph Shumpeter, Émile Durkheim y Talcott Parsons, así como sobre los fundamentos conceptuales y metodológicos de la antropología representada por Marcel Mauss, Marshall Sahlins y Karl Polanyi (Smelser y Swedberg, 2005).

excelencia para dar cuenta de las interconexiones entre la cultura y la economía que se dan en la realidad social, acercándose así al interés etnográfico en las experiencias económicas concretas.

“Muchos de nosotros estamos acostumbrados a la visión, asimilada por la investigación y la teoría social, de que las relaciones económicas influyen ideas, cosmovisiones y símbolos. Que lo contrario es verdad, que aspectos de la cultura dan forma a instituciones y relaciones económicas es menos reconocido, y por lo tanto, es más rico en implicaciones para la sociología económica y para las conversaciones interdisciplinarias. [...] [La mayor parte de los antropólogos] quienes ven el comportamiento cultural y económico como mutuamente generativos, tienden a enfatizar que la cultura provee las categorías y el entendimiento que nos permite emprender las acciones económicas” (DiMaggio, 1994: 28).

La propuesta de DiMaggio esclarece nuestro punto de partida, según el cual la incidencia de la cultura en la vida económica se manifiesta específicamente si analizamos la cultura en su carácter de conjunto de orientaciones dependientes del contexto.¹⁵

A su vez, la socióloga económica Viviana Zelizer (1994), evocando variadas etnografías y elementos conceptuales provenientes de la antropología, ha elaborado desde la nueva sociología económica un análisis similar al que antropólogos como Parry y Bloch (1989) han hecho en sociedades “exóticas” sobre los múltiples sentidos que actividades y fenómenos económicos como el dinero adquieren dentro de las sociedades occidentales contemporáneas. La autora apela a la ineluctable consideración que la observación social de tales fenómenos debe hacer de la capacidad ingeniosa de los actores sociales para personalizarlos y diferenciarlos según su inserción en los diversos ámbitos de la realidad actual, creando una multiplicidad de sentidos para la vida humana.

Recuperando estos debates teóricos y metodológicos, explorando las conexiones entre estructura social, sistemas culturales de significados, experiencias subjetivas y sus efectos en las prácticas económicas singulares, en especial en un entorno de quiebre de patrones habituales de conducta, esta tesis analiza la labor de los sujetos de constituir, categorizar, cuestionar y redefinir las combinaciones de significados y relaciones interpersonales, con actividades económicas concretas, como ha sido revelado por la categoría conceptual del

¹⁵ DiMaggio, P. “Culture and Economy”, en Smelser, N.J. y Richard, S., eds., *The Handbook of Economic Sociology* (Nueva Jersey: Princeton University Press, 1994, 27-58).

“trabajo relacional” de Zelizer (2005b: 37).¹⁶ La capacidad de los agentes de crear y dar sentido a sus acciones económicas es para ella un aspecto central, en tanto los mismos orientan su comportamiento económico llevando a cabo un proceso relacional de combinaciones apropiadas entre las dimensiones cultural, social y económica, que denomina “trabajo relacional”. Tal proceso refleja la diversidad de significados que las actividades de la vida económica adquieren al intersectarse con las demás esferas de la realidad. Un ámbito substancialmente sugestivo para indagar sobre tales procesos según la autora es la esfera doméstica, ya que allí resultan más visibles las conexiones clave entre las actividades económicas, las relaciones interpersonales y los significados que las mismas adquieren.

La trama de la vida económica transcurre y es moldeada por tales procesos de combinación, producto del interjuego de elementos socioculturales y económicos que derivan en actos concretos. En este sentido, las prácticas económicas no son productos puramente individuales, sino que consisten en acciones resultantes de la articulación de elementos provenientes de: la experiencia subjetiva, el sistema de significados culturales y la interacción social. Alex Preda (2006: 143-144) recurre a la noción de *figura* para indagar acerca de la naturaleza, la configuración y el papel de los actores insertos en un marco de interacción social, la cual permite dar cuenta de las intersecciones entre la estructura social y la agencia individual, que se encuentran en la realidad económica cotidiana.

Las líneas de los párrafos previos sugieren que existe un relativo acuerdo entre los observadores sociales contemporáneos sobre la comprensión de lo económico y lo sociocultural como vitalmente vinculados. Semejante entendimiento permite tanto cuestionar la idea de la lógica racional instrumental como única guía aceptable para llevar a cabo acciones económicas adecuadas, como entrever la posibilidad de la existencia, e incluso coexistencia, de lógicas alternativas de acción que lejos de ser racionales pueden ser consideradas razonables de acuerdo con las circunstancias. La diversidad de experiencias concretas del mundo real en las que la racionalidad no parece gobernar ponen en evidencia con claridad estas cuestiones decisivas a la hora de examinar las conductas económicas en períodos de crisis.¹⁷

¹⁶ Para analizar la labor cognitiva de los actores sociales respecto de sus actividades económicas recurrimos también a la idea de la “contabilidad mental” de Richard Thaler. Este autor sostiene que los miembros de las unidades domésticas hacen uso de un conjunto de operaciones cognitivas distintivas para organizar y evaluar sus actividades y decisiones económicas (Thaler, 1999: 184).

¹⁷ Fenómenos tales como la avaricia, la confianza, el altruismo, los dones o la valuación de bienes y relaciones no convencionales en términos económicos –por ejemplo las emociones (Berenzin, 2005), la intimidad (Zelizer, 1985 y 2005b) o el cuerpo humano (Healy, 2004)– representan intersecciones complejas entre lo económico y lo cultural, que no parecen ser guiadas por la racionalidad sino por otro tipo de lógicas.

Tales experiencias que reflejan conductas gobernadas por lógicas alternativas han impulsado a muchos científicos sociales a indagar sobre los comportamientos económicos, tomando en cuenta la dimensión afectiva, cultural y contextual de la vida económica (Berenzin, 2005: 109). Por ejemplo, los estados afectivos involucrados en el proceso que guía la conducta y la acción económicas han sido tradicionalmente vistos en los relatos economicistas como impedimentos que interfieren en el cálculo racional. La imposibilidad de predecir la incidencia de las emociones en el curso que toman las acciones ha constituido desde hace tiempo un dilema para la teoría económica, por lo que esta ha subestimado su papel respecto de la orientación de la conducta. Esto resulta privativamente complejo cuando los juicios que guían las acciones se relacionan con eventos también impredecibles. En tales casos, dichos eventos generan un estado de incertidumbre y desequilibrio entre el agente y su entorno, el cual a su vez conduce hacia la emergencia de reacciones emotivas –supuestamente “irracionales”–, que parecen gobernar sus acciones (Berenzin, 2005: 122).

Esta tesis rastrea entre la evidencia empírica, la diversidad de lógicas que operan en el proceso de ejecución, cuestionamiento y redefinición de las actividades económicas, mostrando que, contrariamente a la asunción de la teoría económica dominante, lo emocional constituye uno entre los tantos factores que influyen en el curso de los procedimientos que conducen a la acción, aunque sin necesariamente llevar a conductas “irracionales”. Aun en circunstancias de crisis se exhiben comportamientos y acciones razonables en los que las emociones ejercen influencia decisiva.

En tales períodos se pone distintivamente de relieve el rol complementario de las evaluaciones cognitivas y las reacciones afectivas demostrado por Löwenstein y colaboradores (2001) para dar forma a las prácticas económicas. Las circunstancias en las que los actores se encuentran a la hora de decidir el curso de tales actividades, repercuten en la manera en que estas se manifiestan como razonables aunque no racionales en sentido instrumental (Carrier, 1997:11).

En escenarios cambiantes, la racionalidad parece debilitarse dejando lugar al despliegue de conductas y prácticas gobernadas por otros factores, como las emociones. El examen de aquellas puede conducir a dilucidar con claridad las lógicas que operan en el proceso en el que las mismas son engendradas.

Los debates académicos en torno a la tensión entre la razón y la emoción tienen como eje el análisis de los procesos implicados en la conformación de las conductas y las acciones económicas. El reconocimiento por parte de las disciplinas sociales de que la vida práctica contiene tanto lo emotivo como lo racional, principalmente provino de aportes que desafiaban

estas tendencias utilitaristas dentro de la sociología (Smelser, 1992). Cabe también mencionar la línea argumentativa centrada en la percepción del riesgo en el campo de los procesos decisionales, que sostiene que las reacciones emocionales, además de las evaluaciones cognitivas, ejercen una influencia dominante en el comportamiento (Löwenstein *et al.*, 2001).

1.2.1.3. Emociones económicas

En el intento de revalorizar la importancia de las emociones en la economía –en tanto influyen en las acciones económicas– en particular en circunstancias en que la interacción social se desenvuelve en el marco de situaciones extraordinarias, hemos recuperado los enfoques teóricos que sostienen que, contrariamente a ser opuestos, los factores emocionales y cognitivos se intersectan en el proceso que determina los cursos de las acciones.

Para ello, he analizado las experiencias de la crisis como un dominio de la realidad escasamente explorado por las disciplinas sociales y al mismo tiempo cada vez más significativo para la vida del mundo contemporáneo (Preda, 2009b: 203). En este sentido, el foco de la atención de esta tesis se dirige hacia determinar en qué medida semejantes intersecciones se presentan en la realidad concreta de situaciones de crisis económicas, con el fin de dilucidar cómo en situaciones extraordinarias se hace distintamente visible la influencia de las emociones en el esfuerzo creativo que los actores hacen de orientación y reorientación de las acciones e interacciones económicas.

Desde la antropología, las emociones, en tanto construcciones culturales propias de Occidente, han sido analizadas respecto de su asunción cultural como opuestas a la razón. Aunque el interés antropológico por la incidencia de las emociones en la economía no ha constituido el foco central de las investigaciones etnográficas relativas a los estados afectivos, estas han contribuido notablemente al estudio de la forma en que se presentan en la realidad. Catherine Lutz (1986) ha estudiado que el contraste entre emoción y razón remite a distinciones culturales fundamentales entre los afectos experimentados a nivel corporal y la cognición experimentada a nivel mental, que a su vez evidencian la contraposición entre lo irracional y lo racional. Con matiz antropológico, la autora sostiene que la razón constituye solo una forma reconocida convencionalmente entre tantas de reflexionar sobre las cuestiones humanas básicas.

La relación entre las emociones y la economía, sin embargo, ha sido ampliamente abordada desde la sociología de las emociones. La investigación de Arlie Hochschild (1979;

1983) ha sido pionera en este trayecto. Hochschild ha aplicado su argumentación en torno al componente sociocultural de las emociones como parte constitutiva de la vida económica (Berenzin, 2005: 119). La socióloga ha investigado empíricamente la manera en que ciertos trabajos requieren el manejo de emociones por parte de los sujetos abocados a ellos (Hochschild, 1983); desafía con ello la idea de las emociones como una fuente de desequilibrio, descontrol, irracionalidad e inestabilidad. Aunque las normativas socioculturales han sido extensamente atendidas al analizar el pensamiento y el comportamiento humano, son escasos los estudios de la forma en que aquellas influyen en las emociones. Hochschild identifica, no obstante, en la realidad empírica, conexiones entre la estructura social, la cultura y la experiencia emotiva (1979). Ella sostiene que los humanos evocan, dan forma o suprimen emociones según lo que consideran apropiado en situaciones particulares, y esto demuestra la relación fundamental entre emoción y acción. Asimismo, enfatiza el carácter sociocultural de la dimensión emotiva, por una parte, y pone acento en la capacidad de los sujetos para operar en grado o en calidad sobre la misma de acuerdo con las clasificaciones culturales, las cuales definen *reglas emocionales*.

Siguiendo este argumento, el enfoque analítico de la incidencia de las emociones en las orientaciones económicas remite entonces a la relación entre la cultura y las acciones, incluso en circunstancias problemáticas. El conflicto que resulta de discrepancias entre experiencias afectivas que difieren en calidad o grado de lo típico o deseable en una situación dada deriva según Thoits (1990) en *emociones desviadas*. Los sujetos son capaces de maniobrar cognitivamente y físicamente sus emociones ante la potencial emergencia de conflictos entre emociones experimentadas en una situación determinada y las normas socioculturales que establecen formas de sentir apropiadas para cada situación (Hochschild, 1979).

Otro aporte al análisis de la relación entre emociones y economía proviene de las investigaciones de Nina Bandelj (2009). En contraste con los enfoques que analizan la relación entre emociones y economía desde el punto de vista de los sujetos individuales, su sugerencia teórica relacional se enfoca en la manera en que las emociones resultantes de la interacción social influyen significativamente en los actos económicos. Desafiando la noción de acción económica racional, ella formula la idea de *interacción económica creativa*, que remite a la influencia de las emociones sobre las acciones económicas, en tanto son engendradas en el proceso mismo de interacción. Las acciones e interacciones económicas, como toda acción social, argumenta Bandelj, para ser llevadas a cabo, dependen más de la creatividad que de la racionalidad de los actores. Las acciones poseen un atributo más creativo

que teleológico dado que no solo dependen de la situación en que transcurren, sino que “la situación es constitutiva de la acción” (Joas, 1996: 160; citado en Bandelj, 2009: 361).

Como vemos, las limitaciones del pensamiento neoclásico para comprender ciertos comportamientos humanos que no parecen ser gobernados por el esquema racional de medios-fines, tanto en situaciones habituales como inusuales, existe una tendencia académica hacia la revalorización de la dimensión afectiva con connotaciones morales, como constitutiva de la vida social y económica. En este sentido, se recupera el papel central de la cultura contextualmente dependiente en la formación de juicios relativos a las acciones económicas. La incidencia de elementos culturales en las emociones, y por consiguiente en tales juicios, revela los lazos existentes en la realidad social entre la interpretación y la acción. La experiencia física de las emociones diverge de la interpretación de las mismas –en términos de cognición– y de las acciones que se toman en respuesta a ellas. Asimismo, tal interpretación resulta del entramado de significados culturales en los que los sujetos experimentan las emociones. Por lo tanto, aunque con frecuencia sean mantenidas analíticamente separadas, las emociones y la cultura se presentan interconectadas en la vida económica diaria. De este modo, resulta claro que tanto la cultura como la interpretación intervienen entre las emociones y las acciones (Berenzin, 2005: 111).

A pesar de la extendida reputación del modelo neoclásico del mercado, estudios empíricos han mostrado que este ideal no se corresponde con lo que sucede en la realidad y que aun en ámbitos centrales para el funcionamiento del mismo, como en empresas o en bolsas de valores, los actores se desvían de tales parámetros e incluso tales desviaciones no constituyen desventajas respecto de lo racional. Las circunstancias extraordinarias constitutivas de contextos de crisis económicas pueden consistir en momentos significativos para revelar las limitaciones de la teoría económica dominante para dar cuenta de la compleja y dinámica realidad.

CAPÍTULO 2

CRISIS

INTRODUCCIÓN

Este capítulo ha sido dedicado a proveer un marco conceptual y contextual respecto del tratamiento teórico de las crisis en general y del abordaje del escenario de la crisis argentina de 2001 en particular. Se comenzará revisando la literatura existente en torno del concepto de crisis relevante para el caso de Argentina de 2001 y, luego, se expondrá una breve reseña histórica y cronológica, argumentando que la elección de tal escenario remite a la necesidad de abordar desde la perspectiva antropológica, de una manera microsocia, los significados que las personas atribuyen a las crisis en las que están inmersos.

2.1. CRISIS: HACIA UN RECORTE CONCEPTUAL

Aunque desde tiempos remotos, muchos procesos históricos pueden definirse en términos de los fenómenos constitutivos de las crisis, recién durante la última mitad del siglo XX el uso del concepto “crisis” ha alcanzado una popularidad entre pensadores de diversas disciplinas y entre el público en general. La proliferación del empleo de la noción de crisis indica, de acuerdo con el historiador Gerhard Masur (1973), la relevancia de un proceso de concientización en torno a la recurrencia de las crisis como una característica saliente de la sociedad occidental contemporánea. Sin embargo, el uso indiscriminado de la palabra ha dado lugar a una considerable confusión en cuanto a la precisión con que se emplea en los distintos dominios. Así, es usual contemplar el uso del vocablo que medios de divulgación masiva realizan al referir a diversos tipos de cambios –inminentes o consumados– en las actividades humanas.

En vista de la incertidumbre relativa a la expresión “crisis”, que es central en esta tesis doctoral, debemos partir de la elaboración de un recorte conceptual que permita al menos

delimitar analíticamente el marco histórico mediante el que nos hemos propuesto abordar el problema de investigación. Para ello, haremos un breve recorrido por los diversos aportes alrededor del empleo del término, que adquieren particular relevancia en el giro que historiadores durante la década del 70 hacen hacia el estudio del empleo de la expresión “crisis” en historia.

El célebre trabajo de Randolph Stern (1971) en referencia a los usos que los historiadores han hecho del término crisis, encuentra el origen del mismo en el concepto griego *kpisis*, el cual implica un cambio o una decisión. Stern señala que aunque Thucydides menciona la palabra *kpisis* en numerosas ocasiones al relatar la Guerra del Peloponeso, lo hace utilizando el vocablo particularmente en relación con la plaga de Atenas, haciendo referencia al discurso médico griego. De este modo, el concepto de crisis aparece en pensadores europeos modernos mediante su importación desde la terminología médica. Por lo tanto, con anterioridad a la utilización científica de dicho concepto, este ha sido empleado desde tiempos remotos por la medicina. El diagnóstico de las enfermedades y las crisis como una fase delimitada de las mismas conformaron las fuentes de conocimiento de la salud y la vida (Reppinger, 1999: 8). Estos usos del concepto de crisis remiten a cambios en un proceso y a consecuentes decisiones (O'Connor, 1981).

El uso médico del término crisis refería a una etapa en un proceso de afección en la que establece si el organismo puede recuperar por sí mismo la salud. En tal caso, tanto la enfermedad como la crisis son consideradas como objetivas. Así, la enfermedad es provocada por factores externos, y la desviación respecto del estado de salud que esto supone para el organismo es observable o medible empíricamente. La subjetividad del paciente queda al margen de un proceso sobre el que no parece poder influir. En esta concepción, las crisis constituyen fuerzas objetivas “que arrebatan al sujeto una parte de la soberanía que normalmente le corresponde” (Habermas, 1999: 20).

Más allá de la terminología médica y psicológica respecto de alteraciones de la salud física y mental, el más amplio sentido de la palabra crisis es de uso más reciente, y no ha sido utilizado antes de finales del siglo XVIII. El término fue entonces introducido durante este período, adquiriendo particular relevancia en el lenguaje conceptual del análisis económico (Masur, 1973). Según Habermas (1999: 20), desde Aristóteles hasta Hegel, las crisis han representado puntos de inflexión en un proceso determinado por el destino, que a pesar de toda objetividad, no son impuestos simplemente desde el exterior y no permanecen ajenos a la identidad de los sujetos atrapados en él.

Aunque la historia de la humanidad ya había sido testigo de perturbaciones económicas con frecuencia, solo luego de las grandes revoluciones del siglo XVIII, los pensadores económicos se ocuparon del análisis de las “crisis” en el marco de las descripciones sobre las interrupciones de los emergentes “negocios”. No obstante, tales teóricos no realizaban distinciones respecto de los factores externos e internos que incidían en la generación de disrupciones en la dinámica de los procesos económicos. Más tarde, la teoría económica ha ido paulatinamente delimitando el concepto de crisis a aquellos períodos acotados y transitorios en los que se producían alteraciones desde una situación regular hacia una caracterizada por fenómenos y eventos extraordinarios de naturaleza finita, por lo que nuevamente se volvía al estado normal previo; semejante entendimiento daba lugar a la comprensión de las crisis como fases naturales del ciclo económico, que parecía contener una dinámica y leyes propias. Tal ha sido la convicción de economistas del siglo XIX como Sismondi, Malthus, y Mill (Masur, 1973).

La gran y célebre excepción a esta interpretación de la realidad de las crisis provino del pensamiento de Karl Marx, quien vio las crisis económicas como un rasgo significativo y característico del sistema capitalista. Aunque distinguió entre las condiciones institucionales que permiten el movimiento cíclico de la economía y las condiciones improvisadas que en realidad provocan el estallido de las crisis, Marx aceptó la idea de la recurrencia periódica de las mismas (Masur, 1973).

De este modo, Jürgen Habermas (1999) agrega que Marx hace el primer intento dentro de las ciencias sociales de plantear el concepto de crisis en términos de crisis sistémica. En la teoría marxista, las crisis son definidas como interrupciones en el proceso de acumulación de capital y las crisis capitalistas como procesos objetivos de disfunción o desintegración del sistema (O'Connor, 1981: 301). De allí que en la actualidad, de acuerdo con Habermas, los observadores sociales convengan en gran medida sobre una conceptualización de las crisis en torno a la teoría de los sistemas. Cuando las posibilidades de resolver problemas de un sistema social son menores a aquellas necesarias para su mantenimiento, se producen perturbaciones que atentan contra la integración sistémica, las cuales son engendradas al interior de la estructura. Los patrones de normalidad en los sistemas sociales son tan versátilmente complejos que no es posible determinar con precisión si una alteración crítica del sistema refleja una regeneración o un quiebre. En este marco de comprensión de las crisis, “solo cuando los miembros de la sociedad *experimentan* los cambios de estructura como críticos para el patrimonio sistémico y sienten amenazada su identidad social, podemos hablar de crisis” (Habermas, 1999: 23). El mérito de la explicación marxista centrada en las crisis en

la economía capitalista ha sido considerado ampliamente por diversos pensadores para comprender los cambios que tuvieron lugar en el mundo en el siglo XIX y, sobre todo, luego del estallido de la Gran Depresión de 1929 (Masur, 1973).

Habermas, a su vez, renuncia a hacer más énfasis en el orden y el equilibrio que en los aspectos conflictivos. Con ello, pretende comprender las alteraciones estructurales críticas que amenazan la continuidad de la existencia de los sujetos y propone un sistema teórico orientado a la percepción de los estos (Habermas, 1999). Los sujetos son los que están envueltos en las crisis. Aunque no niega la importancia de los cambios en la vida material, presupone que las percepciones subjetivas de las crisis se manifiestan forzosamente en términos culturales. Por eso, una teoría de las crisis debe tener en cuenta las manifestaciones con que se presentan las percepciones culturales. Este punto de partida cultural de Habermas tiene la ventaja –respecto de las teorías objetivistas– de delimitar el alcance de lo “patológico” en términos sociales, al hacer referencia a construcciones culturales observables.

Un enfoque escasamente analizado en los estudios referentes a las crisis proviene del historiador suizo Jakob Burckhardt (1929; citado en Masur, 1973), quien sostiene que las crisis son el resultado de pasiones concretas y que la pasión es la que engendra los grandes acontecimientos. En el pensamiento de Burckhardt, las crisis no necesariamente interfieren en los logros culturales. Dado que la continuidad y la tradición generan un marco favorable para la cultura, los sujetos pueden ser inducidos a una falsa seguridad, convirtiendo su vida intelectual en rutina. Las crisis, argumenta este historiador, pueden considerarse como signos auténticos de la vitalidad cultural y deben ser consideradas como una prueba de crecimiento; además, enseñan a los hombres a distinguir entre lo que es trivial y lo que es fundamental en la vida humana. No obstante, las crisis pueden tanto fertilizar el pensamiento humano como aniquilarlo.

Con frecuencia puede contemplarse el uso del término “crisis” al hacer referencia a cambios precipitados en un corto período que afectan a las instituciones, las costumbres, los modos de pensamiento y sentimiento, las estructuras y las organizaciones económicas, y con razón puede ser denominada una “crisis”. Sin embargo, eventos esporádicos no resultan obligatoriamente suficientes para clasificar un período bajo el título de crisis. No podemos tampoco realizar generalizaciones apresuradas acerca de cada cambio, calificándolo como tal. Esta falla es lo que Burckhardt denomina “falsificación de las crisis”, las cuales no dan lugar a una transformación fundamental del status quo, sino simplemente constituyen cambios que conllevan promesas incumplidas luego de la victoria.

Si aceptamos esta restricción, podemos arribar a un empleo más preciso de la noción de “crisis”, dando cuenta de lo que las crisis significan para la vida humana. En este sentido, las formas en que las crisis económicas afectan más directa y cruelmente la vida diaria de los sujetos que los cambios intelectuales o emocionales lo hacen, supone que las mismas sean más fáciles de capturar para los observadores sociales. Pero con frecuencia solo pueden ser percibidas como tales en retrospectiva, así como el reconocimiento de sus motivos y eventos constitutivos (Masur, 1973).

La noción “crisis” parece implicar una ruptura en cierta continuidad, pero estas interrupciones son a menudo más aparentes que reales. Una de las contribuciones más significativas de Burckhardt es la distinción entre *crisis superficiales* y *crisis genuinas*. Mientras las crisis superficiales son recurrentes, las genuinas son esporádicas, conducen a transformaciones vitales y producen atemorizantes aceleraciones precipitadas de los procesos históricos. En estas últimas, los desarrollos que forman parte del flujo de la vida, que en circunstancias “normales” podría extenderse incluso a varios siglos, son consumadas en cuestión de semanas o meses (Masur, 1973).

Desde la sociología, el tratamiento de tales fenómenos de profunda significatividad sociológica ha girado en torno a las maneras en que las crisis desafían las rutinas. El quiebre de los hábitos fuerza a los actores a considerar tenazmente valores y normas dados establecidos, que por lo común guían el flujo rutinario de la vida social. Las profundas incertidumbres intrínsecas de los períodos de crisis ponen en cuestión el destino de la vida, revelando de manera peculiar la naturaleza social y cultural de los seres humanos. En las crisis, los fundamentos de la sociedad se encuentran inusitadamente expuestos, lo que posibilita la observación sensible de fenómenos y procesos que usualmente son dados por sentado. En este sentido, el análisis de la vida durante períodos de crisis es propicio en términos antropológicos, dado que permite desnaturalizar el carácter dado por sentado de las rutinas –así como de los valores y las normas que las sostienen– e iluminar sus particularidades en tanto construcciones sociales y culturales.

En su célebre investigación sobre el suicidio, Emile Durkheim (1998) distingue tendencias suicidas de tres tipos: *altruista*, *egoísta* y *anómico*. Este último es el que proporciona un marco para conocer el enfoque sociológico de Durkheim en el que hace referencia a los períodos turbulentos caracterizados por la anomia. Dado que los individuos necesitan reglas y normas durante la vida diaria, ante situaciones invadidas por perturbaciones que alteran el curso de la vida, reaccionan de manera negativa. Durkheim admite que es conocida la influencia agravante que tienen las crisis económicas sobre la tendencia al suicidio y, si así

fuese, las muertes voluntarias deberían disminuir sensiblemente cuando el bienestar aumenta. Sin embargo, mediante un estudio minucioso de carácter histórico, señala que: “Hasta las crisis dichosas, cuyo efecto es el de acrecentar bruscamente la prosperidad de un país, influyen en el suicidio lo mismo que los desastres económicos”, exponiendo así que tanto en los casos de crisis por desastres económicos como en aquellos casos en los que el origen de las crisis se produce por un brusco acrecentamiento económico, las condiciones de vida cambian y toda reglamentación es defectuosa, arrojando bruscamente a ciertos individuos a una situación inferior a la que ocupaban hasta entonces en el primer caso, mientras que en el segundo “las ambiciones sobreexcitadas van siempre más allá de los resultados obtenidos” (Durkheim, 1998: 271).

De esta manera, el pensador concluye que “si las crisis industriales o financieras aumentan los suicidios, no es por lo que empobrecen, puesto que las crisis de prosperidad tienen el mismo resultado; es porque son *crisis*, es decir, perturbaciones de orden colectivo”. Así, “cuantas veces se producen en el cuerpo social graves reorganizaciones, ya sean debidas a un súbito movimiento de crecimiento o a un cataclismo inesperado, el hombre se mata más fácilmente” (Durkheim, 1998: 261). Durkheim sostiene su argumentación sobre la idea de las crisis en tanto quiebres de un equilibrio dado, resultando en un bienestar mayor o menor. Las crisis representan instancias en donde no hay una definición clara de categorías de clasificación. En este sentido, Durkheim ha tomado el término de la “anomia griega” o falta de leyes, para señalar que la anomia podría resultar de los abruptos cambios sociales. Una situación anómica es aquella en la que existe un conflicto de normas, de manera que los individuos no pueden orientar con precisión su conducta, o sea, se encuentran en una situación en la que no hay normas precisas. Algunos sociólogos americanos, en particular Merton (Espinosa, González García y Torres Albero, 1994), han relacionado el concepto de anomia con el estudio sociológico de los comportamientos desviados. Cuando un individuo o un grupo está impedido de alcanzar aquellas metas ampliamente aceptadas puede resultar en un quebrantamiento de las leyes. El mayor propósito de Merton era analizar las fuentes socioculturales de estos comportamientos desviados. No obstante, como asevera Durkheim, puede darse que cuando el estado de crisis y de anomalía es constante, se vuelve “normal” para aquellos que los experimentan. “La impotencia, constriñéndonos a la moderación, nos acostumbra a ella” (Durkheim, 1998: 271).

Pese al énfasis en modelos de orden normativo, incluso el mismo Talcott Parsons (1968) no evita la preocupación por problemas de conflicto social y desequilibrio. Él considera que la sociedad moderna no puede ser necesariamente armónica debido a la existencia de la

diferenciación social, la cual plantea problemas potenciales para la integración de diferentes subsistemas sociales. En este sentido, el legado de Parsons refiere a que promueve la noción de crisis en la modernidad como crisis de diferenciación e integración y sugiere que el análisis de las crisis debe ser delimitado por algún sentido de normalidad.

La noción de crisis, en tanto desvío del estado rutinario del cuerpo y del orden social, debe dar cuenta de su significado para los seres humanos, ya que contribuyen a cambios cruciales en la vida de los mismos. Un empleo más preciso de la noción de “crisis” requiere entonces contemplar las formas en que las crisis desafían las rutinas, forzando a los actores a reevaluar los valores en los que esta última se sostiene (McIver, 1941: 2), y así iluminar uno de los aspectos más centrales de las crisis: su significado para la vida humana.

Aunque las crisis no parecen constituir la antítesis del orden, sino más bien reflejan cambios cruciales que se desvían del flujo rutinario, engendrando transformaciones, dada su utilidad analítica las entendemos, al igual Robert Holton (1987), como metáforas de momentos de quiebre social en el funcionamiento de los sistemas contextuales, viabilizadas por el supuesto de contraste entre estas y un período de relativo equilibrio. En este sentido, nos hemos aproximado, además, al estudio de Alfred Schutz y Thomas Luckmann que analiza los estados críticos producidos en situaciones problemáticas en las que ya no es posible para los individuos aplicar el esquema habitual de conducta o interpretación provista por la cultura (Schutz y Luckmann, 2003).

El análisis de estrategias retóricas, de dispositivos discursivos y de prácticas concretas que representan las formas en que los actores sociales experimentan las crisis económicas, puede acercarnos a una noción más exacta de “crisis” que refleje la complejidad con que tales eventos se manifiesta en la realidad. Para ello, es fundamental recurrir a un concepto que no solo se refiere a la acumulación de alteraciones respecto de la rutina, más bien permita contemplar tales momentos históricos como períodos estratégicos de transformación que requieren intervenciones no rutinarias decisivas.

Teóricos contemporáneos comienzan a reflexionar acerca de si el destino actual de la sociedad occidental se proyecta en la vida bajo condiciones de crisis permanentes, superficiales o genuinas en términos burckhardtianos, deliberadas o fortuitas. De este modo, la idea de crisis está penetrando en los más diversos campos de las actividades humanas, entre ellos, la incursión de la noción de crisis económicas y financieras, y su referente en el mundo económico y financiero real que representa unas de las encrucijadas más trascendentales para el destino de la humanidad.

2.1.1. Estudios sociales de las crisis

El enfoque sociocultural de las situaciones extraordinarias inherentes a las crisis económicas aporta la plataforma teórica para indagar analíticamente los cambios posibles en las percepciones, las relaciones sociales y las actividades, que se suscitan ante escenarios caracterizados por interrupciones de las rutinas, las cuales generan incertidumbres que instan a los actores a poner en práctica intervenciones no rutinarias. Partiendo del supuesto de que las percepciones de los eventos inusuales tienen un rol prominente en las decisiones que los actores sociales toman (Slovic y Weber, 2002), entendemos que la comprensión y la forma de hacer frente a las incertidumbres generadas en circunstancias de crisis requieren de un procesamiento de la información distintiva surgida del quiebre de ciertos patrones habituales de conducta. La percepción subjetiva que guía el comportamiento económico, a su vez, resulta de reacciones, cambios y procesos, en los que la dimensión cognitiva se articula con la afectiva en la vida concreta (Preda, 2009b; Bandelj, 2009; Berenzin, 2005).

Fenómenos sociales complejos que emergen en las sociedades contemporáneas, como la economía y las finanzas, han dominado la atención de gran parte de los análisis antropológicos y sociológicos actuales. Dentro de este marco, situaciones extraordinarias, como las engendradas por las crisis económicas, han impulsado a tales estudiosos a abordar aquellas irregularidades constitutivas de las mismas y los consecuentes comportamientos que se desvían del curso habitual de la vida. Estudios empíricos recientes han mostrado que tales desviaciones constituyen, sin embargo, reorientaciones de prácticas significativas enmarcadas en el orden de interacción social (Preda, 2009b). Las circunstancias en las que la interrupción de la rutina forma parte de la vida diaria, adquieren particular relevancia para el análisis de los procesos que sostienen las vidas económicas singulares, los cuales moldean prácticas económicas significativas y razonables (Hobbs, 2007: 204).

A pesar de la recurrencia de las crisis económicas y financieras en el mundo contemporáneo, son escasos los abordajes teóricos alrededor de su significado para la existencia de los sujetos. El flujo rutinario de la vida que supone la consistencia entre la experiencia subjetiva, los marcos convencionales y la situación¹⁸ se desvían justamente ante

¹⁸ Para Schutz (2003: 33 y 110), la "situación" hace referencia a los escenarios delimitados ontológica, biográfica y socialmente determinados, en que los hombres experimentan subjetivamente el mundo. Goffman (En Hochschild, 1979: 556), ve a las "situaciones" como encuentros sociales delimitados gobernados al interior de los mismos, los cuales representan el nivel intermedio entre la estructura sociocultural y la experiencia individual. Ambas concepciones tienen relevancia aquí, pues reflejan la necesidad de una articulación entre la experiencia subjetiva y la estructura sociocultural definida, coincidente

situaciones excepcionales que resultan de substancial relevancia si se pretende dar cuenta de las experiencias humanas de las crisis. Durante tales períodos la consistencia entre situación, encuadre sociocultural y experiencia subjetiva se debilita, dado que los cambios en el entorno introducen nuevas posibilidades que se traducen en oportunidades y/o amenazas (Weber y Jonson, 2009: 57), en tanto demandan inicialmente el enfoque de la atención en la nueva situación, y resultan en la “deshabitación y las reacciones orientadoras” (Posner y Rothbart, 2007; en Weber y Jonson, 2009: 57). Dicha consistencia es eventualmente vulnerada ante discrepancias entre sus partes, dando lugar a modificaciones en la manera en que los sujetos comprenden y operan sobre la realidad.

La vida económica se moldea en el proceso por el que los individuos combinan categorías culturales, relaciones interpersonales y experiencia subjetiva, resultando en el interjuego de elementos diversos que deriva en actos económicos concretos (Zelizer, 1996; 2005b; DiMaggio, 1994; Granovetter y Swedberg, 1992; Knorr-Cetina y Bruegger, 2000). Las experiencias –en tanto percepciones, interpretaciones y alternativas de acción– permiten a los sujetos comprender y operar sobre el mundo natural y social. Son mediadas por un marco de referencia, en el que se articulan factores objetivos y subjetivos, para interpretar cada situación habitual de la realidad y actuar en consecuencia. La inadecuación de tal marco para comprender la realidad cotidiana, solo se hace evidente ante la experiencia de situaciones problemáticas que requieren una explicitación complementaria. La vida cotidiana habitual, en este sentido, presupone la existencia de tales circunstancias y provee ejemplos de formas de resolverlas. El orden de lo presupuesto, como el ámbito más próximo a la experiencia humana, es constituido entonces por situaciones habituales rodeadas constantemente por eventuales incertidumbres (Schutz, 2003: 30).

Un ejemplo que analizaremos en profundidad más adelante, es el que Alfred Schutz (2003: 95-107) provee mediante su análisis de la manera en que un forastero se adecua a una cultura extraña. De acuerdo con el planteo de Schutz, el forastero toma como referencia el marco interpretativo del mundo familiar para embarcarse en la ardua tarea de interpretar el marco de referencia de la cultura en la que pretende insertarse. La nueva cultura representa para este foráneo una instancia de pesquisa. La relación de la experiencia de este actor y la nueva cultura es, según Schutz (2003: 106), más o menos objetiva. Esto evidencia, por un lado, el carácter activo del esfuerzo de los actores sociales al hacer explícitas las asunciones dadas por

o no, y la idea de engranaje entre lo subjetivo y lo estructural al momento de ver los eventos rutinarios que al quebrarse demuestran las inconsistencias, que requieren de la atención particular y la intervención extraordinaria por parte de los sujetos.

sentado del nuevo entorno cultural y, por el otro, a adecuar su marco de referencia y sus prácticas, en términos de la nueva realidad. Con este ejemplo, Schutz muestra que la experiencia de cualquier miembro dentro de su propia cultura, sociedad o grupo puede reflejar la situación vivida por el forastero.

La argumentación antropológica planteada por Maurice Bloch (2006) sobre la construcción e incidencia de “aparatos cognitivos” en las tareas cotidianas, sugiere asimismo que la adquisición de conocimiento no tiene que ver solo con el almacenamiento de conocimiento recibido, sino que guarda relación con la construcción de *aparatos* para el manejo y el empaquetamiento eficiente de dominios específicos de conocimiento y práctica. La transmisión cultural de conocimientos prácticos de la vida diaria implica la construcción de tales aparatos específicos dedicados a hacer frente tanto a situaciones habituales como a imprevistos en el marco de dominios específicos del conocimiento y la práctica (Bloch, 2006: 291).

No obstante, el planteo de Bloch se sustenta en una perspectiva crítica respecto de las consideraciones formales y psicologicistas de la relación entre el pensamiento y la acción, a partir de una conceptualización interpretativa, relacional y significativa de cómo son llevadas a cabo las prácticas en la vida diaria. En el mismo sentido, Clifford Geertz (2006: 239) cuestiona el análisis de la cultura en tanto estructuras psicológicas que guían la conducta e insiste en una comprensión de la misma en términos de las redes de significado socialmente establecidas que le dan forma. Los hábitos, rutinas y conocimientos involucrados en la vida práctica no pueden, según Geertz, ser examinados mediante métodos formales. Aunque estos sean de orden cognitivo, no son centrales para comprender las acciones en sí mismas. La cultura es la que provee el un contexto en el que los significados de las acciones sociales se hacen inteligibles. Y al mismo tiempo, las acciones humanas representan comportamientos significativos en tanto sean articuladas con los marcos culturales de interpretación (Geertz, 2006: 242).

El papel del sistema cultural simbólico y del orden de interacción social en el desenvolvimiento de la vida económica ha sido analizado ampliamente, pero han sido escasas las indagaciones respecto a cómo se efectiviza semejante influencia cuando existen eventos que constriñen el curso habitual de la vida. Alex Preda (2009a) ha provisto algunas formulaciones teóricas cruciales para indagar acerca del comportamiento humano en circunstancias críticas o extremas, tales como las crisis financieras o las catástrofes humanas y naturales. Preda sugiere que contrario a la idea ampliamente difundida en el pasado en torno a que tales escenarios engendran conductas “irracionales”, el sostenimiento de cursos de acción

inciertos siempre resultantes de la interacción social permite revelar la existencia de ciertas lógicas que guían la conducta, aun en tales circunstancias (Preda, 2009a: 6).

Dado que en la vida diaria se funden sistemas simbólicos y estructuras sociales, aunque esta se encuentre ocasionalmente atravesada por conflictos, los mismos no conducen a la desintegración social y cultural. Incluso ante la emergencia de tales conflictos la vida sigue su curso de manera efectiva (Geertz, 1973: 164). Sin embargo, para los actores no es fácil en esas ocasiones determinar el modo más adecuado de actuar y elegir el sentido cultural apropiado para una situación dada. Aún así, tales interferencias no son de orden desconocido, sino por el contrario, forman parte de la vida misma (Geertz, 1973: 167).

En la medida en que determinados factores se suscitan, nuevas situaciones y condiciones emergen, lo que conlleva un cuestionamiento de lo dado por sentado, las propiedades del orden de interacción toman formas diferentes a las usuales, revelando la diversidad de estrategias desarrolladas por los sujetos, de acuerdo con tales circunstancias particulares. Siguiendo tales argumentaciones, se puede aseverar que las dinámicas que adquiere la vida económica en situaciones extraordinarias plasmadas en las crisis económicas no constituyen tan solo el producto de comportamientos humanos con un componente “irracional”. De manera opuesta, la realidad empírica ofrece muestras de ciertas lógicas que permiten orientar y reorientar la vida económica en términos de las condiciones cambiantes intrínsecas de tales circunstancias. Dichas orientaciones y reorientaciones suponen la reformulación de significados cruciales en la vida de los actores.

2.1.2. Crisis: de la rutina a las sorpresas

El análisis de la manera en que la cultura, las relaciones sociales y los procesos económicos interactúan, en contextos históricos concretos, provee los indicios para una comprensión de la lógica que guía las acciones económicas cotidianas.

Desafiando la idea largamente difundida de que las crisis económicas suponen que elementos irracionales, tales como las emociones, toman el control sobre aquellos racionales, tales como el cálculo maximizador, Alex Preda (2009b) sugiere un modelo teórico basado en un microanálisis de las transacciones económicas como unidades analíticas básicas de la sociología de los mercados. Retomando la noción weberiana de los mercados como sistemas de transacciones competitivas, Preda supone que las transacciones constituyen logros

interaccionales y formas básicas de competición social. Los mercados, según Preda, engendran y requieren de la producción y manejo incesante de información en forma de *sorpresas e incertidumbres*, ante las cuales los actores reaccionan emocional y cognitivamente y, consecuentemente, derivan en comportamientos o acciones concretas. La información en forma de sorpresas es en esta perspectiva central, dado que son estas últimas las que propulsan y hacen llevar adelante la acción.

Los mecanismos de producción y manejo de tales informaciones implican un proceso dinámico de ordenamiento del conocimiento por el que el mercado genera tales sorpresas e incertidumbres en formas delimitadas por instituciones, arreglos materiales y rutinas (Preda, 2009b: 5). Rehusando la idea sobre la incongruencia entre emoción y cognición, el argumento se sustenta en un microanálisis sobre el proceso por el cual lo emotivo y lo cognitivo se entrelazan en las transacciones económicas concretas, situacionalmente delimitadas –como en las crisis económicas–, que hacen posible la producción de *sorpresas informacionales* que guían las acciones en tales circunstancias (Preda, 2009b: 21).

Una de las formas de producción de tales sorpresas informacionales remite a la transgresión de *fronteras*.¹⁹ Este tipo de transgresiones se ponen en evidencia particularmente en períodos de crisis, ya que estas “alteran las rutinas, generan incertidumbres, y requieren intervenciones no rutinarias por parte de los participantes” (Preda, 2009b: 38). Las sorpresas constituyen información que genera una situación de incertidumbre, la cual demanda atención y reacción por parte de los actores. Tal alteración influye en la información, dado que modifica las relaciones entre los participantes de la transacción. Las sorpresas informacionales en tanto que transgresiones de fronteras constituyen señales relevantes que impulsan las acciones y son desencadenadas por las alteraciones características de las crisis y requieren del procesamiento cognitivo de los actores involucrados.

La *información* –elemento central de las economías de mercado– “puede ser vista como el procesamiento de sorpresas en interacción, en contraste con el marco (relativamente estable) de expectativas comunes provistas por las rutinas” (Preda, 2009b: 18). El reconocimiento de la situación de incertidumbre es el resultado del ejercicio relacional de definición de la alteración como algo nuevo e inesperado (Preda, 2009b: 38). Preda sugiere que los cambios inesperados parecen consistir en fenómenos característicos que acompañan las crisis

¹⁹ Las *fronteras* pueden representar distinciones que ordenan la realidad en términos de dominios diferenciados de actividades (adentro-afuera), o elementos de comunicación y cooperación (al interior). Forman parte de lo rutinario y constituyen “señales” que permiten distinguir la conducta apropiada para cada situación, y son juzgadas y actuadas en el marco de la vida ordinaria. Sin embargo, las fronteras en sí mismas no representan señales informacionales, sino que son las alteraciones de las fronteras lo que se vuelve informacional (Preda, 2009a: 10-11 y 2009b: 33-38).

económicas y financieras. Los mismos adquieren la forma de suspensiones, redefiniciones, etc., en los que la información –en tanto, revelaciones o sorpresas– adquiere un rol crucial (2009b: 204).

2.1.3. Selección del escenario

Partimos del supuesto de que todo análisis de las crisis, sean cuales fuesen sus detonantes inmediatos, debe realizarse en términos que refieran a un fenómeno social total, que afecta la vida social e individual en su totalidad. Por ello, al hablar de crisis, en nuestro caso particularmente, no es posible referirse solo a su dimensión económica, como ha sido frecuentemente abordada en términos de su faceta financiera, sino que demanda una lectura integral de aspectos políticos, económicos, sociales y culturales.

A lo largo del primer período de esta tesis hemos priorizado el análisis sobre el abordaje que la literatura antropológica, sociológica, filosófica, así como aquella de la psicología comportamental y la historia, han desarrollado al respecto del concepto de crisis. A partir del mismo, ha sido posible realizar un recorte conceptual y temporal tentativo, con el fin de delimitar nuestro campo de indagación y, así, redefinir los objetivos del trabajo.

La crisis argentina de 2001 pasó de ser una catástrofe local a convertirse en un caso paradigmático en el mundo del fracaso de políticas económicas neoliberales en países “subdesarrollados” o “emergentes”, gestionadas por grupos políticos y económicos locales patrocinados por los organismos internacionales y sus respectivas fórmulas de desarrollo.

Aunque ha sido mundialmente conocida en particular por su dimensión financiera, en tanto fracaso del sistema neoliberal implementado desde los años 70 y con su punto culminante en la década del 90, al esbozar el tema de interés de esta tesis fue necesario recorrer un camino que nos obligó a precisar de qué estábamos hablando cuando nos referíamos a la paradigmática “crisis argentina” y a reflexionar acerca de la naturaleza de los fenómenos y relaciones que la constituyeron. La misma adquirió notoriedad, sobre todo por su carácter de bancarrota financiera y por los eventos explosivos que se sucedieron, a saber, una serie de comportamientos colectivos.

Las razones de la elección de este escenario para plantear el problema de investigación, se vinculan con un aspecto central de las discusiones antropológicas. Concediendo centralidad al carácter histórico y local de las prácticas económicas (Balazote, 2007), por lo que esta tesis

pretende dar cuenta, desde la perspectiva antropológica, de la incidencia de las experiencias de la crisis de 2001 –engendada en la articulación de elementos globales y locales– en la vida de las personas circunscriptas a tales condiciones sociales locales particulares. En tanto consecuencia de la implementación de políticas neoliberales globales, la crisis de 2001 se manifiesta como el resultado de los procesos y relaciones sociales constitutivos y plasmados en condiciones sociales locales. Este aspecto local de un fenómeno de escala global resulta central para enfatizar el mérito analítico de la perspectiva antropológica para indagar sobre la incidencia de ciertas circunstancias contemporáneas.

Desde una perspectiva crítica de la comprensión de las crisis como antítesis del orden, planteamos un recorte conceptual que recupere los aspectos conflictivos e intrincados de tal período contextual. Por ello, nuestra aproximación gira en torno a la consideración analítica de las crisis como metáforas de momentos de quiebre o alteraciones relativas en el funcionamiento de sistemas contextuales, que amenazan la continuidad de las situaciones habituales en las que los actores se desenvuelven usualmente.

Aunque la problemática primordial de este trabajo obligó a precisar características específicas de la crisis que exceden lo financiero, resultó fundamental reflexionar sobre la naturaleza de todos los fenómenos y relaciones que la constituyeron.

Las formas en que las personas han experimentado tales eventos, fenómenos y procesos social-político-económicos, en términos de sus propias vidas e, inversamente, las maneras en que comprenden sus problemas cotidianos, en términos de complejos sistemas contextuales, ha revelado ser central para el problema de investigación que nos ocupa.

El interés en comprender el lado mundano de la economía y sus efectos en la vida de los seres humanos y en el orden social, nos ha aproximado a una interpretación de las crisis económicas como manifestaciones de la relación entrelazada entre la economía y la cultura y, en consecuencia, como fenómenos sociales totales, a fin de analizar las representaciones de los actores sobre tales contextos de alteraciones estructurales y de quiebre social que constriñen la continuidad de los esquemas culturales de conducta habitual e, incluso, amenazan la existencia misma.

Por lo tanto, la elección del escenario fue bastante evidente desde el inicio del proyecto. Dado que este doctorado se centra en las experiencias cotidianas subjetivas de las crisis, el escenario de la crisis argentina de 2001 resultaba en especial significativo. Nuestro foco de atención se dirige entonces hacia lo extraordinario, lo inusual, lo inesperado y el quiebre de la rutina, situaciones que caracterizan a las crisis y que a su vez forman parte de toda sociedad tanto como lo hace lo ordinario, lo rutinario y lo convencional. Creemos que este trabajo

puede proporcionar una mirada local de los efectos de tales momentos extraordinarios en la vida de los sujetos involucrados.

Mientras que la economía y los mercados financieros han tenido una buena porción de la atención del público en las dos décadas pasadas, hay aún muchos aspectos que han sido pobremente comprendidos. En principio, en lo que concierne al impacto de las políticas económicas liberales implantadas y mantenidas en regiones marginales respecto de los países centrales en la globalización financiera y sus consecuencias locales. Así, una etnografía de las percepciones y las prácticas económicas domésticas es capaz de revelar la lógica de un campo global de una manera local y microsocia. Dadas las particulares circunstancias que el sistema financiero argentino ha atravesado, resulta sumamente relevante el análisis de los efectos que estos cambios han supuesto para los actores involucrados.

La exploración en torno a los actores que forman parte de la red de relaciones sociales que constituyen la economía y que sostienen las rutinas constitutivas de la vida económica, ha permitido comprender tanto la lógica de tales prácticas y su génesis, como su papel dentro de la configuración económica, política y social más amplia. El principal interés de esta tesis es examinar las relaciones sociales y las experiencias personales cotidianas que permiten el desenvolvimiento de una economía muy cuestionada en el mundo y en particular en casos paradigmáticos como el argentino, focalizando la atención en los valores culturales que determinan la forma en que los diferentes grupos de actores económicos perciben, interpretan y realizan juicios de valor en lo relativo al papel del contexto en relación con las prácticas económicas que llevan a cabo, el contexto crítico y la incidencia que todo esto tuvo en su vida cotidiana.

Para comprender ciertos aspectos socioculturales significativos de la crisis de 2001, consideramos clave priorizar el análisis de las percepciones de los individuos sobre tales fenómenos complejos y el proceso por el cual se pasa de una comprensión subjetiva de tal realidad, a un sentimiento de viabilidad de un proyecto común de cambio y, en consecuencia, a una reacción social, que a su vez retroalimenta la situación de crisis en la economía general.

La tesis analiza y desarrolla una explicación de los vínculos entre procesos económicos de gran escala y, el comportamiento y prácticas –económicas y no económicas– de actores individuales. Creemos que tales vínculos pueden ayudar a comprender las conexiones entre la apropiación subjetiva de procesos económicos de gran escala por parte de individuos dispersos y la formación de una dinámica guiada por creencias colectivas sobre un destino compartido, las cuales han conducido a disturbios sociales y a la insurrección de diciembre de 2001.

En Argentina, sabemos muy bien que nuestra realidad de las últimas décadas es una apariencia local más del sistema financiero global, conocido por sus efectos sociales tanto positivos como negativos. Esta dimensión local, asociada a la economía global reciente y a los dilemas sociales que implica, ha despertado nuestra curiosidad, en particular, en relación con aquellas prácticas que en diferentes contextos históricos resulta ser usual o controversial.

La crisis argentina de 2001 sentó un precedente en relación con los problemas económicos y financieros que experimentan numerosos países del mundo. El análisis antropológico de esta crisis y los actores participantes permitió acercarnos a una comprensión de los significados que las crisis tienen para la vida de los seres humanos. De esta manera, este trabajo representa un aporte original, pues implica el desarrollo teórico y empírico desde la perspectiva antropológica de uno de los casos paradigmáticos de crisis en el mundo y de efectos de la implementación de políticas económicas neoliberales en regiones marginales a los centros de poder económico globales.

Esta tesis examina así las percepciones e interpretaciones del contexto y las prácticas económicas cotidianas que permitieron hacer frente a los avatares que una crisis económica de gran escala, focalizando la atención en los patrones culturales. Representa una forma de explorar la economía desde dentro, haciendo hincapié en cómo las vidas económicas forman parte de y retroalimentan la economía en sentido amplio, procurando comprender profundamente la lógica que guía las prácticas económicas cotidianas en circunstancias turbulentas.

Retomando esta noción de acción económica alternativa respecto de la neoclásica, nuestra investigación se propone indagar, de manera microsocia, las lógicas que sustentan la ejecución de las prácticas económicas cotidianas en un contexto crítico. Por lo que esta investigación centra el análisis del problema en actores legos, a fin de dar cuenta del lado subjetivo y de las implicaciones sociales más amplias de una crisis económica y financiera paradigmática. En términos generales, la comprensión de los efectos de la crisis de 2001 en la vida económica de las personas, permite iluminar las lógicas de ejecución, cuestionamiento, negociación o terminación de las actividades económicas en el ámbito cotidiano. Asimismo, nos acerca a la comprensión del esfuerzo de los actores sociales, en momentos críticos, por articular los aspectos socioculturales y los económicos durante la vida diaria.

Para ello, la perspectiva etnográfica resulta de crucial relevancia, dado que puede aportar las herramientas necesarias para la comprensión de la intrincada relación entre el contexto histórico, la cultura y la economía, desde el punto de vista de actores y sectores sociales singulares. La misma, en el nivel metodológico permite indagar en detalle las lógicas que

subyacen el funcionamiento del procesamiento interpretativo que guía a los actores para llevar a cabo las prácticas económicas cotidianas o adecuar las actividades económicas a un contexto crítico, elaborando estrategias diferenciales que permiten revelar el carácter heterogéneo de las experiencias de la crisis.

Proponemos enfocar la diversidad de formas de vivir la crisis recurriendo a la experiencia etnográfica, la cual por su naturaleza, es apropiada para recoger los detalles de las prácticas económicas de actores sociales enmarcados en sus respectivos ámbitos domésticos e iluminar conexiones dinámicas entre las mismas y los procesos económicos más amplios. Las herramientas teórico-metodológicas de un estudio etnográfico de las percepciones, interpretaciones y prácticas de los actores posibilita el esclarecimiento analítico de dimensiones de la vida social en las que la economía general se encarna en las vidas económicas singulares. Y en este camino, rescatando un atributo medular de la disciplina antropológica, permite mostrar la diversidad de significados que las crisis económicas tienen para los seres humanos que las padecen.

Las categorías y los significados culturales actúan como un repertorio para la ejecución de las prácticas económicas. Las formas en que los actores hacen frente a perturbaciones en la vida económica cotidiana, y cómo desarrollan estrategias para evitar las restricciones impuestas desde el modo económico dominante, proveen los elementos necesarios para mostrar la manera en que traducen el entorno de la crisis de 2001, en términos de sus propias vidas. Acordamos con la idea de que la dinámica contextual involucra el análisis de diferentes sujetos sociales que se insertan en tales convergencias, los cambios sociales en contextos históricos locales deben ser atendidos por los antropólogos económicos, en articulación con procesos económicos y políticos amplios, haciendo uso de la perspectiva etnográfica para acceder y dilucidar tales vínculos (Trincheró *et al.*, 2007: 12).

Uno de los aspectos centrales con los que el enfoque antropológico puede contribuir notablemente al estudio del desarrollo de las prácticas económicas en periodos de crisis, remite al aporte analítico del interjuego entre la estructura y la agencia, posibilitando la indagación de la emergencia, sostenimiento, tensión y reconfiguración de diversos procesos por los cuales los actores se insertan en nuevas condiciones sociales. En escenarios sociales cambiantes, en particular, la economía doméstica representa una arena de negociaciones y redefiniciones en la que los actores tienen un rol clave a fin de reformular sus acciones en términos de la nueva realidad. Esto se ve reflejado en la manera en que las personas establecen reflexivamente un conjunto de categorías de comprensión y prácticas acordes que

operan, para reorganizar la vida económica en la medida en que la misma se adapte a una nueva e inestable situación.

Sostenemos que en tales períodos, específicamente, la aproximación etnográfica dota a la investigación de los elementos conceptuales y metodológicos necesarios para abordar la relación múltiple de factores personales, sociales, culturales y económicos. Partimos del supuesto de que la manera en que los esquemas culturales y las estructuras de las relaciones sociales influyen en la manera de pensar y actuar económicamente está atravesada por el contexto histórico circunstancial. El mismo provee el marco en el que los actores sociales se ubican para combinar relacionalmente aspectos socioculturales y económicos en el ámbito cotidiano, dando lugar a múltiples sentidos que estos otorgan a fenómenos de índole económica tales como el dinero, el trabajo y otras prácticas económicas. Por ello, es necesario no confundir la economía como disciplina y su objeto (Meillasoux, 1993: 17). Las relaciones sociales y los significados culturales influyen decisivamente en las formas que toman las decisiones económicas cotidianas (Zelizer, 2005; DiMaggio, 1994). A su vez, ambas se insertan en contextos históricos cambiantes, que suponen marcos para su interpretación y aplicabilidad.

Si bien son numerosas las ocasiones en que se hace referencia a este período atravesado por Argentina, como con todo acontecimiento histórico, resulta difícil determinar un criterio para demarcar la denominada “*crisis de 2001*”. A tal efecto, uno podría hacer referencia a los días previos, durante y posteriores al 20 de diciembre de 2001; al período desde que la inestabilidad política se profundizó; al período desde el cual se implantaron las políticas neoliberales que generaron la eclosión; o bien, a la misma historia argentina como contexto de las tradiciones culturales, políticas, económicas que todos conocemos. En tales casos, los orígenes de la crisis referirían respectivamente a:

- La implementación de la medida del “corralito” o falta de liquidez.
- El ascenso de la Alianza al Gobierno y la posterior renuncia de Carlos Álvarez a la vicepresidencia de tal coalición.
- La implementación de una economía neoliberal por parte de la última dictadura militar, con auge en la década del 90.
- La sistemática conformación de una tradición de grupos de poder enriquecidos a expensas de ciertos sectores sociales.
- El endeudamiento y subordinación a potencias extranjeras, etc.

A continuación, presentaremos dos breves reseñas cronológicas, una amplia y otra acotada a los eventos más sobresalientes de 2001 y 2002, con el objeto de situar al lector en el contexto espacio-temporal seleccionado.

2.2. LA CRISIS ARGENTINA DE 2001

2.2.1. Orígenes de la crisis

No solo debemos tomar en cuenta los factores internos de la política económica de sociedades subdesarrolladas como Argentina, sino también su relación constante con los países desarrollados, “pues la especificidad histórica de la situación de subdesarrollo nace precisamente de la relación entre sociedades periféricas y centrales” (Cardoso y Faletto, 1969: 22).

Durante toda la historia argentina y latinoamericana colonial y poscolonial, los acontecimientos externos sucedidos en Europa y Estados Unidos han sido decisivos y han provocado muchas veces el cambio de rumbo en las economías regionales o nacionales.

Desde la década de 1880, la participación de la economía argentina en la economía mundial parecía responder a un modelo clásico de relaciones entre países centrales y periféricos, cuyo polo predominante lo constituía Inglaterra y cuyos rasgos principales eran la especialización productiva interna, el comercio de exportación de productos primarios y el aflujo masivo de productos manufacturados y de capitales extranjeros (Rapoport, 1988).

Luego de que el modelo agroexportador y la hegemonía británica reinara la economía argentina desde 1880, la crisis internacional de la década de 1930 modificó radicalmente la inserción de la economía argentina en el orden mundial y generó el comienzo del proyecto nacional industrialista (Ferrer, 1989). Como ocurrió en otras economías latinoamericanas, la crisis del 30 provocó la defensa automática del mercado interno y la sustitución de importaciones. Así, se procuró transferir la mano de obra de los sectores de baja productividad, como el campo, hacia sectores de alta productividad (Cardoso y Faletto, 1969). De esta manera, comenzaron a liderar algunas empresas de capital nacional, aunque paradójicamente fueran las elites de tendencia conservadora y liberal –con vinculaciones estrechas con Inglaterra– las que condujeron este proceso por el cual otorgaban un papel importante al Estado para paliar la crisis del sistema económico en el que se hallaban

involucrados sus intereses (Rapoport, 2003). La Segunda Guerra Mundial dio un nuevo impulso a la industrialización por la restricción forzada de las importaciones. Los factores externos condicionantes del proceso industrialista fueron diferentes, puesto que se inició un rápido proceso de expansión de la economía internacional.

Durante esta etapa, en el mundo industrializado se imponían las ideas keynesianas que sustentaron en Argentina un cambio profundo en las ideas y políticas predominantes hasta ese entonces. En la política económica peronista (1945-1955) la industrialización, la nacionalización de los servicios públicos –hasta ese momento explotados por empresas extranjeras– y la redistribución del ingreso en favor de los trabajadores configuraron un paradigma de política económica proteccionista, opuesto al liberal. Se radicalizaron los contenidos sociales y nacionalistas del proyecto industrialista y se fomentaron la producción manufacturera y la protección del mercado interno. El planteo industrialista rechazaba principalmente la especialización en la producción primaria dentro de la división internacional del trabajo. El Gobierno ganó autonomía al nacionalizar los depósitos bancarios y el control del comercio exterior, y creció la participación del Estado como regulador.

Con la caída del Gobierno en 1955 y la consiguiente proscripción del peronismo por parte de los líderes del Golpe, se introdujeron cambios tendientes a liberalizar la economía y reducir la intervención del Estado aunque no se modificaron las bases industrialistas. Mientras había un contexto de una fuerte expansión internacional de las empresas transnacionales, tendió a crecer la participación de subsidiarias de empresas extranjeras en Argentina nuevamente, frenando la participación del desarrollo tecnológico nacional en el aparato productivo y disminuyendo la tasa de exportaciones.

Hasta la década siguiente la política económica se basó en la eliminación del control de importaciones, dando lugar a un incremento notorio de la demanda de divisas para saldarlas. Las metas de los sucesivos gobiernos eran reducir la inflación y el problema del balance de pagos heredado del peronismo. Sin embargo, los resultados mostraban que el orden liberal implementado más que solucionar estos problemas, los agravó. Según estos gobiernos autodenominados “desarrollistas”, el crecimiento industrial basado en bienes de consumo de las últimas décadas había contribuido a agravar los problemas anteriores.

Dado el tipo de crecimiento promovido, caracterizado por el apoyo a las industrias básicas, a medida que el programa avanzaba, surgían problemas tales como la desocupación y la caída de los salarios reales y, en consecuencia, la conflictividad social.

En la década de 1960, el contexto internacional se caracterizaba por una expansión del comercio a escala mundial con estables cimientos tecnológicos y un fuerte crecimiento de los

bancos de los países más poderosos. En Argentina, se abandonaron los lineamientos “desarrollistas” para la política económica. A fin de reactivar la economía, se aplicaron políticas de corte keynesiano; así se expandió el gasto público y el crédito, mientras que el proyecto industrial siguió constituyendo el núcleo de la estrategia de crecimiento, aunque las presiones inflacionarias instaladas desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hicieron que la distribución del ingreso se viera afectada por esas fluctuaciones. Se logró mantener bajo control las importaciones, mientras que se incrementaron las exportaciones para mantener la balanza comercial superavitaria.

En el contexto, la creciente hegemonía financiera en el mundo y con el Gobierno surgido del golpe militar de 1966, la progresiva apertura del sistema financiero argentino, el énfasis en el mercado y la inversión privada extranjera fueron los principales elementos de la nueva estrategia económica argentina. El nuevo Gobierno de facto, con amplio apoyo del *establishment* empresario nacional e internacional, tenía el objetivo político de luchar contra los resabios peronistas de asalariados, sindicalistas e intelectuales y contra el peligro de la “infiltración marxista”, mientras se proponía en lo económico “ordenar” la situación en favor del progreso económico apoyando la industria pero en términos liberales. Sin embargo, mientras el Gobierno norteamericano aclamaba el éxito de la política económica argentina de fines de los 60, se producía una de las mayores rebeliones populares y obreras de la historia argentina: “el Cordobazo”.

Frente al nuevo contexto de elecciones de Gobierno constitucional, el descontento social causado por la desigual distribución del ingreso y la proscripción del peronismo durante 17 años, provocaron la fugaz vuelta del peronismo al Gobierno. Durante los tres años siguientes se procuró redistribuir el ingreso en favor de los asalariados, fortalecer el mercado interno, promover la industrialización local y controlar la operatoria del capital extranjero. Con la muerte del Presidente la situación política se tornó inestable y dio lugar, en 1976, al golpe de Estado y posterior dictadura militar en la cual la violencia represiva, la inestabilidad política y el derrumbe del proceso de desarrollo iniciado en la década de 1930, coparon el escenario argentino.

A principios de la década de 1970, el impacto negativo de la suba de los precios del petróleo en los países industrializados y los desequilibrios del comercio exterior norteamericano generaban una gran liquidez que no era absorbida productivamente, dada la reducción de las tasas de inversión y el bajo crecimiento del producto y la demanda. Esto impulsó a las instituciones bancarias, tendientes cada vez más a transnacionalizarse, a ofrecer a los atractivos mercados de los países en desarrollo, en especial a Latinoamérica, amplios

préstamos a muy baja tasa de interés y el dólar se consolidó como moneda de reserva. La responsabilidad de los gobiernos de los países deudores fue importante, ya que se endeudaron en exceso en relación con sus posibilidades y los fondos recibidos fueron utilizados de tal manera que no se tendió a mejorar la situación del país como para financiar el consumo en lugar de invertirse o como para promover la especulación y la corrupción. Esto se tradujo en el endeudamiento de los países de la región y, consecuentemente, se incrementó el grado de vulnerabilidad externa, con una deuda en dólares a tasas de interés variables. Desde entonces comenzaron intensas negociaciones entre bancos acreedores y países deudores, en las que tuvieron siempre un rol protagónico el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial en la implementación de “programas de ajuste” a fin de garantizar el pago de la deuda. En las décadas siguientes, los acreedores y los organismos internacionales procuraron forzar a las naciones latinoamericanas a reprogramar sus deudas en función de reformas estructurales para que abrieran sus economías y redujeran el papel del Estado. La deuda externa de Latinoamérica aumentó rápidamente, pasando de ser 7.200 millones de dólares en 1960, a 20.900 millones en 1970, a ser en 1980 de 243.000 millones, es decir, un incremento del 3.373% (Rapoport, 2003).

Por un lado, la puja desde los centros de poder mundiales y los organismos internacionales que tendían a mundializar las prácticas especulativas en los mercados financieros impulsaba a los países en desarrollo a insertarse en los nuevos circuitos financieros y, por otro lado, los conflictos sociales en estos últimos desde fines de la década de 1960, conducían a una contradicción que dificultaba la liberalización y la nueva inserción en la economía mundial. Así, la existencia de grupos radicales desafiaba el nuevo rumbo de la economía que querían implantar los centros de poder económico y los gobiernos militares en excelente vínculo con estos. Cuando los conflictos sociales fueron reprimidos, la implementación de un mercado libre se abrió paso (Rapoport, 2003).²⁰

De esta manera comenzó en la década de 1970 el largo camino que recorrería la implementación de una economía de liberalización y de estrecha vinculación con los mercados internacionales. Los gobiernos militares de facto y la hegemonía de élites empresariales vinculadas con estos implementaron una política económica en donde, para comenzar: se desreguló la inversión extranjera, se redujo el papel del Estado, se unificó el tipo de cambio, se eliminaron regulaciones y subsidios a las exportaciones y a la producción, se congelaron los salarios al mismo tiempo que la inflación era del 100% anual.

²⁰ Dicha represión contó directa o indirectamente con el aval de los países desarrollados dando como resultado la masacre de 30.000 personas.

Además, se redujeron los aranceles de importación, lo que sumado al retraso del precio de las divisas generó un *boom* importador al situar a los productos extranjeros en una posición competitiva privilegiada frente a los nacionales. Esto promovió la destrucción casi inédita a escala mundial, de las empresas nacionales (Rapoport, 2003). En el caso particular de Argentina –a diferencia de Brasil, por ejemplo– los fondos de la deuda externa solventaron la especulación, la compra de armamento, la fuga de capitales generados por las inversiones extranjeras y por los sectores financieros y la demanda de consumo con un altísimo costo en materia productiva.

Los sucesivos planes económicos se mostraron incompetentes desde el punto de vista técnico y amplificaron cada vez más los profundos desequilibrios macroeconómicos. El gobierno militar se enfrentó ante el problema de asumir los compromisos de la deuda externa –en el marco de un grave déficit de divisas– y de atender las demandas de las grandes empresas privadas endeudadas. Asimismo, se comenzó el proceso de estatización de la deuda externa privada en manos del economista Cavallo, quién en 1991 estaría nuevamente al frente del destino económico argentino, aunque en el marco de un gobierno democrático.

Esta compleja situación marcó los comienzos de la crisis más grande de todos los tiempos que experimentarían el país y que estaría regida por una característica endémica de la economía argentina: la fuga de capitales. Este fenómeno se fue incrementando desde 1976, con 3.056 millones de dólares, hasta ser de 21.000 millones en 1982 (Rapoport, 2003).

Los gobiernos militares de facto dejaron un saldo de graves problemas sociales y económicos y tres núcleos centrales de poder económico: grandes grupos económicos vinculados al sector financiero, el sector agroexportador también ligado a esos *holdings* y las empresas extranjeras. Sin embargo, con la vuelta a escena de la democracia en 1983, el panorama económico no se revirtió, sino por el contrario, se agravó.

Con el retorno a la democracia, sostenida por diversos grupos políticos en los distintos momentos, se comenzó a implementar una seguidilla de diferentes programas de ajuste sin ningún éxito. Las primeras autoridades democráticas confiaban en que las exportaciones y la inversión extranjera revitalizarían la economía local y solucionarían el problema de la enorme deuda externa. Intentando evitar el peligro de hiperinflación se cambió el signo monetario, se congelaron los precios, se redujeron las tasas de interés reguladas y se fijó el tipo de cambio.

Mientras que estas políticas se sostenían sobre la base de la impresión de títulos, las dudas sobre la solvencia del Estado a la hora del vencimiento crecían. A medida que la deuda crecía

y que la inflación aumentaba, el Gobierno se veía forzado a subir las tasas de interés para que sus bonos no perdieran atractivo.²¹

En 1988, la situación económica argentina era crítica: recesión, inflación (440% semestral), caída salarial (33% desde 1984), desocupación (6,5% desocupación y 8,9% subocupación), deterioro de las cuentas fiscales, corrupción, huída de capitales y una exorbitante deuda externa.

Durante la segunda etapa democrática, a partir de 1989, el Gobierno planteó una política económica que permitiera salir de la bancarrota en la que se encontraba Argentina. Esta política estaba vinculada con los intereses de los acreedores externos y de los grandes grupos económicos locales y extranjeros.

El Gobierno, abandonando sus promesas electorales, se dedicó a implementar un programa económico neoliberal priorizando el retorno a la “estabilidad”, que reflejaba los intereses del *establishment*. Para ello, comenzó el proceso de privatización de casi la totalidad de las empresas públicas, que permitió que los acreedores externos recuperasen parte de la deuda.

Esta etapa estuvo regida por la promoción descontrolada de inversiones extranjeras, el incremento de la presión tributaria, la privatización desmedida de empresas estatales, la fuga de capitales, la desregulación total de las funciones del Estado, la flexibilización laboral y la liberalización absoluta. A pesar de las medidas adoptadas, la economía seguía deprimida, la inflación persistía y los hechos de corrupción se tornaban más visibles, gestándose una situación social cada vez más compleja.

Ante este panorama, se concibió la “Ley de Convertibilidad”, que establecía una paridad cambiaria fija y exigía el respaldo total de la moneda en circulación, intentado alcanzar una estabilidad de precios a largo plazo. En consecuencia, se reestableció el “peso” como moneda y se fijó de hecho el tipo de cambio de aplicación dentro de las fronteras nacionales (1 peso = 1 dólar). Los capitales extranjeros vinculados a las privatizaciones, los acreedores externos y los grandes grupos económicos y financieros locales apoyaron enfáticamente estas medidas, dados sus propios intereses, mientras que la población las apoyaron al comienzo por temor al proceso hiperinflacionario que había destruido las economías familiares.

La aplicación de esta política, en efecto logró la estabilidad de los precios. A su vez, esta se vio acompañada inicialmente por un crecimiento económico temporario en los sectores tanto industrial como agropecuario. También se logró un equilibrio fiscal precario debido a

²¹ Esta época dio lugar al fenómeno conocido como “el festival de bonos”.

incrementos tributarios. Se incrementaron las exportaciones y las importaciones.²² Debido al impacto de las crisis mexicana (1995) y brasileña (1999), y a insuficiencias estructurales del plan económico, este crecimiento se interrumpió unos años más tarde, dejando una estela de numerosas consecuencias negativas para la economía y por ende para la población.

El éxito inicial del programa económico estuvo relacionado además con un cambio favorable de la coyuntura internacional derivado del descenso de la tasa de interés, el incremento de la oferta de fondos líquidos y un escenario más laxo para la renegociación de la deuda externa, la cual siguió aumentando durante el período democrático.²³ Esto ayudó a reducir las tasas de interés domésticas que permitieron un impulso del gasto privado y una consiguiente reactivación económica (Rapoport, 2003).

Frente a estas circunstancias se produjeron, por ejemplo, grandes cambios en el sistema bancario, como el cierre de bancos oficiales, la privatización de bancos provinciales, una notable reducción de los bancos cooperativos y un gran avance de entidades extranjeras. De 220 bancos en 1990, se pasó a 121 en 1999 (Rapoport, 2003).

En lo que concierne a la reforma del Estado, esta abarcó desde las privatizaciones hasta la transformación radical del sistema de seguridad social con el objetivo de aliviar las cuentas públicas, pasando por reestructuraciones organizacionales –tales como congelamiento de vacantes, retiros “voluntarios” y jubilaciones anticipadas–, la disolución de organismos reguladores y la derogación de la “Ley Compre Nacional”, que fue creada en 1963 para obligar al Estado a priorizar sus compras a empresas nacionales.

Las consecuencias de las privatizaciones e inversiones extranjeras tuvieron que ver con: obtener ganancias mayores que el promedio de la economía; tales ganancias fueron en gran parte los capitales fugados hacia el extranjero mediante mecanismos legales e ilegales, mientras las tasas de reinversión descendían incumpliendo las cláusulas de los contratos, no se observó una mejora sustancial de los bienes y servicios ofrecidos, las tarifas se elevaron notablemente, se caracterizaron por la concentración de la propiedad en pocos grupos económicos locales asociados con empresas extranjeras fortalecidos durante la dictadura militar y consolidados durante la primera etapa democrática mediante subsidios, exenciones tributarias y contratos con el Estado. En muchos casos, los grupos locales retiraron su capital de la empresa privatizada, quedando solo los socios extranjeros (Rapoport, 2003).

²² Durante el período 1990-1998, las exportaciones aumentaron un 115% y las importaciones lo hicieron en un 320% (Rapoport, 2003).

²³ Mientras la deuda externa se reducía temporalmente por las renegociaciones, la deuda interna en moneda nacional y extranjera continuaba creciendo. La deuda privada siguió también aumentando generada por los préstamos en el exterior tomados por los grandes grupos económicos locales y las empresas públicas privatizadas. La deuda pública aumentó de 70.000 millones de dólares en 1993, a 120.000 millones en 1999.

Otro efecto de la política económica implementada desde 1990 hasta la crisis de 2001, fue el proceso de desindustrialización. Excepto por algunos pocos *commodities*, en los que Argentina tiene ventajas comparativas, la mayor parte de los diversos sectores industriales experimentó grandes dificultades tanto para competir con los productos importados en el mercado local como con sus exportaciones a causa del retraso cambiario efectivo aunque existiese una paridad de hecho expresada en la Ley de Convertibilidad.

Las elecciones presidenciales de 1999 que otorgaron el poder a la nueva coalición entre la Unión Cívica Radical (UCR) y el Frente País Solidario (Frepaaso), reunieron a los dos sectores más importantes de la oposición política. El voto que permitió tal victoria fue un voto inseguro —en tanto cada parte de la coalición desconfiaba de la otra—, con vistas a un cambio y la expectativa de impugnar la inestabilidad acrecentada por la política económica llevada a cabo por el Gobierno antecesor de Carlos Menem. Las dos facciones de la coalición eran claramente disímiles y, en consecuencia podría decirse que, sin embargo, sus adeptos, si bien aceptaron funcionalmente tal unión mediante el sufragio, se mantuvieron cautelosos.

La frustración y el cansancio de muchos sectores de la sociedad ante la administración menemista y con esta las incipientes señales de derrumbe de la burbuja de la convertibilidad, la recesión, el desempleo, la precarización laboral, la creciente pobreza, el proceso de desindustrialización, la extranjerización del patrimonio nacional, la destrucción de bastiones sociales, que forjó el camino arenoso en donde transitaría este Gobierno de coalición entrante encabezado por Fernando de la Rúa y Carlos Álvarez. Esta frágil asociación de la oposición, no tardó en mostrar sus debilidades cuando el escándalo de cohecho en el Senado de la Nación favoreciendo la aprobación de la “Ley de Flexibilización Laboral”, dio lugar a la renuncia del vicepresidente. La sucesión de tales acontecimientos, en adición a la constelación de factores económicos y sociales críticos, generó las condiciones que detonaron más tarde en el congelamiento financiero y, en consecuencia, en la unión de grupos sociales perjudicados en diferente grado y forma a fin de movilizarse en conjunto, generando una reacción social sin precedentes.

Los efectos negativos de las políticas económicas neoliberales impuestas durante el período previo y durante la administración de De la Rúa, el escándalo del Senado, las dificultades que el ministro de Economía, Domingo Cavallo, mostraba a los organismos multilaterales de crédito para saldar un próximo vencimiento de la deuda externa, y más aún, ante este panorama la negativa de tales organismos a otorgar un nuevo préstamo, dieron lugar a una serie de cuestionamientos sociales que se venían gestando con anterioridad, pero que se magnificaron a medida que las divisas se fugaban masivamente al extranjero creando un vacío

insostenible en un marco de una convertibilidad exclusivamente formal. Aunque muchos sectores de la población ya venían padeciendo los efectos negativos de dicho contexto, tales circunstancias engendraron el congelamiento bancario abrupto que impulsó a amplios sectores de ingresos medios a reaccionar movilizándose por sus propios intereses y por conmoverse con las penurias de las clases de ingresos inferiores y de los desocupados que hacía tiempo manifestaban explícitamente su disconformidad; al mismo tiempo, la confusión del contexto crítico fundaba una sensación de peligro y oportunidad a la vez. Esta peculiar forma social de desaprobación al statu quo político y social principalmente, y económico concretamente, se manifestó en el agrupamiento espontáneo de intereses comunes y en la concentración de la irritación social frente al conjunto de factores sociales, políticos y económicos que desencadenaron el colapso de diciembre de 2001.

El modelo neoliberal se forjó sobre la base de una estructura de poder –con orígenes en la historia argentina y fortificada durante la dictadura militar de la década de 1970– que dio lugar a una mentalidad que se cristalizó en una forma particular de percibir al individuo en relación con la sociedad, es decir, al compromiso político. Dicho modelo implantó políticas económicas de la mano de gobiernos locales apoyados por grandes potencias de la globalización, que condujeron a la destrucción del patrimonio nacional y de la industria, a una deuda con turbios orígenes y arbitrariamente nacionalizada, etc. Una sociedad signada por múltiples desgarramientos (tales como la exclusión social, la miseria, la delincuencia, la impunidad, la violación a los derechos humanos) y por la falta de esperanzas de alcanzar un bienestar general prolongado y sostenible, ha sido el marco en el que se desarrolló, quizás, la crisis más profunda de nuestra historia. Sin embargo, muy a pesar de tales males sustanciados en el marco de los planes neoliberales, la confirmación por parte de la sociedad argentina de tal modelo fue instaurada y legitimada en la reelección de Menem en 1995. La misma ha constituido el apogeo de la traumática década de los 90, que sentó los vulnerables cimientos que dieron lugar a la crisis argentina de 2001 y una de las más tristemente célebres de la historia económica mundial contemporánea.

2.2.2. Cronología del colapso argentino de 2001

06-2000

- Estalla el escándalo sobre sobornos a funcionarios en el Senado de la Nación.

01-10-2000

- Se agrava el escándalo de “coimas” en el Senado.
- Indagan al presidente De la Rúa y a otros.

11-10-2000

- Renuncia Carlos Álvarez a la vicepresidencia, miembro del Frepaso (aliado con la UCR en el partido político gobernante, la “Alianza”) y jefe institucional del Senado de la Nación, debido a discrepancias con el Gobierno.

04-03-2001

- Ricardo López Murphy es nombrado ministro de Economía. Asegura que se cumplirán las metas pactadas con el FMI y reafirma la vigencia de la convertibilidad.

16-03-2001

- El Gobierno anuncia un nuevo plan económico que prevé un recorte en el gasto público de 1.962 millones de dólares en 2001 y de 2.485 millones en 2002, para combatir el déficit fiscal.
- Crece la oposición política, se anuncian paros y se realizan manifestaciones en varios puntos del país.

20-03-2001

- Renuncia López Murphy.
- Asume Domingo Cavallo como ministro de Economía.

29-03-2001

- El Congreso otorga “superpoderes” a Cavallo para restablecer la economía, contrariando a la misma *Constitución Nacional*.

02-04-2001

- Argentina supera en 1.000 millones de dólares la meta de déficit fiscal para el primer trimestre, acordada en 2.100 millones.

16-04-2001

- El Gobierno informa que planea un recorte de 300 millones de dólares en el gasto para cumplir un déficit fiscal anual acordado con el FMI en 6.500 millones.

18-04-2001

- Se comunica un plan para emitir bonos a dos años por un total de 760 millones de dólares.

23-04-2001

- El fiscal Carlos Stornelli solicita que Carlos Menem declare como sospechoso de ser el jefe de una asociación ilícita que vendió ilegalmente armas a Ecuador y Croacia.

27-04-2001

- Cavallo anunció otra reforma impositiva y nuevo “impuestazo”.

07-06-2001

- Menem queda preso; lo dispuso el juez federal Jorge Urso, por la causa sobre venta ilegal de armas al exterior.

04-07-2001

- Urso procesó, dictó la prisión preventiva y el embargo de los bienes de Menem. También procesó y dictó la prisión del ex ministro de Defensa, Erman González, y del ex jefe del Ejército, general Martín Balza, como organizadores de la asociación ilícita.

10-07-2001

- Cavallo anuncia que llevará a cero el déficit público mediante recortes en el gasto que tienen como eje central el pago de la deuda externa.

11-07-2001

- La UCR se mostró totalmente en contra de las nuevas medidas económicas. Analiza como “despegarse” del gobierno.

14-07-2001

- La UCR expresa su apoyo a las medidas económicas.

30-07-2001

- Se sanciona la “Ley de Déficit Cero”. Con ella, se aprueba un recorte del 13% en salarios, jubilaciones y pensiones públicas de más de 500 pesos (o dólares).

09-08-2001

- La Corte Suprema de Justicia resolvió no aplicar los recortes salariales dispuestos por la “Ley de Déficit Cero” al Poder Judicial.

10-08-2001

- Un grupo de legisladores encabezados por Elisa Carrió dio a conocer el Informe Preliminar en la investigación por lavado de dinero.

22-08-2001

- Se acuerda con el FMI que dará a la Argentina 8.000 millones de dólares y 3.000 más si se logra el convenio con las provincias para lograr el déficit cero.

29-08-2001

- Se sanciona la “Ley de Intangibilidad de los Depósitos”.

16/17-10-2001

- Standard & Poor's y Moody's advierten que podrían calificar a Argentina en situación de suspensión de pagos técnica si los tenedores de bonos pierden dinero en el canje de deuda voluntario planeado por el Gobierno.

01-11-2001

- El Gobierno lanza otro paquete de medidas destinadas a producir una reactivación de la economía y a disminuir el costo de la deuda pública. Las normas fueron sancionadas por una serie de decretos y anunciadas escuetamente por el presidente Fernando de la Rúa y el ministro de Economía, Domingo Cavallo. Estas medidas, entre otras cosas, significan estatizar otra vez las deudas privadas.

16-11-2001

- El Gobierno rechazó el pedido de extradición formulado por el juez español Baltasar Garzón contra 18 ciudadanos argentinos a los que imputa los delitos de genocidio y torturas cometidos durante la última dictadura militar.

17/18-11-2001

- Se realiza el Censo Nacional. Mucha gente no aceptó censarse y los gremios docentes boicotearon su realización como señal de protesta por la situación imperante.

19-11-2001

- El Gobierno inicia la masiva reestructuración de su deuda pública.

20-11-2001

- Menem queda libre. Emir Yoma también queda libre y quedaron sin efecto la prisión preventiva de Erman González y Martín Balza.

- El Riesgo País pasó los 3.000 puntos.

23-11-2001

- Se informa por todos los medios que en la Argentina crece la pobreza. Cada día, en nuestro país hay 2.000 nuevos pobres.

28-11-2001

- La Cámara de Diputados votó en dos días 550 proyectos. Lo hizo en medio de la crisis política.

- Se dan a conocer adelantos del presupuesto para el año 2002.

- Se mantiene la baja de los salarios y jubilaciones, y se podría suprimir el aguinaldo.

26-11-2001

- Llega la misión del FMI para definir si hay o no *default*.

- La fuga de capitales es de 230 millones de dólares e impacta en las reservas del Banco Central (BC).

27-11-2001

- Sube el Riesgo País.

- Siguen "desangrándose" los depósitos, puesto que ante la crisis las personas comienzan a sacar su dinero de los plazos fijos.

- Cavallo intenta negociar para canjear títulos públicos y así destrabar los problemas de liquidez, y revela las características de la fase internacional del canje (fase 2).

28-11-2001

- A pedido de los bancos, el tramo minorista del canje local (tenedores de bonos hasta 100.000 pesos en valor nominal) se posterga hasta el 07 de diciembre de 2001.

29-11-2001

- El Riesgo País sube a 3.000 puntos por las suposiciones de que una vez que se aplique el blindaje a los bancos con el canje, es probable que se imponga una quita de capital sobre los bonos de los inversores extranjeros, o que no se pague más la deuda.
- Se hace pública la fuga de reservas del Banco Central. Se quedaría sin dólares para afrontar el próximo vencimiento de la deuda.
- Bancos internacionales presionan al Gobierno para congelar los depósitos.
- Las acciones caen un 3%.

30-11-2001

- Fuga violenta de capitales, denominada “corrida bancaria” o “Viernes Negro”. Solo en noviembre se fugaron 2.492 millones.
- El Riesgo País sube a 3.242 puntos.
- Se notifica sobre el “exitoso canje local”.

01-12-2001

- Anuncio que desde el 3 de diciembre de 2001 “los bancos tendrán cinturón de castidad”.
- Depositantes asaltan cajeros automáticos y sucursales bancarias.
- El Gobierno informa que tomará medidas:
 1. Para que el dinero no sea retirado de los bancos (solo se podrán extraer 1.000 pesos por mes).
 2. El resto se dispondrá en cheques o tarjeta.
 3. Se dolarizarán los plazos fijos.
 4. Se otorgarán créditos en dólares.
- La banca extranjera presiona para que se “pisen” los depósitos.
- Se firma el Decreto 1570/01 con las medidas de dolarización voluntaria de depósitos y de limitación de extracciones.

02-12-2001

- Cavallo se reúne con los banqueros.
- Discurso en cadena nacional de Cavallo, anunciando las nuevas medidas económicas.

03-12-2001

- Primera jornada de “congelamiento bancario”: comienzan las restricciones al retiro de fondos, el dinero queda cautivo en los bancos.
- John Taylor, subsecretario norteamericano de Asuntos Internacionales del Departamento de Tesoro, señala que Estados Unidos “tiene la intención de oponerse a nuevas medidas internacionales para rescatar al país de su crisis de deuda” y considera que la dolarización es la mejor salida.

04-12-2001

- Los bonos se desploman, en promedio, un 8,5%.
- El Riesgo país sube a 3.305.
- Incertidumbre de las personas en general y de los depositantes.
- Fuerte freno en la actividad comercial por la falta de dinero en efectivo.
- Fallo en favor del reclamo legal de la diputada Alicia Castro para declarar “inconstitucional” el tope para retirar dinero de las cuentas sueldo. El juez federal Martín Silva Garretón, mediante tal fallo, ordenó al Poder Ejecutivo Nacional dejar sin efecto “los decretos que restringen la libre disponibilidad de los salarios de los trabajadores”.
- Se presentan otras demandas por vía judicial.

05-12-2001

- Largas filas en los bancos.
- Aumento de la apertura de cuentas.
- Cavallo en conferencia de prensa.
- En el Gabinete de Gobierno no hay unanimidad sobre qué hacer.
- El FMI indica que no girará 1.260 millones, ya que dijo no apoyar el programa actual.
- La banca pública y privada local se reagrupa y diferencia de la cada vez más ortodoxa banca extranjera.

06-12-2001

- Cavallo dice que “el país está en virtual convocatoria de acreedores”.
- En una reunión presidida por De la Rúa, hubo fuertes cruces sobre la actitud frente al FMI.

07-12-2001

- Cavallo viaja a Washington, busca reabrir las negociaciones con el FMI. Según este organismo, las conversaciones fueron “constructivas”. Y Cavallo afirmó que discuten nuevos recortes para el 2002.
- De la Rúa habla telefónicamente con el Jefe del FMI acerca de los asuntos del viaje de Cavallo.

08-12-2001

- Vuelve Cavallo y afirma que hubo acuerdo con el FMI “en los números” y que habrá un ajuste de 4.000 millones del gasto público. El proyecto de ajuste debe ser aprobado por el Congreso, que está dominado por el Partido Justicialista (PJ).
- Aumento de apertura de cuentas y consultas sobre cómo mover el dinero atrapado en los bancos.
- Incremento de consultas para comprar automóviles e inmuebles.
- Crece el fenómeno del trueque.

09-12-2001

- Anuncio de los gobernadores provinciales del PJ que no aceptan el ajuste del Ministro de Economía. Piden que Domingo Cavallo sea apartado de su cargo
- El FMI salió defensivamente a decir que no le recomendó a la Argentina ninguna medida fiscal concreta.
- Presionado por el FMI, por la impronta de no poder pagar la parte de la deuda que vence en pocos días, Domingo Cavallo habló por la noche, aduciendo que:
 1. Desarmará los planes de competitividad que él mismo impulsó y suspenderá los estímulos tributarios al consumo.
 2. La Argentina “está en una virtual convocatoria de acreedores”, responsabilizando a las provincias por las dificultades con el FMI, en materia de gasto público.
 3. “Por 60 ó 90 días seguirá habiendo turbulencia”, aunque eso sí: “En marzo volverá el crecimiento”. Una vez más, se supone que bajarán las tasas de interés y abundará el crédito.

10-12-2001

- Ante la crisis, Cavallo restableció la vigencia del Artículo 1º de un Decreto de 1964, que obligaba a ingresar en el país y negociar en el mercado de cambio las divisas provenientes de

la exportación de productos. Aquella disposición había sido eliminada por el Decreto 530 del 27 de marzo de 1991, por el mismo Cavallo, para lanzar la convertibilidad.

- Domingo Cavallo anuncia un “corralito” para resguardar los bancos. El Banco Central obligará a los bancos que tengan más ingresos que salida de fondos, y a inmovilizar el 75% de ese saldo a favor en una cuenta especial del propio BC.
- Nueva medida para frenar la apertura de cuentas bancarias. Solo se permitirán dos por persona. El régimen es solo para las cuentas abiertas después del 3 de diciembre. En una semana se abrieron 500.000 cuentas.
- Las acciones caen un 7,6%. La baja se explicó por la menor percepción de los financistas a una posible devaluación: con la caída, la diferencia entre el valor de las acciones (se pagan en pesos) y los ADR (certificados que cotizan en Nueva York en dólares) cedió del 25 al 15% promedio entre el viernes y este día lunes.

11-12-2001

- Estudian subir de 0,6 a 1,2% el “impuesto al cheque”. El objetivo es juntar 4.000 millones.
- Largas filas en los bancos.
- Pymes y sindicatos hacen una manifestación. Las automotrices amenazan con irse.
- Ya que Economía no tiene fondos suficientes, postergan una semana el pago de jubilaciones de más de 200 pesos. Además, pasaría a enero el medio aguinaldo de los jubilados
- Versiones de inminente renuncia de Domingo Cavallo retumbando con fuerza creciente; en la *city* se especula sobre su sucesor. El candidato del *establishment* financiero es el vicepresidente del Banco HSBC, Emilio Cárdenas.
- El ministro de Economía quiso justificar las medidas para inmovilizar los depósitos bancarios y los ajustes que se vienen en el presupuesto 2002, como parte de las nuevas condiciones del acuerdo que se negocia con el FMI, y anunció que esta es una batalla que “estamos por ganar”. Pidió a los bancos que “no abusen” de la situación, cobrando “comisiones y cargos” a las personas que buscan con desesperación abrir cuentas bancarias y hacer sus pagos por esa vía.
- Al menos siete taxis fueron incendiados en Capital Federal.

12-12-2001

- El Economist Intelligence Unit, una virtual consultora económica, pronostica que:

1. Crece el riesgo de *default* total y devaluación, y que la recesión se acentuará por el golpe del blanqueo forzoso sobre la economía negra. La dolarización es la peor salida, porque producirá una baja aún mayor de precios y salarios.

2. El Plan Candado (corralito) y el blanqueo forzoso, “otra vez el Gobierno ha retrasado el peligro de una crisis inmediata con medidas a corto plazo que van en contra de los intereses a largo plazo de la economía”.

- El Gobierno lanza la concertación con agenda definida. Canje y presupuesto a pedido del FMI.
- Marcha a Plaza de Mayo anunciada por la CGT de Hugo Moyano; continuará con un paro de 24 horas a la que se sumará la CGT oficial que conduce Rodolfo Daer y la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) de Víctor de Gennaro.
- Protestas, de modalidades muy surtidas, contra las medidas económicas en todo el país.
- Movilización de militantes semidesnudos del Partido Humanista frente al Ministerio de Economía.
- Los 413 trabajadores despedidos de Telecom rodearon la Cancillería y lograron que el vicescanciller italiano Mario Bacchini interrumpiera su actividad protocolar. Los recibió y se ofreció a intervenir en el caso.
- En La Plata, empleados estatales intentaron entrar en el Banco de la Provincia para protestar. Como no pudieron, cortaron las calles.
- Taxistas, jubilados y trabajadores de la sanidad cercaron la Casa de Gobierno de Tucumán y otros edificios públicos. En Jujuy, trabajadores municipales y desocupados cortaron la Ruta 34. En Neuquén, más de 2.000 trabajadores repudiaron el pago de una parte de sus sueldos en *lecops*.²⁴
- Hubo piquetes en San Martín, Quilmes, Escobar y La Matanza.
- Cajeros automáticos recibieron ataques con piedras y hasta una bomba Molotov.
- Largas filas continúan en los bancos. Muchas operaciones continúan trabadas.
- Dos oleadas de cacerolazos, una más débil al mediodía y otra más fuerte a la noche. Protesta fundamentalmente de la clase media, y sobre todo, los comerciantes. En los balcones y en las calles se escuchan ruidos de cacerolas. Gritos e insultos contra el Ministro de Economía y el Gobierno, se combinaron con una incipiente tendencia nacionalista: “¡Argentina, Argentina!”.

²⁴ El *lecop* fue una de las letras de cancelación de obligaciones que se emitió durante este período, que cohabitó junto a otras letras de cambio (bonos) y el peso.

- La norma que anoche redactaban los técnicos del BC, y que se difundirá entre hoy y mañana, permitirá que cada persona posea, como máximo, una cuenta adicional a la que ya tenía.
- A pedido de los bancos, el BC dio vía libre a algunos giros de divisas al extranjero.
- Al mismo ritmo que aumentan las consultas a psicólogos por picos de estrés, las inmobiliarias y concesionarios de automóviles comenzaron a recibir la visita de clientes potenciales y reales, ansiosos de canjear su ahorro por algún bien.
- La CGT “rebelde” de Hugo Moyano, el sacerdote Luis Farinello y el grueso de los partidos de izquierda se manifiestan por la tarde frente al Congreso de la Nación, ante unas 5.000 personas.
- El ministro de Trabajo, José Dumón, y el de Economía, Domingo Cavallo, se reúnen a la noche para buscar una solución a la demora en el pago de jubilaciones.

13-12-2001

- El ministro planteó varias opciones para cumplir con el Déficit Cero este año y el siguiente: postergar al año que viene el pago de aguinaldos de año en corriente, y para el próximo eliminarlo o extender al 21% el descuento sobre haberes de estatales y jubilados. Los legisladores proponen subir los impuestos.
- Hoy se conoció el resultado de la Encuesta Permanente de Hogares que mostró que la tasa de desocupación alcanzó el 18,3%. En un año se destruyeron 700.000 puestos de trabajo.
- Paro general por 24 horas de las centrales sindicales. La huelga es contra el modelo económico y el Plan Cerdado. Alto acatamiento en todo el país.
- Fernando de la Rúa recibe en la Casa Rosada al jefe formal de la oposición justicialista, el ex presidente Carlos Menem, quien a 24 días de haber dejado la cárcel, le propone dolarizar la economía, entre otras cosas.
- Para expresar su adhesión al paro, organizaciones sociales y partidos de izquierda realizarán marchas, cortes de ruta y ollas populares en diversos puntos de la ciudad y el conurbano.
- Apagones y ruido de cacerolas acompañaron los insultos al Gobierno y a Cavallo.
- A lo largo del día, se fueron sumando declaraciones de adentro y de afuera del Gobierno que parecían apuntalar al Presidente.
- Pese al paro general, los bancos abren sus puertas en el horario habitual.
- El virtual colapso en que se encuentra el sistema de pagos a partir de las medidas continúa generando problemas entre quienes desean pagar servicios públicos.

- Un grupo de bancos presiona al Gobierno para que disponga la prohibición de traspaso de plazos fijos a cuentas a la vista. Que los ahorristas quieran sacar todo el dinero de los bancos, inquieta a los banqueros y estos presionan al BC para hacer más estricto el corralito.
- Renuncia Daniel Marx como Jefe de Asesores del Ministro de Economía y lo reemplaza el actual presidente del privatizado Banco Hipotecario, Miguel Kiguel (hombre que trabajando para Roque Fernández diseñó los papeles con que Carlos Menem agravó el endeudamiento del Estado con la esperanza de conseguir su segunda reelección, en una política severamente criticada por Domingo Cavallo) pasará a ser Jefe de Asesores de este.

14-12-2001

- Saqueos en Rosario, el mismo lugar de los saqueos de 1989. Antes por la hiperinflación, ahora por la recesión. La gente se llevó, o intentó llevar, comida. La provincia y el municipio responsabilizan a la Nación.
- En la ciudad de Mendoza hubo varios incidentes con grupos de personas que se presentaron a pedir alimentos frente a los supermercados.
- Domingo Cavallo convocó a una conferencia de prensa por la noche para justificar su propuesta de eliminar el aguinaldo de empleados públicos y jubilados en 2002 ó, de lo contrario, elevar de 13 a 21% el descuento salarial. Cavallo aseveró, con orgullo, que la Argentina volvió a eludir el *default* pagando el vencimiento de deuda por 1.056 millones de dólares. Lo que el ministro evitó mencionar es que parte de lo abonado salió de las reservas del Banco Central, porque los bancos y las Aseguradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP) le pusieron un límite a seguir acumulando papeles de deuda en sus carteras.
- Preocupación por la hasta ahora imparable fuga de divisas: en lo que va del mes ya salieron 1.138 millones.
- Antes de las Fiestas, el Gobierno autorizaría sacar 500 pesos adicionales de las cuentas sueldo.

15-12-2001

- Esta mañana, unos 70 cartoneros se presentaron a reclamar que se les permitiera retirar efectivo a los acopiadores que les compran los cartones con los que ganan de 3 a 5 pesos diarios.
- Grupos formados por mujeres y niños logran evadir los controles de un supermercado y llevarse mercadería.

- La oposición unánime de los legisladores (tanto de la Alianza como del justicialismo) a los proyectos de Presupuesto que estudia el Ministerio de Economía, ha puesto al Gobierno en una situación dramática: el FMI no solo no girará los 1.300 millones sino que incluso esto implicaría no percibir 15.000 millones de financiación comprometida para el año que viene. En el Parlamento rechazan de plano el programa de ajuste de Cavallo y sugieren avanzar con una reforma tributaria, cobrando más de Ganancias a las empresas que distribuyen dividendos y el impuesto a la riqueza a los accionistas extranjeros de compañías radicadas en el país.
- La aprobación del Presupuesto 2002 se convirtió en una de las exigencias centrales del FMI para destrabar un desembolso de 1.260 millones de dólares en diciembre de 2001.
- Nuevamente ocurren saqueos en Mendoza y en Entre Ríos.

16-12-2001

- Un reclamo barrial por entrega de alimentos en Empalme Graneros provoca una brutal represión policial.
- *Por la noche.* De la Rúa asegura que no habrá dolarización forzosa ni devaluación.
- Saqueos en Mendoza, represión y detenidos.

17-12-2001

- El Gobierno envía hoy el Presupuesto al Congreso. Es clave para que el FMI desembolse 1.260 millones de dólares.
- El plan económico alternativo de la Universidad de Buenos Aires (UBA), denominado "Plan Fénix", fue presentado a sala llena en la Ciudad Universitaria de Córdoba. Hubo hasta público en la vereda.
- Paro de trenes.
- El reclamo de comida llega a Buenos Aires. En Quilmes se produce el mayor conflicto. El argumento es el mismo: que no tienen nada que poner en la mesa en la próxima Navidad. Grupos de desocupados se concentraron frente a los supermercados Auchán, Makro, Vital y Carrefour de Quilmes, y las protestas solo se desactivaron mediante promesas de envío de alimento y el pago de planes Trabajar. También hubo tensión en Mendoza, Salta y Concordia, y en Rosario la policía se enfrentó con los indigentes.
- Mientras tanto, el Ministerio de Desarrollo Social dispuso enviar 200.000 kilos de comida para las zonas en conflicto, apostando a "enfriar" los ánimos.
- En Concordia, escenario de copamiento de negocios durante los últimos días, 2.000 personas se instalaron en la playa de estacionamiento del supermercado Norte. La tensión solo

comenzó a aflojar cuando el director de Asistencia Social provincial, Héctor Londra, informó que 8.000 familias de la ciudad recibirán ayuda del Gobierno entrerriano.

- En Mendoza, la policía frustró los intentos de distintos grupos que trataron de ingresar en los supermercados.

- En Salta, se redobló la presencia policial en los supermercados de la Capital.

- En Rosario, los pedidos fueron reprimidos a balazos.

- Entre 500 y 1.000 turistas argentinos quedaron varados en el exterior por la quiebra de una agencia turística mayorista.

- Masivo respaldo a la consulta del Frente Nacional Contra la Pobreza.

Casi 2 millones de personas votaron en distintas mesas ubicadas en todo el país. La votación consiste en decir “Sí” o “No” a la creación de tres instrumentos que en conjunto constituyen un salario de ciudadanía: un seguro de empleo y formación de 380 pesos mensuales para cada jefa o jefe de hogar desocupado, una asignación universal de 60 pesos por mes por cada hijo/a de hasta 18 años y otra de 150 pesos para los mayores de 65 años que no perciban jubilación ni pensión.

- Para liberar parte de los aguinaldos y ante la cercanía de las Fiestas, el BC flexibilizó las restricciones para los retiros. Se podrá extraer 500 adicionales a partir de mañana y hasta el 31 de enero, “para facilitar el uso del medio aguinaldo”.

18-12-2001

- La recesión ya lleva 42 meses, impacta de lleno en la actividad de la industria. El indicador de producción industrial retrocedió en noviembre el 11,6%. Cierres de empresas, suspensiones de personal y un nivel bruto de actividad que es inferior al de ocho años atrás. La aceleración de la caída se produce desde agosto.

- Desde Washington, en conferencia de prensa, el director de Estudios Económicos del organismo, Kenneth Rogoff, explicó cuál es para el FMI el problema de la economía argentina: “Está claro que la combinación de datos de política fiscal y tipo de cambio no es sostenible”. Rogoff se preocupó por no transmitir en sus respuestas ninguna señal de aprobación de las últimas medidas propiciadas por Domingo Cavallo ni les auguró éxito, como solían hacer los voceros de la entidad meses atrás. Solo se limitó a decir que el FMI “apoya los pasos dirigidos a conseguir un programa sostenible”.

- Un vocero del FMI, David Hawley, confirmó que podría postergarse la fecha de pago de un préstamo de la Argentina con el organismo. El vencimiento, pautado para el 17 de enero,

ronda los 940 millones de dólares, correspondiente al crédito de facilidades ampliadas otorgado a principio de año.

- El proyecto de Presupuesto 2002, en el que se propone el mayor ajuste de la historia, comenzó a circular por el Congreso.
- El Gobierno advierte que las empresas administradoras de tarjetas de crédito no están habilitadas a emitir sus resúmenes en dólares si las compras fueron realizadas en pesos, ni obligar a los comercios adheridos a operar en dicha divisa.
- Las autoridades nacionales les reclamarán a los bancos que extiendan su horario de atención al público para descomprimir las largas filas y el creciente malestar de los clientes.
- No se habla más que del Riesgo País, que amenaza cada día con aumentar, del *default*, del corralito y de que no hay ni trabajo ni comida para las Fiestas.

19-12-2001. El día y la noche del “No va más”

- La madrugada empezó con saqueos en supermercados medianos y pequeños en todo el país, en especial en busca de comida.
- *13:00*. De la Rúa fue insultado y su automóvil golpeado luego de una reunión en Caritas.
- *Mediodía*. Se reúne el Gabinete de Crisis fuera de agenda, participan casi todos los ministros. Hubo dos líneas bien diferenciadas. Una, liderada por el Ministro del Interior, Mestre y el secretario de Seguridad, Enrique Mathov, pedía decretar el estado de sitio y apurar el dispositivo de seguridad. La otra, que capitaneaba el secretario general de la Presidencia, Nicolás Gallo, sugería calma. Domingo Cavallo debió abandonar la reunión y le ofreció su renuncia al Presidente. En medio del debate, De la Rúa pidió disculpas y, sin mayores explicaciones, se encerró solo en su despacho a escribir de puño y letra el borrador del Decreto: el estado de sitio entraba en vigencia.
- Los acreedores externos de Nueva York claman que el Gobierno deje de pagar su deuda, declare el *default* e inicie una renegociación bajo nuevas condiciones. Los acreedores, en tanto, empiezan a manifestar más interés en iniciar acciones legales a un país que se declare insolvente que en seguir cobrando puntualmente.
- El nuevo secretario de Finanzas, Guillermo Mondino, reconoció que el Producto Bruto Interno argentino se contraerá este año alrededor del 3%.
- Una manifestación de fabricantes de calzado demandaron al Gobierno la “suspensión preventiva” de las importaciones desmedidas de productos brasileños subsidiados por una devaluación de su moneda que torna artificial su competitividad, con el objeto de detener la

fuerte caída de la actividad del sector y evitar que continúe el cierre de establecimientos (“a principios de los 90 había 2.500 fábricas, de las cuales ya cerraron 1.700”).

- El BC informó que estarán disponibles en todos los cajeros automáticos otros 500 pesos adicionales, que podrán ser retirados por los titulares de cuentas donde se depositan los salarios.

- Las reservas del BC bajan 200 millones. La explicación que dieron en fue que en esa jornada se cumplieron con pagos atrasados de comercio exterior.

- Hacia la tarde, comenzaron a llegar militares a la Casa Rosada, por lo que muchos funcionarios pensaron que se había decidido darle intervención a las Fuerzas Armadas. La versión circuló con fuerza, hasta que un funcionario consultó a ceremonial: la presencia de tantos militares se debía a un acto de entrega de insignias. Cuando descubrieron de qué se trataba, todos entendieron por qué los militares habían llegado vestidos de gala, acompañados por sus esposas e hijos.

- 20:00. En Merlo, un comerciante mató a balazos a un hombre e hirió a otro al resistirse a que saquearan su local. Los heridos de la jornada ascienden a 108, de los cuales 76 eran policías y 32 civiles; hubo 328 personas detenidas, 200 de ellas en Santa Fe.

- 21:00. El vocero del Gobierno, Juan Pablo Baylac, se presentó en público, como el primer funcionario que dio la cara en medio de la peor crisis social de la historia.

- 22:00. Domingo Cavallo se va a su departamento de la Avenida Libertador y Ocampo, donde espera la decisión del presidente de la Nación respecto de su renuncia.

- 22:40. El presidente De la Rúa realiza un discurso televisivo transmitido en cadena nacional y declara el “estado de sitio” en todo el territorio de la Nación por 30 días. Fernando de la Rúa dijo que “sabía diferenciar entre los que necesitan y los grupos enemigos del orden que buscan sembrar discordia y violencia”, en tono inusualmente enojado, para justificar su decisión. Como lo describió un periodista: “El Presidente afectó modales de estadista, se calzó anteojos al tono y habló como si nada pasara. Fue bien entrada la noche, tras un día insoportable. Vale decir que habló tarde, muy tarde. Pronunció un discurso insustancial, en el que ni siquiera mentó la renuncia de Cavallo, ya cocinada. Despreció –en tono cortés, eso sí– la ansiedad y la inteligencia de sus compatriotas. La reacción masiva en la Capital fue una supermovilización espontánea, tan diáfana en su sentido y tan ruidosa que solo un puñado de personas puede no entenderla”.

- 22:40 / 24:00. En cuanto termina el discurso, la irritación se concentró en el Presidente y comienza una protesta espontánea desde todos puntos de la Capital, haciendo ruido con

cacerolas y otros utensilios de cocina, marchando hacia la Plaza de Mayo, el Congreso, la Quinta de Olivos, frente a la casa de Cavallo, etc.

- 23:00. El Presidente deja la Casa Rosada. Intenta formar un nuevo Gabinete con miembros del PJ y se entera de la negativa justicialista por un comunicado televisivo y no por un llamado telefónico.

- 23:15. Cinco personas mueren durante los reclamos de comida y los saqueos a supermercados y comercios en diversas ciudades del país. Dos hombres jóvenes fallecieron en Rosario cuando la policía reprimió. En Santa Fe, un adolescente de 15 años, fue asesinado de un balazo en la tráquea en las inmediaciones de un supermercado. En Villa Fiorito, murió un joven de 24 años, apuñalado por el dueño de un supermercado que se resistió al saqueo.

- 23:30. Funcionarios, políticos del oficialismo y dirigentes de la oposición barajaban tres hipótesis:

1. Domingo Cavallo seguiría en el cargo, incólume a pesar del rechazo social y del voto de los diputados en favor de quitarle sus superpoderes.

2. Domingo Cavallo había renunciado y solo seguía en el cargo a la espera de su reemplazante.

3. Domingo Cavallo no había renunciado porque jamás lo hizo, pero el jefe de Gabinete, Chrystian Colombo, estaba operando la salida del Ministro de Economía con apoyo de la UCR y el guiño, como mínimo, del PJ.

- 24:00 / *madrugada*. Los manifestantes se quedan pacíficamente en la Plaza de Mayo pidiendo que cambie la política y que “que se vayan todos”: los políticos, la Corte Suprema.

20-12-2001

- 01:00. Se anuncia la renuncia del ministro de Economía, Domingo Cavallo.

- 01:00. La Policía Federal llena la plaza de un gas lacrimógeno que descomponía, sin respetar ancianos, mujeres embarazadas o niños.

- El Riesgo País pasó los 5.000 puntos.

- El vocero del FMI, Thomas Dawson, tratando de mostrarse solidario, dijo: “Estamos listos para colaborar con las nuevas autoridades en el desarrollo de un programa sustentable”. Hasta el día anterior dicho organismo decía respaldar al Gobierno de Fernando de la Rúa porque siempre siguió a rajatabla las “recetas” del Fondo.

- El Juez en lo Penal Económico, Julio Speroni, le prohíbe la salida del país al ex ministro de Economía, Domingo Cavallo, en el marco de la causa por contrabando agravado de pertrechos bélicos a Ecuador y Croacia.

- Se sanciona la “Ley de Intangibilidad de los Salarios”.
- 10:00. Comienzan a concentrarse de nuevo personas en la Plaza de Mayo. Se pide la renuncia del Presidente De la Rúa. Y se producen disturbios en diversos puntos del país.
- 15:00. La Policía Federal comienza a reprimir. Aparecen manifestantes violentos que incendian locales, automóviles y puertas de bancos. En total se registran 32 manifestantes, personas en busca de comida y nuevos muertos. Entre ellos se cuentan: cinco manifestantes de la Plaza de Mayo, 11 jóvenes mujeres y hombres y tres adolescentes que intentaban buscar comida durante los saqueos, dos niñas transeúntes, un matrimonio coreano que se suicidó en la desesperación por haber perdido su local.
- 17:00. La jueza Servini de Cubría se presenta personalmente en la Plaza de Mayo para frenar la represión. La policía no le hace caso.
- La Cámara de Senadores vota la derogación de los “superpoderes” del Poder Ejecutivo.
- 18:40. Renuncia el presidente De la Rúa.
- 19:52. El Presidente se va de la Casa de Gobierno en helicóptero. Gobernó 740 días.
- Ramón Puerta, presidente del Senado (PJ), asume la presidencia provisional de la Nación.
- En aparente contradicción con la crisis, en la Bolsa hubo fiesta: las acciones subieron 17,5%. Los financistas despidieron a Cavallo y a De la Rúa con la suba más importante en una década.
- Según la última encuesta de indicadores laborales del Ministerio de Trabajo, en noviembre se destruyeron 10.000 puestos de trabajo formales en empresas distribuidas en las principales ciudades del país.
- El Consejo Empresario Argentino, entidad que nuclea a los bancos, empresas privatizadas y demás ganadores del modelo, dio su opinión sobre lo que debería hacer la dirigencia política a través de su presidente, el titular del Bank Boston, quien manifestó su preferencia porque no haya elecciones y que la Asamblea Legislativa elija un Gobierno para completar el mandato de Fernando de la Rúa.
- El titular de la Cámara Argentina de Comercio, Jorge Di Fiori, consideró que “no hay que llamar a elecciones porque generará conflictos, pujas y demorará la solución del problema de fondo”. No parece casual que el CEA y la CAC, de excelentes relaciones con el menemismo, hayan sostenido la misma postura que el ex presidente.
- Dura discusión entre los directores del BC. La controversia, en torno de si debía declararse un feriado bancario y cambiario, no hizo más que poner de manifiesto la interna política dentro de la entidad rectora.

- Finalmente, por la noche, el Central resolvió un feriado cambiario y restricciones en la operatoria de los bancos para hoy. Se podrán acreditar salarios y jubilaciones, pero solo es posible retirar dinero en efectivo respetando los topes vigentes. También se permitirá pagar los servicios públicos e impuestos.

- La jueza Servini de Cubría interroga durante la noche al ministro del Interior, Ramón Mestre, al secretario de Seguridad, Enrique Mathov, y al jefe de la Policía Federal, Rubén Santos. Podrían ser procesados criminalmente.

21-12-2001

- El peronismo acordó que Rodríguez Saá sea elegido por la Asamblea Legislativa para ocupar la presidencia hasta el 3 de marzo, cuando se realicen las elecciones que definan a su sucesor hasta 2003.

- Asume el nuevo ministro interino de Economía, Jorge Capitanich. Deja establecido que se eliminarán las restricciones para sacar dinero de las denominadas "cuentas sueldo", ampliando el permiso de retiro de 1.000 a 1.500 pesos mensuales, y de las correspondientes al pago de jubilaciones, "del resto, lo que está enjaulado seguirá enjaulado". Podría otorgarse un subsidio de desempleo de 200 pesos, con dinero de los actuales fondos sociales y del impuesto al cheque, e implementarse una ayuda en comida.

- En el Banco Central aseguraron que no habrá inconvenientes en cumplir con la medida de eliminar el corralito, ya establecida en una ley de "intangibilidad" de los salarios sancionada pocas horas antes de la renuncia de Fernando de la Rúa. La medida podría instrumentarse a partir del próximo miércoles. En el BC explicaron que la masa salarial que está bancarizada asciende a 5.000 millones de pesos mensuales, y que el 80% de ese total corresponde a sueldos de entre 600 y 800 pesos. Por lo tanto, consideran que las entidades financieras no tendrán problemas en efectivizar la totalidad de los salarios, una visión que difiere con algunos banqueros. El Banco Central extendió al próximo lunes el feriado cambiario y las restricciones bancarias; tampoco se podrán realizar transacciones en dólares.

- Los financistas están seguros de que lo que se viene es el escenario menos querido por ellos: la salida de la convertibilidad y la devaluación del peso. No obstante, dejan trascender que el próximo Gobierno tendrá que tomar medidas para protegerlos. El seguro de cambio y el congelamiento total de los depósitos figuran primeros en los reclamos.

- Para encarar la salida del "1 a 1", el nuevo Gobierno debería explicar el programa "integral" de crecimiento al FMI, al Departamento del Tesoro de Estados Unidos y a la Unión Europea.

- El nuevo candidato a presidente de la Asamblea Legislativa, Adolfo Rodríguez Saá, dijo a la noche: “No voy a devaluar”; “La Convertibilidad se va a mantener”. Dirigentes y economistas del peronismo preferían hablar de un plan keynesiano de reactivación y la declaración formal de cesación de pagos.
- Los bancos son rigurosamente vigilados.
- George Bush reclamó al nuevo Gobierno: “espero que el nuevo Presidente adopte las medidas necesarias para proteger a los acreedores, incluyendo el FMI, el cual, según entiendo, está dispuesto a prestar más dinero, si se toman las medidas de austeridad [...] El FMI planteó muchas exigencias duras, pero varias de ellas fueron realistas y muy necesarias en lo que concierne al dinero, y es por eso que el Gobierno de la Argentina debe reestructurar su política fiscal y su programa tributario”. El vocero de la Casa Blanca, Ari Fleischer, dijo que “es importante que Argentina trabaje con el FMI para contar con políticas sanas” y que la crisis económica se mantiene “circunscripta” a la Argentina y que no hay indicios de “contagio” hacia otros países, lo que es “un hecho alentador”. La amenaza de un “efecto contagio” de la crisis argentina hacia otros mercados emergentes fue siempre la carta más fuerte que tuvo a mano la administración De la Rúa para solicitar en repetidas oportunidades la ayuda financiera de Washington.
- Los presidentes de Brasil, Uruguay, Paraguay, Chile y Bolivia firmaron una declaración conjunta solicitando a los organismos de crédito multilateral “estén listos” para apoyar financieramente a la Argentina.
- Se firma una declaración conjunta de los integrantes del Tratado de Libre Comercio para la América del Norte (Estados Unidos, Canadá y México), en la que dejaron en claro que la solución a los problemas en Argentina deberá salir primero de los argentinos. “Confiamos en que todos los argentinos puedan unirse y encuentren una solución que lleve al país hacia el crecimiento y la prosperidad”, dice el comunicado.

22-12-2001

- Rodríguez Saá anuncia ante la Asamblea Legislativa la “suspensión en los pagos de la deuda externa”.
- La política económica del nuevo presidente se basa en: la renegociación de la deuda, con declaración formal de *default*; la devaluación, dejando flotar la paridad entre peso y dólar con un límite hacia arriba y hacia abajo; prioridad uno a la reactivación a partir de una nueva moneda llamada “argentino” y algunas versiones hablaban de pesificación, o sea, convertir los activos y los pasivos de dólares a pesos, y luego dejar flotar el dólar.

23-12-2001

- Asume Rodríguez Saá como Presidente Provisional en la Asamblea Legislativa con 169 votos a favor y 138 en contra.
- Se declara formalmente la cesación de pagos, por primera vez en la historia de Argentina, en el primer mensaje del Presidente ante el Congreso Nacional. El default era una medida aconsejada hasta por los acreedores externos que liberará al Gobierno de pagar sumas considerables en las próximas semanas: 500 millones el viernes próximo, y en enero 400 millones a acreedores privados y 900 millones al FMI.
- No hay acuerdo sobre qué hacer con los depósitos atrapados en el corralito ni con los endeudados en dólares. Se trata de ganar tiempo hasta marzo o abril, para que la salida de la convertibilidad que deberá instrumentar el nuevo Presidente electo por el voto popular no sea caótica.
- En un acto peronista en la CGT, el Presidente, rodeado por líderes sindicales, anunció que derogará la “Ley de Reforma Laboral” sancionada en medio del escándalo de las “coimas” en el Senado, que discutirá un nuevo salario mínimo y restituirá el recorte del 13% a las jubilaciones. Anunció también el lanzamiento del “Argentino”, un bono que el Estado tratará de respaldar con una garantía insólita: los bienes inmuebles de la Nación (“la Casa Rosada, el Congreso, las embajadas en el Exterior”, según el propio Rodríguez Saá) y que se pondrá en marcha un “plan de emergencia de un millón de empleos”.

25-12-2001

- El Riesgo País subió a 5.495 puntos.
- El ex presidente, Fernando de la Rúa, deslindó su responsabilidad en la represión y las muertes que se produjeron en Plaza de Mayo y el centro porteño horas antes de su caída, en un escrito que presentó ante la jueza María Servini de Cubría. La magistrada maneja como una posibilidad cierta citar a indagatoria al propio De la Rúa y a ex funcionarios de su Gobierno.

26-12-2001

- El BC dio por terminado el feriado bancario impuesto tras la renuncia de Fernando de la Rúa. Desde hoy volverá a funcionar el *clearing*, por lo cual se podrán acreditar los cheques y efectuar transferencias entre bancos, siempre y cuando las operaciones se hagan en pesos.

- Para proteger a las entidades financieras se creó un fondo de asistencia que contará con 4.000 millones de dólares. Y para evitar fuertes traspasos de dinero entre bancos, el BC puso trabas a las transferencias de plazos fijos.
- Continúan el feriado cambiario y el corralito de los depósitos.
- Presión de los bancos, que no estaban cobrando créditos en dólares ante la imposibilidad de sus clientes de conseguir billetes en dicha moneda o pasar dinero a las cuentas en dólares para que les debiten los pagos.
- El Banco Central emitió resoluciones de semiliberalización del feriado cambiario. Una autoriza a los bancos a vender dólares a sus clientes para que estos puedan cancelar pagos en esa moneda. Asimismo, se permite realizar transferencias internas, de cuentas en pesos a otras en dólares. La tercera resolución impide los traspasos de plazos fijos de un banco a otro por Cámara Compensadora, lo que endurece el corralito.

27-12-2001

- El Gobierno argentino “debe primero solucionar la emergencia social” antes de cumplir sus obligaciones externas y negociar con el FMI, anunció Adolfo Rodríguez Saá.
- Nueva medida mientras dure el feriado cambiario: se autoriza a pagar en pesos “1 a 1” las deudas en dólares por préstamos personales, hipotecarios, prendarios y tarjetas de crédito.

28-12-2001

- 15:00. Cacerolazo en la Capital pidiendo la renuncia de los miembros de la Corte Suprema de Justicia –que avaló el corralito– y el alejamiento de todos los políticos corruptos de diversos partidos políticos, tanto oficialistas como opositores. Finaliza con una marcha a la Plaza de Mayo.

29-12-2001

- 02:00. Grupos de jóvenes comenzaron a asaltar bancos y negocios y a intentar avanzar dentro de la Casa Rosada; fueron reprimidos por la policía. Otro grupo logra entrar en el Congreso de la Nación, rompiendo todo.
- Algunos políticos y ministros presentan su renuncia.
- El presidente Rodríguez Saá convoca a los gobernadores provinciales de su partido (PJ) para mañana.

- En Floresta, a la madrugada, cuatro jóvenes discutieron con un policía retirado por los incidentes de Plaza de Mayo. El hombre, inesperadamente, les disparó y mató a tres de ellos. Tenían entre 23 y 25 años.
- Todos los ministros renunciaron a raíz de la protesta del viernes 28 de diciembre.
- Rodríguez Saá analiza una salida política y nuevas medidas económicas. Y convoca para mañana a los gobernadores, en un intento de consensuar el nuevo equipo de Gobierno.

30-12-2001

- En la reunión de dos horas convocada por el Presidente hay muchos gobernadores ausentes (entre ellos el de Santa Cruz, Néstor Kirchner).
- Rodríguez Saá presenta su renuncia.
- Ramón Puerta renuncia a la presidencia de la Cámara de Senadores.

31-12-2001

- El PJ propone a Eduardo Duhalde como presidente. Se producen conflictos internos entre los duhaldistas y los menemistas (en favor del ex presidente Carlos Menem).

01-01-2002

- La Asamblea Legislativa proclama a Eduardo Duhalde como presidente provisional hasta el 10 de diciembre de 2003, con 262 votos a favor, 21 en contra y 18 abstenciones. Se decide que no habrá elecciones en marzo de 2002.
- Cacerolazo luego de la asunción de Duhalde en diversas esquinas de la Capital.

02-01-2002

- Eduardo Duhalde asume la Presidencia de la Nación.

03-01-2002

- Duhalde afirma que el viernes por la noche anunciará el Nuevo Plan Económico.
- Asume Eduardo Remes Lenikow como ministro de Economía.

04-01-2002

- El Gobierno no da a conocer el Nuevo Plan Económico debido a las presiones de diversos grupos (bancos, empresas privatizadas, el Gobierno de España, etc.). Se siguen discutiendo las medidas a tomar.

05-01-2002

- La Cámara de Diputados aprueba el proyecto de ley que termina con la convertibilidad.

06-01-2002

- La Cámara de Senadores aprueba el proyecto de ley que termina con la convertibilidad

07-01-2002

- Llega a la Argentina una misión técnica del FMI.
- El embajador de Estados Unidos, James Walsh, dijo al ministro de Economía, Remes Lenicov, que la Argentina debe dejar "flotar" el dólar.

08-01-2002

- Reunión del ministro Remes con los banqueros. El Gobierno decide flexibilizar la extracción a 1.500 pesos para las cuentas sueldo.
- Hoy continuará el feriado cambiario.
- La Corte emitió un nuevo fallo en favor del corralito financiero.

09-01-2002

- El presidente Eduardo Duhalde decreta la Emergencia Sanitaria Nacional, medida tomada ante el desabastecimiento de medicamentos causado por la retención por parte de las farmacias que no venden medicamentos a clientes de obras sociales morosas, ya que tienen serias dificultades para abastecerse y las entidades deudoras provocaron el colapso del sistema.
- Traen insulina de Brasil y la distribuirán en forma gratuita.

10-01-2002

- Se presentan las medidas económicas para devolver los plazos fijos, el nuevo corralito: no se pueden hacer cheques y transferencias en dólares. Se permitirá pasar a pesos, a 1,40, hasta 3.000 dólares de cajas de ahorro. Y hasta 10.000 de las cuentas corrientes. El resto pasa a plazo fijo y recién empezará a ser devuelto a partir de 2003 en cuotas. Los plazos fijos podrán usarse para pagar deudas o adquirir bienes. El 75% de los depósitos en dólares queda inmovilizado al menos un año.

- Se produce un cacerolazo frente a Tribunales, convocado por la Asociación de Abogados Laboristas.
- 22:00. En diversos barrios porteños se origina espontáneamente un cacerolazo contra el corralito y los políticos en general. Muchos van hacia la Plaza de Mayo.
- 02:30. Manifestantes rompen bancos, negocios y tiran piedras a la policía, y son reprimidos.

17-01-2002

- Se realizan más de 30 allanamientos en busca de documentos acerca de la “fuga de divisas”, realizada por empresas y bancos a fines de noviembre.
- Continúan las protestas en todo el país.

23-04-2002

- Renuncia Remes Lenikov como ministro de Economía y asume el 27 de este mes Roberto Lavagna.

25-05-2003

- Asume Néstor Kirchner como presidente electo.

07-12-2005

- Por pedido del presidente Kirchner, renuncia Roberto Lavagna y asume el 14 de este mes como ministra de Economía Felisa Miceli.

CAPÍTULO 3

INTERPRETANDO LA ECONOMÍA

INTRODUCCIÓN

Mediante la construcción de un contexto teórico-metodológico e histórico es posible comprender la articulación del análisis interpretativo con la evidencia empírica. Se exponen los hallazgos empíricos más notables de la investigación, haciendo énfasis, en el presente capítulo, en la intrincada relación de la percepción e interpretación de individuos dispersos sobre las alteraciones propias del escenario seleccionado y las prácticas económicas diarias. Analizando interpretativamente los datos surgidos del trabajo de campo, indagamos aquí acerca de las maneras de percibir e interpretar la crisis (como producto de las experiencias en relación con la economía de gran escala, en un orden *macro*, y de las alteraciones experimentadas en el flujo rutinario de la vida económica cotidiana, en un orden *micro*) procesando el conjunto de información crítica adquirida desde diversos ámbitos de la experiencia personal y del entorno sociocultural. Los actores definen las circunstancias conflictivas en términos de la experiencia personal respecto de ambos órdenes, en los que se presenta la crisis ante la percepción, en función de la cual las actividades diarias son orientadas o reorientadas.

3.1. ESFERAS SEPARADAS

La decisión de explorar etnográficamente las conexiones entre las proyecciones de la economía de gran escala y la vida económica cotidiana, proviene del descontento, compartido

por un gran número de estudiosos contemporáneos, respecto de la forma en que lo económico y lo social han sido representados como esferas escindidas en gran parte de la literatura especializada (ver ejemplos en Granovetter y Swedberg, 1992). Muchos asumen una dicotomía entre “la economía” y “las personas”, que oscurece en vez de iluminar las intrincadas conexiones entre aspectos económicos y aspectos sociales que se manifiestan en la realidad (Zelizer, 2005*b*). La discusión acerca del aislamiento de las dimensiones económica y social se refleja, asimismo, en la cuestionada oposición entre lo abstracto y lo empírico, como características exclusivas de tales dominios respectivamente.

Zelizer menciona influyentes tradiciones de pensamiento que aseveran la existencia de lo económico y lo social como mundos separados y hostiles uno respecto del otro. En estas perspectivas, mientras la esfera de las transacciones económicas es identificada con el cálculo, la precisión y la eficiencia, la de las relaciones sociales, en particular aquellas que caracterizan la intimidad de la cotidianidad, es diferenciada por las emociones y la afectividad, restándole capacidad reflexiva a esta última. Estas doctrinas basan su argumentación en la inconmesurabilidad y la contradicción entre ambas esferas, y condenan las intersecciones posibles entre ellas al considerar que cualquier contacto en cualquiera de las dos direcciones resulta necesariamente en contaminación. Según este supuesto, las relaciones cotidianas solo pueden contaminar el comportamiento económico racional, de la misma manera que todo contacto de lo económico con las relaciones sociales las corrompe. Ver ejemplos de tales doctrinas en Zelizer (2005: 22-26).

Sin embargo, pese a los esfuerzos por crear la ilusión de la existencia de una realidad económica apartada de la vida social, atribuyéndole un carácter racional, matemático y objetivo, lo que supuestamente la hace comprensible solo para especialistas, numerosos estudios empíricos demuestran que en la existencia diaria, todas las actividades económicas se encuentran entrelazadas con relaciones sociales basadas en sistemas de significados culturales históricamente variables. Esta es la razón por la cual los estudios etnográficos de la vida económica cotidiana adquieren una relevancia especial, ya que permiten conocer de manera empírica, las formas que toma la relación entre la economía y la vida de los actores sociales individuales. Desafiando la falsa frontera entre fenómenos económicos “reales y serios” circunscritos a la economía de gran escala, y aquellos “triviales y periféricos” de la esfera doméstica, demostramos las consecuencias de gran escala que las supuestas actividades económicas menores crean (Zelizer, 2007: 6).

En una primera mirada, la relación transformada en oposición entre economía e individuo parece reflejar la historia de tres siglos de desarrollo de la economía neoclásica. La discusión

teórica que enmarcó el capitalismo contemporáneo sobre el papel del *homo economicus* en la explicación neoclásica como modelo hipotético se caracterizó por no considerar el papel jugado por el actor real.

Históricamente, el individuo ha sido el punto de partida analítico de la economía neoclásica. La aproximación individualista del utilitarismo ha sentado las bases de la economía entendida como el comportamiento racional de los individuos aislados al hacer uso de medios escasos. El *homo economicus* concebido por la economía ortodoxa es un hombre práctico teóricamente ideado (Bourdieu, 1997: 61). Es presentado como un modelo, no como un actor real, ni como producto de una construcción social; tampoco en interacción con otros individuos. No obstante, en esta orientación, el lugar del sujeto es privilegiado como punto de partida analítico en la comprensión de la dimensión económica occidental. Así, la relación conceptual entre este y la economía se traduce en un conjunto de supuestos teóricos que han dado forma al desarrollo histórico de la economía neoclásica.

En esta concepción formalista de la economía, la escasa, si no nula, trascendencia de la vida económica individual en el curso de la misma no deja de ser compatible con la utilización analítica de la figura del sujeto como paradigma conceptual. Esta perspectiva, por lo tanto, supone al menos una distancia entre los individuos concretos respecto de la economía, aunque siempre se mantuvo la impronta del individualismo metodológico en el discurso económico hegemónico.

La alternativa sustantivista introdujo la atención hacia el papel central de la vida económica concreta de los individuos en la economía en su conjunto. Se plasmó así la preocupación analítica más por el sistema económico empírico que por el constructo teórico del individuo alejado de la realidad. Los actores económicos empíricos adquirieron relevancia analítica fundamental para comprender los fenómenos y procesos propios de su disciplina. Estos formaban parte de la economía, y una concepción de la misma sin tomarlos en cuenta, dejaba de tener sentido. La relación entre la economía y sus actores (su sustento empírico) tomó forma en la noción de la “vida económica”;²⁵ en este camino, aquellos, sus preferencias y necesidades, así como sus acciones, han sido considerados como categorías producto de la construcción sociocultural variable históricamente (Bourdieu, 1997: 49).

Mientras la retórica neoclásica pregonaba al actor económico como una mera construcción hipotética, la corriente sustantivista contempla a los actores concretos como base del

²⁵ La vida económica ha sido definida en términos de las actividades a través de las cuales los sujetos, situados en marcos sociales y culturales variables, producen, hacen circular y consumen recursos importantes en la vida social, que incluyen objetos materiales e inmateriales (trabajo, servicios, conocimiento, etc.), (Carrier, 2005: 4).

pensamiento sobre la economía. Inexistente en la primera o relevante en términos analíticos, la perspectiva de dichos actores es en gran medida relegada al plano de lo teórico. A pesar del énfasis de la visión sustantivista en el supuesto sobre el acercamiento hacia la vida económica empírica, la relación entre la economía de gran escala y la economía de la vida diaria experimentada por sujetos individuales, no parece haber merecido la atención suficiente. Podemos imaginar a estos actores como simples observadores de la economía de gran escala, que adquirió vida propia en el transcurso de la historia, y se proyecta como una esfera de la realidad que parece pasar por delante de sus narices sin tocarlos. No obstante, las personas forman parte de esa economía, y a su vez, esta es constituida por agentes reales.

Afirmamos la validez de la visión sustantivista de la economía en términos de su referente empírico, o mejor, la incrustación de la acción económica en las relaciones sociales. No obstante, creemos que la realidad empírica provee muestras de cambios en el vínculo entre la economía de gran escala y la vida económica concreta, que deben ser atendidos en detalle si queremos comprender en profundidad la mutua incidencia entre lo económico y lo social.

Dado el proceso de complejización y magnitud que adquirieron la economía productiva y la especulativa, la distancia respecto de los actores económicos concretos fue incrementándose al punto que dificulta percibir la inextricable relación entre la esfera económica de gran escala y las vidas económicas. La retórica pública de la economía hegemónica persuade a los actores dispersos acerca de la existencia de dicha esfera, que parece trascender las vidas singulares de manera sublime. En este marco, los actores concretos representan los fenómenos y procesos económicos que se establecen en los pronunciamientos solemnes de los economistas, en las estadísticas, en forma de hechos acabados independientes respecto de su existencia.

Preferimos centrarnos en la relación dialéctica entre la economía de la vida diaria y la economía de gran escala, que se proyecta en la relación entre las personas, sus relaciones sociales significativas y sus prácticas económicas cotidianas.

Debemos tomar en consideración analíticamente un actor económico que es más un sujeto inmerso en la interacción con otros, que un individuo aislado respecto de la retórica dominante o uno hipotético. Dicho actor es central para la comprensión de las actividades económicas; interpreta los fenómenos económicos que lo exceden, experimenta los efectos de los mismos sobre su mundo concreto y, en consecuencia, opera de manera activa sobre la economía de su existencia diaria.

En la evidencia empírica hemos identificado vínculos entre la vida económica de actores dispersos y la economía en sentido amplio que trasciende sus vidas, los cuales reflejan el

sostenimiento mutuo de ambas dimensiones de la realidad. Para ello, por el momento no nos centramos directamente en la acción sino en la observación. El *homo economicus* se caracteriza por llevar a cabo un proceso racional de maximización de la utilidad, en el que el peso se coloca más en la decisión/acción que en el proceso que la antecede, que parece descansar automáticamente en el mecanismo exclusivo provisto por la racionalidad. Por el contrario, planteamos la relevancia de una mirada más enfática sobre los microprocesos que ponen en evidencia el *esfuerzo* que supone la articulación entre la observación/percepción, la interpretación y la orientación de las prácticas económicas.

3.2. EXPERIENCIAS DE LA MACROCRISIS Y LAS MICROCRISIS

Las crisis económicas constituyen una de las formas en la que la economía de gran escala se manifiesta en un contexto histórico espacial y temporalmente delimitado, por lo tanto, presentan características similares respecto de aquella.

La economía –de gran escala y de la vida diaria– se proyecta de manera dual ante la experiencia humana tanto en términos formales como sustantivos. Esto se reproduce en las vivencias que los actores tienen de las crisis; las perciben en su dimensión formalizada y a la vez en su dimensión sustantiva, representadas respectivamente por las alteraciones macroeconómicas y sus efectos en la economía de la vida cotidiana. Por ello, más adelante distinguimos con propósitos analíticos, dos órdenes de experiencias en relación con la crisis en cuestión: uno *macro* y otro *micro*.

La necesidad de plantear esta distinción resultó de divergencias aparecidas en los relatos surgidos en la investigación etnográfica. Allí, los escasos recuerdos de las experiencias de la crisis giraban más en torno a alteraciones en el flujo de economía de la vida diaria que a las turbulencias macroeconómicas. Ante las dificultades que suponía indagar acerca de un evento pasado, una estrategia metodológica, a la que hemos recurrido al comienzo de la investigación para estimular los recuerdos de una crisis vivida de cinco a diez años atrás, ha consistido en hacer referencia a los fenómenos y procesos macroeconómicos que dominaban la atención pública en ese momento. Aunque esta herramienta fue diseñada con el objeto de propiciar el ejercicio de la memoria de los informantes, la necesidad de recurrir a la misma contribuyó a la posterior elaboración conceptual que derivó en el planteo ineludible de una distinción entre ambos órdenes de experiencias respecto de las circunstancias críticas. No obstante, cabe aclarar que aunque en este capítulo examinaremos ligeramente algunos aspectos del orden

macro, las características conceptuales y metodológicas de la presente investigación nos han obligado a enfocar el análisis interpretativo de los datos surgidos del campo principalmente en lo que denominamos el “orden micro” de tales vivencias, sobre el que se basa la mayor parte de las reflexiones presentadas en los capítulos subsiguientes.

Otro detalle que merece atención refiere a una situación recurrente que hemos experimentado al momento de preguntar a ciertas mujeres si era posible realizar una entrevista con respecto a la crisis de 2001. En esa instancia no mencionábamos estrictamente el problema de investigación, dado que la intención era explorar la primera interpretación que los futuros entrevistados hacían al escuchar y recordar el vago término “crisis”. En gran parte de los casos, las mujeres respondían diciendo: “si querés saber sobre la crisis, mejor que entrevistes a mi marido”. Tal propuesta inducía a una fugaz tensión entre nuestro esfuerzo por convencerlas de realizar la entrevista y su incomodidad e intento de evasión. Sin embargo, al ofrecer más detalles de nuestro interés por las experiencias en la economía cotidiana durante ese momento crítico, de inmediato aceptaban.

La recurrencia de tales instantes de tensión hizo que debiéramos reflexionar seriamente sobre esta cuestión, lo cual asimismo acentuó la necesidad, al menos analítica, de recurrir a semejante distinción entre el orden macro y el micro. Por un lado, la proposición que tales mujeres realizaban sugería que ellas hacían referencia a la capacidad privativa de los hombres de comprender la constelación de elementos macroeconómicos que constituyen lo que denominamos *macrocrisis*, dejando de lado los elementos cruciales de interrupción en diversas dimensiones de la vida diaria, también cruciales en la *microcrisis*, tácitamente vinculados al género femenino. Por otro lado, esta comprensión de los acontecimientos manifestaba una interpretación de la crisis en términos del orden macro casi exclusivamente.

Esto ha sido contrastado más tarde con lo sucedido ya en el transcurso de las reuniones con hombres. Con la intención de indagar acerca de las interpretaciones de la crisis e identificar conexiones entre las mismas y el curso de la economía de la vida cotidiana de los entrevistados, la grilla de entrevistas que hemos utilizado comenzaba con preguntas imprecisas sobre el colapso de 2001, para luego introducir de forma gradual preguntas precisas referentes a la vida económica durante el mismo. Ante las interpelaciones introductorias, los hombres, en su gran mayoría, comenzaban intentando elaborar una explicación macroeconómica de las causas y consecuencias de la crisis.

La interpretación femenina de la crisis “real y seria” (macro) tácitamente se contraponen con la crisis “trivial y periférica” (micro), que a su vez podían ser comprendidas mediante las capacidades diferenciales de hombres y mujeres, respectivamente. Esta contraposición

formulada en términos de género remite a clasificaciones encarnadas en el sentido común y reflejadas en gran parte de la literatura a favor de una comprensión de lo económico y lo social como esferas escindidas.

En apoyo de una visión crítica en relación esta tendencia académica de separación de ambas esferas, esta tesis supone un intento más por examinar mediante la observación de la realidad empírica la forma en que funciona concretamente la economía de la vida cotidiana en momentos de crisis. Las dimensiones materiales, sociales y culturales se entrelazan en la vida diaria adquiriendo significados singulares, que son conciliados subjetivamente con las circunstancias críticas. En tales contextos se pone en evidencia aún más claramente el hecho de que aunque el funcionamiento de las prácticas económicas cruciales para la vida diaria parece ininteligible y en ocasiones “irracional”, solo puede ser comprendido en profundidad en la medida en que aceptemos que las mismas “existen en el seno de densas redes de relaciones significativas” (Zelizer, 2011).

La particularidad de los contextos críticos es que pueden iluminar de manera peculiar las dimensiones simbólicas, sociales y materiales de la vida económica, y por ende, resultan momentos clave para poner en evidencia las intersecciones entre tales dimensiones y las actividades económicas mediante el examen de los microprocesos para llevar a cabo las prácticas concretas.

En antropología, el contexto ha sido, quizás desde siempre, un concepto ambiguo. Por una parte, fue utilizado como herramienta analítica, proveyendo un amplio marco con el cual considerar y comparar variados procesos sociales. Este uso del término permite considerar la proyección e incidencia de sucesos y factores históricos, económicos, sociales y políticos sobre las actividades humanas. Por otra parte, también refiere a un objeto constituido por una conjunción de fenómenos y procesos con los que los actores interactúan, se identifican e interpretan, y que son abordados analíticamente mediante herramientas provenientes de distintos enfoques históricos, sociológicos y antropológicos.

En pocas ocasiones las narraciones de los entrevistados en esta investigación han hecho mención directamente del contexto, pero los datos empíricos proveen innumerables referencias a factores del entorno aislados que inciden directamente en sus vidas o que son articulados resultando en efectos menos directos en apariencia sobre sus prácticas cotidianas.

Félix Schuster (1999) provee un esquema conceptual referente a la incidencia de ciertos aspectos del contexto en la actividad científica. Demuestra cómo la contextualización puede ser *situacional*, *relevante* y *determinante*. La primera refiere a la influencia de los factores contextuales en el conocimiento y la producción científica. La contextualización relevante

implica un criterio de selección por parte de los actores sociales que remite en forma exclusiva a los elementos que tienen trascendencia para sus actividades particulares. La contextualización determinante establece vinculaciones estrechas entre el medio social, la producción de conocimiento y, en consecuencia, sobre las actividades humanas.

Si partimos de la validez del supuesto de la incidencia del contexto en el conocimiento y en las actividades, entonces al pretender analizar la relación entre la crisis de 2001 y la vida económica de los actores sociales inmersos en tales circunstancias históricas, debemos contemplar la pregunta referente al *locus* de la crisis, entendido como el conjunto de condiciones, dispositivos y lugares que permiten la aprehensión de esta por parte de los sujetos.

Como hemos mencionado, la diversidad de experiencias de los individuos respecto de la crisis será entonces, con propósitos analíticos, sintetizada en dos órdenes de vivencias respecto de tales circunstancias: un orden *macro* y un orden *micro*. Mientras el orden macro corresponde a las vivencias respecto del agregado de eventos críticos engendrados en el seno de la economía de gran escala y aprehendido por los sujetos de manera indirecta, el orden micro representa las experiencias del conjunto de interrupciones e irregularidades producto del quiebre del flujo rutinario que implica la continuidad habitual de la vida económica.

En el orden macro, la crisis se presenta ante la experiencia de los sujetos de manera relativamente formalizada, en tanto conjunto de fenómenos y procesos críticos fruto del acontecer de la economía de gran escala, el cual es percibido e interpretado de modo subjetivo. Algunos ejemplos surgidos de las entrevistas de esta dimensión experiencial pueden ser los cambios significativos en determinada información macroeconómica crucial provista por el Índice Riesgo País, la sanción de la Ley de Intangibilidad de los Depósitos, los sucesivos recortes en el gasto público, la advertencia de calificadoras de riesgo sobre la potencial suspensión de pagos de la deuda, etc. Esta faceta de tal momento crítico ejerce influencia sobre la orientación de la vida económica en la medida que se caracteriza por ser capturada por los sujetos singulares mediante dispositivos intermedios. El establecimiento de tales dispositivos o *arreglos observacionales*,²⁶ siguiendo la noción de Preda (2009a), permite entender la aceptación y legitimación social de una comprensión determinada en torno a ciertos fenómenos contemporáneos como las crisis económicas. Los arreglos observacionales

²⁶ La observación indirecta requiere según Preda (2009a) de arreglos observacionales (*observational arrangements*), que proveen a los actores una orientación común y consisten en dispositivos que están presentes en la vida cotidiana e influyen decisivamente en la forma en que percibimos la realidad actual, garantizando la legitimidad de esa manera de ver el mundo. Estos arreglos se encarnan en lo que el autor denomina fronteras (*boundaries*) y funcionan como lentes que permiten coordinar acciones dispersas.

proporcionan un conocimiento particular como genuino y permiten a los actores guiar sus actividades centrándose en él. En nuestro caso, son formas de ver el mundo también constituidos en un contexto histórico cultural determinado. La participación mediante la observación de la economía y por lo tanto de sus crisis, se encuentra mediada por estos arreglos.

En el orden micro, la crisis es percibida más directamente debido a rupturas en el flujo rutinario de la vida económica, ejerciendo influencia decisiva en los microprocesos que desembocan en las acciones. Entre los ejemplos que emergen del campo distinguimos, por un lado, cambios efectivos en la vida económica corriente tales como despidos, aplazamientos en el cobro del salario, depósitos capturados por el denominado “corralito”, etc., y por el otro, indicios de alteraciones potenciales en la misma como rumores, gente recolectando comida de la basura, colectivos vacíos que reflejan la creciente desocupación, etc. El quiebre de los hábitos obliga a los actores a reconsiderar con tenacidad categorías, valores y normas dados por sentado, que usualmente guían el flujo rutinario de la vida social. En las disrupciones de la rutina, inherentes a las situaciones de crisis, la información relevante se presenta como indicios que los agentes procesan combinando factores cognitivos y emocionales a fin de moldear determinados cursos de acción que suponen intervenciones no rutinarias por parte de los mismos (Preda, 2009b: 38).

En ese marco, es preciso examinar en qué medida el esfuerzo activo de los agentes por sintetizar información crucial, en tanto, sorpresas informacionales e incertidumbres,²⁷ guía los microprocesos que derivan en prácticas concretas. Asimismo, exploraremos en qué grado las rutinas y las sorpresas son redefinidas y reformadas durante las crisis, haciendo énfasis en las formas que tales situaciones extraordinarias pueden afectar eventualmente los modos usuales de interacción social. Para ello, examinaremos el papel que juega tal información en situaciones de crisis respecto de posibles cambios en las interacciones y repararemos en los fenómenos y procesos microsociales que pueden dar lugar a tales cambios en los formatos de las transacciones, en tanto formas particulares de interacción social. Las profundas

²⁷ Mediante el análisis de la dinámica del conocimiento público respecto de las transacciones en el mercado, Preda (2009b) desafía la idea extensamente difundida de que la *información* relevante para el mercado proyecta rutinas para reducir la incertidumbre. Sugiere que el argumento teórico de que los mercados como sistemas de transacciones competitivas requieren de la continua producción y manejo de *sorpresas e incertidumbres*, frente a las cuales los actores reaccionan. Las sorpresas informacionales mismas son las que impulsan la acción. Incertidumbre aquí es entendida como secuencias de acción que no se adecuan a lo que se espera en una situación dada, lo cual interpela a los actores a dirigir la atención hacia la misma y a reaccionar ante tal incongruencia. La información, señala, es un factor interno crucial para el orden del mercado y representa el procesamiento de tales sorpresas e incertidumbres en el marco de la interacción social, lo que se contrapone con el fondo relativamente estable de lo rutinario.

incertidumbres intrínsecas de los períodos críticos ponen en cuestión el destino de la vida, revelando de manera peculiar la naturaleza social y cultural de la experiencia humana.

En ambos órdenes, en los que la percepción e interpretación del entorno se vinculan con la orientación de las prácticas económicas concretas, intervienen factores provenientes de la dimensión social y de la dimensión cultural, resultante de la interacción interpersonal y los significados requeridos para emprender las actividades económicas cotidianas. El producto de las intersecciones entre las relaciones sociales, los significados culturales y las actividades económicas en tales circunstancias críticas se refleja en microdinámicas que adquieren la forma de un procesamiento que guía la orientación y reorientación de las prácticas concretas. En dicho procesamiento, ambos órdenes de experiencias se encuentran entrelazados y, por lo tanto, solo pueden ser distinguidos en términos analíticos.

“Yo me enteraba de lo que pasaba porque veía la televisión y por lo que comentaba la gente. En la televisión se burlaban constantemente de De la Rúa, de sus hijos y de otros políticos. Me acuerdo de los saqueos. Un día, yo estaba caminando por el barrio y un vecino me dice: ‘Corré a cerrar tu negocio porque se vienen los saqueadores’ y yo me asusté y le pregunté a mi marido, y él me dijo: ‘¡Pero no! ¡Seguro que no es para tanto!’, y lo vi al chino del supermercado cerrando las cortinas rápidamente, que era otro chino, no el de ahora. ¡Te decían que se venía toda la villa! Era como una psicosis y lo veías en la televisión. Veías un morocho caminando y la gente decía: ‘cuidado, quizás es uno que te va a saquear’. Esa psicosis hacía que tuvieras miedo y no sabías qué hacer. Si comprar o no comprar, si sacar la plata del banco o no, etc.”

La percepción e interpretación que Celia hace del entorno crítico, sin embargo, también ilustra la interconexión de información clave, o de sorpresas informacionales, proveniente de los medios de comunicación y de experiencias ajenas:

“Otra era Olga, una amiga, que al marido lo despidieron de la fábrica y no conseguía otra cosa. Además, el colectivo costaba más que lo que ganaba en una changa. Había como una propaganda continua en la televisión de los robos, que no había que tener dinero en la casa, o que salía la gente del banco cuando cobraba la indemnización o los retiros voluntarios y ahí les robaban. Las publicidades de *blindex* para las puertas, hasta eso daba miedo. Generaban ese miedo para que la gente pusiera el dinero en los bancos. La gente vendía las alhajas de oro de sus familias para meter la plata a intereses, por eso se decía: ‘Menem vendió hasta las joyas de la abuela’. Era como una desesperación por hacer negocio o por

sobrevivir. A los que les daban retiros voluntarios, como un colega de mi marido que trabajaba en ASTRA, la misma empresa metía esa plata en los bancos. No sé si era a propósito [...] que todo iba a parar a los bancos, pero parecía que lo hacían expreso.”

Otro ejemplo de la manera en que ambos órdenes se entrelazan en la experiencia que los sujetos tienen de la crisis, es provisto por Darío:

“Cada vez se hablaba más del tema. Se hablaba más en los medios, en los diarios, también entre los amigos. Yo me acuerdo cuando saltó todo, cuando estaba la noticia. En un primer momento pensamos: ‘¿Qué hacemos? ¿Qué decisiones tenemos que tomar?’. Antes, parece un poco ridículo todo, reforzamos este tema, tuvimos un pequeño depósito de conservas, un *stock* de latas para situaciones de emergencia, no fue un valor enorme pero pensamos, bueno, por lo menos si no podemos, se puede para tener suficiente, que sé yo, leche para los chicos, la familia.”

En otros casos, el escrutinio de la información provista por la esfera pública responde a criterios definidos por la situación singular por la que los actores atraviesan. La atención se dirige arbitrariamente hacia la información que estos consideran clave respecto de sus circunstancias excepcionales personales.

En este sentido, el caso de Rafael ilustra la articulación entre sus experiencias en ambos órdenes (macro y micro). A unos meses de jubilarse, en octubre de 2001, la empresa en donde él trabajaba desde hacía años, le ofreció intempestivamente el retiro voluntario. Dado que, según él, no quedaba otra alternativa, accedió a que la empresa depositara el abundante monto en dólares de lo que serían sus únicos ingresos familiares hasta la jubilación, en el banco con el que trabajaba la firma. Sin poder tomar alguna posición respecto de una posible inversión con ese dinero, el mismo fue congelado un mes más tarde, lo cual implicó que el acceso a su única fuente de ingresos incautada en el banco solo pudiera efectuarse en los términos que el Gobierno había dispuesto luego del corralito. Solo después de un tiempo, Rafael pudo abrir tres cuentas en el Banco Nación a nombre de sus hijos y esposa, a fin de obtener un monto mayor para poder afrontar los gastos básicos de toda la familia. Recién después de seis meses, las cuentas provenientes de retiros voluntarios fueron liberadas casi por completo, aunque en forma pesificada.

“Yo siempre leo los diarios, pero en ese momento me dediqué desesperadamente a buscar y leer cada día qué era lo que iba a pasar con los que estaban en mi situación, los que nos

habían quedado todos los ingresos congelados en el banco. A ver cuándo se iban a abrir. Mientras tanto, dado que nosotros siempre fuimos conservadores en los gastos, solo gastábamos en lo esencial, el resto lo aplazamos. Vacaciones, gastos grandes, arreglos en la casa, eso no se podía hacer. Cuando uno confía en cómo toma las decisiones siempre igual desde hace 25 años, siempre sigue de la misma manera. Pero en lo que respecta a las cosas diarias, alcanzaba más o menos. Yo estaba desesperado y ni se lo podía transmitir a mi familia porque ellos no podían procesarlo. ¿Qué les iba a decir? ¿Que no alcanzaba? Pero lo del retiro, todo fue tan rápido que no pude ni pensar qué hacer con ese dinero [...] invertir en algo para poder tener un ingreso mensual, un negocio, comprar una propiedad [...] no hubo tiempo para nada, ni para sacarlo y ponerlo debajo del colchón, para ninguna decisión. Además, el tema era que no solo no podía sacar el único dinero que teníamos, sino que parte eran bonos 2013. Y otra cosa importante, que yo miraba siempre lo que se decía sobre el banco en el que tenía la plata, ¡porque había rumores de que incluso los bancos se iban a ir! ¡Entonces, no solo el tema era que no podías obtener tu plata, que te la pesificaban, sino también que quizás el banco se la podía llevar afuera! Mirá que en Argentina pasaron muchas cosas, estamos acostumbrados a todo, pero esto nunca había pasado, que los bancos se queden con tu plata. ¡Se metieron con la propiedad privada! Eso es otra cosa [...] Nadie se imaginaba que esto iba a pasar. Después se descubrió que los bancos extranjeros no respaldaban a los de acá. Porque por todos lados decían antes que el City de allá respondía por el City de acá. ¡Eso fue terrible! La gente metía plata en los bancos porque confiaba en que los grandes bancos mundiales los respaldaban. Eso era lo que ellos [los bancos] propagaron, era información falsa. Embaucaron a todo el mundo.”

Sin embargo, como hemos advertido con anterioridad, con el fin de hacer énfasis en tales microdinámicas, esta investigación enfoca analíticamente las experiencias de la crisis en particular en el orden micro, sobre las cuales indagaremos en los capítulos siguientes. Para no incurrir en un examen detallado de las experiencias en el orden macro –abordado superficialmente en esta tesis– suponemos que al menos en el orden micro, dicho procesamiento revela la complejidad del esfuerzo que los sujetos realizan para orientar o reorientar sus vidas económicas en situaciones extraordinarias. Este esfuerzo por procesar las alteraciones ocurridas en el flujo rutinario involucra una tarea de articulación entre la interpretación y la agencia, en la que las evaluaciones cognitivas y las reacciones emocionales, influenciadas por las dimensiones sociales y culturales, inciden de manera determinante. Las formas que este esfuerzo adquiere se proyectan en los distintos cursos de acción que se llevan a cabo, los cuales representan la diversidad de experiencias singulares.

Son estos microprocesos, encarnados en el esfuerzo de los agentes, los que permiten, tomando prestada la distinción de Bourdieu (2005: 212), escapar de la dicotomía entre una definición teleológica de acción como resultado del cálculo racional instrumental consciente y una definición mecanicista de acción como producto de la mera reacción ante fuerzas indiferenciadas.

Las dinámicas con que se presentan tales microprocesos, sobre todo en circunstancias extraordinarias críticas, permiten sugerir que más que ser determinadas de manera exclusivamente racional o mecánica, las acciones económicas constituyen el producto de lógicas creativas mediante las cuales los agentes combinan los diversos recursos a su alcance de acuerdo con la situación peculiar que deben afrontar en su vida económica. Tales lógicas nos autorizan a considerar que a pesar de las disrupciones del flujo rutinario de la vida económica, los agentes hallan la forma, de forma más creativa que teleológica o mecánica, de orientar y reorientar de modo razonable, aunque no estrictamente racional, las prácticas económicas cruciales de sus vidas.

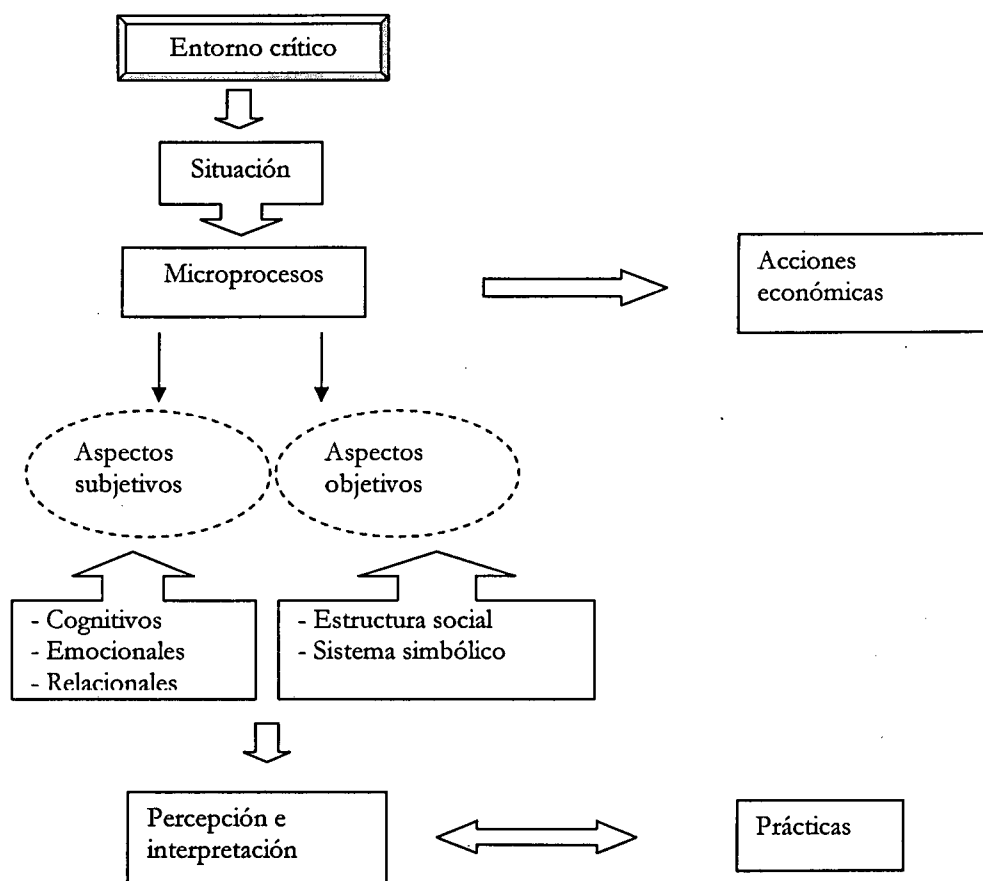
Gran parte de la literatura sociológica tradicional que hace referencia a situaciones problemáticas, extraordinarias o críticas, ha optado por analizar las crisis como análogas al caos, lo que las ubica en las antípodas del orden social, basándose en la consideración de ingredientes irracionales y antisociales constitutivos de las mismas (Quarantelli, 1954). Dicha caracterización de los comportamientos extremos es marcada por la supuesta pérdida de control sobre los propios actos, restando importancia a la capacidad humana de hacer frente a noveles e incluso insólitas circunstancias, reflejada en la actitud activa respecto de la percepción de amenazas concretas o potenciales y de los consecuentes intentos de resolución, encarnados en la reorientación de la conducta. Desde estas perspectivas, el quiebre del orden, de la continuidad y de la relativa estabilidad provistas por las regularidades convencionales representa una característica fundante de las situaciones críticas.

Aunque el quiebre de tales regularidades parece ser característico en momentos de crisis desde estas perspectivas teóricas, lo que puede implicar cambios en el marco sociocultural que interviene en las vivencias singulares, las experiencias de los sujetos entrevistados en esta investigación muestran que la persistencia de la influencia cultural y social prevalece en las vivencias –cognitivas, emotivas y relacionales– que los actores tienen de la crisis, e incluso dicha continuidad constituye uno de los aspectos involucrados en la determinación de las acciones, los cuales conceden razonabilidad a la orientación que las prácticas toman.

El análisis de tales lógicas, que aun en momentos de crítica incertidumbre guían la acción económica, sugiere que a pesar de no reflejar mecanismos racionales los agentes elaboran

maneras razonables de llevar a cabo y adecuar las actividades económicas centrales de la vida. Para ello recupero la propuesta de Preda sobre la manera en que actores dispersos se involucran en cursos de acción inciertos frente a circunstancias críticas o extremas, tales como las crisis financieras o las catástrofes humanas y naturales, o acciones dispersas son coordinadas en tales escenarios (Preda, 2009a).

Este enfoque sobre el comportamiento humano enmarcado en el orden de interacción social en situaciones de crisis desafía la idea de que tales circunstancias puedan derribar el orden de interacción y en ocasiones conduzcan a conductas “irracionales”. Por el contrario, Preda sugiere que en ciertos escenarios se producen modificaciones dentro del orden de interacción, que incluyen diversas formas de acción siempre resultantes de la interacción social. Por ello, este autor sostiene que en los momentos críticos, en vez de identificar el caos como la antítesis del orden, resulta más apropiado distinguir formas de interacción que se configuran, modifican y reconfiguran respecto de las interacciones habituales que fluyen en condiciones dadas por sentido, a la vez adquiriendo renovados significados para los actores involucrados.



3.2.1. Constelación: la macrocrisis

Parece que estamos viviendo un momento histórico caracterizado por la máxima, difusa y deliberada, de la retórica económica dominante. La propagación del discurso económico ha sido crucial a los efectos de establecer un distanciamiento de la economía respecto de la vida. La misma se sustenta primordialmente en la reputación del modelo económico neoclásico y de sus referentes académicos y públicos encarnados en dispositivos materiales e inmateriales presentes en la dinámica de la existencia diaria, la cual parece tomar vida propia. No obstante, este distanciamiento tiene su contraparte justamente en la omnipresencia en la vida cotidiana de improntas comunicacionales incorporadas en artefactos, modelos y conocimiento, que coordinan las acciones de actores dispersos, quienes de otra manera tendrían poco en común (Preda, 2009: 11).

Las crisis económicas, como constelaciones constituidas por una multiplicidad de procesos difícilmente delimitables, están envueltas en la misma retórica y se desenvuelven en idéntica dinámica de distanciamiento omnipresente respecto de la vida diaria. La relación dialéctica entre los actores y el entorno económico de crisis se manifiesta en esta dinámica de distanciamiento omnipresente. El ambiente se presenta en términos de la retórica hegemónica, como el flujo de múltiples elementos entrelazados o aislados encarnados en símbolos, dispositivos y conocimiento. En este contexto, las personas perciben este fluir de elementos y procesos como la trama de un espectáculo, en el cual participan ostensiblemente al menos observando cómo transcurre. Como espectadores, los sujetos ven la crisis desde una perspectiva parcial, sin apreciar necesariamente en detalle las fuentes en dónde se origina, ni su participación como público, ya que lo que más atrae su atención es la trama.

Tomamos ligeramente la metáfora del espectáculo para aventurarnos en la comprensión de algunas dimensiones de la relación de los individuos como espectadores-participantes de las crisis económicas. El uso metafórico del teatro no es nuevo en absoluto,²⁸ pero, mientras tradicionalmente se hacía énfasis en el actor, en la actualidad existe una tendencia a ver al sujeto social como espectador.

Dos componentes inseparables de la figura del espectador son los que distinguen la observación de la acción. El primero refiere a la posibilidad de ver la trama como un todo, lo que implica una mirada que puede ser cualquier punto de vista posible. El segundo componente guarda relación con la posibilidad de ver sin ser visto (Boltanski, 1999: 25). La

²⁸ Para profundizar sobre ejemplos del uso metafórico del teatro, ver Boltanski, L., *Distant Suffering* (1999).

peculiaridad de la figura del espectador recae entonces, según Boltanski, en su carácter anónimo e invisible. Esto no supone, sin embargo, ni que el espectador sea innecesario para la composición del espectáculo, ni que sea una figura superficial. El espectáculo no puede existir sin la figura del espectador (solo en un ensayo no es necesario el espectador, y en ese caso todavía no es espectáculo sino ensayo). Asimismo, toda pieza teatral lo afecta en alguna medida. Ellos participan de una manera u otra, con el solo hecho de estar ahí, en el público, percibiendo e interpretando la obra, lo que genera reacciones cognitivas y emocionales. Esa percepción de la trama del espectáculo incide ineludiblemente en el curso de sus vidas. La observación encuentra su correlato en la acción.

Las crisis económicas –así como la economía en momentos habituales, si es que los hay– se presentan como un flujo de elementos articulados alrededor de una trama proveniente de fuentes desconocidas, respecto de la cual el espectador parece estar al margen. Esa trama se presenta como un todo que el espectador percibe e interpreta, y en consecuencia incide en sus acciones.

En el teatro como en las crisis, el espectador percibe e interpreta el delimitado fluir de acontecimientos, sin embargo raras veces reflexiona sobre su propio papel como parte esencial de la situación. Reconocemos, no obstante, algunos puntos muy disímiles en semejante analogía. Aunque la obra puede y suele tener efectos en los espectadores, en especial mediante cambios emocionales, el transcurso de la misma no tiene implicancias directas en las condiciones materiales de sus vidas, como sucede en las crisis económicas.

No obstante, algunas similitudes hacen que sea propicia la analogía en términos analíticos. En el teatro, el público forma parte del espectáculo. En las crisis, aunque los actores individuales parezcan observar sin participar, el flujo de los acontecimientos en apariencia remotos tiene un fuerte impacto en las vidas cotidianas, que a su vez inciden alimentando tendencias en el transcurso de las circunstancias críticas.

Esta similitud del espectáculo nos introduce en la ilustre tensión entre el todo y las partes. El espectáculo está conformado por la obra y la situación. Una cosa es la obra proyectada en la trama y otra muy diferente es la situación social del espectáculo. Mientras la obra refiere al deliberado fluir de acontecimientos demarcados, el espectáculo remite a la situación de encuentro social delimitado. Un todo dramático dentro del todo situacional.

Los períodos críticos también reflejan este dilema. El momento crucial del compromiso con la situación, del sentido de involucramiento, es aquel momento de transformación desde el estado de ser un espectador que recibe información, hacia aquel estado de ser un agente (Boltanski, 1999: 31).

El espectáculo es entendido tanto como el flujo delimitado de fenómenos y procesos, que es percibido como ajeno al espectador y, a su vez, como la situación que remite a la participación del espectador al menos como observador. La situación es, en este sentido, caracterizada por el hecho de que ofrece la posibilidad de involucrarse (Boltanski, 1999: 8) e implica una instancia circunscrita de la realidad en la que se abre la oportunidad de definición y dominación de una situación presente con la ayuda del acervo de conocimiento.²⁹ La relación entre la circunstancia presente y este último, se basa en el carácter biográfico singular de la misma (Schutz y Luckmann, 2003: 120).

Si bien las crisis tienen lugar como fenómenos supuestamente delimitados que manifiestan un quiebre en el transcurso de la economía habitual, se caracterizan por el alejamiento respecto de los espectadores y por la naturaleza imprecisa de sus fronteras. Aunque todos podemos estar de acuerdo sobre lo que es una crisis en términos vulgares, es raro que podamos delimitarla de manera precisa. La distancia e imprecisión remite al carácter abstracto, complejo, múltiple y dinámico propio de las mismas como fenómenos difícilmente aprehensibles ante la percepción. Ambos son elementos cruciales en la relación entre el espectador y el entorno crítico. Mientras la distancia se manifiesta en el carácter mediado de la aprehensión de la crisis, la imprecisión se plasma en su naturaleza múltiple. Es aquí donde la retórica económica dominante encuentra una arena fértil para la persuasión.

En cuanto el horizonte de acción resida mayormente en la distancia, habrá gran probabilidad que el espectáculo sea aprehendido de un modo ficcional. La distinción entre realidad y ficción pierde relevancia para el espectador despojado de poder de expresión y separado de lo que percibe (Boltanski, 1999: 23). El obstáculo creado por la distancia y la imprecisión puede ser, sin embargo, superado por una facultad: el acto deliberado de la imaginación.³⁰ El espectador se representa a sí mismo como parte de esa realidad crítica; este primer paso presupone la relevancia de su capacidad reflexiva.

A su vez, la imaginación juega un rol central en la coordinación entre el espectador individual que observa la crisis y la infinidad de público que presta atención a la misma crisis. Coordinación de imaginaciones de diversos espectadores no pueden ser imputados solo al contagio gradual. Para que la imaginación juegue un rol central en la coordinación de representaciones, diferentes personas deben ser capaces de nutrir su imaginación individual desde las mismas fuentes (Boltanski, 1999: 50). Si bien este proceso puede ayudarnos a

²⁹ Tomamos la conceptualización del acervo de conocimiento o experiencia y su relación con la situación expuesta por Alfred Schutz y Thomas Luckmann, en su análisis de la estructura del pensar (Schutz y Luckmann, 2003: 109).

³⁰ Boltanski hace referencia exclusivamente al problema de la distancia y la imaginación (Boltanski, 1999: 38).

comprender la dinámica colectiva de algunas reacciones compartidas frente a determinados eventos del entorno, lo más interesante es que el mismo provee una heterogénea muestra del perspicaz esfuerzo reflexivo humano traducido en la diversidad de estrategias para enfrentar un ambiente crítico. La idea de que los espectadores se esfuerzan por comprender su propia experiencia como parte del contexto, remite a esta suerte de imaginación, que les permite dar forma a una escena histórica de gran escala en términos de sus significados para la vida diaria, y al mismo tiempo, dar forma a la vida económica diaria en términos del contexto histórico contingente.

Ellen Hertz (2000) hace alusión a la distinción entre representaciones reales y falsas, entre la idea y su imagen, en un estudio sobre las representaciones públicas de la especulación financiera. La forma de representación falsa y peligrosa de la realidad, que esta autora retoma de Platón mediante el ejemplo del *simulacrum*, implica dimensiones y distancias que el observador no puede manipular. Esta representación hace perder referencia a la idea y a lo real, que distingue el mundo externo del interno, el observador de lo observado (Hertz, 2000: 43). En nuestro caso, la forma de representación de la crisis, que denomina “falsa”, hace perder referencia a lo real ya que no depende de ninguna interacción directa con los elementos constituyentes de la constelación. La distancia e imprecisión que la constelación de la crisis supone, obstaculiza el alcance operativo del observador.

El acto representacional de una crisis económica es compartido con otros actores sociales, dando forma a una masa social con una dimensión que desdibuja la posibilidad de aprehensión directa y excede la esfera individual. Hertz sugiere que son estas redes de proyecciones las que hacen mover la economía real. Aunque la economía es social y no individual, así como los fenómenos subsidiarios como el mercado especulativo o las crisis económicas también lo son, el individuo forma parte de la materialidad de los mismos. “Es esta aparente preeminencia de lo social sobre lo individual es lo que produce el efecto de grandeza, profundidad y distancia, lo cual caracteriza el *simulacrum* en el relato de Platón” (Hertz, 2000: 46). Los individuos son observadores y participantes en esta masa, dado que contribuyen observándola.³¹

Proponemos algunas orientaciones interrelacionadas que inciden y dan forma a la interpretación de la experiencia dual entre lo doméstico y lo remoto, de la vida en términos del entorno y del entorno en términos de la vida. Estas enfatizan la perspicacia de los actores

³¹ Extendemos la argumentación que Hertz hace sobre los especuladores en el mercado financiero, como observadores y participantes simultáneamente de la masa asociada con los mercados especulativos, dado que participan en la masa al observarla (Hertz, 2000: 44).

en la labor interpretativa. Retomamos a tal fin la caracterización de Preda (2009a) sobre los mecanismos de coordinación de acciones individuales dispersas en un entorno incierto. La experiencia directa, la observación indirecta y las *fronteras* o *arreglos observacionales*, son mecanismos que permiten enfatizar el ingenio de los actores en el proceso de coordinación de una manera dispersa. De manera similar a lo que sucede con la coordinación de acciones particulares, las representaciones individuales sobre el entorno circunstancial se sistematizan mediante algunos mecanismos, a saber: la experiencia directa, la observación indirecta y los arreglos observacionales (Preda, 2009a).

La experiencia directa es la base de la percepción. Toda percepción de la experiencia como actividad cognitiva básica, toma forma en términos de categorías, clasificaciones y esquemas de comprensión compartidos. Tanto nuestra experiencia presente y pasada, como la surgida de la interacción social cara a cara (experiencia recíproca directa), influyen la capacidad de percepción de los actores, como un prisma que filtra la información. Estudios recientes han demostrado, además, la preeminencia en el mundo contemporáneo de la economía y las finanzas, de nuevas formas de interacción que también influyen en la relación entre la observación de la realidad. La distinción de Knorr-Cetina y Bruegger (2002a) entre *presencia encarnada* y *presencia respondida* refiere a prominentes formas sociales de interacción. Mientras la primera corresponde a las situaciones cara a cara, la segunda señala la interacción entre participantes que no están presentes físicamente en el mismo lugar, incluso mediada por dispositivos tecnológicos.

El mecanismo de la observación indirecta se caracteriza por ser mediado por “lentes” o “arreglos observacionales”, que proveen una orientación común a los actores. Dado que la experiencia no se agota en la observación directa ni en la interacción cara a cara, sino que implica formas de *presencia respondida* –frecuentes en el mundo contemporáneo– la confianza impersonal adquiere relevancia. Este tipo de confianza, contrariamente a la confianza en la experiencia directa, se basa en la certidumbre en procedimientos observacionales y en consecuencia en el supuesto de que el objeto de observación no puede ser independiente respecto de los mismos (Preda, 2009a: 10). Esta implica un grado de aceptación de tales procedimientos.

El establecimiento de tales fronteras o arreglos observacionales, posibilita comprender la aceptación de ciertos fenómenos contemporáneos –por ejemplo, las crisis económicas o la dinámica de los mercados financieros– como socialmente legítimos, la cual yace en la experiencia del orden económico reinante. Las mismas conciernen al sistema de distinciones representando la presencia pública de tales fenómenos (Preda, 2009a: 235).

Las fronteras son más que distinciones discursivas que demarcan de modo simbólico categorías. Pueden ser comunicacionales, es decir, incorporadas en artefactos, modelos y conocimiento que coordinan las acciones de actores dispersos e inciden en la interpretación de la realidad circundante. Sin embargo, pueden ejercer el papel de sistemas de observación controlados y son lo suficientemente flexibles para dar lugar a una multiplicidad de diversas interpretaciones y, por consiguiente, de diferentes formas de acción.

Estos arreglos observacionales permiten a un grupo tener control sobre la manera en que determinadas actividades son percibidas por el público, lo cual le otorga legitimidad y acceso. Los arreglos no provienen de la nada, sino que son establecidos por actores históricos concretos. En nuestro caso, son formas de ver el mundo también constituidas en un contexto histórico cultural determinado. La participación a través de la observación en la economía y por ende en sus crisis, está mediada por estos arreglos. Las fronteras consisten en sistemas observacionales a través de los cuales la crisis se presenta y representa en la sociedad, un sistema que abre cursos de acción posibles y de posicionamiento de los actores respecto de tales actividades (Preda, 2009a: 14). Las fronteras generan formas de ver el mundo, que filtran la percepción de los actores sociales involucrados. Tales formas de ver el mundo incluyen principalmente operaciones clasificatorias que permiten recombinar y redefinir categorías. Así, este modo de ver el mundo abre caminos de posibles acciones relevantes y dota a los actores de capacidades agenciales, que no implican meramente la reproducción de rutinas. Una vez que el dominio de acción (especulación, crisis) es visto como significativo dentro del mundo, puede ser aceptado o cuestionado dentro de un sistema clasificatorio dado (Preda, 2009a: 173). Las interpretaciones sobre las acciones económicas durante una crisis, son basadas en tales operaciones clasificatorias.

Una característica fundamental de las fronteras es la observación del conjunto de fenómenos y procesos que constituyen la constelación de una crisis, sin copresencia física (microscópica), acercando pequeñas piezas de información al observador. Sin embargo, tales piezas observacionales aisladas no son suficientes. Se necesitan categorías y procedimientos que le den sentido en el conjunto de entidades más amplias relacionadas con las pequeñas (aspecto telescópico). Por último, el aspecto caleidoscópico combina, según ciertos patrones, la percepción de los actores sobre diferentes entidades amplias, lo cual representa la observación de la economía y sus crisis, dentro de la sociedad (Preda, 2009: 18).

3.2.2. Rutinas y sorpresas: las microcrisis

Desde la sociología, el tratamiento de fenómenos contemporáneos de profunda significatividad como las crisis ha girado en torno a las maneras en que las mismas desafían las rutinas, es decir, respecto del orden micro en que son experimentadas por los actores sociales. En las crisis, los fundamentos de la sociedad se encuentran inusualmente expuestos, lo cual posibilita la observación sensible de fenómenos y procesos que son dados por sentado. En este sentido, el análisis de la vida cotidiana durante períodos críticos es propicio en términos antropológicos, ya que permite desnaturalizar el carácter preestablecido de patrones rutinarios de comportamiento y acción, así como de los valores y las normas que los sostienen, e iluminar las particularidades de las crisis en tanto construcciones sociales y culturales.

Una descripción densa de la esfera de la realidad económica cotidiana provee un rico conjunto de información empírica y un entendimiento sin precedentes de las condiciones necesarias para entender la crisis en términos de sus dimensiones concretas. Además, permite comprender el devenir de la vida económica en un contexto caracterizado por circunstancias extraordinarias que la trasciende y a la vez la constriñe.

El análisis implica entonces clasificar las estructuras de significación y determinar su base social. Al examinar las prácticas de la vida económica nos acercamos a la comprensión del comportamiento humano como acción simbólica, sin necesidad de verlo como marco cognitivo, ni como patrón de conducta. Debido a que el análisis antropológico resulta de la interpretación etnográfica de la comprensión de los informantes sobre eventos, prácticas e ideas, y no solo del estudio de eventos, prácticas e ideas particulares en sí mismos, sostenemos la relevancia de hacer hincapié, en primer lugar, en la actitud interpretativa de los actores respecto de los cambios actuales o potenciales en sus actividades provocados por el entorno crítico, en segundo lugar, en el devenir mismo de sus actividades y, en tercer lugar, en las conexiones entre ambas dimensiones de la realidad cotidiana.

La indagación acerca de la actitud interpretativa de los actores supone tomar en consideración el papel crucial tanto de la *información* crítica que se encuentra a su alcance, como del procesamiento que la misma requiere. En este trayecto, es preciso hacer énfasis en las distintas formas en que dicho procesamiento incide en la agencia humana, que proveen muestras de la diversidad de factores involucrados en la determinación de las acciones en circunstancias críticas. Esto permite cuestionar la idea ampliamente difundida de que las crisis

económicas suponen que elementos irracionales, tales como las emociones, toman el control sobre aquellos racionales, tales como el cálculo maximizador.

Para ello, recuperamos el modelo teórico de Alex Preda (2009b) basado en un microanálisis de las transacciones económicas como unidades analíticas elementales de la sociología de los mercados. Retomando la noción weberiana de los mercados en tanto sistemas de transacciones competitivas, Preda supone que las transacciones constituyen logros interaccionales y formas básicas de competición social. También sostiene la idea generalizada de que el papel de la información en los mercados se proyecta en rutinas llevadas a cabo a fin de reducir ineludibles incertidumbres. Los mecanismos de producción y manejo de tales informaciones sugieren un proceso dinámico de ordenamiento de conocimiento en el cual el mercado genera *sorpresas e incertidumbres* en formas delimitadas por instituciones, arreglos materiales y rutinas (Preda, 2009b: 5). De este modo, el modelo, rechazando la idea acerca de la incongruencia entre emoción y cognición, se sustenta en un microanálisis sobre el proceso por el cual lo emotivo y lo cognitivo se entrelazan en las transacciones económicas concretas, situacionalmente delimitadas –como en las crisis económicas–, que hacen posible la producción de *sorpresas informacionales* que guían las acciones en tales circunstancias (Preda, 2009b: 21).

Una forma característica, central para nuestro proyecto, en que se producen sorpresas informacionales, argumenta Preda, resulta de la trasgresión de fronteras,³² la cual se manifiesta en particular en los períodos de crisis, ya que estas “alteran las rutinas, generan incertidumbres y requieren intervenciones no rutinarias por parte de los participantes” (Preda, 2009b: 38). Aunque las sorpresas son interpretadas de diversas formas, todas constituyen información que genera una situación de vacilación, la cual demanda atención y reacción por parte de los actores. Tales alteraciones influyen en la información dado que modifican las relaciones entre los participantes de la transacción.³³ Las sorpresas informacionales, en tanto transgresiones de fronteras, constituyen señales relevantes que impulsan las acciones. Estas señales son desencadenadas por las alteraciones características de las crisis y requieren del procesamiento cognitivo de los actores involucrados.

La *información*, elemento central de las economías de mercado, “puede ser vista como el

³² Las fronteras pueden representar distinciones que ordenan la realidad en términos de dominios diferenciados de actividades (adentro/afuera), o elementos de comunicación y cooperación (al interior). Las mismas forman parte de lo rutinario, en tanto arreglos que permiten el mejoramiento de la rutina. Constituyen “señales” que permiten distinguir la conducta apropiada para cada situación, y son juzgadas y actuadas en el marco de la vida ordinaria. Sin embargo, en sí mismas no representan señales informacionales, sino que son las alteraciones de las fronteras lo que se vuelve informacional (Preda, 2009a: 10-11 y 2009b: 33-38).

³³ Esto respecta tanto a la relación entre seres humanos como a la relación con objetos tal como lo designa la distinción entre dos tipos de situaciones que realiza Knorr-Cetina (2009: 63): situaciones *naturales* y situaciones *sintéticas*.

procesamiento de sorpresas en interacción, en contraste con el marco (relativamente estable) de expectativas comunes provistas por las rutinas” (Preda, 2009b: 18). El proceso de generación de incertidumbres no puede separarse de las acciones prácticas de los participantes en una transacción. Ellos deben, ante todo, reconocer las incertidumbres como tales. Este reconocimiento se produce como resultado del ejercicio interactivo de definición de la alteración como algo nuevo e inesperado, llevado a cabo por los actores involucrados en la transacción, para lo cual hacen uso de recursos situacionales (Preda, 2009b: 38).

Preda sugiere que los cambios inesperados parecen consistir en fenómenos característicos que acompañan las crisis económicas y financieras. Los mismos adquieren la forma de suspensiones, redefiniciones, etc., en los que la información –en tanto, revelaciones o sorpresas– adquiere un rol crucial (2009b: 204). Tales transformaciones pueden reflejarse en cambios de: las relaciones; la forma de las interacciones, por lo tanto el juicio (como resultado del interjuego entre las reacciones emocionales y las evaluaciones cognitivas) ligado al desarrollo secuencial de las acciones (Schutz 2008); y la información (en tanto sorpresas e incertidumbres) desplegada en la secuencia y procesada (emocional y cognitivamente) por los actores.

3.3. ESPECTADORES PARTICIPANTES

Para el desenvolvimiento efectivo de la vida económica diaria resulta crucial la contemplación y vivencia de los eventos y situaciones extraordinarias que en el orden macro y en el orden micro conforman las diversas maneras en que se manifiesta la crisis ante la experiencia de las personas involucradas.

La trayectoria consagrada de la filosofía se ha ocupado ampliamente de la indagación sobre la realidad y cómo los humanos la apprehenden. De ninguna manera es nuestra intención entrar en los detalles de la extensa exploración filosófica respecto de esta cuestión central, sino que era imposible no mencionarla de manera fugaz a fin de partir de la misma para desarrollar nuestra argumentación en torno a la percepción e interpretación de un sector de la realidad, a saber, la crisis argentina de 2001.

Aún al día de hoy, la percepción en gran parte parece ser la mejor forma de garantizar la seriedad de una descripción que aspira al estatus de verdad. Para nuestro propósito, es suficiente adscribir a una concepción fenomenológica de la realidad, reduciendo lo existente a

la serie de apariciones que lo manifiestan, sin entrar en la comprensión ontológica de los fenómenos que la constituyen.

La idea de *fenómeno* en Husserl (1990) remite a una aparición que supone a alguien ante quién aparecer, y a su vez, se revela tal cual es de manera absoluta. Según la perspectiva fenomenológica, la comprensión de la realidad y de su aprehensión por parte de los humanos se resume en la explicitación del fenómeno, el cual tiene la característica doble de ser relativo y absoluto. Relativo, dado que siempre requiere de alguien subjetivo. Absoluto, ya que no es otra cosa que lo que aparece ante ese alguien.

Sin adentrarnos en las reflexiones filosóficas, para nuestra investigación basta con establecer como punto de partida la conceptualización fenomenológica del mundo de la vida circundante tal como nos está dado, tal como se nos aparece, en términos de la experiencia cotidiana. Así, la percepción de los fenómenos se presenta como la síntesis de la multiplicidad de representaciones subjetivas de sus apariciones (Husserl, 1990). En este sentido, nos interesa partir del énfasis operativo en la relación estrecha entre la percepción de la realidad y la certidumbre de que los fenómenos son reales y que poseen características específicas, presentada en el supuesto planteado por Berger y Luckmann (1995) de una realidad construida socialmente.

La vida cotidiana, que reclama el centro de nuestra atención, se presenta como una realidad interpretada subjetivamente por los hombres y representa un lugar clave en donde se gestan sus pensamientos y sus acciones (Berger y Luckmann, 1995: 37). De este modo, el análisis de las conexiones entre interpretación subjetiva en un ámbito singular de la realidad, y las acciones concretas de los actores sobre el mundo, resulta central para el objetivo de indagar respecto de la experiencia subjetiva de la vida económica cotidiana en un entorno circunstancial.

La literatura ha ilustrado la imposibilidad de comprender el juicio individual sobre actividades económicas sin verlo como el producto de la interacción con las representaciones de otros actores sociales y con las representaciones públicas, todas ellas enmarcadas en sistemas de significados culturales y estructuras de relaciones sociales. Mostramos, mediante los hallazgos empíricos, la forma en que la interacción de los individuos con el entorno crítico influencia la percepción y comprensión de los ellos sobre grandes procesos económicos como las crisis y sus implicancias plasmadas en quiebres del flujo habitual de la vida económica y, por lo tanto, engendra la formación de un esquema interpretativo con el cual confrontan

relacionalmente sus propias actividades económicas.³⁴ Estas experiencias de la crisis se plasman en microprocesos en los que la percepción e interpretación de elementos clave provenientes de ambos órdenes de circunstancias extraordinarias (macro y micro), a su vez mediadas por factores subjetivos, culturales y sociales, conforma el marco que guía la orientación de las prácticas económicas constitutivas de la vida económica cotidiana.

Las experiencias que los actores tienen de la crisis parten entonces desde la percepción del conjunto de información a su alcance (proveniente de los órdenes macro y micro) y siguen con su interpretación, que implica una sistematización, resignificación y síntesis del conjunto de elementos de la experiencia respecto del entorno, según los parámetros subjetivos, culturales y sociales que ellos tienen a mano.

La crisis es apropiada por cada individuo como un fenómeno constituido por el conjunto de representaciones provenientes de variadas fuentes, tales como los relatos de la esfera pública y de la interacción con otros actores sociales, y por la combinación de situaciones excepcionales vividas como alteraciones en el curso habitual de la vida corriente. Esta percepción del entorno crítico es mediada a su vez por un agregado de elementos de la experiencia subjetiva que comprende factores biográficos y estructurales entrelazados como las experiencias personales (emotivas, cognitivas, pasadas, presentes y las proyecciones del futuro), por un lado, y los sistemas de significados culturales y las estructuras de relaciones sociales, por el otro.

Los actores dispersos interpretan la realidad económica circunstancial de la crisis de acuerdo a este agregado de conocimiento personal y convencional, subjetivo y objetivo, dando forma a sus vidas económicas al desarrollar relacionamente estrategias creativas para hacer frente a los efectos privados de tal marco histórico crítico. Tales estrategias pueden incluir desde pequeños cambios en la vida económica hasta formas de comportamientos extremos: reducir actividades sociales pagas, como membresías en clubes o televisión por cable; ahorrar en dólares u otros recursos para superar el período de crisis; sacar los ahorros del banco o dejarlos allí; intercambiar bienes y servicios mediante el trueque; expresar el descontento participando en protestas públicas o asambleas populares; saquear supermercados o incluso cometer suicidios.³⁵

Las crisis son representadas por los actores sociales como la suma de elementos que les dan forma, y podríamos afirmar que se manifiestan como *hechos sociales totales*, dado que

³⁴ Estos esquemas de interpretación parecen compartir algunas características con las “disposiciones” de Bourdieu ya que son históricamente variables, culturalmente construidas y refieren a actos cognitivos dinámicos y relacionales (Bourdieu, 1984).

³⁵ Estas son estrategias mencionadas por los entrevistados.

afectan la vida de los sujetos en su totalidad. Los mismos radican en representaciones ligadas a determinadas acciones que poseen la propiedad de existir independientemente de sus manifestaciones individuales y de tener un poder coercitivo por el cual se imponen ante los individuos. Son una categoría de hechos que consisten en la cristalización de creencias y prácticas con existencia propia establecidas en el marco de un orden social dado. Esta suerte de manifestaciones colectivas se imponen externamente sobre el individuo y adquieren una consistencia tangible peculiar constituyendo una realidad distintiva respecto de las acciones individuales (Durkheim, 1982; Mauss, 1990).

Los hechos sociales totales reflejan la cristalización representacional de una constelación de fenómenos organizados en discursos, prácticas, dispositivos e instituciones distintivas. Al conformarse alrededor de una percepción totalizada, las crisis son remotas y domésticas a la vez; como hechos sociales totales, congregan elementos dispersos y difusos en torno a un sistema observacional que da lugar a la percepción de una constelación cristalizada de los mismos.

El reconocimiento de la conceptualización de Durkheim y Mauss sobre los hechos sociales y particularmente los totales, tiene especial importancia como punto de inicio del análisis simbólico de las acciones sociales. Además, lo interesante no es definir a la crisis como un hecho social total, sino explorar la forma en que los individuos perciben y clasifican hechos sociales particulares como las crisis económicas y la incidencia de este entendimiento en las prácticas concretas. Esta articulación entre la interpretación que la gente hace de la crisis refleja al menos un aspecto crucial de la incidencia del contexto en la vida económica diaria.

Si la característica primordial de la acción es ser social en la medida que su significado subjetivo toma en cuenta el comportamiento de los otros y es orientada en su curso (Weber, 1978: 4), los hechos sociales compuestos por representaciones y acciones sociales también pueden ser sometidos a un análisis simbólico. El modelo de acción social como un texto interpretado por los actores (Ricoeur, 2000), puede entonces no solo permitir comprender las acciones sociales individuales, sino además la conjunción dinámica de representaciones y acciones sociales que constituyen un hecho, o mejor, un fenómeno percibido por los sujetos como un todo. Este podría ser el caso de las crisis económicas.

Según el modelo hermenéutico de Ricoeur, las acciones sociales revelan rasgos similares a aquellos de los textos como inscripciones de las instancias del discurso. Estos consisten en:

1. la fijación del significado.
2. su disociación de la intención mental del autor.
3. la exhibición de referencias no ostensivas.

4. el abanico universal de sus destinatarios, compartidos por el texto y la acción significativa, son los que en su conjunto les otorgan objetividad. Mediante esta objetivación, la acción constituye una *configuración* que debe ser interpretada de acuerdo a sus conexiones internas. Esta objetivación se hace posible por algunos rasgos internos de la acción, que son similares a la estructura del acto de habla y que transforman el hacer en una suerte de enunciación.

En la misma medida en que un texto se desprende de su o sus autores y las acciones sociales se desprenden de sus agentes, podríamos argumentar que las crisis como fenómenos sociales totales se desprenden de sus componentes constitutivos. Esta autonomización de la acción humana, y por lo tanto de las constelaciones de acciones humanas como las crisis, constituye la dimensión social de las mismas. Por consiguiente, la forma de acercamiento hacia las mismas –acciones y fenómenos sociales compuestos– por parte de los actores es mediante la misma clase de procedimiento de interpretación de textos. Al igual que en la teoría del texto, sugiere Ricoeur, el significado de la acción y del agregado de percepciones y acciones es dirigido a una serie de posibles lectores, es una obra abierta, cuyo significado está en suspenso y a la espera de nuevas interpretaciones que decidan su significación. De este modo, todos los acontecimientos y hechos significativos se encuentran abiertos a este tipo de interpretación práctica a través de la praxis social. Tanto los textos como los agregados de percepciones y acciones deben ser interpretados porque no consisten en una mera secuencia de partes, comprensibles por separado. Ambos toman la forma de una totalidad. Y es justamente la relación entre el todo y las partes la que requiere un procesamiento subjetivo.

3.3.1. Interpretando la economía

La comprensión que los actores sociales hacen de un ámbito de la realidad, a saber, el de la crisis, se plasma en el esfuerzo interpretativo de la constelación de elementos constitutivos de la misma y de la combinación de situaciones extraordinarias que suponen el quiebre de rutinas económicas. Esta labor procesual es el producto de un continuo equilibrio dialéctico entre lo particular/general, lo local/global, lo cercano/remoto, lo doméstico/no doméstico, lo íntimo/público. El todo y las partes se explican mutuamente. La interpretación de la realidad económica consuetudinaria es constituida por el movimiento incesante entre la experiencia

que poseemos de la economía de la vida diaria y la economía de gran escala. Por lo tanto, lo mismo ocurre cuando se interpreta un período de crisis económica.

No obstante, las conductas y acciones engendradas en los microprocesos de interpretación del (macro y micro) entorno crítico, en los que la experiencia práctica incorporada mediante la recurrencia de situaciones pasadas y presentes influye de manera singular, son adaptadas a nuevas condiciones sin necesariamente resultar de un proceso consciente, intencional, sistemático y armónico de acomodación (Bourdieu, 1997: 65).

La interpretación del contexto es el resultado de la percepción sobre la constelación de elementos que moldean la crisis a través de sistemas observacionales preestablecidos y sobre la base de la combinación de situaciones experimentadas a diario de interrupciones en el flujo habitual de la vida económica. Este *continuum* entre percepción e interpretación se sustenta, en términos de Schutz y Luckmann (2003), en el acervo de conocimiento presupuesto adquirido situacionalmente, que remite también a la formulación de la teoría de las disposiciones que Bourdieu (2005) ha extendido al campo económico.

El acto interpretativo de la crisis es compartido socialmente y requiere la habilidad práctica de los actores sociales. Esta consiste en la capacidad de representar la crisis como el resultado del conjunto de escorzos de percepción, en términos de la suma de elementos incorporados que remiten al acervo de conocimiento estructural y específico acopiado en el transcurso de las experiencias de la vida cotidiana y enmarcado en el sistema de significados culturales (Schutz y Luckmann, 2003: 114). Aunque la argumentación de estos autores parte del flujo rutinario de las experiencias dentro de la realidad cotidiana presupuesta y aproblemática, es cierto que provee además un lugar privilegiado a la incertidumbre intrínseca del mismo, cuando una experiencia nueva no se adecua al esquema de referencia presupuesto, planteando un problema que cuestiona lo presupuesto y al que debe dirigirse la atención deliberadamente. La estructura del pensar suministra una comprensión la actitud frente la realidad habitual y contempla situaciones en que semejante esquema habitual de interpretación deja de aportar las herramientas necesarias para hacer frente a las mismas (Schutz y Luckmann, 2003: 32).

Cada nueva experiencia puede ajustarse al esquema significativo de referencia, confirmando la validez del acervo de conocimiento o experiencia, y sigue así el flujo rutinario. Estas son experiencias no problemáticas. Sin embargo, cuando esta sucesión rutinaria es irrupida por una nueva experiencia que no se ajusta al esquema significativo de referencia, resulta en un problema. Usualmente, tales situaciones de discrepancia entre el acervo de experiencia y una experiencia nueva concreta requieren la reexplicitación de la experiencia de mi acervo que es admitida como evidente, y se resuelven “hasta nuevo aviso”.

El acervo de conocimiento es la totalidad de explicitaciones sedimentadas y situacionalmente condicionadas, compuestas por soluciones individuales a problemas y soluciones tradicionales socialmente transmitidas. Tales explicitaciones sedimentadas en el acervo tienen el carácter de directivas para la acción. Su éxito práctico garantiza socialmente su validez y se convierten en normas habituales o recetas (Schutz y Luckmann, 2003).

Al percibir e interpretar elementos informacionales críticos, lo hacemos en términos del acervo de conocimiento presupuesto. Sin embargo, es en este proceso que el esquema significativo de referencia adquiere una dimensión dinámica al ser resignificado en la medida en que una situación novel se vuelve problemática y requiere una atención extraordinaria y una explicitación situacional. En la vida diaria, los efectos de la crisis se presentan, más que como situaciones problemáticas, como circunstancias excepcionales, que también requieren dirigir deliberadamente la atención, explicitar las circunstancias y juzgar los cursos de acción alternativos. Sugerimos que estas últimas divergen de las primeras, ya que no solo pueden poner en cuestión lo presupuesto, sino además pueden desafiar potencial o concretamente la continuidad de ciertos aspectos básicos de la vida.

Así, circunstancias críticas como las catástrofes naturales o humanas no solo suponen el cuestionamiento del orden establecido, sino que además tienden a amenazar potencial o concretamente aspectos como la vivienda, los medios materiales de subsistencia e incluso la vida misma. En tales situaciones extraordinarias, las percepciones e interpretaciones subjetivas del riesgo –en tanto forma de comprender y afrontar las amenazas e incertidumbres– tienen un papel prominente en las maneras en que los sujetos se posicionan ante los diversos cursos de acción posibles (Slovic y Weber, 2002: 2).

Sin embargo, el procesamiento subjetivo de dichas circunstancias apremiantes no constituye una tarea puramente cognitiva de evaluación del riesgo o de las consecuencias. Dada la magnitud de las alteraciones potenciales o actuales en la vida, las reacciones afectivas de los individuos también tienen un rol central, en especial en tanto se magnifican de manera peculiar (Slovic y Weber, 2002: 5).

En la argumentación de Schutz y Luckmann, cada situación –corriente o problemática–, en tanto experiencia subjetiva presente, es definida, dominada y eventualmente resuelta con ayuda del acervo de conocimiento. Este último tiene a su vez un componente “privado”, es decir, que las experiencias son singulares en su articulación biográfica (Schutz y Luckmann, 2003: 121). Por lo tanto, esta argumentación contempla el componente biográfico y situacional del acervo de conocimiento.

No obstante, el análisis de la relación entre las interpretaciones subjetivas y el entorno crítico (macro y micro) respecto de los microprocesos que conducen a adoptar determinados cursos de acción insta a dar cuenta de distintos niveles de experiencia subjetiva. La formulación de Schutz y Luckmann asume que la relación entre el acervo y la situación refiere a la experiencia limitada a cierto sector del mundo de la vida al “alcance efectivo o recuperable”, en el que los actores pueden operar. Pero, en situaciones extraordinarias, se pone de manifiesto que además de la experiencia del mundo de la vida al alcance efectivo o recuperable, los sujetos experimentan aspectos críticos provenientes de sectores del mundo al “alcance asequible” y al mismo tiempo distante con el cual, por su ubicación en una “zona distante”, se relacionan solo en términos representacionales.³⁶

El acervo se relaciona con la situación del sujeto en tanto se erige sobre circunstancias anteriores sedimentadas, e inversamente, toda situación se inserta en el acervo. Por otra parte, cada situación es definida y controlada con ayuda del mismo (Schutz y Luckmann, 2003: 109). Este se asienta, a su vez, en la relación circunstancial de los actores con un contexto históricamente variable, que solo está al alcance de manera asequible o probable. Dado que el entorno de la crisis, por ejemplo, solo se ordena en términos de la probabilidad o capacidad de la experiencia de los actores para acceder al mismo, constituye un sector del mundo al cual se accede exclusivamente mediante su representación. Aludimos que para un análisis adecuado de situaciones extraordinarias como las crisis resulta substancial tomar en consideración una característica fundamental del acervo de experiencias previas —estructural y biográfico—, que supone que el mismo se renueva de manera situacional y singular.

Notemos que para examinar los microprocesos que permiten enfrentar alteraciones en la vida económica corriente resulta crucial una concepción que contemple la adquisición del acervo de experiencias de manera situacional, dado que introduce la posibilidad de analizar la forma en que los sujetos lidian con circunstancias problemáticas en el seno mismo de lo rutinario.

³⁶ Schutz y Luckmann hacen una distinción entre alcance efectivo, recuperable y asequible. El sector del mundo accesible a la experiencia inmediata es de “alcance efectivo”, que tiene una estructura fija y un sistema de coordenadas, aunque está sujeto a cambios constantes, que obedecen a alteraciones en el organismo animado. El mundo al alcance efectivo puede en unos momentos cambiar de estatus y no estarlo más, transformándose en mundo empírico al “alcance recuperable”. Sin embargo, existe un sector del mundo que nunca estuvo al alcance efectivo ni recuperable, pero que puede estarlo. Este sector se encuentra al “alcance asequible”, ya que se ordena empíricamente según grados subjetivos de probabilidad o de capacidad que viabilizan su accesibilidad. Además, estas graduaciones de alcance efectivo, recuperable y asequible, se manifiestan en la relación de los actores y sus acciones. Ellos proponen dos zonas de acción. La “zona de operación” es aquella zona del mundo al alcance en la cual los actores influyen de manera directa. La “zona manipulativa” refiere a los elementos del mundo que pueden ser experimentados por los sentidos corporales, a diferencia de aquellos que se encuentran en una “zona distante”, escasamente explorada por los autores (Schutz y Luckmann, 2003: 54-59).

Los agentes, en términos de Bourdieu (1997: 65), gracias al *habitus* adquieren habilidades prácticas tanto para operar en el campo económico habitual como para afrontar instancias problemáticas dentro de lo relativamente usual. Aunque Bourdieu caracteriza como más o menos automática la forma en que opera de manera práctica el *habitus*, este representa la articulación encarnada en el cuerpo de estructuras objetivas del campo en el que se desenvuelve y estructuras subjetivas de acción, lo cual da lugar a una formulación del esfuerzo humano en cierta medida activo. El *habitus* simboliza la transposición de las estructuras objetivas del campo económico (en este caso) y hacia las estructuras subjetivas de pensamiento y acción de los agentes.

Las experiencias de la vida corriente dotan a los actores de las habilidades necesarias para operar en condiciones extraordinarias. Aunque no sean radicalmente insólitas, tales condiciones excepcionales –intrínsecas a las crisis– constituyen desafíos inusitados de explicitación y redefinición de las prácticas habituales, los cuales se distinguen de las circunstancias problemáticas ordinarias ya que pueden incluso modificar de manera abrupta las dimensiones simbólicas y materiales de la vida económica misma. Los hallazgos sugieren que tales desafíos plasmados en los microprocesos que conducen a la acción llevados a cabo por los agentes, contrariamente a la idea tan difundida de que engendran conductas irracionales, suponen la puesta en escena de lógicas razonables de acción de acuerdo con las circunstancias, que se sostienen en la acumulación colectiva e individual de experiencias proyectadas de manera subjetiva en una competencia práctica para operar ante momentos de incertidumbre (Bourdieu, 1997: 65).

3.3.2. Actores en crisis

En el célebre análisis del forastero, Alfred Schutz (2003: 95-107) contribuye, a nuestro entender, a la comprensión del comportamiento humano ante la emergencia de situaciones inusuales, características de momentos críticos. El mismo ilustra la manera en que un extraño es capaz de participar en una cultura que le es ajena. El forastero toma como referencia el marco interpretativo del mundo que le es familiar y admite la necesidad de obtener un tipo de conocimiento que no posee. Solo luego de recolectar semejante conjunto de conocimientos, las posibilidades interpretativas de acceder a la nueva cultura (o situación) se hacen efectivas a fin de adoptarla como esquema interpretativo de su propia experiencia allí. Debe, de este

modo, volverse capaz de juzgar circunstancias sociales dadas con el fin de actuar de manera apropiada, lo que implica revisar constantemente todo lo que dice o hace para confirmar si tiene el efecto deseado. La nueva cultura se presenta ante el foráneo como una instancia de investigación, luego de experimentar la inviabilidad del carácter “evidente” de su marco de interpretación original, el cual en el nuevo entorno se vuelve cuestionado.

Esta actitud hacia la nueva cultura es, según Schutz (2003: 106), más o menos objetiva, poniendo en evidencia el carácter activo y reflexivo de los actores sociales al hacer explícitas las asunciones dadas por sentado del nuevo entorno cultural, y a adecuar su marco de referencia y sus prácticas, en términos de la nueva realidad.

La habilidad que todo actor social posee no es restrictiva del proceso para conocer nuevas culturas, sino que permite a los miembros de una sociedad hacer frente a situaciones extraordinarias dentro de su misma cultura. El mismo Schutz asevera que el ejemplo del forastero puede ser extendido a la experiencia de cualquier miembro dentro de su propia cultura, sociedad o grupo. Esto sucede cuando los actores se confrontan con alguna situación nueva o incomprensible según los parámetros conocidos, debiendo cambiar su marco de interpretación, al menos en términos de que el significado de tal circunstancia adquiera el lugar apropiado en ese contexto (Maso, 2007: 137).

Consideramos este marco argumentativo como punto de partida de nuestra investigación para indagar sobre la forma en que los actores interpretan situaciones inusuales dentro de su propia sociedad, como la crisis de 2001 y sus efectos en la vida económica diaria, que requieren la explicitación de asunciones preestablecidas y la correlativa adecuación de las prácticas a la nueva realidad. Después de todo, el mismo Schutz ha demostrado que aunque los actores piensan y actúan en consecuencia, sobre la base de un conocimiento fragmentario, restringido, personal, contradictorio y bastante inconsistente del mundo, este resulta suficiente para participar en su propia realidad social. Asimismo, tal conocimiento provee un marco eficaz para el reconocimiento y la distinción de las situaciones cotidianas habituales de aquellas inusuales (Schutz, 2003: 97).

La forma específica de interacción social en el interior de una misma cultura, también plasmada por Georg Simmel en la figura del extranjero, contribuye igualmente a la comprensión del interjuego entre lo cercano y lo remoto en torno a lo que toda relación social es organizada. En este memorable escrito, Simmel pone énfasis en la actitud activa del forastero, en términos de la característica de “objetividad” que encarna la síntesis de la tensión entre cercanía y distancia, entre indiferencia e involucramiento, en una misma sociedad. Tal actitud refleja un tipo de participación activa específica (Simmel, 1908).

Las experiencias de la crisis, como resultado de la percepción, interpretación y consecuentes cursos de acción, resaltan el carácter significativo de las situaciones inusuales, entendido no simplemente como la disrupción de funciones habituales (económicas, políticas, etc.), sino como la disolución de un orden establecido. La crisis como el orden –en nuestro caso, del mercado y de la economía– resulta de la coordinación de actores dispersos mediante sistemas observacionales en los que se orientan sus acciones; los mismos pueden consistir en dispositivos (medios de comunicación) o en comportamientos de otros.

Para esclarecer las lógicas que subyacen a la conducta de los actores en reacción a la alteración de ciertas prácticas económicas diarias, debemos partir de dos niveles: el *individual* (agencia) y el *intersubjetivo* (coordinación), ambos enmarcados en la interacción social. La incertidumbre ha sido tradicionalmente considerada como un elemento que contribuye a los cambios en presunción “irracional” de naturaleza emocional, desde la confianza al pesimismo (Kindleberger y Aliber, 2005: 77). Sin embargo, hasta la más rutinaria forma de conocer y operar en el mundo de la vida cotidiana, como hemos mencionado, en términos de Schutz, es producto de un conocimiento de la realidad incoherente, contradictorio, parcialmente claro y por lo tanto no homogéneo (2003: 97). Entonces, si consideramos la premisa de que la incertidumbre conlleva a cambios emocionales “irracional”, deberíamos pensar que su opuesto, la *certidumbre*, guía el comportamiento de los actores hacia la racionalidad.

No obstante, retomando a Schutz, la experiencia de la vida diaria no se rige por la certidumbre, sino por el contrario, se desenvuelve de manera efectiva, incluso sobre la base de un conocimiento incierto del mundo. En este sentido, podríamos entrever en el razonamiento de Schutz los cimientos conceptuales para una comprensión de la lógica de una incertidumbre que no conduce a la “irracionalidad”, sino que más bien es un elemento con el que los sujetos conviven, aceptan y negocian de manera eficaz todo el tiempo. Aunque el factor emocional contribuye de modo crucial al rumbo de experiencia de los sujetos sobre situaciones inusuales, como vemos, no conduce forzosamente a comportamientos “irracional” en el curso que toman las acciones.

La vida cotidiana representa una dimensión eminente para abordar las lógicas que suponen la experiencia de escenarios extraordinarios como la crisis de 2001, ya que representa la región de la realidad en la que los sujetos pueden intervenir de forma activa. La experiencia del mundo presente, según Schutz, consiste en la articulación entre el conocimiento acumulado en el acervo y las situaciones que se presentan en la vida cotidiana, las cuales son biográficamente singulares. Dichas situaciones pueden ser rutinarias o problemáticas. Las

situaciones rutinarias y problemáticas constituyen el orden de lo presupuesto, al menos de modo provisorio (Schutz, 2003: 123). Pero, dado que nuestro propósito se centra en la observación de las irregularidades que constituyen el escenario crítico de la Argentina de 2001, extendemos las categorías propuestas por Schutz hacia aquellas que denominaremos *situaciones inusuales* o *extraordinarias* para dar cuenta de eventos que van más allá de la vida rutinaria e incluso relativamente problemática.

A tales efectos, rescatamos la distinción analítica de Ervin Goffman (1982), entre momentos o situaciones circunstanciales (*eventful*) y momentos no circunstanciales (*uneventful*), en los que los cursos de acción se proyectan. Los primeros corresponden a instantes en los que en un corto plazo se suceden muchos eventos o circunstancias no necesariamente convencionales (*eventful*), en los que los cursos de acción son difícilmente manipulados por los actores, dando lugar a estrategias de control para reducir riesgos. Los segundos se caracterizan por la escasez de los mismos, lo cual supone cursos de acción manipulados de manera relativamente ordenada y efectiva, con resultados en cierto modo predecibles. Tal distinción refleja a su vez características de los cursos de acción que operan en ambos momentos, como: significativos o banales, problemáticos y no problemáticos, alterados e inalterados, desafiantes y confortables, inciertos y ciertos. Es evidente que los sujetos realizan esfuerzos por minimizar el carácter circunstancial de los momentos, emprendiendo lo que Goffman llama “arreglárselas” (*coping*); al mismo tiempo, la sociedad los estimula en ese camino. Sin embargo, cuando los actores fallan en asegurar el curso rutinario, o dicho de otro modo, en reducir el riesgo propio de los momentos circunstanciales, a menudo sienten o malestar o decepción; este tipo de respuestas afectivas es llamado por Goffman una “defensa” (1982: 177). Esta distinción supone el traslado desde la consideración de la manipulación de la circunstancialidad hacia aquella de la manipulación de los estados afectivos asociados con la misma. Más adelante volveremos sobre este tema.

Aunque las situaciones problemáticas reclaman de los sujetos la reexplicitación que conduce a soluciones provisorias, la exigencia de una actitud activa por parte de los actores para hacer frente a interrupciones cruciales en el desarrollo cotidiano de la vida es característica de las situaciones extraordinarias. Distinguimos, sin embargo, tales circunstancias extraordinarias de aquellas constituidas por eventos extremos,³⁷ siendo ejemplos de estas

³⁷ La propuesta de distinción entre circunstancias extraordinarias y extremas reposa sobre la formulación de Slovic y Weber (2002) en torno a la percepción del riesgo planteada ante “eventos extremos”. Estos hacen referencia principalmente a eventos de gran magnitud que suponen víctimas fatales concretas, tales como los accidentes nucleares, las catástrofes naturales y las humanas. El acento de esta investigación, sin embargo, está puesto en las crisis económicas, las cuales aunque no pueden ser concebidas analíticamente en términos de situaciones problemáticas del orden de lo relativamente habitual, tampoco presentan las características propias de la categoría de eventos extremos. Es por ello que centrando el análisis en las

últimas las catástrofes naturales o humanas. Las crisis económicas conforman, a nuestro entender, ejemplos de circunstancias inusuales o extraordinarias aun cuando engendren situaciones críticas. En ellas, el proceso que gobierna la orientación de las prácticas cotidianas puede remitir a la urgencia de restitución del orden conocido, de adaptación al nuevo escenario o de evasión. A pesar de la diversidad de experiencias de la crisis reflejadas en la heterogeneidad de tales orientaciones que toma la vida económica diaria en dichas situaciones, todos estos comportamientos se producen de manera interaccional y sobre la base de significados compartidos.

Las experiencias que permiten a los humanos comprender y operar sobre el mundo natural y social son mediadas por la participación activa de la “estructura del pensar” que provee un marco de referencia para interpretar las situaciones rutinarias de la realidad habitual; esto conduce a la orientación rutinaria de las acciones. La inadecuación de la validez de tal marco para comprender la realidad cotidiana, solo se hace evidente ante la experiencia de situaciones problemáticas que requieren una explicitación complementaria. La vida cotidiana, en este sentido, implica tales circunstancias y las maneras de resolverlas. El orden de lo presupuesto, como el ámbito más próximo a la experiencia humana, es constituido entonces por situaciones habituales rodeadas constantemente por eventuales incertidumbres (Schutz, 2003: 30). El carácter presupuesto de las experiencias cotidianas es siempre provisorio, en tanto da lugar a su cuestionamiento representado por situaciones problemáticas y soluciones circunstanciales. Esto significa que existen situaciones previsibles en las que el flujo rutinario de experiencias habituales se interrumpe, dando paso a la captación consciente del momento problemático que representa el cuestionamiento de lo presupuesto.

Entonces, si la vida económica individual se organiza de tal manera que la existencia de los sujetos fluye en un torrente de situaciones presupuestas y problemáticas durante los períodos en los que el orden social transcurre comúnmente, ¿qué es lo que sucede cuando se producen acontecimientos que perturban las actividades cotidianas, obligando a la gente a hacer frente a nuevas condiciones? Si las crisis suponen la antítesis del orden establecido, ¿cómo puede de repente este último cambiar en su opuesto? ¿Qué es lo que determina el paso desde una realidad relativamente presupuesta hacia circunstancias incongruentes con ella? ¿Cómo cambia la posición de los sujetos ante tales contingencias?

El conocimiento cultural del entorno en que los individuos operan les permite adquirir las capacidades básicas para encarar tanto tareas habituales como noveles. Este proceso de

circunstancias que denominamos extraordinarias, aunque los mencionamos vagamente, mediante esta distinción dejamos arbitrariamente de lado una profundización adecuada de los eventos extremos.

adquisición y almacenamiento de conocimiento para actuar consiste en organizar lo conocido, reservar espacio para lo nuevo, y por ende, sentar las bases de las habilidades básicas necesarias para hacer frente a nuevas circunstancias en dominios específicos de la práctica (Bloch, 2006). Según Schutz (2003) las situaciones problemáticas representan la interrupción momentánea de lo presupuesto y son percibidas como contratiempos dentro del orden de lo conocido. Las mismas, entonces, no solo constituyen un sector relativamente previsible de las experiencias presupuestas, sino que además consisten junto con la rutina en ámbitos de la realidad que posibilitan la adquisición de habilidades prácticas para operar en el mundo tanto en la vida habitual como en circunstancias nuevas (problemáticas o extraordinarias). En el pensamiento de Bourdieu (1997: 65) esto se refleja en la adaptación de las anticipaciones razonables producidas por el *habitus* a situaciones nuevas, aunque no radicalmente insólitas. Las experiencias de coyunturas similares aseguran, según Bourdieu, la adquisición de una competencia práctica para experimentar situaciones de incertidumbre.

En este mismo sentido, sostenemos que la experiencia subjetiva de situaciones problemáticas recurrentes organizada en términos del conocimiento cultural conocido, dota a los actores de las habilidades requeridas en circunstancias extraordinarias en las que los problemas planteados son en gran medida insólitos. Esto muestra la persistencia de los esquemas culturales de organización de la experiencia aun en momentos extraordinarios o críticos. Es justamente dicha persistencia la que ofrece los cimientos para desarrollar las aptitudes básicas para hacer frente a tales instantes, que se reflejan en el empeño dinámico de los agentes por diseñar estrategias adaptativas. El esfuerzo de adecuación entre una situación extraordinaria, y por lo tanto insólita, las reacciones afectivas ante la misma y las pautas culturales, es iluminado de manera particular durante las crisis dado que pone en evidencia la coexistencia y mutua relación entre la participación dinámica de los agentes singulares en definir la situación y operar sobre esta, por un lado, y la constancia de las influencias culturales sobre la experiencia subjetiva, por el otro.

3.4. MICROPROCESOS ECONÓMICOS

Los microprocesos que desembocan en acciones económicas concretas pueden poner en evidencia vinculaciones entre la percepción e interpretación de los actores acerca del entorno crítico, y las prácticas mismas que constituyen sus vidas económicas. Hemos recurrido al análisis de tales microprocesos, ya que permite esclarecer la diversidad de formas con que los

individuos involucrados orientaron y reorientaron sus prácticas económicas en las circunstancias críticas del escenario argentino de 2001. Indagamos acerca de las continuidades y las modificaciones de las acciones y su vinculación con las experiencias de la crisis desde el punto de vista de los agentes, como percepciones e interpretaciones del acontecer de esta tanto a nivel macro como micro. Sugerimos que dichas vinculaciones confluyen en los microprocesos que permiten conformar, continuar, modificar, terminar o redefinir la orientación de las prácticas que conforman las vidas económicas singulares. Consideramos que las crisis iluminan de manera peculiar las dimensiones materiales, simbólicas y sociales de la vida económica, y en consecuencia, resultan momentos clave para poner en evidencia las intersecciones entre tales dimensiones y las actividades económicas mediante el examen de los microprocesos para llevar a cabo las prácticas concretas.

Las maneras en que las percepciones de los actores, las relaciones sociales y las obligaciones tienen efecto en sus acciones y decisiones económicas, ha constituido el foco primordial del interés de sociólogos y antropólogos (Ortiz, 2005: 59). En el centro del modelo microeconómico, la lógica de la elección racional proyecta un ser humano paradigmático que toma decisiones y lleva a cabo acciones económicas de forma racionalmente calculada mediante el esquema medios-fines que resulta en la maximización de la utilidad. En el planteamiento microeconómico, la situación óptima se establece cuando las predicciones (elaboradas por medio del cálculo racional instrumental) respecto de los posibles resultados de las decisiones se corresponden. Sin embargo, en circunstancias en las que las decisiones no se corresponden con las predicciones, los economistas adeptos a esta tradición responsabilizan a impedimentos sociales o del propio mercado como factores perturbadores del procedimiento racional instrumental.

En casos en que la lógica instrumental no resulta en acciones racionales, el modelo microeconómico tiende a atribuirles el carácter de "irracional". En el estudio de tales casos, el mayor aporte que se ha conseguido gracias al examen crítico elaborado por la antropología, la sociología y la psicología alrededor de la construcción económica neoclásica ha sido poner en cuestión la universalidad de su validez. Aunque tales disciplinas reconocen que el razonamiento lógico es parte de algunos comportamientos económicos, e incluso puede constituir una manera adecuada de acción entre otras, las mismas han sentado las bases de una comprensión sustantiva, como contraparte de la formal, de ciertas acciones y decisiones económicas que no son guiadas por la lógica instrumental y aun así pueden ser consideradas razonables en términos de su adecuación a las circunstancias (Ortiz, 2005: 63).

Según la teoría de las disposiciones de Bourdieu (2005: 214), aplicada al campo económico, la razonabilidad con que los agentes anticipan sus acciones se sustenta en la regularidad con que los esquemas de percepción y valoración se corresponden con los juegos sociales en los que estos se constituyen. Aunque sin ser estrictamente racionales, tales anticipaciones razonables son producidas por el *habitus* en tanto “producto de disposiciones engendradas por la imperceptible incorporación de la experiencia de situaciones constantes o recurrentes”. Tales anticipaciones razonables son adaptadas a situaciones noveles aunque no radicalmente nuevas. Por lo tanto, en términos de Bourdieu, el *habitus* proporciona la habilidad práctica para el manejo de momentos de incertidumbre. Como ya hemos mencionado, esta concepción de la razonabilidad de la microdinámica que da lugar a las acciones económicas, reflejada mediante el concepto de *habitus*, representa para Bourdieu una alternativa tanto a la comprensión mecanicista como a la teleológica de la determinación de las acciones económicas. El *habitus*, por el contrario, engendra comportamientos y acciones adaptadas a las circunstancias y, por lo tanto, razonables, aunque no resulten de una evaluación cognitiva, consciente e intencional (Bourdieu, 1997: 65). Aunque el *habitus* provee la habilidad práctica para operar en circunstancias rutinarias y sienta las bases para hacer frente a situaciones eventuales de vacilación, el planteamiento de Bourdieu responde a patrones habituales de conducta en circunstancias de relativa estabilidad, en los que las regularidades predominan.

Esta investigación intenta dar un paso más allá en este trayecto, explorando una forma alternativa de determinación de las acciones económicas respecto de la teleológica y la mecanicista, recuperando el planteo de Bourdieu y de tantos otros pensadores que procuran reconsiderar otros elementos influyentes en los microprocesos que derivan en acciones concretas, los cuales resultan en lógicas razonables en términos situacionales que guían las prácticas económicas (Bourdieu, 2005; Carrier, 1997; Bandelj, 2009).

A tal fin, en el próximo capítulo, retomaré en detalle la formulación de Nina Bandelj (2009) con respecto a las *acciones e interacciones económicas creativas*. El análisis de los procesos de formación de la conducta ha sido recurrentemente abordado desde diversas disciplinas sociales. Desde la perspectiva interaccionista, tales procesos se desenvuelven en el seno de la interacción social y consisten en procedimientos mediante los cuales los sujetos orientan su conducta respecto de sus semejantes y del conjunto compartido de ideas, valores, creencias, conocimientos, formas de actuar, actividades, instituciones, etc. Las relaciones entre tales clasificaciones culturales compartidas y las acciones económicas cambian en la medida en que las condiciones de nuestras vidas mutan. Más que guías fijas para la acción,

dichas clasificaciones constituyen mapas que los agentes utilizan e interpretan en el curso dinámico, cambiante y en ocasiones arduo de la vida diaria. En este trayecto, las mismas se encarnan en las acciones y es en ese proceso que componen la cultura (Blim, 2005: 306). Estas consideraciones abren paso a una comprensión del papel crucial de los agentes en el proceso de orientación de la conducta reflejado en una actitud activa de adecuación de sus acciones respecto de los marcos convencionales provistos por la cultura.

La indagación acerca de los procesos de orientación de la conducta y las acciones en el orden micro, en particular en circunstancias que amenazan potencial o concretamente el flujo habitual de la vida diaria, representa un desafío por identificar conexiones entre la percepción y la interpretación de un escenario crítico y las prácticas, relaciones y sentidos que dan forma a la economía de la vida corriente.

Es fundamental examinar las lógicas que subyacen dichos microprocesos que conducen a formas razonables mediante las cuales los agentes hacen uso de los recursos a su alcance, articulando evaluaciones cognitivas y reacciones emocionales, enmarcadas en sistemas de significados culturales y relaciones sociales, respecto de la orientación y reorientación de las prácticas que constituyen sus vidas económicas en momentos críticos. Consideramos que el análisis antropológico de las vinculaciones entre las percepciones, las interpretaciones y las prácticas con el fin de mostrar la razonabilidad de las lógicas de acción puede ser especialmente iluminador si se lo hace en referencia a un período histórico de crisis, en el que circunstancias extraordinarias y quiebres de la rutina pueden echar luz sobre aspectos de la realidad inapreciables durante el flujo habitual de la vida. Después de todo, son tales momentos de ruptura los que por lo común ponen de relieve de manera significativa tanto las alteraciones de las continuidades que caracterizan lo habitual como las regularidades rutinariamente imperceptibles.

El manejo constante de información durante circunstancias críticas, en forma de *sorpresas e incertidumbres*, resulta crucial en el desarrollo de los microprocesos que llevan a la conducta económica. Tales sorpresas informacionales son procesadas por los sujetos en referencia a los esquemas de comprensión de la realidad relativamente estables provistos por las rutinas (Preda, 2009b: 18) y en este trayecto dan forma a la acción.

Recordemos que la trasgresión de fronteras representa según Preda (2009b: 38) información distintiva en los momentos de crisis que produce incertidumbre, la cual es procesada por los sujetos de manera no rutinaria. Al mismo tiempo, los cambios en el flujo rutinario de la vida corriente inciden en la información modificando las relaciones, los significados y por lo tanto las acciones concretas.

La copropietaria, junto a su marido, de un instituto de belleza, relata una situación en la que el papel de la información en forma de sorpresa desencadenó emociones y evaluaciones cognitivas respecto de las circunstancias personales, que incidieron en la orientación de la economía diaria reflejada en el diseño de estrategias a futuro. A pesar de que amigos pudientes pronosticaron acontecimientos críticos y en consecuencia les aconsejaron determinados cursos de acción, Analía y su esposo se mostraron sorprendidos y optaron por no alarmarse dado que su negocio no parecía estar afectado por la coyuntura general.

“Nosotros no notamos nada en el negocio. Por eso nos llamó la atención cuando nuestros amigos nos decían: ‘¡Va a haber lío! ¡En diciembre, para fin de año! ¿Por qué no sacan la plata del banco?’ O ¿por qué no hacen tal cosa? Hubo otros amigos que vendieron las propiedades, por ejemplo casas, que también parece que sabían. Se quedaron con la plata en la mano y después del lío compraron con esa misma plata, propiedades a valores de nada. Y compraron dos propiedades con la plata de una que habían vendido. Pero nosotros... no lo creímos.”

Aunque ellos descartaron concretamente la posibilidad de actuar en concordancia con los consejos de sus amigos, el procesamiento que hacían de la información crucial provista en interacción continuaba ejerciendo influencia sobre su enfoque respecto de las finanzas familiares. En efecto, los estados afectivos desatados en el procesamiento de sorpresas informacionales que reflejaban alteraciones acerca de la rutina y eran experimentados principalmente en interacción con otros, se conjugaban con el juicio cognitivo en relación con los cursos de acción a definir. Tales cursos de acción proyectaban tanto impedimentos respecto de reorientaciones agenciales como negociaciones o terminaciones potenciales en relación con actividades económicas concretas.³⁸

“Yo sentía una incertidumbre y, que se notaba alrededor, y yo creo que lo que sentía en un momento es como una rabia de que hubiera gente que sabía exactamente lo que iba a pasar y se aprovechó la situación, y otros que quedaron en tal desprotección. Como esta gente que era viejita y se quedó sin poder sacar su dinero. Eso es lo peor. Esa rabia no me afectó a mí, no en el hogar, pero me afectó a mí, a pensar las cosas de manera diferente de acá en adelante. A prestar más atención a las cosas que te están mostrando o no te quieren mostrar, exactamente. Para tomar otras medidas. Y por ejemplo, decir bueno, si yo veo que las cosas van en tal camino, que sé yo, hay que pensar que el negocio hay que manejarlo de una

³⁸ En este caso se evidencia claramente el carácter retrospectivo de los relatos provistos en las entrevistas.

manera diferente, porque el año que viene va a ser distinto, no va a haber este ingreso. Entonces quiere decir que para no tener que echar gente y no tener que estar tan quietos durante ese año, empezar desde el año anterior a acomodar las cosas a la crisis que viene.”

Cuando se le preguntó qué cosas hubiese acomodado, ella respondió:

“No, no pude acomodarla yo. Y pero, por ejemplo, yo tenía una persona que venía a limpiar el negocio, tres veces por semana. Yo no la quise dejar sin trabajo y la seguí dejando, a pesar de que el negocio no estaba sucio como para que viniera tres veces por semana. Entonces le dije: ‘Buena no, Elvira, quedate igual tres veces por semana’. Pero si yo hubiera estado con tiempo, digamos de saber esto, le hubiera dicho: ‘Elvira, como las cosas vienen mal para el año próximo, quedémonos con que vengas dos veces por semana, no te dejes sin trabajo’. Pero desde antes para que ella también pudiera buscarse en otro lugar, otro trabajo para que también la mantuvieran dos veces. No afectarla a ella pero que no nos afectara a nosotros, te digo eso como por ejemplo, no haber comprado, no sé, 50 cajas de bronceadores y me quedara ahí parada durante tres años. Hasta poder venderse y haberme quedado por ahí con ese dinero guardado o haber dicho, como sé que va a venir muy mal todo este año y el año que viene, renegociar el contrato de alquiler para que no tenga una suba en el segundo año, que no lo íbamos a poder pagar. Ponerlo como cláusula. Porque vos pensás que los contratos de alquiler, los comerciales, siempre te hacen la suba, son tres años, el primer año es un monto, el segundo año es otro.”

La identificación de las incertidumbres por parte de los mismos es producto del esfuerzo subjetivo y a la vez interactivo de razonamiento en torno a lo nuevo e inesperado generado situacionalmente. Es por ello que la información en forma de sorpresas e incertidumbres representa un recurso valioso a la hora de orientar la conducta económica. En ocasiones, tal razonamiento dista de ser exclusivamente guiado por el principio racional, ya que se encuentra atravesado por elementos emocionales y cognitivos.

Le preguntamos a Analía por qué no estuvo lo suficientemente atenta a esas cosas, si la próxima vez estaría más atenta, y ella nos dice:

“Por no haber pasado antes una crisis y por la edad, yo creo que es eso. Al haber atravesado ahora esta crisis, uno escucha los medios de otra manera, hay otra, o tengo otra edad diferente como para ver las cosas distintas. Pienso que es eso básicamente, la experiencia de haberla pasado. Y por ahí, escuchar también lo que dicen los otros. Y que también, lamentablemente que la gente rica siempre tiene más información que nosotros los que

somos los de clase media. Y que uno lo escuchaba como diciendo, no, estos siempre están pensando en negocios y nada más, y en realidad están pensando en negocios y saben. Y tienen la información.”

Con el propósito de insistir acerca de la necesidad de analizar la economía de la vida diaria en términos de la intrincada relación entre sus dimensiones sociales, culturales y económicas, a lo largo de nuestra investigación mostramos que las intersecciones entre tales dimensiones no solo pueden ser evidenciadas en el curso habitual de la vida económica, sino que en circunstancias críticas estas se ponen de manifiesto de modo peculiar. Sugerimos que la particularidad con que dichas intersecciones de lo sociocultural y lo económico se presentan en situaciones excepcionales reside en dos actitudes clave: la atención y la creatividad, las cuales desarrollamos a lo largo de la tesis, aunque centraremos nuestra argumentación en esta última. Las mismas acentúan el papel crucial de los agentes en las orientaciones económicas singulares y el empeño que estos llevan a cabo para emprender las prácticas centrales de la vida económica.

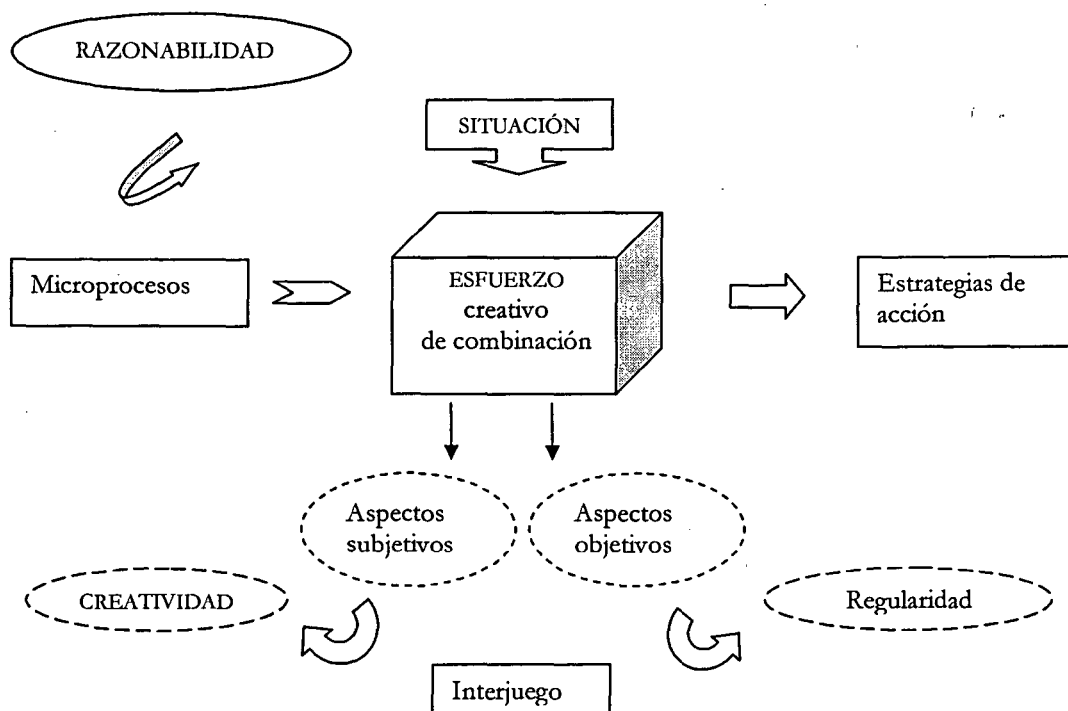
De manera similar que toda situación problemática tiene la característica de atraer la atención, las circunstancias extraordinarias deben ser percibidas, notadas, o incluso anticipadas, por el hecho mismo de que interpelan a los sujetos a dirigir su *atención* hacia ellas. Los agentes clasifican sus propios actos y los de los demás –previstos o actuales– como extraños, inusuales, atípicos, sin sentido, inesperados, inaceptables, de acuerdo con su experiencia en los órdenes macro y micro, respecto de la situación crítica. A pesar de la variedad de formas que adquiere esta clasificación, su sustrato reside en el establecimiento de relaciones significativas entre la cultura y el curso que toma la conducta y la acción (Stokes y Hewitt, 1976: 843).

Sin embargo, las respuestas impulsadas por la percepción de las discrepancias entre la cultura y la conducta, producto de la situación crítica, se configuran en el esfuerzo por adecuar la interpretación situacional (lo que está ocurriendo), en la que inciden aspectos cognitivos, emocionales y relacionales, y lo normativamente apropiado según las formas sociales y simbólicas reconocidas de pensar, sentir y actuar (lo que debería ocurrir). Particularmente los momentos agudos ponen en evidencia el *carácter creativo de semejante esfuerzo*, mediante el cual los agentes desarrollan respuestas para afrontar las discrepancias entre lo acontecido y lo normativamente apropiado. Estas respuestas consisten en combinaciones que suponen estrategias de adecuación entre la situación singular experimentada, los aspectos subjetivos involucrados y los marcos normativos y simbólicos

convencionales. Entendemos dicho esfuerzo creativo en términos de las soluciones que los sujetos generan ante problemas engendrados en circunstancias inciertas, el cual les permite interpretar sus percepciones, emociones y acciones.

Las situaciones problemáticas irrumpen en el flujo de la vida cotidiana provocando disrupciones en la interacción social, poniendo en cuestión categorías simbólicas y desordenando el curso habitual de la vida. Pero, los seres humanos son capaces de adaptar de inmediato su comportamiento ante las mismas, que, aun siendo desconocidas, no constituyen eventos substancialmente insólitos (Bourdieu, 1997: 65). Después de todo, lo problemático es percibido según las pautas provistas por aquello que no lo es (Mead, 1938).

No obstante, ya que la presente investigación se centra en el escenario de la crisis argentina de 2001, el principal foco es sobre circunstancias relativamente insólitas o extraordinarias, que representan situaciones problemáticas que tienen lugar con menor frecuencia y en un grado de intensidad mayor. Se ofrece a lo largo de la tesis evidencia empírica, a fin de mostrar que la particularidad que distingue el comportamiento humano en dichas circunstancias de aquel situado en momentos problemáticos circunscriptos al curso habitual de la vida, radica en el esfuerzo de adecuación que los agentes realizan entre los factores determinantes involucrados en la vida económica rutinaria y situaciones noveles e insólitas. Semejante esfuerzo se caracteriza en primera instancia por la aptitud de dirigir la atención hacia esta última y luego por la capacidad de recurrir a estrategias creativas de orientación de las prácticas concretas.



En circunstancias extraordinarias como las crisis económicas, de manera similar a lo que sucede en situaciones habituales y problemáticas, los microprocesos que conducen a la organización de la conducta y la ejecución de acciones se encuentran enmarcados en estructuras de relaciones interpersonales y en sistemas de significados culturales, que se entrelazan con las actividades económicas. Tanto la percepción del problema que interfiere en la rutina, como las reacciones consecuentes, se sostienen en marcos convencionales reconocidos y confiables que proveen continuidad, regularidad y legitimidad a las formas conocidas de orientar la conducta (Mead, 1938). Asimismo, planteamos que las alteraciones de la rutina propias de tales momentos inciden en el curso de desarrollo de los microprocesos, en tanto detonantes, dando lugar a reacciones afectivas y evaluaciones cognitivas, también mediante la intervención de tales marcos convencionales, las cuales ejercen una influencia decisiva sobre la conducta.

Incluso cuando la percepción de las alteraciones, las reacciones consecuentes y la orientación del comportamiento se basan en marcos compartidos relativamente estables, las situaciones de incertidumbre acrecientan la necesidad de recurrir al diseño creativo de intervenciones no rutinarias y, por lo tanto, en cierta medida desconocidas. Las mismas, lejos de generar siempre resultados positivos, en ocasiones representan cursos de acción que ponen en riesgo o aumentan el malestar ya experimentado como consecuencia del cambio.

“Todos los almacenes chicos de barrio cerraban, excepto negocios que aparecían porque los ponían aquellos que los despedían de empresas y recibían una pequeña indemnización, y uno veía que no eran comerciantes, sino gente sin experiencia que ponían parripollos, maxikioscos, en donde trabajaba incluso toda la familia, etc. Nos daba lástima esa gente, porque ponían toda la plata que tenían y era obvio que no iba a funcionar en un contexto así. No tenían más sueldo pero tenían una ‘x’ cantidad de dinero.

Me acuerdo de un hombre que trabajaba en una funeraria que andaba mal y por eso lo despidieron y recibió una indemnización. Una vez me encontré con su esposa y me comentaba que no sabía qué hacer con la plata. Tenían una bebé. Porque si bien podía poner la plata en el banco pero no es seguro, entonces, me dijo: ‘Vamos a comprar una pizzería y trabajar los dos’. Yo le dije: ‘Cuidado, porque como están las cosas, te podés quedar sin nada’ y ella me contestó mal, diciéndome que yo no entendía nada porque tengo plata. Y la pizzería duró unos meses y se les fue toda la indemnización, y se quedaron peor. Después, él fue a trabajar en una remisería y ella cosía para afuera.”

De ningún modo la expresión “esfuerzo creativo” pretende banalizar las consecuencias materiales destructivas y el sufrimiento que las crisis provocan. Por el contrario, hemos formulado esta expresión por tres razones:

1. a fin de dar cuenta de un elemento central provisto por nuestros hallazgos empíricos, que remite a la existencia de lógicas que guían la orientación de las prácticas económicas en situaciones inciertas de manera más creativa que calculada.

2. con el propósito de mostrar el esfuerzo activo, y en ocasiones arduo, de reorientar creativamente cursos de acción en circunstancias críticas.

3. para ilustrar una vía alternativa de comprensión de la determinación de las acciones económicas respecto de la mecanicista y la teleológica.

En este sentido, hemos recuperado críticamente la noción de Bandelj (2009: 361) sobre las *acciones e interacciones económicas creativas*, en tanto provee una mirada sugestiva acerca del procedimiento que deriva en acciones concretas (sobre todo en condiciones inciertas), en el que los fines y las estrategias de acción para llevarlos a cabo son identificados por los sujetos como soluciones creativas en respuesta a situaciones noveles.

Los hallazgos empíricos nos han permitido precisar la manera en que los microprocesos que engendran los comportamientos económicos en circunstancias extraordinarias críticas son el producto del interjuego entre influencias que oscilan desde las regularidades provistas por los marcos convencionales, hasta la creatividad como recurso sistemático para afrontar situaciones relativamente insólitas. El interjuego entre regularidades y creatividades involucradas en los microprocesos que encauzan el comportamiento y las acciones es lo que nos habilita a plantear la existencia de lógicas que conducen a cursos de acción razonables en términos sustantivos, aunque no sean considerados estrictamente racionales en términos formales e instrumentales.

Sugerimos, por un lado, que lejos de generar quiebres absolutos en los patrones regulares provistos por las estructuras sociales y los sistemas de categorías simbólicas, las crisis suponen cambios en los que prevalece la continuidad de las influencias socioculturales. Por otro lado, los hallazgos nos permiten afirmar que la manera distintiva con que los actores orientan y reorientan sus prácticas económicas ante tales cambios es recurriendo de manera sistemática a su ingenio creativo. Por lo tanto, durante las crisis, las regularidades socioculturales no se contraponen con la intervención creativa de los actores; por el contrario, es el interjuego entre ambos dominios de la vida humana reflejado en los microprocesos que guían el comportamiento económico lo que permite observar la forma distintiva en que los

sujetos desarrollan estrategias razonables, sin recurrir al cálculo racional, para mantener o redefinir la economía de sus vidas cotidianas.

La incorporación de experiencias en situaciones recurrentes de la vida es el resultado de la continuidad relativa de las configuraciones socioculturales; esto se traduce en la regularidad (Bourdieu, 1997: 65). Sin embargo, gran parte de la vida cotidiana es negociada, lo cual representa un indicio de las contradicciones empíricas entre las influencias que ejercen los marcos convencionales y los datos surgidos de la experiencia. El ámbito de la vida diaria se encuentra, asimismo, colmado de situaciones problemáticas que requieren de la intervención humana no rutinaria. La adecuación de estándares culturales aplicables al curso que toma la conducta respecto de una situación problemática particular consiste en una tarea de negociación. A su vez, dicha negociación se sostiene en la interacción.

La ocurrencia eventual de momentos problemáticos en el curso mismo de la vida habitual no pone en cuestión estas condiciones. Por el contrario, la influencia ejercida por tales condiciones permite a los sujetos adquirir un dominio práctico con el cual adaptar el esquema de referencia provisto por su acervo de experiencias a situaciones nuevas, aunque sin ser del todo inconcebibles (Bourdieu, 1997: 65).

Sugerimos que este dominio práctico tiene un papel fundamental incluso en circunstancias insólitas o críticas. Por lo tanto, la relativa regularidad con que las configuraciones socioculturales se presentan es reproducida incluso en tales escenarios. La diversidad de experiencias evidenciada en los distintos comportamientos económicos durante la crisis muestra que tal reproducción, no obstante, deja espacio al ingenio, que es agudizado en esos momentos. Este último permite a los sujetos embarcarse en el esfuerzo creativo que implica combinar con eficacia, respecto de la situación puntual experimentada, elementos subjetivos (cognitivos, emocionales y relacionales) y elementos objetivos (sociales y simbólicos). La persistencia de estándares socioculturales ejerce influencia dinámica sobre el comportamiento y, al mismo tiempo, admite el desenvolvimiento de la capacidad humana de atribuir significados y organizar el proceso de interacción, ambas propiedades ligadas a la definición situacional del comportamiento. Esto pone de manifiesto la flexibilidad en la forma y la dirección de la conducta y la acción (Stokes y Hewitt, 1976: 840).

El énfasis en la capacidad adaptativa de los individuos en momentos críticos resulta tan dominante en nuestra argumentación, como lo son las influencias de las definiciones sociales y culturales compartidas respecto de la situación particular. Para dar cuenta de la complejidad que representa la mutua relación entre la creatividad y las regularidades, debemos evitar las limitaciones que supone una comprensión precisa de fenómenos y procesos sustantivos

característicos de los escenarios críticos, así como de la dualidad entre la persistencia y el cambio (Stokes y Hewitt, 1976: 839). Con esto procuramos, de modo paralelo, evitar subestimar el carácter persistente de los esquemas socioculturales y eludir el énfasis exagerado en la aptitud humana de responder exclusivamente en términos de estrategias creativas frente a los cambios.

El esfuerzo de combinación entre las influencias provenientes de las estructuras objetivas y las estructuras subjetivas permite dar cuenta del interjuego entre regularidad y creatividad involucrado en los microprocesos en los que las prácticas se gestan. El carácter razonable de la conducta económica, en este sentido, se establece en términos de la diversidad de configuraciones que tal interjuego adquiere de acuerdo con la situación particular en la que estas se presentan.

En síntesis, la evidencia empírica nos ha permitido identificar factores emocionales, cognitivos, culturales y sociales que intervienen de manera crucial en el curso de los microprocesos de orientación de la conducta en circunstancias extraordinarias. Al mismo tiempo, hemos distinguido al menos dos actitudes determinantes (la atención y la creatividad) en tales escenarios, que reflejan el papel del esfuerzo humano como generador de respuestas creativas a los estímulos provocados por la percepción e interpretación de situaciones noveles agudas. Dichas respuestas consisten en la voluntad de adecuación de la orientación de la conducta y las acciones en relación con las circunstancias críticas, aun cuando las mismas representan intentos desesperados de conciliación respecto de la situación, los cuales no siempre tienen resultados positivos. En el caso que sigue se muestra que, a pesar de embarcarse en estrategias de acción determinadas, en ocasiones el entorno crítico podía ser afrontado con éxito:

“Me acuerdo de otro que hacía un producto en una fábrica chiquita y Jumbo, Carrefour, esas empresas grandes, le compraban productos pero no se los pagaban, y ante la desesperación él se los daba. Pero luego le devolvían lo que no habían vendido, que era mucho, y de repente se quedaba con las cosas y con las deudas porque había comprado las materias primas con cheques. Otro igual, era el caso de los productores de verduras que les vendían a los supermercados grandes y estos luego le devolvían la mercadería ya casi podrida que no habían vendido. Había miles de casos así, ¡y esos que compraban con cheques, hipotecaban las casas y se comían la propia casa!”

Es importante aclarar que no es nuestra intención examinar las consecuencias materiales en sí que los fenómenos macroeconómicos tienen para la economía de la vida diaria, sino identificar vinculaciones entre la percepción e interpretación de tales fenómenos y sus proyecciones en la existencia cotidiana, por un lado y examinar los microprocesos subjetivos que guían el desarrollo de las actividades cruciales en la vida económica, por el otro. Dado que partimos de la asunción de la economía vivida, es fundamental también no perder de vista el hecho de que los fenómenos y procesos macroeconómicos, tales como la inflación, la convertibilidad, el default, etc., tienen en relación con la experiencia de los actores individuales la característica de ser duales en tanto existen al mismo tiempo de manera formalizada y sustantiva. La economía de gran escala se presenta formalmente mediante dispositivos, primordialmente cuantitativos, provistos por la retórica económica dominante. A su vez, los efectos de la misma en las vidas económicas singulares representan su contraparte en sentido sustantivo, los cuales son experimentados cualitativamente como vivencias particulares.

La propuesta de enfocar el análisis en el esfuerzo de los sujetos por articular sus interpretaciones del contexto económico, en sus aspectos formales y sustantivos, con las prácticas económicas concretas, remite a la necesidad de evitar una comprensión psicologicista o cognitivista, sin dejar de centrar la atención en la actitud activa de los agentes en el transcurso de tales microprocesos. Hemos encontrado en el término *esfuerzo*³⁹ una forma adecuada de hacer referencia al estado actitudinal involucrado en el desarrollo de tales microprocesos que conducen las acciones, el cual, aunque se contrapone a un estado de pasividad, no implica forzosamente un examen consciente. En el transcurso de la investigación hemos dado cuenta de que una indagación acerca de la medida en que tal esfuerzo de articulación incide en el curso de la economía de la vida diaria requiere un concepto que refleje de manera relativamente flexible la presencia activa del agente aunque sin que necesariamente esta presencia resulte de una elaboración consciente respecto de la vida económica.

Dada la multiplicidad, magnitud y complejidad de los fenómenos y procesos de la economía productiva y especulativa contemporáneas, los actores no tienen acceso directo a los mismos; por ello, son representados como remotos. Además, por su carácter altamente abstracto, inducido por la retórica dominante, no parecen guardar una relación de incidencia

³⁹ Recuperamos a tal fin la mención que Zelizer (2005) hace respecto del esfuerzo de combinación entre las relaciones interpersonales, los significados culturales y las actividades económicas, reflejado en lo que ella denomina "trabajo relacional".

directa en su existencia. Tampoco sus vidas económicas parecen incidir de modo directo en la economía remota. La economía como constructo discursivo o “artefacto histórico”, retomando a Bourdieu (1997: 49), se presenta ante los actores dispersos, en términos de su magnitud, complejidad y distancia. Son estos elementos los que producen el efecto de sublime de la retórica económica contemporánea y median (y eventualmente obstaculizan) su aprehensión por parte de los actores dispersos. Este constructo se manifiesta en forma de una escisión inexorable entre la economía amplia y las vidas económicas singulares, sustentando la imagen artificial en torno a la separación de las esferas económica y sociocultural. Las mismas se apoyan, respectivamente, sobre la supuesta existencia de una economía formal separada de la economía sustantiva; incluso semejante constructo provee la base conceptual, ilusoria a nuestro entender, de escisión de esferas en el seno mismo de las vidas económicas singulares. Sin embargo, el carácter mediado de la capturabilidad de la realidad económica circundante en términos de la percepción de los sujetos, es justamente lo que nos insta a cuestionar el escaso énfasis analítico en el esfuerzo interpretativo humano –atravesado por juicios cognitivos y expresiones emotivas– como guía para la acción económica. Retomando la declaración de Fernand Braudel (1980: 49) de que “la historia no es vista en ningún lado” podemos sugerir que las crisis, en tanto constructos históricos, tampoco se ven sino que se sienten.

En la medida en que el cuerpo de arreglos observacionales, enmarcados en la retórica económica dominante, mediatizan la experiencia individual del orden macro de las crisis en términos de la vida diaria, se deja poco lugar al juicio del individuo. No obstante, los hallazgos empíricos presentados en esta tesis enfatizan el esfuerzo caracterizado por la perspicacia de las personas en establecer lazos entre la vida económica cotidiana y los complejos sistemas económicos, y así constituir, organizar, cuestionar, redefinir y resignificar los vínculos entre lo social y lo económico.

En el análisis de los mercados y de la economía, aunque han sido en especial estudiadas las maneras en que se conforma el juicio experto, ha existido una tendencia académica a restar importancia a la compleja tarea cognitiva humana del público en general. Pero, los actores sociales involucrados en una crisis económica, así como los expertos, deben poder comprender el mundo que los rodea para poder operar en él.

Nuestra observación de los fenómenos que constituyen una crisis económica alteran la forma en que maniobramos la serie de información conflictiva que debemos clasificar para realizar un juicio subjetivo sobre la economía para obrar sobre nuestra realidad diaria (Schiller, 2001: 3). La evaluación de tendencias y probabilidades que subyacen en las

decisiones que tomamos son inherentemente subjetivas. Esto es válido tanto en el juicio experto como en el lego.

Operar cotidianamente en un contexto económico crítico, no solo supone percibir los acontecimientos pasados y presentes, sino también el futuro distante, es decir, cómo cambiará la economía, cómo será la historia. Alcanzar decisiones concretas sobre la base de tales percepciones e interpretaciones no puede proceder solo de modelos, sino que debe provenir del juicio esencialmente personal; ni siquiera los expertos se basan únicamente en modelos (Schiller, 2001: 7). Tales decisiones envuelven un conjunto perplejo de factores relevantes plasmados en datos cuantitativos, en eventos concretos y en otros intangibles. Schiller afirma que con tal confusión de factores, resulta difícil realizar juicios objetivos sin ser influenciado por la opinión de otros y por la percepción subjetiva del entorno. El esfuerzo por sintetizar todo este conocimiento es una tarea difícil y compleja. Semejante complejidad hace que muchas veces no sea muy crítica y termina por lo general asumiendo la validez y veracidad de la información sin hurgar en forma obligada críticamente en el trasfondo de la misma. Se sintetiza el conjunto de información, asumiendo la veracidad de lo que otros creen, de los resultados de los datos cuantitativos o de los eventos intangibles de pública prominencia manifestados por los medios. El juicio individual que guía la acción económica –en períodos habituales y en períodos críticos– es el producto del procesamiento cognitivo y emocional de la combinación de conocimiento/información proveniente de la experiencia personal directa y la experiencia resultante de las diversas esferas de la interacción interpersonal.

Maurice Bloch considera la cultura como aquel conocimiento de un entorno social particular que posibilita a los actores operar en él. Este conocimiento permite la construcción reflexiva de un aparato para hacer frente tanto a tareas habituales como novedades e imprevistas. El proceso de adquisición y almacenamiento de conocimiento para operar/actuar, implica una organización de lo ya conocido, deja lugar para lo nuevo y sienta las bases para la construcción de un aparato para operar con eficiencia sobre nuevas situaciones en dominios específicos de la práctica (Bloch, 2006).

Según Bloch ciertos supuestos antropológicos relativos al procesamiento cognitivo de aprendizaje y almacenamiento del conocimiento cultural han sido indebidamente ignorados. Bloch provee tres supuestos sobre la transmisión y almacenamiento de conocimiento respecto tanto de conceptos clasificatorios como de aprendizaje de tareas cotidianas:

1. El conocimiento es con frecuencia no lingüístico.
2. Los conceptos envuelven redes implícitas de significados que son conformados a través de la experiencia y la práctica del mundo exterior.

3. Este conocimiento no lingüístico, bajo ciertas circunstancias, toma la forma de discurso explícito, cambiando su carácter durante el proceso (Bloch, 2006: 290).

“Hay, por lo tanto, evidencia considerable de que el aprendizaje no es solo una cuestión de almacenar conocimiento recibido, como muchos antropólogos asumen implícitamente cuando igualan representaciones culturales e individuales, sino que es una cuestión de construir aparatos para el manejo eficiente y empaquetamiento de dominios específicos de conocimiento y práctica [...] La evidencia muestra que una vez construidos estos aparatos, las operaciones conectadas con estos dominios específicos, no solo son no lingüísticas, sino que deben ser no lingüísticas para ser eficientes. Gran parte del conocimiento que los antropólogos estudian existe necesariamente en las mentes de la gente en una forma no lingüística” (Bloch, 2006: 293).

La importancia del análisis cognitivo, para la antropología, tiene su raíz en la idea de que lo que las personas dicen es una guía pobre de lo que saben y piensan. Además, la noción de que el conocimiento usado en la práctica debe ser organizado de manera tal que se pueda acceder a él con una velocidad increíble siendo este uso no lineal (Bloch, 1998).

Es imperativo no confundir nuestro énfasis en la percepción y consecuente esfuerzo reflexivo e interpretativo de los actores para llevar a cabo sus acciones económicas diarias, que son actividades cognitivas básicas configuradas por categorías y clasificaciones compartidas (Barnes *et al.*, 1996: 15), con la conceptualización de la antropología cognitiva que indaga mediante métodos formalizados acerca de las estructuras psicológicas por las cuales los individuos guían su comportamiento en una manera culturalmente aceptable.

Sin embargo, para un análisis antropológico de las prácticas económicas diarias durante la crisis de 2001, consideramos crucial explorar las formas en que los actores perciben e interpretan el contexto y su influencia en la actividad cognitiva que guía sus acciones concretas. Por eso, partimos de una comprensión de la percepción y reflexión que hacen acerca de un entorno particular, como un proceso de tipo interpretativo y, por ende, cognitivo. No obstante, entendemos este último como el desarrollo procesual y dinámico de la compleja tarea que representa el esfuerzo de los actores por sintetizar el conjunto de la evidencia, la información y el conocimiento que se encuentra a su disposición, a fin de realizar un juicio sobre su vida económica cotidiana.

Cabe señalar que nuestra aproximación al esfuerzo activo de actores no expertos, dista mucho de pretender reflejar estructuras formales de fenómenos mentales que guían el

comportamiento. Por el contrario, mediante los hallazgos empíricos hemos dado cuenta de las variadas formas de interrelación de representaciones y prácticas, que enfatizan la capacidad ingeniosa de los actores de articular su percepción de la realidad circundante con sus actividades cotidianas particulares.

Aunque el devenir de una actividad económica cotidiana implica en todos los casos ciertos hábitos, rutinas y conocimientos, no es este conjunto de fenómenos lo que la constituye en sí misma. Y menos aún son los métodos formales los apropiados para iluminar su incidencia en las actividades humanas concretas. Aunque también de orden cognitivo, estos fenómenos no son centrales para comprender las acciones económicas diarias. Sin embargo, para analizar tales acciones suponemos esencial indagar sobre sus conexiones con la compleja tarea reflexiva –que implica la percepción e interpretación, ambas actividades también cognitivas– de sistematizar y sintetizar la evidencia, información y conocimiento a su alcance, es decir, la incidencia que esta labor cognitiva puede tener sobre el desarrollo de las prácticas diarias. Dado que la cultura es un contexto en el cual se hace inteligible el significado de los actos sociales, es en el fluir del comportamiento humano donde las formas culturales de interpretación encuentran articulación (Geertz, 2006).

Es importante insistir en que nuestro acercamiento al esfuerzo de actores no expertos, dista mucho de pretender reflejar estructuras formales de fenómenos mentales que guían la conducta. Por el contrario, mediante los hallazgos empíricos hemos dado cuenta de las variadas formas de interrelación, de interpretaciones y prácticas, las cuales enfatizan la capacidad ingeniosa de los actores de articular su percepción de la realidad circundante con sus actividades cotidianas concretas. Cuestionando el dualismo entre mente y cuerpo, suponemos que la relación entre *pensamiento* y *agencia* es mediada por la actividad práctica. En este sentido, Bourdieu (1984) enfatiza el carácter contingente, improvisado y provisional de tales procesos cognitivos y de sus manifestaciones en las acciones sociales (citado en Tilley, 2007: 261).

Consideramos interesante la propuesta de Christopher Tilley, quien plantea la utilidad analítica del concepto de “metáfora” para comprender la conexión entre el pensamiento, su expresión y la acción. Tal concepto hace referencia a la habilidad de establecer vínculos desde lo conocido hacia lo desconocido, lo que supone combinaciones entre cosas con el objeto de comprenderlas. Este proceso es, según el autor, de carácter interpretativo, es culturalmente relativo e históricamente determinado. La lógica metafórica es analógica y sirve para proyectar un dominio en términos de otro (Tilley, 2007: 261).

Desafiando a las perspectivas que se centran en el análisis de la cultura como estructuras psicológicas que guían el comportamiento humano, reivindicamos la insistencia de Clifford Geertz (2006: 239) en la comprensión de las redes de significado socialmente establecidas que constituyen la cultura. Siguiendo a Geertz, podríamos decir que, aunque el devenir de una actividad económica en el ámbito doméstico implica forzosamente ciertos hábitos, rutinas y conocimientos, no es este conjunto de fenómenos lo que la constituye en sí misma. Y menos aún son los métodos formales los apropiados para iluminar su incidencia en las actividades humanas concretas. Aunque también de orden cognitivo, estos fenómenos no son centrales para comprender las acciones económicas diarias en sí mismas. Sin embargo, para analizar tales acciones suponemos esencial indagar acerca de sus conexiones con la compleja tarea reflexiva, que implica la percepción e interpretación, de sistematizar y sintetizar la evidencia a su disposición, es decir, la incidencia que esta labor cognitiva puede tener sobre el desarrollo de las prácticas diarias. Dado que la cultura es un contexto en el cual se hacen inteligibles los significados de las acciones sociales, es en el fluir del comportamiento humano, donde las formas culturales de interpretación encuentran articulación (Geertz, 2006: 242).

En particular ante situaciones que perturban el orden habitual de ciertas dimensiones de la vida diaria, Geertz adscribe a la idea de estas pueden ser comprendidas como “discontinuidades entre las formas de integración de la estructura social (causal-funcional) y las formas de integración de la dimensión cultural (lógico-simbólicas), discontinuidad que no implica la desintegración social y cultural, sino el conflicto social y cultural” (Geertz, 1973: 164). Debido a que los diversos dominios de la existencia cotidiana refieren a patrones simbólicos y se enmarcan en la interacción social, explica Geertz, aunque la vida social está a menudo marcada por tales conflictos, aun así sigue su curso de manera efectiva. Aunque resulta difícil determinar la mejor actitud o forma de actuar frente a un evento particular, o sea, elegir el sentido cultural apropiado para un contexto social dado, tales interferencias no son de orden desconocido, sino por el contrario, forman parte de la vida misma (Geertz, 1973: 167).

3.4.1. El país en riesgo

La distancia e imprecisión de la constelación de fenómenos constitutivos de la crisis, no solo implicó percibirla sin tener un contacto directo, sino también la intermediación de

arreglos observacionales que proveen una forma de verla. Los actores acceden a semejante constelación mediante tales sistemas observacionales como un armónico conjunto de pequeñas piezas. Aunque estas piezas se presentan mayoritariamente en forma discursiva, también adquieren la forma de lugares y dispositivos clave que alcanzan autoridad en el proceso de representación de la crisis. El mercado, el Banco Central, el Ministerio de Economía, las calificadoras de riesgo o los indicadores económicos son algunos ejemplos de tales lugares y dispositivos, dados como presupuestos y escasamente cuestionados por el público.

En el contexto del colapso de 2001, pocas personas discutían la validez y eficacia de tales piezas de información como fuentes indicadoras de la crítica situación del país. En este sentido, es crucial el rol del lenguaje especializado de la economía y la consecuente aprehensión como forma presupuesta de conocimiento sobre la realidad. Asimismo, la proliferación entre el público de tales piezas en forma discursiva y de dispositivos especializados, establece las fronteras que median la percepción de la personas sobre la crisis. Para lograr la aceptación y legitimación del sistema observacional de la misma, entonces, es necesario que tales piezas sean accesibles, en tanto públicas y comprensibles, ganando peso en el direccionamiento de la percepción. Así son aprehendidas como una realidad presupuesta.

Psicólogos han demostrado que el pensamiento humano que encabeza las acciones, inclusive el pensamiento individual, tiende a ser motivado por razones y justificaciones cualitativas, más que por mediciones abstractas de probabilidades y escenarios (Schiller, 2001: 13). La conformación de los actos cotidianos tiende a estar en concordancia con la sabiduría convencional vista como prudente. Los medios y su reputación juegan un rol prominente en generar la sabiduría convencional con la cual se guían del mismo modo, los expertos y los no profesionales (Schiller, 2001: 9). La manera en la que es presentado un evento por los medios puede tener un fuerte impacto en las representaciones públicas y en capturar direccionalmente la atención. Un mismo suceso, por ejemplo que en el día de hoy hace 25 grados Celsius, puede ser presentado de tres formas diferentes:

1. Hoy hace calor.
2. Hoy no hace frío.
3. Simplemente omitiéndolo. Todas tienen efectos diferentes en la percepción del público.

Para ilustrar el modo en que la interpretación del contexto puede incidir en el transcurso de la vida económica, tomaremos el ejemplo de un dispositivo de la constelación crítica que

dominó la atención de las personas durante la crisis de 2001: el caso del Índice Riesgo País, un indicador económico que adquirió notoriedad creciente en la esfera pública. En tanto pieza clave del sistema observacional que medió la percepción e interpretación de la crisis, el Riesgo País, a través del proceso de reiteración, fue ganando acceso público y, por lo tanto, legitimación de su validez como indicador de la situación económica crítica. La percepción pública del Riesgo País generó una ansiedad y atención sobre la macroeconomía sin precedentes, sosteniendo la vigilia de la población y agudizando la tensión. El término, previamente reservado para los especialistas, se convirtió en un tema de conversación cotidiano, que reflejaba cómo se iba profundizando la crisis.

La interpretación y circulación de esta “información”, no solo es relevante ya que los datos no son igualmente accesibles a todos los agentes económicos, sino que la cuestión principal es proponer una comprensión de los mismos como signos que circulan en los medios y en la esfera pública, y es en su circulación que adquieren nuevos sentidos, alejados de sus acotadas definiciones técnicas. Estas alteraciones son producto de contextos cambiantes, géneros de media, estructuras de significación, contingencias políticas e intervenciones estratégicas y retóricas de los actores sociales (De Santos, 2010).

A pesar de la mediación de tales arreglos observacionales, el esfuerzo reflexivo de los actores sociales respecto de los escorzos de percepción sobre el Riesgo País, demuestra la heterogeneidad y complejidad interpretativa en la que se orientan las acciones económicas cotidianas. En los hallazgos empíricos de nuestra investigación es recurrente la oscilación entre lo racional y lo supuestamente irracional, intentando articular la interpretación de un sector de la realidad y las emociones personales que tienen incidencia directa sobre la orientación de las actividades cotidianas. Al igual que sucede en algunos casos de creyentes religiosos, quienes según las circunstancias personales se acercan o se alejan de la fe, el vaivén entre la percepción del Riesgo País como elemento meramente contextual, sobre el cual los actores pueden ser conscientes de su carácter no válido e incluso intencional, y como factor determinante en la vida económica personal, remite al grado de posible influencia de la interpretación del entorno en las actividades diarias.

“El Riesgo País me hacía sentir muy nervioso. Pero en Colombia, por ejemplo, el Riesgo País era más bajo que en Argentina a pesar del hecho de que es un caos económico y la gente es matada como pajaritos. ¡Esa es la razón por la cual yo pienso que era todo arreglado! Yo creo que el significado era que no éramos confiables. Ahora que está bajo, no aparece en ningún lado. En ese entonces era mostrado por todos lados cada 5 segundos y

eso me hacía poner nervioso. La intención era hacer poner nerviosa a la gente, repitiéndolo todo el tiempo.”

Cuando el Riesgo País es interpretado como encarnando una intencionalidad política “era todo arreglado”, sin embargo, a pesar de tal reflexión, cuando es interpretado como la agudización efectiva de la crisis, entonces Alberto se “sentía muy nervioso”. De manera similar, otros relatos dan muestras de esto:

“¡Claro que recuerdo el Riesgo País, 5.000 puntos! ¡Estábamos en el último de los infiernos! Es un índice hecho por alguna entidad económica, seguramente dirigida por Estados Unidos, que evalúa la confianza de los inversores, sobre cómo nuestro país trata a esos inversores extranjeros. [...] Sí, claro que me preocupaba, porque yo sabía que nuestro país estaba muy mal y eso lo empeoraba. Pero con o sin el Riesgo País, la crisis hubiera existido de todos modos.”

Pese a interpretar el Riesgo País como un factor relevante e incluso constituyente de la crisis, lo cual muestra cierto cuestionamiento acerca de la legitimidad del indicador económico, frente a la situación concreta de posible incidencia sobre la vida económica personal, se vuelve un indicador legítimo de la realidad.

3.4.2. Indicios ominosos

La interpretación subjetiva de las situaciones excepcionales generadas por disrupciones en el incesante flujo de los hábitos económicos rutinarios también parece constituir un factor influyente en los microprocesos que desembocan en acciones. Tales irregularidades inducen a los sujetos a reconsiderar categorías, valores y normas dados por sentado, los cuales por lo común conducen su vida económica cotidiana. La información crucial que los interpela por sorpresa, se presenta en forma de indicios que deben ser procesados. Tal procesamiento de la información no rutinaria requerido para la ejecución de acciones concretas, implica evaluaciones cognitivas combinadas con reacciones emocionales, ambas enmarcadas en contextos convencionales de significación e interacción. Los cursos de acción, producto de semejantes procesamientos en circunstancias críticas, suponen intervenciones no rutinarias por parte de los individuos (Preda, 2009b: 38).

El entendimiento de situaciones extraordinarias que suponen alteraciones en las prácticas usuales puede incidir en el transcurso de la vida económica mediante información crítica en forma de signos percibidos como advertencias, que permiten moldear la crisis en términos de la vida diaria. Estos elementos, a diferencia de los dispositivos de la constelación crítica, como el Riesgo País, se caracterizan por su inmediatez respecto de la existencia cotidiana, por su carácter no institucionalizado, y especialmente dado que es la percepción misma la que da forma a su existencia.

Llamaremos *indicios ominosos* a estas construcciones interpretativas de signos del génesis y desarrollo de la crisis. Estos se manifiestan como eventos interpretados como advertencias que auguran el transcurso de la misma. Representan interpretaciones del entorno en términos de la vida diaria, que son producto de la combinación de elementos racionales e irracionales.

Los indicios ominosos marcan el comienzo de una experiencia personal en la que las actividades diarias son reorientadas hacia algo que hasta ese instante es visto como no problemático. Aunque esos signos son en retrospectiva interpretados conscientemente como un indicio ominoso, en el momento específico de la crisis pueden no ser percibidos como tales. Pero, en la experiencia cotidiana tienen efectos claros sobre la orientación de la vida económica. Dichos indicios son interpretados por los sujetos, en tanto inciden actual o potencialmente en las prácticas económicas. Es en el proceso de orientación de tales prácticas que tal interpretación da forma al curso que toma la economía de la vida diaria.

Por otra parte, los indicios ominosos ilustran la sublimación de las dificultades económicas en el reino de lo simbólico. La percepción de aquellos y el temor a “lo desconocido” que los envuelve, contienen elementos al mismo tiempo racionales e irracionales. La interpretación de tales eventos como signos del curso de una crisis se funde en las experiencias personales en nombre de un futuro desconocido. La aparición o desaparición –repentina o progresiva– de algo puede ser visto como un indicio ominoso.

En los datos empíricos surgidos de las entrevistas pueden distinguirse dos clases de estos indicios. Mientras algunos proyectan cambios efectivos en la vida económica corriente, otros señalan cambios potenciales en la misma. Entre los primeros podemos señalar el caso mencionado por Estela, una artista que luego de que sus ahorros fueran congelados en el banco, comenzó una intensa participación en un movimiento de ahorristas durante el último mes de 2001 y los meses subsiguientes:

“Yo fui al banco, y ya había ciertos rumores, y yo hablé con la chica que atendía, que tenía una cierta relación después de tantos años, yo le llevaba cosas. Pero dos meses antes

cambiaron todo el personal de atención al público. La última vez que hablé con ella (porque ya en noviembre había otra persona) le pregunté: “¿A vos te parece que tengo que sacar la plata?”, y me dijo: “¡No! Está la casa matriz de Estados Unidos que responde y además está el seguro hasta 30.000 dólares, quédese tranquila, y está la Ley de Intangibilidad”. Y yo tenía 20.000 [...]. Cuando voy en noviembre para renovar el plazo fijo, hay otra persona. Me acordé lo que ella me había dicho y pensé, bueno cobro un seguro... que fue otra estafa. El seguro era todo mentira. Estaba en las pizarras eso, supuestamente hasta 30.000 dólares. Son infamantes, yo no sé [...] Cavallo tiene que tener un castigo divino [...] Y cuando pasa todo esto, salimos el 20, y ya empiezan con lo de los 250 dólares por semana, ahí logro cambiar a la caja de ahorro, yo dije que me lo devolvieran en montos chicos, 1.000 dólares por mes... que podrían haber hecho eso... aunque perdía los intereses, igual perdí los intereses. Una aberración total.”

A fin de tomar la decisión más acertada para sus finanzas personales, Estela se basó en su confianza respecto de la información provista por la “empleada conocida” del banco en el que ella tenía sus depósitos. La relación que había construido con la joven constituía el sostén de la combinación que Estela hace respecto de la situación potencialmente excepcional entre el respaldo emocional (confianza) y las deliberaciones cognitivas en relación a la información provista por la bancaria. Cuando Estela da cuenta de que su decisión no había sido favorable, el mismo estado de disgusto emocional hace que ella dirija la responsabilidad de lo acontecido al incumplimiento de normas básicas, ya sean jurídicas o morales:

“[Cuando estaba manifestándose] Vinieron los alemanes. No era una cosa superficial, estuvieron dos meses. Ellos tenían miedo de que pasara en Alemania. Pero yo no creo, pienso que en Europa y en Estados Unidos la ley es sagrada. Los pueblos que no respetan las leyes [...] Los mandamientos ya dicen ‘no robarás’. Esta gente violó hasta los mandamientos de Dios. Habrá alguno [...] yo respetaba mucho a la señora Carrió, pero de repente se unió a uno que fue director del banco X. Yo la voté porque hablaba de cosas morales y yo creo que el problema de la Argentina es moral. Yo sigo siempre diciéndolo a mis compañeros. Bueno, pero mi marido, con el cáncer, no quiso que salga más a la calle y él estaba muy mal.”

El procesamiento que los sujetos hacen respecto de la información crucial en momentos críticos, como vemos, pone en evidencia las intersecciones entre las evaluaciones cognitivas y las reacciones emocionales que se enmarcan en interacciones interpersonales específicas y en

principios significativos provistos por la cultura. Sin embargo, tales intersecciones, lejos de ser armónicas, constituyen juicios producto del complejo manejo cognitivo y emocional de indicios, y cambios concretos respecto de la situación. El caso de Estela da pruebas de ello:

“Había también asambleas barriales [En las marchas] conseguimos poco, lo único que logré fue decirle a un senador que eran traidores a la patria y nadie dijo nada. Y a los dos o tres días recibí amenazas de muerte, que tengo grabadas. Que me iban a atropellar. A los días de eso, nos hacen un acorralamiento, yo salgo en primera plana de *Clarín* [la muestra], yo no había hecho nada, simplemente que una mujer viejita rompió una puerta del HSBC (yo no estaba de acuerdo porque estoy favor de respetar la ley, pero había gente que no era así). Y nos encerraron, ya lo tenían preparado, porque están para eso, no para cosas importantes. Pero después uno obtiene experiencia. Bueno, ella rompió eso y todos son cobardes, pero yo la abracé, porque cuando vino la policía, era tal la desmesura en contra de ese cuerpo viejito que la abracé. Y me tiran y arrastran doscientos metros, pero yo no había hecho nada, pero me tiraron en la Catedral. A otros los procesaron. Había algunos que insultaban, pero yo no soy así, porque no eran mis enemigos, yo siempre tuve bien identificados quién eran mis enemigos. Y bueno... ¡los que no cumplieron con la ley! Los dirigentes que deben trabajar para nosotros. Es la traición más grande.”

Otro ejemplo de tales indicios que es reiterado en varias ocasiones en las entrevistas remite a los “colectivos vacíos”, que reflejan en las interpretaciones individuales la creciente desocupación. Una empleada doméstica que mantuvo su puesto de trabajo durante la crisis relata esta situación como un indicio que según ella retrataba las circunstancias y auguraba lo que podía acontecer. Los efectos emocionales que tales indicios generaban en Beatriz se entremezclaban con su evaluación cognitiva de la situación en términos de las proyecciones inciertas que potencialmente ocurrirían:

“Cuando yo tomaba el colectivo para ir a trabajar, me daba cuenta de que estaban vacíos. Yo nunca los había visto así. Un poco más un poco menos, pero nunca así. Ya nadie tenía trabajo y eso me asustaba porque me daba miedo perder el mío. La cosa estaba muy mal y si seguía así yo sabía que iba a ser peor, porque la gente no puede mantenerse sin trabajar por mucho tiempo. Un tiempo te ayudan tus conocidos, pero si ellos tampoco tienen, no pueden ayudarte y ahí, ¿qué hacés?”

La interpretación que los actores hacen del entorno cotidiano constreñido por situaciones extraordinarias incide en las maneras en que tales eventos impactan en los microprocesos que conducen el comportamiento y las acciones. Las percepciones del riesgo o la amenaza potencial de un evento extraordinario tiene un papel prominente en las decisiones que los agentes toman (Slovic y Weber, 2002: 2). La interpretación de los indicios ominosos que suponen una comprensión de lo desconocido, incluso dentro de un ámbito familiar, en tanto consecuencias potenciales o actuales de tales constreñimientos, pueden generar un impacto mayor en tales microprocesos que la interpretación de eventos excepcionales relativamente conocidos o similares respecto de experiencias pasadas. La experiencia de Celia es reveladora en este sentido:

“¡Había gente que no tenía ni para comprar una manzana! ¡Me llamaba la atención que hasta la basura se había achicado! Así surgió una cierta solidaridad que antes no estaba, la gente les daba más a los que necesitaban. Incluso había gente que empezó a poner en bolsas separadas la comida de la basura no comestible, ¡porque algunos comían de la basura! Era muy triste.”

CAPÍTULO 4

LÓGICAS (SUPUESTAMENTE) IRRACIONALES

INTRODUCCIÓN

Aquí enfocaremos sobre las lógicas de lo supuestamente irracional. De este modo, sobre la base del análisis interpretativo del material empírico recolectado, el capítulo muestra, en el contexto de la crisis argentina de 2001, que lejos de ser supuestamente “irracionales” o lisa y llanamente no económicas, muchas prácticas se manifiestan en la realidad económica cotidiana como resultado de intersecciones entre la cultura, las relaciones sociales y las actividades económicas concretas, en las que los sujetos han tenido un rol clave al reformular de manera perspicaz, sus actividades en términos de la realidad contingente.

El escenario de la crisis resulta propicio para el análisis de situaciones no habituales que se manifiestan en incertidumbre, inestabilidad y desequilibrio, que constituyen desafíos cotidianos frente a los cuales los sujetos deben maniobrar en el curso de sus vidas. Haciendo referencia al análisis de la evidencia empírica aportada por los informantes y rescatando el emblema antropológico de la observación de la diversidad, se presentan en este capítulo una serie de reflexiones acerca de cuestiones claves en torno a las variadas experiencias de la crisis de 2001 en términos de las vidas económicas singulares. En este sentido, esta sección de la tesis intenta revelar la dinámica de las lógicas que subyacen al proceso que los distintos actores emprenden de manera interpretativa, considerando en especial la intervención de las emociones para operar económicamente.

4.1. LÓGICAS (SUPUESTAMENTE) IRRACIONALES

Desde tiempos remotos la razón ha constituido una de las facultades humanas más enigmáticas que cautivaron el pensamiento de la humanidad. Como la habilidad privilegiada del ser humano de generar conclusiones partiendo de asunciones, la razón ha sido usualmente

contrastada con otros atributos humanos como las emociones,⁴⁰ las intenciones o la intuición, gobernados por lógicas alternativas. Aunque el reconocimiento contemporáneo de la unidad entre la razón y los demás atributos, no implica la asunción de una convivencia armónica entre ellos, la experiencia humana en el mundo consiste en la coexistencia y la compleja articulación de todas aquellas facultades que parecen incidir en la forma en que son realizados los juicios que resultan en la acción humana inserta en el entorno natural, cultural y social.

Dado que esta investigación gira en torno a los microprocesos llevados a cabo por actores que derivaron en la orientación de las acciones económicas durante la crisis de 2001, entre aquellos atributos humanos o “pasiones” que supuestamente no son gobernados por la razón y que inciden en la ejecución de acciones económicas, las emociones ocupan el centro del interés en el presente estudio. Las emociones pertenecen a la amplia clase de actitudes que afectan los juicios que guían la acción. El reconocimiento por parte de la literatura reciente de la influencia que las emociones ejercen individual e interactivamente sobre las acciones económicas ilustra la emergencia de un nuevo enfoque de la realidad económica, en el que se intersectan aspectos racionales y aspectos supuestamente “irracionales”.

El foco en las emociones en nuestra investigación ha sido determinante, ya que la dimensión doméstica de la vida económica se encuentra particularmente atravesada por relaciones y estados afectivos. Con “emociones” hacemos referencia a la cooperación consciente entre un estado corporal y una imagen, pensamiento o recuerdo (Hochschild, 1979: 551), lo cual representa sensaciones corporales y mentales (Hassoun, 2006: 103).

El desarrollo histórico del pensamiento occidental sobre la racionalidad económica, cristalizado en la oposición que da nombre al célebre libro de Albert Hirschman (1977) *The Passions and the Interests*, ilustra el árido proceso en el que se ha ido despojando a lo económico de pasiones desequilibrantes y, por lo tanto, conflictivas con el sentido prudente proyectado en la razón como referente por excelencia de la emergente economía de mercado (Hassoun, 2006; Berenzin, 2005). Tal proceso dio lugar a la legitimación sociocultural de las actividades económicas y financieras del capitalismo floreciente, la cual ha propiciado gradualmente el artificial distanciamiento entre pasiones e intereses, sensibilidad y racionalidad, emoción y razón.

⁴⁰ Abordaremos la problemática de las emociones desde la noción de emoción que reconoce aspectos biológicos y físicos, y aquellos que remiten a sus significados culturales. Tal concepción de las emociones considera crucial su expresión en contextos sociohistóricos específicos (Leavitt, 1996: 531).

La antítesis resultante de semejante proceso histórico, entre la razón y las emociones, ha sido proyectada en el dilema ampliamente discutido alrededor de la dependencia o independencia entre ambas. Formulaciones respecto del carácter privilegiado de la primera sobre la segunda, o del razonamiento esclavizado por las pasiones, representan la complejidad de la coexistencia de ambas en la realidad humana, en torno a la cual han girado numerosas discusiones filosóficas y sociales desde tiempos remotos. El escrutinio de las formas que adquieren tales intersecciones en la vida económica (ya que la dimensión económica no constituye una excepción) es de fundamental relevancia para la comprensión de la puesta en escena de las actividades y procesos económicos cotidianos.

La racionalidad está estrechamente vinculada con la forma de conocer el mundo y de operar sobre él. Consiste en la capacidad de realizar juicios que encaucen el comportamiento hacia la acción. Las acciones económicas, como una forma entre tantas, que los agentes conducen en su relación con el entorno, no escapan a la discusión sobre el interjuego entre el pensamiento y la agencia. Los procesos mentales guiados por la razón se relacionan con la habilidad primaria de la percepción, que resulta de la congregación de percepciones de los diversos sentidos y define el ordenamiento del mundo percibido. La razón manifiesta una reflexión respecto de los cursos alternativos de acción. Los agentes deliberan sobre las acciones que tomarán, respecto de un entendimiento de sí mismos y de la situación particular en que se encuentran.

Una de las formas de razonamiento que ha adquirido una reputación más extendida en la sociedad occidental ha sido la racionalidad instrumental. Sustentada en el predicamento del pensamiento neoclásico y en la colosal exhortación de la supremacía de la economía por sobre las demás dimensiones de la vida en las sociedades capitalistas contemporáneas, la racionalidad instrumental parece dominar todo entendimiento de la relación entre el pensamiento y la acción. Mediante el principio instrumental; los agentes eligen los medios en relación con los fines perseguidos, lo que presupone la existencia de razones y valores objetivos que proveen criterios para elaborar juicios sobre los fines perseguidos, los cuales son supuestamente independientes tanto de la dimensión emocional como de factores culturales, contextualmente variables. El alcance de la acción racional en este marco de pensamiento se identifica con el uso eficiente de medios escasos. La racionalidad económica planteada en estos términos supone un tratamiento de la misma como un supuesto. Por el contrario, en las Ciencias Sociales existe una tendencia actual a considerar dicha racionalidad como una variable asociada con ciertos procesos occidentales, como un fenómeno a ser comprendido y no asumido (Smelser y Swedberg, 2005: 4).

La razón se caracteriza por un proceso consciente de percibir lo existente, organizando los datos observacionales.

Mientras la razón consiste en una facultad volitiva de relacionar los hechos de la realidad, la emoción no es una facultad relacionada con la percepción, sino con la reacción ante la percepción humana de los mismos. Esta última no representa un medio independiente de acceder a la realidad, ni de guiar el curso de la relación entre los hechos de la misma. Los juicios centrados en las emociones pueden ser tanto explícitos como no identificados. Las emociones derivan de preceptos juzgados en un contexto determinado. El contexto es definido por un contenido conceptual altamente complejo. La mayor parte de tal contenido no está presente de manera consciente y es inconsistente, aunque sea tan real como operativo. Los sujetos operan en el mundo mediante un conocimiento limitado de la realidad. Sobre la base de la evidencia disponible en el contexto de las situaciones ante las que se encuentran involucrados, los actores encuentran la manera de operar hábilmente en el mundo conocido.

Escenarios del mundo real en los que comportamientos sociales se entrelazan con fenómenos económicos (tales como la avaricia, la confianza, el altruismo, la solidaridad, los dones o la valuación de objetos) y relaciones no convencionales en términos económicos (por ejemplo, las relaciones íntimas o el cuerpo humano) reflejan un mosaico de experiencias socioculturales concretas en las que la racionalidad no parece gobernar. Esto ha conducido actualmente a los científicos sociales a intentar comprender tales comportamientos individuales y colectivos sin excluir la dimensión afectiva, cultural y contextual de la vida social y económica (Berenzin, 2005: 109).

Como hemos visto, estudios empíricos han demostrado que el proceso que resulta en acciones concretas involucra tanto deliberaciones racionales como elementos afectivos intersectados por significados culturales. Las emociones pueden no conducir a juicios racionales, aunque pueden resultar en decisiones razonables. Su incidencia en la orientación de las acciones ilustra la razonabilidad en términos de la situación en que la acción se desarrolla. Podría decirse que las emociones pueden ser factores que influyen en las acciones de manera situacionalmente razonable.

Exponiendo las dificultades que el pensamiento neoclásico ha tenido para comprender tales comportamientos humanos, existe una tendencia académica hacia la revalorización de la dimensión afectiva con connotaciones morales, como constitutiva de la vida social y económica. Asimismo, aunque gran parte de los análisis en torno a la relación entre emociones y economía centra la atención en el aspecto cognitivo de la misma, Berenzin (2005: 111) sugiere que un estudio profundo de los vínculos entre emoción y economía

debería enfocar además la dimensión no cognitiva de la misma constituida por el conocimiento experiencial y físico que los sujetos tienen de sus emociones. Así, la cognición y la experiencia física se entrelazan con la cultura e influyen en la relación entre la emoción y la acción económica. Si la ausencia de emociones implica equilibrio mental y físico, los estados emocionales conllevan al desequilibrio, que supone instancias de esfuerzos creativos hacia la reformulación de un nuevo equilibrio en la vida económica (Berenzin, 2005: 111).

En este sentido, se recupera el papel central de la cultura contextualmente dependiente en la formación de juicios relativos a las acciones económicas. La incidencia de elementos culturales en las emociones y, por lo tanto, en tales juicios, revela los lazos existentes en la realidad social entre la interpretación y la acción (Ricoeur, 2000; Geertz, 1973). La experiencia física de las emociones diverge de la interpretación de las mismas –en términos de cognición– y de las acciones que se toman en respuesta a ellas. Asimismo, tal interpretación resulta del entramado de significados culturales con los que los sujetos experimentan las emociones. Por lo tanto, aunque con frecuencia sean mantenidos analíticamente separados, las emociones y la cultura se presentan en la vida diaria interconectadas. Aunque las emociones sean universales, su expresión es contextual y culturalmente dependiente. De este modo, queda claro que tanto la cultura como la interpretación intervienen entre las emociones y las acciones (Berenzin, 2005: 111).

Las limitaciones de la teoría neoclásica que suponen la incapacidad de abordar el agregado de dimensiones –económicas y no económicas, racionales y no racionales– que ejercen influencia en el proceso de formación de los juicios relativos a las acciones económicas, ilustran la necesidad de recurrir a un enfoque que reconozca la existencia de lógicas culturales y sociales contextualmente dependientes que rigen la manera de tomar decisiones y la forma en que las emociones son expresadas. La cultura tiene, de este modo, implicancias constitutivas respecto de las orientaciones económicas hacia la acción, demostrando el carácter interdependiente entre lo cultural y lo económico.

En contraste con las aproximaciones neoclásicas que fallan en comprender la gran variedad de comportamientos reales mediante la supuesta naturaleza racional de la determinación de los fenómenos económicos, insistimos en la existencia de lógicas que guían tales conductas de formas adecuadas respecto de cada situación particular, aunque sin forzosamente ser regidas por la racionalidad. Dichas lógicas, lejos de ser “irracionales” o “no económicas”, se manifiestan en la articulación de múltiples factores determinantes en los microprocesos que conducen la elaboración de juicios y las acciones resultantes. La coexistencia de las relativas continuidades sociales y simbólicas provistas por los marcos de

referencia compartidos y el esfuerzo dinámico y creativo que los sujetos singulares hacen al combinar factores subjetivos y objetivos en situaciones particulares, es lo que nos permite afirmar la razonabilidad con que tales lógicas conducen a conductas situacionalmente apropiadas.

En el intento de revalorizar la importancia de las emociones en la economía, en tanto influyen en las acciones económicas, proponemos una nueva perspectiva por la cual las emociones y la cognición se articulan en el marco de situaciones de crisis. El reconocimiento por parte de la literatura reciente, de la incidencia de las emociones –tanto al nivel individual como desde el punto de vista de la interacción social– en las acciones económicas en períodos de relativa estabilidad, por un lado, y el interés actual en escenarios caracterizados por situaciones extraordinarias como las recurrentes crisis económicas, por el otro, permite delinear una argumentación en torno a cómo las emociones inciden sobre las acciones económicas en momentos extraordinarios.

Las regularidades plasmadas en la persistencia relativa de los esquemas de percepción y valoración socioculturales incorporados en los agentes mediante las experiencias situacionales recurrentes hacen pensar que tales agregados de experiencias permiten producir anticipaciones razonables respecto del curso que toman las prácticas de los mismos. Por lo tanto, el manejo práctico que los sujetos hacen de las situaciones de incertidumbre habituales durante la experiencia cotidiana sienta las bases de las lógicas que resultan en determinaciones razonables que conducen a las acciones (Bourdieu, 2005: 214).

Contrariamente al supuesto instrumental unívoco de determinación racional y calculada de las acciones económicas, esta perspectiva permite privilegiar otros tipos de mecanismos –en los que se conjugan recursos cognitivos, emocionales, culturales, sociales y económicos–, mediante los cuales los agentes operan activa y creativamente sobre sus vidas económicas de manera razonable de acuerdo con las circunstancias particulares.

Sin ser estrictamente racionales, tales lógicas razonables de acción adquieren una visibilidad peculiar en circunstancias de crisis, ya que constituyen escenarios excepcionales que requieren en primera instancia que los sujetos dirijan su atención hacia la situación problemática que constituye el estímulo que propicia intervenciones no rutinarias. Asimismo, en vez de elegir entre alternativas dadas, en este trayecto los agentes deben realizar un esfuerzo activo por combinar creativamente los recursos a su alcance –subjetivos, culturales, sociales– para anticipar razonablemente los cursos de las acciones posibles ante tales circunstancias, lo cual supone repensar sus prácticas a fin de buscar nuevas alternativas. En este esfuerzo intervienen procesos que, más que remitir exclusivamente al cálculo

instrumental, suponen y requieren de factores tan disímiles como reacciones emocionales y evaluaciones cognitivas, los cuales son atravesados por los significados culturales y las relaciones sociales en combinación con las actividades económicas concretas.

4.2. VIDAS ECONÓMICAS EN LA ECONOMÍA

El tratamiento analítico de la vida económica en un contexto de crisis, como una construcción social y cultural, implica la aceptación de la idea de que tales construcciones reflejan la dependencia de las actividades y procesos económicos respecto de prácticas, instituciones y creencias de origen sociocultural.

En el intento de desafiar las visiones neoclásicas centradas en la economía contemporánea y el mercado, numerosos observadores sociales se han dedicado a desnaturalizar y analizar los mecanismos de solidificación del mismo en la cultura occidental y su funcionamiento como el instrumento economicista por excelencia. La antropología ha contribuido notablemente en este camino. El mercado enmarcado en eventos históricos de Occidente ha sido proyectado como ícono político o como abstracción económica formalizada (Carrier, 1997).

James Carrier distingue dos amplias categorías de estudios antropológicos dedicados al análisis empírico del mercado. La primera contribuye a la comprensión de los sistemas de mercado en sociedades simples en áreas marginales respecto del sistema de mercado occidental tradicionalmente abordadas por los antropólogos, mediante la aproximación de la percepción de sus miembros (Gudeman, 1986; Taussig, 1980). La segunda es caracterizada por aquellos trabajos antropológicos dedicados al estudio del sistema de mercado del Occidente contemporáneo (Davis, 1973; Hart, 1986). En esta última categoría Carrier incluye investigaciones antropológicas sobre actividades económicas que intentan desnaturalizar el sistema de mercado occidental moderno, reconociendo que representa una forma entre tantas de pensar en ciertas formas de transacción, espacial y temporalmente enraizadas (Carrier, 1997: 27).

El modelo del mercado, primordial para el funcionamiento de la economía en términos neoclásicos, se asienta sobre fuerzas provenientes de individuos autónomos que realizan juicios desapasionados necesarios para lograr el cálculo racional del mayor beneficio con el menor costo, el cual constituye el principio básico sobre el que se erigen las relaciones

mercantiles. En esta concepción, el mercado es asocial e impersonal, y está recluido en una esfera comercial desincrustada (Carrier, 1997: 9-10).

Sin embargo, existe una extensa evidencia que muestra que este ideal no se corresponde con lo que sucede en la realidad. Estudios empíricos han demostrado que aun en ámbitos centrales para el funcionamiento del mercado, como en empresas o en bolsas de valores, los actores se desvían de tales parámetros, e incluso tales desviaciones no constituyen desventajas respecto de lo racional. Antropólogos, sociólogos y psicólogos no niegan que algunas decisiones económicas sean lógicamente razonadas, pero cuestionan la universalidad del esquema racional de medios-fines aun al interior de las sociedades capitalistas occidentales contemporáneas. En este trayecto, en palabras de Sutti Ortíz (2005: 64), “el estudio substantivo de las decisiones económicas ha demostrado que ciertas acciones juzgadas por los modelos microeconómicos como irracionales pueden ser respuestas razonables a determinadas condiciones”. Para complejizar aún más el panorama, Kahneman y Tversky (2000: 772; citado en Ortíz, 2005: 64) han probado que incluso el mecanismo racional instrumental de razonamiento puede dar lugar a decisiones que distan de ser racionales.

En este trayecto, mediante la meticulosa observación antropológica de la realidad empírica de la crisis de 2001, nuestra investigación contribuye a la comprensión de la vida económica en términos de la perspectiva de actores que desarrollan sus actividades en el marco del orden de interacción inscripto en un contexto histórica y localmente delimitado. Los mismos guían sus prácticas cotidianas de acuerdo con juicios en los que se intersectan factores cognitivos y emotivos que distan de ser desapasionados. Situaciones inusuales ponen en evidencia de manera singular las dimensiones materiales y mundanas de la economía, encarnadas en microprocesos que derivan en prácticas concretas, y de esta manera desafían la idea generalizada del reino económico como un ámbito intangible e impersonal de la realidad capturado exclusivamente por expertos.

Asumimos que, contrariamente a ser considerados “irracionales”, los factores no calculativos que se entremezclan con los cognitivos en los mecanismos que derivan en actividades económicas, proveen indicios de la forma en que ambos tipos de elementos que inciden en la conducta se conjugan mediante lógicas razonables desde el punto de vista de la situación singular. Así, las crisis constituyen momentos clave para iluminar conexiones entre la economía y la vida, y el interés se centra en las lógicas que conducen a la ejecución de actos razonables aunque no racionales en términos instrumentales, enfatizando la capacidad de los actores en procesar relacionamente elementos provenientes desde las diversas

dimensiones de sus vidas.

En oposición a la idea de los mercados constituidos por actores autónomos, Granovetter (1985) incorpora aspectos morales y emocionales con los que los sujetos actúan en el mercado. Este muestra que ciertas organizaciones que se relacionan a lo largo de un plazo de tiempo considerable, desarrollan relaciones durables reguladas por preceptos morales tales como *fairness*, fuertes expectativas de confianza y abstención de oportunismo (1985: 490). Tales desviaciones del supuesto ideal de los actores responsables del cálculo desapasionado de costos y beneficios, central para el funcionamiento del mercado, también es reportada en el trabajo de DiMaggio y Powell (1983). Ellos argumentan que las empresas estudiadas adoptan prácticas y estrategias por razones que no tienen que ver con el cálculo racional y desapasionado, por el contrario, reflejan el mantenimiento de una apariencia respetable y confiable según el imaginario empresarial actual.

El proceso por el cual los actores realizan juicios que definen la orientación de sus acciones económicas, ha sido atendido por numerosos pensadores sociales, en términos de una comprensión de factores más emocionales que racionales (DiMaggio, 2002; Schiller, 2000). Actualmente, incluso organismos gubernamentales, como el Banco de Reserva Federal de Estados Unidos, han recurrido a una comprensión más profunda del lado “irracional” de los mercados provista por tales expertos, a fin de elaborar planeamientos más acertados de las políticas macroeconómicas (Berenzin, 2005: 123).

En oposición a ciertas formulaciones clásicas y siguiendo la tendencia de la antropología de ilustrar la incrustación de la economía en las relaciones sociales de las sociedades tradicionales, nuevas corrientes de la sociología y la antropología económicas en la actualidad encuentran hallazgos similares en las sociedades occidentales contemporáneas y notan incluso que en torno a la vida económica son creadas nuevas relaciones sociales y nuevos significados (Maurer, 2006: 22). La tensión entre la racionalidad económica del mercado y los valores humanos en torno a cuestiones cruciales como la vida, la muerte o las emociones, ponen de manifiesto la compleja interacción que se presenta en la realidad cotidiana al intentar establecer equivalencias monetarias para cuestiones sagradas o ritualizadas en términos culturales (Zelizer, 1992: 285).

En un estudio relativo a la emergencia de los seguros de vida y de muerte en Estados Unidos, Viviana Zelizer muestra la forma en que sistemas informales de actividades humanas determinados por parámetros culturales se transformaron en fructíferas prácticas económicas, mediante el proceso formalizador de tales actividades en el contexto capitalista de los siglos XVIII y XIX. Luego de la resistencia cultural al intento de valuación económica de la muerte

por parte de las incipientes empresas aseguradoras, el seguro de vida fue aceptado públicamente y legitimado socialmente en el siglo XIX. A pesar de ello, y contrariamente a la idea de los pensadores tradicionales (como Simmel y Marx), en torno al impacto deshumanizante del dinero, Zelizer asevera que los hallazgos de su investigación muestran que en el proceso de emergencia de los seguros de vida, la valuación monetaria de la muerte no la desacraliza, ni el dinero profana la concepción cultural de la vida o la muerte, sino que el dinero es sacralizado por los seres humanos cuando se lo asocia a la muerte, como es el caso de los seguros de vida, que representan una nueva forma de ritualización de la muerte (Zelizer, 1992: 287).

La investigación de Zelizer muestra que cambios en el contexto de afianzamiento del sistema capitalista han incidido en el proceso de formalización económica de actividades informales antes definidas exclusivamente en términos culturales (como es el caso de los seguros de vida o los funerales). Esto no significa que tales actividades devenidas en negocios comerciales dejen de ser influidas por patrones culturales, sin embargo, la reorientación de tales prácticas desde lo puramente ritual hacia lo económicamente ritualizado, constituye una muestra de la manera en que el contexto incide en la relación entre lo económico y lo cultural. De igual modo, desafiando la idea del poder desacralizador del dinero, Zelizer también pone de relieve el papel crucial de los sujetos al resignificar económicamente tales actividades rituales y, además, humanizar el dinero y las actividades económicas en términos culturales.

Estudios recientes han manifestado que incluso el mercado, en el que reinan los teóricos de la elección racional, es atravesado por la dimensión afectiva enmarcada en los patrones culturales y las relaciones sociales. El estudio de Robert Schiller sobre la formación de burbujas financieras desde la perspectiva de los inversores profesionales, captura el rol central de la dimensión emocional en la conformación del comportamiento osado de aquellos especialistas que continuaban invirtiendo en un mercado en el que claramente se estaba gestando una sobrevaloración especulativa de los precios o "burbuja financiera" (Schiller, 2000).

Otra notable contribución es la que hace Mitchel Abolafia (1996) al estudiar a los operadores de Wall Street, quienes en apariencia son un claro ejemplo del *homo economicus*, dado que persiguen sus propios intereses y actúan racionalmente. No obstante, Abolafia muestra cómo estas cualidades económicas se construyen socialmente en el *trading floor*. Dadas las relaciones sociales entre los operadores y la estructura de las carreras en Wall Street, los *traders* tratan de mejorar su estatus social utilizando estrategias de oportunismo e

hiperracionalidad. Cuando la organización social de un lugar cambia, en consecuencia las actividades económicas también lo hacen. Así, incluso en el más puro de los mercados, las cualidades económicas tienen sentido en tanto producto de relaciones sociales específicas y de significados culturales dados en contextos cambiantes.

Debido a que la economía –como el dinero– tiene en la percepción de los sujetos ordinarios el carácter de reflejar el dilema de la relación entre signo y sustancia, pensamiento y materia, resulta de procesos mentales y físicos que constituyen su naturaleza dual que oscila entre la dimensión representacional y material. Semejante dilema constituye uno de los aspectos centrales que dominan la atención de gran parte de los estudios sociales de las finanzas contemporáneas (Maurer, 2006: 27).

El reconocido argumento de Michel Callon (1998) sobre los aspectos performativos de la ciencia económica, supone que esta tiene un papel fundamental al describir el funcionamiento de los mercados y las economías, así como también en darles forma. Siguiendo dicha perspectiva, varias etnografías realizadas en el seno de los mercados financieros han demostrado que elementos abstractos centrales de los modelos económicos (como la cuantificación y el cálculo), forjan el camino hacia la materialización de la economía y las finanzas.

Además de reflejar propósitos relativos al manejo financiero y a la obtención de ganancias, la cuantificación y el cálculo característicos de las finanzas, la etnografía de Caitlin Zaloom (2003) sobre los *traders* de Chicago y Londres, muestra la forma en que tales inversores profesionales, en vez de considerar su trabajo con números estrictamente en términos de cálculos racionales, desarrollan tanto prácticas corporales en torno a los mismos, como relaciones afectivas y emociones hacia estos. Igualmente, el estudio etnográfico entre expertos japoneses en arbitraje financiero elaborado por Miyazaki (2003) despliega cómo modelos matemáticos de la economía y las finanzas crean no solo “la economía” (Callon, 1998), sino también las biografías de los propios *traders* (Maurer, 2006: 26). Miyazaki encuentra así, una correspondencia entre los procesos de arbitraje basados en modelos numéricos y las trayectorias laborales y de vida de los expertos.

A su vez, hasta la más rutinaria de las acciones –aun las económicas– incluyen en alguna medida incertidumbres. El reconocimiento de tales incertidumbres subyace en cada situación, desde las habituales hasta aquellas inusuales que exponen a los sujetos ante la exigencia de la explicitación de lo dado por sentido.

Muchos de tales comportamientos se ponen de relieve en particular ante situaciones críticas, en las que los significados culturales se intersectan con realidades cambiantes. Las

crisis económicas y financieras son un ejemplo de tales escenarios, en los que se revelan circunstancias inusuales que se tornan cotidianas. En estos períodos, la racionalidad parece debilitarse dejando lugar al despliegue de actitudes supuestamente gobernadas por la dimensión emocional. Asimismo, tales escenarios agudos iluminan el peculiar rol complementario de las evaluaciones cognitivas y las reacciones afectivas, evidenciado en los microprocesos que guían la conducta, demostrado en una investigación reciente de Löwenstein y colaboradores (2001).

El argumento de Carruthers y Babb (1996) sobre las circunstancias históricas en que el valor del dinero se vuelve incierto y, por lo tanto, el intercambio se vuelve más difícil, muestra que tales contingencias resultan cruciales para dar cuenta del carácter social y cultural de estos constructos, dado que los mismos previamente establecidos son desnaturalizados, y emerge la posibilidad concreta de una reconstrucción o redefinición potencial de la naturaleza del dinero. En los momentos en que se quiebra el vínculo entre la representación y la realidad del dinero –y por que no, de la economía o las finanzas– como es el caso de la crisis de 2001, se desnaturaliza todo aquello dado por sentado, echando luz sobre lo que previamente no era perceptible, y por consiguiente, se puede recibir un nuevo escrutinio social (Maurer, 2006: 28).

4.2.1. Inercia y cambio

A pesar de la estabilidad relativa del status quo, los cambios ocurren recurrentemente. Circunstancias tales como problemas no resueltos, fallas de adecuación a nuevas situaciones, cambios de percepción o de experiencias de interacción dadas, disponibilidad de otros cursos de acción hacen que esto sea posible (Summers-Effler, 2002: 55).

La aproximación teórica hacia fenómenos sustantivos de la realidad como la dicotomía entre la persistencia y el cambio, han atraído la atención de los observadores sociales hacia el papel de la cultura y la interacción social en la conformación de la orientación de la conducta humana, en tanto puede alternativamente establecer las condiciones sociales tanto para la reproducción del status quo como para la resistencia crítica que potencialmente impulsa el cambio (Summers-Effler, 2002).

Podríamos decir que tales perspectivas teóricas han dominado los debates establecidos a lo largo y a lo ancho de las ciencias sociales. Estos han provenido principalmente desde los

enfoques estructuralistas, interaccionistas y culturalistas, con usos metodológicos y conceptuales distintivos, los cuales plantean tanto avances en la comprensión de la vida sociocultural así como limitaciones en la capacidad de dar cuenta de la complejidad de ciertos fenómenos de la realidad.

Un problema central en el análisis de la acción humana es aquel en el que la misma se produce en circunstancias en las que alguna característica de una situación es problemática. La naturaleza de la relación entre la cultura y la acción ha tenido un papel primordial en las reflexiones teóricas en torno a la definición de lo que es considerado situacionalmente apropiado, en particular cuando los seres humanos se confrontan con circunstancias problemáticas (Stokes y Hewitt, 1976).

En su trabajo acerca de la relación entre la cultura y la acción ante eventos problemáticos en la vida diaria, Stokes y Hewitt exponen críticamente las características de los enfoques estructuralistas e interaccionistas con las que conceptualizan la organización simbólica de la conducta. Los autores argumentan que mientras los primeros muestran limitaciones en la capacidad de dar cuenta de la flexibilidad de la acción, los segundos fallan al hacer un énfasis exagerado en las capacidades creativas y adaptativas de los agentes ante lo problemático, lo que implica dejar de lado la persistencia de ciertos objetos.⁴¹

Dado que el análisis estructuralista se ocupa del estudio de la organización social, dependencia entre unidades estructurales y fenómenos de gran escala, este enfoque provee una aproximación conceptual y empíricamente débil a la comprensión de la influencia de la cultura en la conducta. A pesar del énfasis analítico en la estructura y sin profundizar adecuadamente en las formas concretas de incidencia, la cultura en la explicación estructural tiene el papel de conjuntos normativos profundamente internalizados que guían la conducta y dejan poco lugar a la negociación. Este punto de vista presenta limitaciones evidentes para dar cuenta de la coexistencia de situaciones habituales y problemáticas en la realidad de la vida diaria, ya que la mayor parte de la experiencia es más negociada que rutinaria (Stokes y Hewitt, 1976: 839-840).

El análisis interaccionista hace más hincapié en el carácter activo, negociado e innovativo de la relación entre cultura y acción, con lo cual los actores experimentan con frecuencia situaciones como problemáticas. El orden social es analizado en términos de acciones

⁴¹ El concepto de *objeto*, central en la teoría interaccionista, remite a elementos diversos (cosas físicas, ideas, semejantes, acciones, etc.), que adquieren significados en tanto los agentes actúan hacia ellos. El sentido de los objetos no es intrínseco sino adquirido mediante la conducta, y las personas actúan hacia ellos sobre la base de sus significados. Los objetos son producto de la relación entre conducta y significado, lo que conduce a un énfasis exagerado en la creación de nuevos sentidos (Stokes y Hewitt, 1976: 841).

conjuntas en el marco de la interacción (tales como la definición de situaciones y la concesión de sentido a objetos y eventos). Esta concepción de la cultura como “definiciones compartidas de situaciones y objetos” conduce a la noción –irreal según Stokes y Hewitt– de completa flexibilidad de la orientación de las acciones (Stokes y Hewitt, 1976: 840).

Aunque concediendo mayor capacidad explicativa a la teoría interaccionista, Stokes y Hewitt (1976: 841) reconocen que ambos enfoques proveen reflexiones pertinentes para comprender la incidencia de la cultura en la orientación de las acciones humanas. Mientras los interaccionistas realizan un análisis más preciso de las experiencias de la vida diaria, los estructuralistas ilustran de manera acertada la persistencia de ciertos estándares culturales. Sin embargo, ambas fallan en dar cuenta de la continuidad, en el caso de la teoría interaccionista, y de la capacidad de los actores en ajustar la conducta ante nuevas situaciones y crear nuevos objetos, en el caso de la teoría estructuralista.

También en los *Cultural Studies*, la perspectiva estructuralista ha adquirido notabilidad en el análisis de la cultura y la experiencia. La misma, según Van Loon (2007: 275), gira en torno al estudio de fenómenos estructurales de carácter abstracto. Estos enfoques ilustran abstracciones previamente existentes de las manifestaciones de la experiencia humana y, por lo tanto, de la significatividad atribuida por los sujetos a tales manifestaciones. La experiencia es para los estructuralistas un efecto de la estructura y pertenece al mundo de las apariencias, lo cual implica una ruptura entre esencia y apariencia, entre estructuras y manifestaciones.

Los enfoques culturalistas (como los denomina Stuart Hall [1980], [en Van Loon, 2007: 275] en oposición al paradigma estructuralista al interior de los *Cultural Studies*) representan la versión antropológica de la perspectiva interaccionista, aún cuando existan divergencias notables entre ambas trayectorias de pensamiento. En contraste con las conceptualizaciones estructuralistas, los enfoques culturalistas desarrollaron la noción de cultura como diariamente vivida e históricamente dependiente. Es por ello, que esta perspectiva teórica –de manera similar al interaccionismo– hace fuerte énfasis en el estudio de las lógicas de las experiencias de la vida diaria de los miembros de la sociedad contextualmente variable. El análisis culturalista, contrariamente al estructuralista, se sustenta en la asunción de la continuidad entre esencia y apariencia. La experiencia es para el culturalismo lo que conecta el ser y el sentido. El énfasis en el significado que los sujetos activamente atribuyen a los fenómenos culturales, sobre la base de su propia experiencia, es lo que caracteriza a la visión culturalista de la manera en que “mediante tales atribuciones, los miembros son capaces de ejercer *agencia* y así construir su propio sentido de ser-en-el-mundo” (Van Loon, 2007: 274).

Los enfoques estructuralistas, interaccionistas y culturalistas representan valiosos aportes así como limitaciones para una comprensión cabal de la relación entre la cultura y la acción, en especial si se aborda en circunstancias problemáticas o inusuales. Una perspectiva teórica que pretenda analizar de manera precisa la complejidad de la experiencia de la vida diaria debe dar cuenta tanto de la disposición de la subjetividad en el entorno sociocultural, lo cual incide en la persistencia, así como de la intervención deliberada de los sujetos en las acciones, lo cual incide potencialmente en los cambios (Van Loon, 2007: 275).

La conceptualización de las crisis económicas y financieras nos aproxima a una tentativa definición como la antítesis de un orden social históricamente determinado en el que reina la relativa inercia social que requiere la reproducción del status quo, la cual es exhortada y, por lo tanto, caracterizada por la persistencia de un paradigma económico y financiero. Un análisis de la crisis argentina de 2001 que dé cuenta tanto de los aspectos estructurales de semejante quiebre del orden establecido, así como de las experiencias de la crisis vividas por los sujetos individuales, requiere distinguir entre el nivel estructural y el nivel de la experiencia de la vida cotidiana. Esto implica partir de una atención detallada sobre el problema dual de la persistencia y el cambio, en el nivel estructural y macro, el cual a su vez, remite al dilema de la rutina y el desvío, en el nivel de la vida diaria y micro. Ambas dualidades corresponden respectivamente al énfasis de los enfoques estructuralistas, por un lado, y a los interaccionistas y culturalistas, por el otro.

En este sentido, la ilustre contribución de Bourdieu (2005) respecto del análisis de la lógica práctica de las acciones que forman parte de la vida diaria ha consistido en la formulación de la necesidad de trascender las perspectivas objetivistas y subjetivistas a fin de dar cuenta del interjuego de estructuras y prácticas involucrado en la conformación de la conducta humana. Esto consiste en analizar el comportamiento humano como el producto de la relación entre las lógicas que guían las prácticas corrientes y las estructuras objetivas en las que tales prácticas tienen lugar.

Aunque ubicada más del lado interaccionista que del estructuralista, esta tesis doctoral representa un intento por superar una de las limitaciones características de los enfoques interaccionistas. La ponderación de la capacidad adaptativa ante lo problemático en detrimento de la continuidad de factores estructurales –de lo subjetivo respecto de lo objetivo– representa a nuestro entender una forma ilusoria de comprender la realidad. Por lo tanto, recurrimos a la formulación teórica de Bourdieu (2005) que él mismo aplica al campo económico para remarcar el papel central de la habilidad de los sujetos en dar forma al interjuego de lógicas prácticas y estructuras objetivas respecto de una situación particular.

Por ello, enfatizamos la pertinencia de un abordaje que contemple tanto la capacidad dinámica y creativa de los sujetos como las relativas regularidades provistas por las estructuras objetivas, en el curso de orientación de la conducta en situaciones extraordinarias. Resulta substancial para esta investigación insistir en el carácter situacional de la configuración que adquieren tales interjuegos, en tanto dan forma a las conductas singulares. Es justamente la relación entre la creatividad subjetiva y las regularidades objetivas en el marco de las situaciones en las que se desarrolla, la que puede darnos indicios de la razonabilidad con que las acciones humanas se adecuan a circunstancias extraordinarias.

4.2.2. Espectáculos mundanos

La propuesta del estudio de las acciones públicas en tanto *performances* sociales y culturales es caracterizado por Víctor Turner (1986) mediante la observación de procesos sociales extraordinarios, conflictivos, rituales y espectaculares –y por ende, contrapuestos a los procesos sociales mundanos– en los que se plasma la realidad social como un drama. Tales dramas sociales se componen en general por cuatro fases: *brecha*, *crisis*, *acciones reparatorias* y *reintegración*. La fase de brecha supone un quiebre en las relaciones sociales regulares gobernadas por normas. Durante la crisis, la brecha tiende a magnificarse y se encuentra en un período liminal entre los procesos relativamente estables de la vida social. Las acciones reparatorias provienen de mecanismos elaborados desde lo individual hasta lo público, y desde lo informal hasta lo formal, y es precisamente en esta fase en la que los procesos rituales tienen lugar. Por último, en la fase final se lleva a cabo la reintegración de lo disruptivo o la legitimación de lo irreparable.

Las *performances* son para Turner procesos culturales y sociales demarcados temporal y espacialmente, en tanto se componen de una secuencia de fases desde un comienzo hasta un final. A su vez, representan una forma de ver a los actores activamente creando, interpretando, improvisando y representando roles (Conquergood, 1991: 187; en Palmer y Jankowiak, 1996: 239). Esta caracterización constituye una herramienta útil para abordar de forma analítica aquellos procesos sociales temporal y espacialmente delimitados como los expuestos por Turner, que se caracterizan por ser extraordinarios, dramáticos y espectaculares. Sin embargo, el alcance de la conceptualización de Turner encuentra limitaciones cuando la intención es analizar otro tipo de procesos sociales, principalmente

caracterizados por lo ordinario, lo rutinario y lo consensual. Gran parte de la vida diaria responde a la apreciación, el mantenimiento de la rutina cultural e incluso la constitución de nuevas formas aun en ausencia de fuerzas que vulneren lo establecido (Palmer y Jankowick, 1996: 239).

La propuesta de Palmer y Jankowiak (1996) de una antropología de la cultura como *performance* supone el análisis de complejas redes de interacción y experiencia, mediadas por el imaginario, aplicable a todos los niveles de organización social, desde lo mundano o secular hasta lo espectacular o ritual. Las *performances* son procesos configurados por modelos culturales y convencionalmente definidos organizados por los sujetos y por el imaginario emergente en situaciones culturalmente estructuradas. Cada símbolo convencional adquiere una dimensión contingente y situada. El reconocimiento de los símbolos implica la capacidad de identificar y distinguir la estabilidad del cambio en los significados desplegados en la vida diaria (1996: 229). “Es mediante *performances*, sean individuales o colectivas, que los humanos proyectan imágenes de sí mismos y del mundo a sus audiencias” (Palmer y Jankowiak, 1996: 226). Asimismo, una teoría de la *performance*, según estos autores, supone una reivindicación de las experiencias reflexivas activas de los sujetos durante sus vidas diarias (1996: 231).⁴² Los autores comprenden por “imaginario” los constructos situados en escenas particulares constituidos por un *continuum* que parte desde experiencias sensoriales y estados emocionales concretos hasta esquemas de imágenes, los cuales representan abstracciones de las primeras (1996: 228). El imaginario emerge, en este sentido, de las experiencias tanto corporales como socioculturales.

Por lo tanto, el planteo de una teoría de la *performance* basada en el imaginario, supone para los autores partir del carácter convencional, cultural y socialmente situado, y con frecuencia improvisado del significado de una *performance*. Mientras el significado de la misma es el imaginario que la evoca, el significado de la experiencia es su propio imaginario. Esta última puede ser definida como “imaginario mental”. La perspectiva propuesta entiende el significado como la vinculación activa de sentidos convencionales con emergentes representaciones de la experiencia. Contrariamente a lo propuesto por algunos pensadores, según Palmer y Jankowiak, el proceso por el cual emergen los significados muestra que el entorno social y natural funciona como activador de significados posibles, más que como

⁴² El reconocimiento del imperativo reflexivo por parte del investigador en la situación etnográfica ha adquirido relevancia en tanto constituye uno de los estándares metodológicos que destacan la minuciosidad antropológica. Asimismo, ha supuesto un avance en el debate en torno al cuestionamiento de la autoridad etnográfica. Sin embargo, la reflexividad por parte de los sujetos, tanto en su condición de informantes como de actores sociales, ha conseguido escasa atención de los estudiosos. “Considerar equivalente las reflexividades de los sujetos y de los etnógrafos es una forma de evitar proyectar a los sujetos como pasivos” (Marcus y Fischer, 1986; en Palmer y Jankowiak, 1996: 231).

eliminador selectivo de información que está fuera del alcance del marco de referencia (1996: 235).

La definición de *performance* sugerida por Palmer y Jankowiak implica entonces la consideración de procesos cognitivos en términos amplios, al dar cuenta de las motivaciones, intenciones y estados emocionales. Aunque el énfasis en el aspecto cognitivo del análisis de los eventos de *performance* implica, además, el reconocimiento del carácter social y cultural de las mismas en tanto son dirigidas a una audiencia, los autores señalan la relevancia del estudio de la experiencia interior y exterior de tales eventos dado que son constituidos en la imaginación, *enactment* y la expresión simbólica. “Los actores proyectan y registran imágenes e interpretaciones de sí mismos, de otros y de la vida de la comunidad. Dado que los actores son también audiencias, emprenden procesos reflexivos y recíprocos al presentarse ante otros y presentando colectivamente imágenes de la sociedad, tal como lo hacen en ceremonias y otros eventos públicos dramáticos” (1996: 240). Su intención de construcción teórica de la cultura como *performance* se sostiene entonces en el énfasis más en la *performance* que en la interpretación o la experiencia, y este no necesariamente es limitado al análisis de las acciones sociales y culturales extraordinarias, sino también a aquellas que constituyen el flujo de la vida diaria.

Las acciones ejecutadas mediante las *performances* –individuales y colectivas, mundanas y espectaculares, pequeñas o grandes– incluyen en la teoría de Palmer y Jankowiak el reconocimiento de comportamientos comunicativos, tanto en situaciones de conflicto como de cooperación, tales como: los *enactments* (*performances* experimentadas interiormente aunque no exteriorizadas y *performances* exteriorizadas) y las *expresiones simbólicas* (*performances* que evocan en la audiencia imaginarios tanto de los signos en sí mismos como de sus interpretaciones, revelando el carácter simbólico mediante la conexión entre ambos tipos de imaginarios).

La noción de *performance imagery* propuesta por Palmer y Jankowiak contribuye desde la antropología a las discusiones previamente mencionadas en torno las perspectivas objetivistas y subjetivistas sobre los procesos de conformación de la conducta humana, en tanto provee un nexo entre los procesos biopsicológicos y los procesos sociales y culturales, ya que la misma emerge de la experiencia individual y sociocultural, y las emociones pueden motivar y obligar las *performances*. Esta idea de *performance* desafía la antigua visión de cognición como estructuras privadas, dado que considera a las emociones, las intenciones y los propósitos incrustados en *scripts* sociales y culturales (1996: 253).

4.2.3. Dimensiones no racionales de las acciones económicas

En especial durante los períodos de crítica incertidumbre en el contexto económico dominante, los cuales constriñen el flujo habitual de los procesos económicos singulares, la interrelación entre las dimensiones racionales y no racionales de las conductas y acciones económicas se hace más evidente. Los actores sociales, como espectadores-participantes, interpretan, dan sentido y se apropian de la economía en términos de su propia vida económica.

Es imposible entender el juicio individual acerca de las actividades económicas diarias, sin verlo como un producto de la interacción de las personas con otros actores sociales, con la constelación de representaciones públicas, así como con sus propias experiencias personales – actuales y pasadas–, todos estos enmarcados en los sistemas de significados culturales y las estructuras de las relaciones sociales respectivas. Tales factores influyen en la percepción y la comprensión del entorno y, por tanto, viabilizan la conformación de un marco de referencia interpretativo, con el cual los individuos afrontan relacionamente las actividades de sus propias vidas económicas cotidianas negociando estrategias con el fin de hacer frente a los efectos de una crisis como la de 2001.

Las dimensiones no racionales de las acciones económicas consisten en características centrales en especial en momentos de crisis, en los que es imprescindible agudizar la creatividad para poner en marcha estrategias para afrontar los cambios provocados por las mismas. Tales estrategias surgen ante la urgencia de generar vías alternativas de satisfacción de necesidades.

Las estrategias creativas pueden ser colectivas e individuales. Durante la crisis argentina, estrategias de carácter colectivo han sentado precedentes por su creatividad y han representado la conformación de nuevos actores y organizaciones sociales (clubes de trueque, empresas recuperadas por los trabajadores, cartoneros, comedores piqueteros, grupos de resistencia en remates judiciales, piquetes de trabajadores desocupados, tomas de hospitales, etc.). En cuanto a aquellas individuales son las que en particular atraen el centro de nuestra atención en esta tesis doctoral, las cuales exploramos mediante la investigación etnográfica.

Algunos autores se han dedicado a explicar el carácter cultural de la manera en que los actores cambian de curso de acción económica según la situación. Mientras Etzioni (1988) y Sen (1977) plantean que los actores se basan en funciones inconmensurables de acuerdo con

la orientación individualista y a la orientación social, Lindenberg (1990) supone que los mismos se trasladan dinámicamente entre tales marcos de acción según el contexto. Existen también argumentos más complejos que refieren a la intervención de una multiplicidad de lógicas de acción. Uno de los más notables ha sido provisto por Friedland y Alford (1991) en el que proponen tres dominios –economía, política y familia– que suponen principios, estrategias y bases de juicios divergentes, de acuerdo con los cuales los actores orientan sus acciones. La cultura constituye así la acción económica de la misma manera que lo hace con otras lógicas. Es sabido que la orientación económica hacia la acción entonces está impregnada por factores culturales, pero lo interesante sería, sugiere DiMaggio, analizar en qué medida los actores hacen uso de un conjunto de reglas para trasladarse desde un set cultural de orientaciones situacionalmente dependientes a otro (ejemplos citados en DiMaggio, 1994: 39).

La definición analítica de acción provista por Goffman (1982: 149-152) implica la participación de un sujeto y la elección de una entre tantas posibilidades, lo que deriva en un resultado conocido o no. Tal resultado puede ser favorable o desfavorable, lo cual representa una oportunidad o un riesgo, respectivamente, aunque también pueden ocurrir ambos a la vez. El compromiso del agente respecto de la situación en la que se lleva a cabo la acción es indispensable. Goffman distingue el proceso decisional que conduce a la acción, mediado por el azar, de aquel mediado por las capacidades de los sujetos. Mientras en el primero los actores aguardan el resultado de modo pasivo, el segundo requiere ineludiblemente de un ejercicio intenso y sostenido posibilitado por ciertas habilidades de los sujetos.

Los actores, en tales situaciones, crean alternativas de acción manteniendo los horizontes de acción abiertos. Las expectativas respecto de las acciones tomadas en tales circunstancias no son conocidas en su totalidad. Los mismos tratan constantemente de asegurarse el estado rutinario y ritualizado de sus vidas, evitando cualquier injerencia del destino. Particularmente en el ámbito doméstico, las situaciones azarosas son eliminadas (Goffman, 1982: 260). En este sentido, las nociones de *coping* y *defense*, reflejan estrategias de manipulación que los actores realizan de los momentos *eventful* en sí, y de los estados afectivos asociados con los mismos (Goffman, 1982).

La noción de marco (*frame*) elaborada por Goffman (1974: 21) en la que designa el esquema de interpretación que permite a los sujetos “localizar, percibir, identificar y calificar” eventos de su vida y del mundo en general, resulta crucial para el intento de indagar en la forma en que los mismos traducen el entorno en términos del flujo habitual de sus vidas. Los *frames* organizan la experiencia y guían la acción, tanto individual como colectiva,

tornando tales eventos en significados concretos para los humanos (Snow *et al.*, 1986: 464). Sin embargo, la conceptualización goffmaniana de *frame* también puede aproximarnos a la observación de la organización de la experiencia y la consecuente ejecución de los actos humanos en ocurrencias inusuales, como las que se engendran en el contexto de una crisis.

Stockes y Hewitt (1976: 838) hacen referencia al alineamiento de las acciones (*aligning actions*) como aquellos “esfuerzos verbales para restaurar o asegurar la interacción significativa al hacer frente a situaciones problemáticas”, formulando la definición de tales situaciones y construyendo explicaciones cuasiteóricas de las mismas. La sugerencia teórica de Stokes y Hewitt intenta superar la rigidez y la imprecisión de las teorías estructural e interaccionista respectivamente. La propuesta de los autores se erige así sobre la idea de que el vínculo entre la cultura y la acción “se establece en tanto los individuos realizan un esfuerzo consciente para alinear sus acciones respecto de otras y respecto de constreñimientos culturales, sea interpretando sus actos en términos culturales o tomando en cuenta la cultura al dar forma a sus acciones” (Stokes y Hewitt, 1976: 849).

El reconocimiento del factor emocional y de los consecuentes sentimientos de pánico o “psicosis”,⁴³ parecen ser centrales en la comprensión de las formas de orientación de la conducta durante las crisis. Si las emociones son cognitivamente procesadas, podría explicarse la coordinación de acciones respecto de un marco común, en el caso de que los actores tengan acceso directo a la observación de cambios en el entorno –contextual e intersubjetivo– (Preda, 2009a). Pero en el caso de actores dispersos que no pueden observar recíprocamente cambios, tal argumentación no es viable. El desafío radica en comprender cómo puede dispersarse la ansiedad causada por la incertidumbre que genera la crisis, sin observaciones directas y recíprocas de ansiedad, y cómo los actores dispersos coexisten con tal incertidumbre y en ese marco hacen frente a las interrupciones diarias producidas por la crisis, reorientando sus vidas. Aunque en este proceso se intersectan factores emocionales y calculadores, esto no implica que deriven en la “irracionalidad”.

El transcurso de la vida económica se forja en el proceso por el cual los individuos combinan categorías culturales y elementos de la experiencia personal, en el contexto del orden de interacción social, resultando en el interjuego de fuerzas que derivan en actos económicos concretos. Las prácticas económicas no son productos exclusivamente individuales, sino que son constituidas en términos de la articulación de elementos

⁴³ El término “psicosis” surge en varias ocasiones en las entrevistas.

provenientes de: la experiencia personal, el sistema de significados culturales y la interacción social (Preda, 2006: 144).

La interacción social supone el contacto cara a cara o mediado entre participantes. La aceptación mutua es una característica básica de la interacción. El repertorio de prácticas acordes a la imagen socialmente aceptada de los actores es seleccionado entre un marco coherente de prácticas posibles. Para ello, los sujetos deben ejercer perceptividad (*perceptivity*), es decir que deben ser conscientes de las interpretaciones que él mismo y que los otros hacen de sus actos (Goffman, 1982: 13).

Maurice Bloch sostiene que la transmisión cultural de conocimientos prácticos de la vida diaria y el consecuente procesamiento cognitivo para adecuarse a la realidad doméstica, implica la construcción de un aparato cognitivo específico dedicado a hacer frente tanto a situaciones habituales como a imprevistos en el marco de dominios específicos del conocimiento y la práctica (Bloch, 2006). En este sentido, la manera en que los sujetos dan forma a sus vidas económicas en términos de un esquema de comprensión constituido mediante el ejercicio interpretativo del entorno y el consiguiente procesamiento cognitivo previo a la acción -ambos enmarcados en la interacción social-, representa un modo de comprender los elementos con los que los individuos, en un entorno sociocultural particular, abordan la realidad cotidiana cuando se produce un quiebre en los patrones habituales de acción, a fin de operar de manera eficiente sobre tales circunstancias.

Tanto el sistema cultural simbólico como el orden de interacción social juegan un rol fundamental en la vida humana. Sin embargo, ha sido escasamente atendido cómo se efectiviza semejante influencia cuando existen eventos que constriñen el curso habitual del orden social. Alex Preda ha definido la “paradoja conceptual de la frágil estabilidad” del orden de interacción, ya que aunque ha sido tradicionalmente definido como aquello que provee el marco fundamental de formato robusto en donde se plasma la acción social, existen situaciones en las cuales tal teórica estabilidad colapsa de manera supuestamente irracional.

Desafiando la conceptualización tradicional relativa a la robustez del orden de interacción, según Preda, tales situaciones no conducen a comportamientos “irracionales”, ni derriban el orden de interacción, sino que se produce un conjunto de modificaciones dentro del mismo que incluyen diversas formas de comportamientos. En tales momentos críticos, en vez de identificar el caos como la antítesis del orden de interacción resulta más apropiado distinguir formas de interacción que se configuran en tales situaciones excepcionales respecto de las interacciones habituales durante condiciones que se dan por sentado. Estudios empíricos han demostrado que los cambios en las propiedades del orden de interacción resultan en los

esfuerzos que las personas realizan para reconstituir el orden conocido (Preda y Gaggioli, 2010: 4).

4.2.4. Economía razonablemente irracional

Como hemos mencionado, desde la perspectiva de actores ordinarios, la economía forma parte de la vida y simultáneamente la vida fluye en las actividades económicas. Las crisis pueden echar luz sobre tales conexiones. Las circunstancias críticas revelan ser centrales para analizar las formas de capturar la realidad, y ese camino, reaccionar cognitiva, afectiva y relacionalmente frente a la misma. Si bien las emociones derivan más en estados mentales y físicos que directamente en acciones, estas reflejan una de las dimensiones cruciales que inciden en el proceso que guía la ejecución de las acciones. La adecuación de los juicios –y por lo tanto de los factores que inciden en ellos, como el cálculo racional o las emociones– de acuerdo con la situación singular en la que se desenvuelven es, entonces, crucial para determinar la razonabilidad como atributo de la acción.

Las emociones son culturalmente apropiadas o inadecuadas de acuerdo con la situación en que se desenvuelven (Hochschild, 1979: 560). Por lo tanto, la inadecuación entre emoción y situación resulta en condiciones problemáticas que requieren de lo que Hochschild ha denominado trabajo emocional (*emotional work*), es decir, realizar un intento consciente y voluntario de alterar lo que se siente, con el objeto de evitar la desviación afectiva respecto de la situación. “La misma noción de un intento sugiere una actitud activa respecto de las emociones” (Hochschild, 1979: 561).

Enfocar analíticamente la relación entre la cultura y las acciones en situaciones particulares es sustancial para comprender cómo los sujetos enfrentan circunstancias problemáticas (Stokes y Hewitt, 1976). Asimismo, las definiciones culturales de lo que es apropiado –emociones y, consecuentemente, acciones o conductas– no pueden ser consideradas de manera aislada, sino que son contempladas respecto de la situación particular en la que se desenvuelven.

El papel de las emociones en la determinación de las acciones económicas de acuerdo con la situación en que estas últimas se llevan a cabo, ilustra en parte la razonabilidad de las lógicas –supuestamente irracionales– que se ponen en juego de forma recurrente en la vida económica. Las emociones constituyen uno de esos factores que influyen en las acciones

económicas de manera situacionalmente razonable. En términos de Bourdieu (2005: 214), la competencia práctica que los actores adquieren mediante las repetidas experiencias diarias para operar ante situaciones de incertidumbre relativamente usuales es la que provee los cimientos del desarrollo de lógicas que resultan en determinaciones razonables de las acciones.

En vez de hacerlo solo de manera racional, los agentes operan activa y creativamente sobre sus vidas económicas, mediante semejantes lógicas razonables en términos de las circunstancias particulares. Tales lógicas, que conducen a actos razonables, adquieren una visibilidad singular en circunstancias de crisis, ya que constituyen escenarios excepcionales que propician intervenciones alternativas y, por lo tanto, no rutinarias. A su vez, dichas lógicas ponen de manifiesto la capacidad de los actores en combinar relacionamente elementos provenientes desde las diversas dimensiones de sus vidas.

Durante la crisis de 2001 era frecuente que algunas empresas no pagaran los salarios a término, lo cual suponía que los trabajadores continuaran trabajando para las mismas sin cobrar sus compensaciones por muchos meses o en forma discontinua, o bien mediante la modalidad de *vouchers*, *ticket* canasta, entre otros. En situaciones usuales, semejantes irregularidades en el pago de las compensaciones podría derivar en decisiones personales de abandonar el puesto de trabajo, por ejemplo. Sin embargo, en circunstancias críticas, la opción de renuncia debido a que el monto de salario obtenido es considerado injusto, o incluso no alcanza para sobrevivir, no es considerada razonable, ya que otros factores como el temor a lo desconocido proyectado en la posibilidad de no conseguir otro trabajo, o hasta que las condiciones de un nuevo empleo sean aún peores, hacen que se priorice supuestamente de manera “irracional” la realidad laboral actual a pesar de no ser óptima.

Juan, un trabajador metalúrgico, nos comenta su experiencia de tales dilemas:

“Donde yo trabajo pensamos que ellos [los gerentes o propietarios] robaron nuestro dinero aprovechando esa oportunidad. No pagaron y se guardaron ese dinero.

De hecho, los gerentes, los hijos de los fundadores, estaban manejando la empresa, nos pagan, no con *vouchers*, sino en dinero real. Se pagaba semanalmente. Lo que ganabas, dividido por 4 en 4 semanas. Ellos pagaban el aguinaldo, las vacaciones, todo. Pero a veces, ¡incluso no nos pagan por meses!

De todos modos tenía que mantenerme ahí, porque tenía miedo a salir, porque podría ser peor entonces.

No confío más en los bancos, así que tengo mi propia filosofía... me gasto todo mi dinero,

para evitar ponerlo en una cuenta bancaria.

No quiero tener reservas, solo en caso de que algo pase sería un problema. Estoy a punto de jubilarme, por eso, ¿qué puede pasarme a mí? Excepto que me toque la lotería... Si yo sé que tengo cierta cantidad de dinero, lo gasto, pero no quiero entrar en deuda con ese dinero.”

Esta clase de situaciones inciden entonces en el desarrollo de estrategias en el nivel personal que se reflejan en prácticas económicas adaptativas que incluyen, por ejemplo, la redefinición de la administración temporal del dinero. Semejantes estrategias son producto del procesamiento de la información “a mano”, la cual resulta a su vez del interjuego de reacciones afectivas y de evaluaciones cognitivas respecto de la misma.

4.3. ECONOMÍAS SENTIMENTALES

Los juicios desapasionados han representado un elemento central de la emergencia de la economía de mercado, en tanto proyectan la ineludible referencia a la racionalidad instrumental en la que esta se sostiene. Dado que las pasiones, los sentimientos y la sensibilidad son constitutivos de la naturaleza humana, han representado un problema para la nueva sociedad de mercado de los siglos XVIII y XIX. Invariablemente, favoreciendo los requerimientos del nuevo orden económico, las ideas difundidas, tanto en los ámbitos intelectuales como en la cultura popular, han proyectado los intentos por reprimirlas, evocando una supuesta escisión entre los juicios desapasionados que sustentan el mercado racional y los comportamientos sensibles (Rothchild, 2001 y Hirschman, 1977; en Berenzin, 2005: 112).

La disciplina racional que caracterizaba la economía capitalista emergente se veía amenazada por emociones tales como las pasiones y los apetitos. Las actividades mercantiles eran desprovistas de todo factor emocional –o al menos, eran pasiones domesticadas– con el fin de alcanzar el ideal de las elecciones racionales. La disensión entre las nociones de utilidad y emoción se sustentó de la emergencia explosiva de la ciencia económica en los siglos XVIII y XIX. En este contexto, Rothchild (2001) muestra que la noción de *incertidumbre* es un elemento central de la Modernidad, el cual se apoya en la percepción del tiempo, también característica de esta misma. Contrariamente a la percepción sincrónica de sus predecesores, los hombres y mujeres inmersos en un capitalismo moderno que requiere planeamiento y, por lo tanto, reflexión, hacen uso de un sentido calibrado de los horizontes

temporales con el propósito de elegir entre diversos cursos de acción.

A partir de ese momento, los debates sobre la tensión entre la razón y la emoción giraron en torno al análisis de las conductas implicadas en la conformación de acciones económicas. La incorporación de elementos no racionales en el análisis de las acciones económicas por parte de observadores sociales como Weber (1978), significó la consideración de lo emocional como parte de la vida económica. Parsons ([1940] 1954: 57-59) a su vez, advierte que incluso lo que en términos neoclásicos se define como elección racional resulta de un complejo fenómeno social en el que se incluyen emociones tales como satisfacción, reconocimiento, necesidad, placer e incluso afecto.

Aunque a partir de 1990 una parte de los sociólogos se volvió hacia la elección racional, no fueron escasas las aproximaciones teóricas interesadas en lo emocional (Coleman, 1990; Etzioni, 1987; Frank, 1987). Sin embargo, el reconocimiento por parte de las disciplinas sociales de que la vida práctica contiene tanto lo emotivo como lo racional, principalmente provino desde aportes que desafiaban estas tendencias utilitaristas dentro de la sociología (Smelser, 1992). Entre ellos, dos son particularmente pertinentes para esta investigación, el enfoque de las emociones como *performances* culturales (Hochschild, 1979 y 1983) y el enfoque de las emociones como productos de la interacción social (Bandelj, 2009). Más adelante presentaremos en profundidad tales enfoques.

El papel de la cultura, en guiar las acciones, es central en este trayecto. A su vez, todo estado emocional induce a los humanos a comportarse y actuar en una forma particular (Turner y Stets, 2006: 47). Los actores se basan en esquemas culturales que definen cómo deben ser expresadas las emociones para adecuar lo que sienten a normativas y clasificaciones dictadas por la cultura. Sin embargo, lejos de ser programados por tales esquemas culturales, de acuerdo con las teorías constructivistas contemporáneas en torno a las emociones, los sujetos se involucran ante determinadas circunstancias en estrategias manipulativas, lo cual permite enfatizar un cierto grado de flexibilidad que permite a los agentes maniobrar estratégicamente sobre sus emociones y acciones (Turner y Stets, 2006: 26). La capacidad que los actores poseen para controlar la expresión de sus emociones es lo que les permite generar tales estrategias. Dicha capacidad es ilustrada en el concepto ya mencionado de *trabajo emocional* provisto por Hochschild (1979). Esto puede manifestarse particularmente cuando existen discrepancias entre sus experiencias emocionales actuales y las reglas emocionales, las cuales engendran nuevos estados afectivos discordantes. Como resultado, los sujetos emprenden estrategias de manejo de emociones a fin de reducir tal discrepancia (Turner y Stets, 2006: 27).

Las emociones, en tanto, estados afectivos impredecibles, representan supuestamente un obstáculo para el cálculo racional en el sentido instrumental, dado que introducen elementos de inestabilidad y desequilibrio. La dificultad que esto representa tiene que ver con la imposibilidad de predecir la manera en que las emociones pueden afectar la orientación de las acciones. Esto resulta en particular complejo cuando los juicios que guían las acciones se relacionan con eventos también impredecibles. En tales casos, los eventos impredecibles generan un estado de incertidumbre y desequilibrio entre el agente y su entorno, el cual a su vez conduce hacia la emergencia de reacciones emotivas –no racionales o supuestamente “irracionales”–, las cuales parecen gobernar sus acciones. Ejemplos de ello pueden encontrarse en la avaricia, las adicciones o el consumo desenfrenado, entre otros (Berenzin, 2005: 122).

Los actores se confrontan con incertidumbres, entendidas como la imposibilidad de predecir el comportamiento de otros y, por lo tanto del contexto, realizando evaluaciones que pueden ser razonables de acuerdo con las circunstancias. Sin embargo, estas no necesariamente son racionales en términos del esquema medios-fines, aunque tampoco representan actitudes incompetentes por parte de los sujetos, sino más bien muestran la coexistencia de factores racionales y no racionales.

Desafiando las orientaciones teóricas neoclásicas que suponen que lo emocional constituye un factor desestabilizante e “irracional” respecto del procedimiento que conduce a la acción, los hallazgos muestran la diversidad de lógicas que operan en los microprocesos que guían la ejecución, cuestionamiento y redefinición de las actividades económicas. En circunstancias de crisis, lejos de ser “irracionales”, los comportamientos y las acciones en los que las emociones ejercen influencia decisiva se manifiestan en la realidad concreta como resultado de intersecciones entre la experiencia personal, la cultura, las relaciones sociales y las actividades económicas concretas. Tales intersecciones son producto del esfuerzo activo y creativo de combinaciones apropiadas respecto de situaciones singulares, en este caso críticas. Las circunstancias en las que los actores se encuentran a la hora de decidir el curso de tales actividades influyen en la manera en que estas se manifiestan como *razonables* aunque no racionales en sentido instrumental (Carrier, 1997: 11).

4.3.1. Cultura, emociones, acciones e interacciones

Desde la antropología de las emociones, Catherine Lutz (1986) ha explorado el concepto de emoción como una relevante categoría cultural de Occidente. La construcción cultural occidental en torno al contraste entre emoción y pensamiento refleja distinciones centrales de nuestras sociedades entre el estado psicológico de los afectos y lo cognitivo, entre la pasión y la razón, entre el cuerpo y la mente, o entre lo irracional y lo racional. Lutz analiza el lugar medular que ocupa la asunción cultural sobre las emociones como antítesis de la razón en tales sociedades. Ella sugiere que la razón no es más que una forma entre tantas, socialmente aceptada de pensar (razonar) acerca de los problemas. En términos culturales occidentales las emociones suponen un obstáculo para procesar racionalmente la información y, por ende, socavan la posibilidad de llevar a cabo acciones inteligentes o alteran la comprensión racional de los eventos. Por lo tanto, según esta formulación cultural la irracionalidad inherente a las emociones conlleva a asociarlas con el caos y el peligro (Lutz, 1986: 291). Con gran habilidad, la autora señala la paradoja que resulta de semejante construcción occidental, en la que las emociones atentan contra la integridad de la razón y a la vez son excluidas de semejante forma cultural de procesamiento de la información.

La devaluación cultural de las emociones representada en las categorías de irracional, física, débil, sesgada, subjetiva e incluso femenina –según la antropóloga–, ha generado en la concepción occidental una limitación en la percepción de los eventos, acciones y comportamientos, lo que deriva en disrupciones sociales potenciales (Lutz, 1986: 298). Al contrario, Lutz sugiere una perspectiva de las emociones que garantice el análisis de la complejidad con que estas se manifiestan en la realidad, en tanto, construcciones culturales.

Quizás uno de los enfoques más destacados en torno a la relevancia de las emociones en particular en la vida económica ha sido el que Arlie Hochschild (1979; 1983) ha denominado “manejo emocional” (*emotional management*). Hochschild sostiene que los humanos evocan, dan forma o suprimen emociones de acuerdo con lo que consideran apropiado en situaciones particulares. Esta perspectiva, respecto de la relación entre emoción y acción, considera fundante el carácter sociocultural de la dimensión emotiva y enfatiza la capacidad de los sujetos en operar en grado o en calidad sobre la misma según *scripts* culturales, que definen reglas sentimentales (*feeling rules*). El tomar en cuenta las emociones, implica tomar en cuenta también el marco en el que se inscriben, es decir, la cultura, dado que la forma de expresarlas es culturalmente variable (Berenzin, 2005: 120).

El planteo teórico de Hochschild ha sido revelador, ya que en *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling* (1983), ella extiende su argumentación enfocándose en el componente sociocultural de las emociones como parte constitutiva en particular de la vida económica (Berenzin, 2005: 119). En esta investigación sobre azafatas de la compañía Delta Airlines, la socióloga investiga la manera en que ciertos trabajos requieren el manejo de emociones por parte de los sujetos abocados a ellos. Entre los hallazgos, Hochschild presenta la persuasión sobre la conducción de sentimientos en favor del buen desempeño laboral, lo cual se proyecta en la supresión de emociones como el miedo y la evocación artificial de emociones como la gentileza (Hochschild, 1983).

El aporte de la sociología de las emociones provisto por Hochschild se destaca por cuestionar la idea de las emociones como una fuente de desequilibrio, descontrol e inestabilidad, lo cual supone que se trata de una dimensión gobernada por factores irracionales. Aunque las reglas sociales y las categorías culturales han sido ampliamente consideradas en lo que respecta al pensamiento o al comportamiento humano, y escasamente a las emociones, Hochschild demuestra las conexiones que en la realidad empírica se presentan entre la estructura social, la cultura y la experiencia emotiva (1979).

Procurando extender la asunción de Goffman (1967), en la cual sostiene que los individuos están constantemente negociando de manera activa un curso de acción, Hochschild asevera que en esta perspectiva parecería que a largo plazo todos los cursos parecen confluír en la adquisición pasiva de convenciones sociales. Mientras según Goffman, los actores manejan impresiones provenientes desde el exterior (conducta expresiva), Hochschild agrega que también ellos manejan emociones internas. Sin embargo, ella afirma que la aplicación de convenciones no es un asunto pasivo. Los sujetos alinean creativamente sus acciones con los parámetros culturales y en tal proceso atribuyen nuevos significados a las mismas.

El otro enfoque se desprende del propuesto por Hochschild, aunque adquiriendo identidad propia mediante el énfasis en la idea de que el carácter relacional e interactivo de las acciones económicas hace que las emociones resultantes de la interacción social influyan significativamente sobre los actos económicos, ha sido expuesto por Nina Bandelj (2009) mediante su argumentación sobre la incrustación emocional (*emotional embeddedness*) de las acciones económicas, sustentado en la contribución teórica interaccionista de Randall Collins (1988, 2000, 2004). Este último, reconsiderando la legendaria propuesta teórica de Goffman (1967) retrata a los rituales de interacción como la unidad básica de la estructura social, los

cuales poseen un componente emocional característico por el hecho de generar lo que él denomina energía emocional (*emotional energy*).

En contraste con los enfoques que analizan la relación entre las emociones y la economía desde el punto de vista de los sujetos individuales, Nina Bandelj (2009) elabora un argumento teórico desde una perspectiva relacional, investigando la manera en que las emociones inciden en las interacciones económicas. Cuestionando la noción de acción económica racional propone la idea de “interacción económica creativa”, mediante la cual sostiene que las emociones estructuran las acciones económicas dado que dan forma a las preferencias –elementos centrales de toda transacción económica–, inciden en la manera en que son ejercidos los roles económicos, así como también por ser generadas durante los procesos mismos de interacción, no siendo posible controlarlas por completo. Así, las acciones económicas como toda acción social, argumenta Bandelj, usualmente parecen depender más de la creatividad que de la racionalidad de los actores, para ser llevadas a cabo.

En tanto la acción no solo depende de la situación, sino que “la situación es constitutiva de la acción” (Joas, 1996: 160; citado en Bandelj, 2009: 361), consecuentemente, esto parece reflejar un atributo más creativo que teleológico de las acciones. “Objetivos y preferencias no derivan tan solo desde el ‘interior’ de los actores sino también dependen de las situaciones en las cuales tales actores se encuentran y, de las soluciones creativas que ellos identifican en respuesta a circunstancias nuevas” (Whitford, 2002: 340; citado en Bandelj, 2009: 361).

A pesar de que el principio de acción racional supone la identificación inteligible de las partes que componen el esquema medios-fines, ciertas situaciones caracterizadas, particularmente por una desconcertante incertidumbre y por la incrustación emocional, hacen que la lógica de optimización entre medios y fines se quiebre. Esto, según Bandelj, dificulta la identificación de los fines o de las estrategias optimizadoras de acción por parte de los actores, e incluso puede dar lugar a modificaciones durante el proceso mismo en el que son llevadas a cabo las acciones. En tales casos, tanto los fines como los medios no están previamente establecidos –como se evidencia en el supuesto racional– sino que son engendrados en la situación contingente en la que los actores se desenvuelven, la cual reiteramos “es constitutiva de la acción”. Por consiguiendo, de acuerdo con la situación, los sujetos se embarcan en los cursos de acción mediante múltiples principios, como el del cálculo racional u otros de carácter creativo, en los cuales los fines y los medios no pueden ser identificados claramente previos a la acción, ni se mantienen estables durante este proceso (Bandelj, 2009: 361).

En este sentido, ella identifica dos tipos de acción económica creativa, los cuales denomina *adaptación situacional (situational adaptation)* e *improvisación (improvisation)*. Existen circunstancias en las que la lógica racional cambia durante el flujo mismo de la acción. Dado el carácter fluctuante propio de las interacciones económicas embebidas en emociones, los sujetos deben en ocasiones cambiar los fines o los medios para alcanzarlos, lo que da lugar a “la *adaptación situacional* de las acciones *debido a la contingencia*” (Bandelj, 2009: 362).

El otro tipo de acción económica también surge cuando en condiciones de incertidumbre, la lógica de medios-fines es puesta en cuestión dado que los fines son poco claros y la secuencia medios-fines está ausente. En tales casos, la acción y la cognición se ponen en marcha simultáneamente mediante la *improvisación*. Los sujetos descubren los medios y los fines durante el flujo mismo de la acción, en el cual no es la comprensión y el manejo de la situación sino las situaciones cargadas emocionalmente las que abren paso a la agencia.

La formulación de Bandelj resulta relevante para nuestro propósito. El papel crucial de la situación –novedad y extraordinaria en nuestro caso– reflejado en la propuesta de Bandelj, permite dar cuenta de la creatividad con la que los sujetos se embarcan en los cursos de acción. Asimismo, el hecho de que las emociones estructuren las acciones económicas en tanto no solo dan forma a las preferencias e inciden en los roles económicos sino que, además, son generadas en la interacción con el entorno, provee indicios del manejo creativo que los sujetos hacen al diseñar estrategias de acción aún en circunstancias críticas.

En tales circunstancias la probabilidad de que las definiciones culturales que dictan las formas convencionalmente adecuadas de sentir y actuar ante cada situación, no contemplen exactamente las pautas necesarias para actuar ante los cambios extraordinarios resultantes de tales situaciones noveles es mayor que en situaciones habituales. Según Hochschild (1979: 566), ciertas situaciones noveles y problemáticas pueden dar lugar a cambios del sentido de las reglas o cambios de las reglas mismas. Similarmente, las situaciones extraordinarias suponen tanto experiencias humanas sin precedentes como discrepancias entre las mismas y las expectativas culturales correspondientes.

Aunque los actores que vivencian tales situaciones –desconocidas hasta el momento– se esfuercen por alinear sus emociones o su conducta con las pautas culturales existentes, estas últimas pueden en ocasiones no contemplar dichas insólitas situaciones. Ante este conflicto, en la medida en que se amplifique el margen con el que los sujetos actúan de acuerdo con las expectativas culturales presupuestas, la flexibilidad de acción parece ser mayor. Sin embargo, aún así los mismos guían sus emociones y conductas de acuerdo con experiencias pasadas

similares de alineamiento entre el marco cultural y el comportamiento. La flexibilidad de acción se pone de manifiesto a pesar de la continuidad de las influencias culturales sobre la expresión de las emociones y la conducta. Tal continuidad se pone en evidencia mediante la motivación de los actores a recurrir aún en tales situaciones insólitas a experiencias pasadas similares de alineamiento cultural del comportamiento.

No obstante, dicha flexibilidad de acción es producto del horizonte abierto por la situación extraordinaria desconocida hasta el momento y de la amplificación del margen de acción engendrado por el conflicto circunstancial de no poder identificar claramente los estándares culturales que deberían dictar la forma adecuada de actuar ante ciertas situaciones. Esta flexibilidad es la que nos permite indagar sobre el carácter más creativo que racional del esfuerzo estratégico que emprenden los sujetos al embarcarse –cognitiva, emocional y relacionalmente– en la orientación o reorientación de determinados cursos de acción en circunstancias de crisis.

4.3.2. Atención, esfuerzo, acción

En períodos de crisis, procesos cotidianos de intersección entre las actividades económicas y las demás dimensiones de la vida se hacen más evidentes dado que en ocasiones de cambios o disrupciones inesperadas resulta imperativo:

1. Dirigir la atención hacia algo que comúnmente pasa desapercibido por ser rutinario.
2. Reconsiderar o reexplicitar la situación en términos de las alternativas de acción posibles.
3. Redefinir en forma creativa la orientación de los cursos de acción, eventualmente restituyendo el curso habitual o reorientando las prácticas alteradas.

Tanto el direccionamiento de la atención sobre la novel y problemática situación como el enfoque hacia los cursos alternativos de resolución de la misma y la redefinición creativa de los cursos de acción a emprender, reflejan la actitud activa y creativa de los actores en el curso de los microprocesos que guían su comportamiento económico, lo cual representa una tarea procesual y dinámica en la que inciden elementos emocionales y cognitivos.

La consistencia entre la situación, el marco cultural y las emociones (en tanto experiencia cognitiva y física que incide en el comportamiento) resulta según Hochschild (1979: 563) del esfuerzo diario que cada individuo realiza de manera privada. Sin embargo, en ocasiones esta

consistencia se rompe, poniendo en evidencia la necesidad de reconstitución de la misma.

Aunque este tipo de quiebre ocurre con frecuencia en la vida ordinaria, en situaciones extraordinarias invade en mayor grado las diversas esferas de la realidad. Cuando tal esfuerzo no conduce a la adecuación mutua de estos tres elementos se rompe el flujo de lo presupuesto y se ponen de relieve las reglas subyacentes que viabilizan la consistencia diaria y esto conlleva una actitud más activa que de costumbre.

De manera desconcertante, a pesar de dominar la atención del público cada vez con más frecuencia, las crisis económicas no han sido exploradas en profundidad por los científicos sociales, como uno de los ejemplos en los que la vida diaria se desvía del flujo ordinario. Durante tales períodos la consistencia tripartita de la que habla Hochschild se debilita en particular dado que los cambios en el entorno introducen nuevas posibilidades que se traducen en oportunidades y/o amenazas (Weber y Johnson, 2009: 57). Tales cambios son característicos de las situaciones extraordinarias, en tanto demandan inicialmente el enfoque de la atención en la nueva situación, y resultan en la “deshabitación y las reacciones orientadoras” (Posner y Rothbart, 2007; en Weber y Jonson, 2009: 57).

Aunque la incidencia de las emociones, motivaciones e intenciones en el curso de las acciones e interacciones llevadas a cabo por los sujetos no es directamente perceptible, las situaciones conflictivas tienden a iluminar los elementos emotivos que determinan tales conductas (Summers-Effler, 2002: 47). La atención deliberada hacia la adecuación o la inadecuación entre situación, cultura y emoción que guía el comportamiento, ante escenarios problemáticos o conflictivos, se proyecta en el esfuerzo activo de comprensión del quiebre de lo rutinario, el cual a su vez requiere de intervenciones no rutinarias por parte de los actores que en ocasiones resultan en reorientaciones de las acciones.

Hemos combinado dos enfoques conceptuales, con el fin de sugerir una comprensión de tal esfuerzo mediante el cual los sujetos se involucran en microprocesos para hacer frente a situaciones extraordinarias en la vida económica provocadas por una crisis. Asumimos así que tal esfuerzo consiste en llevar a cabo dos tipos de tareas que influyen de manera decisiva en la vida económica: el *trabajo emocional* (Hochschild, 1979) y el *trabajo relacional* (Zelizer, 2005b). Asimismo, recuperamos el estudio de Bandelj (2009) sobre la influencia emocional en las interacciones económicas.

El primero, sobre el cual ya nos hemos explayado, implica tratar de cambiar en calidad o grado una emoción respecto de una situación determinada, lo que supone un esfuerzo deliberado al reclasificar la situación de acuerdo con las categorías previamente establecidas, un esfuerzo corporal al cambiar síntomas físicos de las emociones, o un esfuerzo expresivo

cambiando vías de comunicación al servicio del sentimiento interno (Hochschild, 1979: 561-562). El segundo, provisto por Zelizer (2005b), tiene que ver con la tarea de combinación entre las relaciones sociales, los sistemas de significados culturales y las actividades económicas involucradas en tal novel situación.

Aunque en ambos casos la referencia respecto de la adecuación situacional resulta central, mientras el trabajo emocional remite a un esfuerzo en el nivel afectivo y, por ende, individual, el trabajo relacional refiere a un esfuerzo en el nivel intersubjetivo. El aporte de Bandelj (2009) provee en este sentido, una bisagra analítica entre ambos niveles dado que ella introduce una perspectiva conceptual en la que articula el papel de las emociones en las interacciones económicas.

Proponemos semejante combinación teórica debido a que consideramos con Bandelj, por un lado, que el enfoque emocional de Hochschild falla en analizar en profundidad la relación de los estados afectivos desde el punto de vista de las interacciones económicas. Asimismo, la perspectiva del trabajo relacional (Zelizer 2005b) enfatiza más la manera en que los actores combinan elementos socioculturales –estructurales y simbólicos– con las actividades económicas, que las intersecciones de estos y los factores emocionales que inciden en las mismas. A su vez, si bien Bandelj (2009) caracteriza su argumentación en torno a las interacciones económicas y sus determinantes emocionales, no se ocupa en profundidad la manera en que los sistemas de significados culturales dan forma a tales articulaciones entre lo afectivo y las acciones económicas.

Si bien Hochschild (1979: 562) insinúa sutilmente la distinción entre la “codificación más automática de una situación” y la “recodificación deliberada”, estimamos que no es suficiente el énfasis en la particularidad de este último proceso de reclasificación de una situación que supone la participación activa de los sujetos. Ante situaciones problemáticas, en las que se produce una inadecuación entre una nueva experiencia y el esquema de referencia de evidencias presupuestas, los sujetos son interpelados a dirigir deliberadamente su atención hacia una situación que previamente no era objeto de la misma (Schutz, 2003: 32). Es esta inadecuación la que vuelve discutible el marco presupuesto en el que se basa la codificación de una situación, y es este cuestionamiento el que reclama el examen deliberado y la consecuente recodificación. Aunque Hochschild reconoce que el trabajo emocional se vuelve objeto de la atención consciente más frecuentemente ante circunstancias en las que las emociones no se adecuan a la situación, no desarrolla esta argumentación en profundidad (Hochschild, 1979: 563).

El quiebre de la consistencia entre situación, marco cultural y emoción en la que los

individuos constantemente participan, ilumina el flujo latente de reglas compartidas social y culturalmente respecto de las emociones, el cual Hochschild proyecta en la noción de reglas sentimentales (*feeling rules*, el deber ser de las emociones respecto de cada situación) y manejo emocional (*emotional management*, el ser de lo que tratamos de sentir ante cada situación).

Aunque tales reglas difieren de otros tipos de normas sociales, en tanto no reflejan actitudes directas hacia la acción, suponen normativas respecto de elementos afectivos cruciales previos a la acción. Otra suerte de reglas estrechamente vinculadas con las reglas sentimentales son las que Hochschild denomina reglas enmarcadas (*framing rules*), de acuerdo con las cuales los sujetos adscriben definiciones y significados a cada situación. La ejemplificación que la socióloga provee para comprender cómo operan las *framing rules* es de suma relevancia para esta tesis. Ella muestra como el hecho de ser despedido del trabajo puede ser experimentado por un individuo como el resultado del abuso capitalista de los trabajadores o del fracaso personal. Asimismo, el marco de evaluación sobre la adecuación o inadecuación entre emoción y situación provisto por las *feeling rules* supone que ese mismo individuo pueda estar o no legítimamente disgustado con su empleador o empresa, respectivamente (Hochschild, 1979: 566).

Como ex empleado del Scotia Bank, luego de haber sido suspendido y más tarde despedido de la empresa en los meses subsiguientes a diciembre de 2001, Pablo relata –desde su identidad como cliente y a la vez empleado del banco– cómo ha ido recuperando sus depósitos bancarios que habían quedado atrapados por el corralito:

“[Los ahorros] los fuimos sacando con los bocones, con el índice este que pusieron. A medida que se pudieran sacar, lo sacábamos. Además, mientras el banco estuvo suspendido, hubo una opción que el banco les dio a sus clientes que fue cambiarlos por bonos del Estado. Pero en realidad como el banco estaba calzado con préstamos al Estado, era una cosa lógica ‘¡cambiamos los depósitos por bonos del Estado y que se las arregle el Estado!’”. Es más, a nosotros nos llegó una circular interna diciendo miren, esto es lo que ustedes tienen que recomendar a los clientes, porque es la única forma que de alguna manera se pueda vender el banco. Y la gran mayoría de los clientes, y por supuesto todos los empleados hicimos, eso ¡los empleados son clientes siempre!... pero con emociones hacia el banco, pasamos a los bonos de 2012.

Pero, uno miraba en el 2002 y decía falta mucho, pero, mirá ¡ya estamos en 2006!”.

Durante la crisis, la alteración de la consistencia tripartita que menciona Hochschild, pone

de manifiesto alineamientos entre estados afectivos y pautas culturales habitualmente dados por sentado, los cuales se reflejan en la percepción de una identidad dual como cliente y empleado de un banco. Asimismo, ilumina la operatividad y la tensión potencial que se plasma en el esfuerzo de combinación situacional respecto de las acciones, entre las *reglas sentimentales*, las *reglas enmarcadas* y el *manejo emocional*. Tal esfuerzo se refleja en los distintos significados atribuidos a las acciones respecto de la situación.

Las acciones económicas emprendidas por Pablo, reflejadas en la recuperación de sus ahorros mediante bonos 2012, resultan de semejante esfuerzo. El haber sido suspendido del trabajo pone en evidencia, por un lado, la relación afectiva respecto de la ocupación, la cual incide en la aceptación de los bonos 2012, repercutiendo en la vida económica personal por no poder contar con el dinero en el presente, o bien por tener que involuntariamente aceptar una forma de pago/inversión determinada. Por otro lado, debido a que las *feeling* y *framing rules* se implican mutuamente como marco de evaluación sobre la adecuación o inadecuación entre emoción y situación, los sujetos pueden asumir nuevas reglas para reaccionar – cognitiva y emocionalmente – ante circunstancias divergentes respecto de lo rutinario (Hochschild, 1979: 566). Por ello, Pablo define la situación de despido, de acuerdo con las *framing rules*, como resultado de la bancarrota del banco originada por la crisis generalizada, y no como resultado de fallas personales. Y, es por ello que, la adecuación/inadecuación entre sus emociones y la situación, de acuerdo con el marco de las *feeling rules*, sienta las bases para que Pablo no sienta un enojo legítimo contra la empresa ni contra sí mismo. Tal reacción cognitiva y afectiva respecto de la situación, a su vez incide en las decisiones a tomar, como es en este caso la aceptación pacífica de la propuesta del banco respecto de los bonos 2012.

Los empleados como Pablo, según él, son clientes que se diferencian de otros clientes por el mismo hecho de estar emocionalmente ligados al banco. El involucramiento afectivo respecto del banco hace que sus decisiones disten de ser racionales, objetivas y óptimas en términos instrumentales, como supuestamente pueden serlo aquellas de los clientes desapegados a la entidad bancaria. En circunstancias críticas en la que las opciones para la institución oscilaban entre la bancarrota y la venta del banco, la recomendación de cambio hacia los bonos 2012 proyectaba una suerte de aval hacia la continuidad del banco y por ende de los puestos de trabajo respectivos, además de representar quizás la única alternativa perceptible en ese momento de acceder a los ahorros bloqueados por el corralito, por parte de los empleados-clientes como Pablo.

El significado atribuido en el proceso de definición de una situación⁴⁴ en circunstancias problemáticas “es un fenómeno relacional, en el que la gente ensambla su conocimiento de la tipicidad, probabilidad, causalidad, congruencia sustantiva, requerimientos morales y eficiencia técnica en aquellas ocasiones en que la emergencia del significado es bloqueado” (Stokes y Hewitt, 1976: 846). El proceso de definición de una situación percibida como problemática responde a un esfuerzo por restaurar una definición de la situación en términos culturales, y en el caso que esto sea imposible se procede a una “explicación cuasi-teórica” de lo problemático (Hall y Hewitt, 1973). Este procedimiento constituye una de las formas de *aligning actions* propuestas por Stokes y Hewitt (1976) dado que vincula la cultura y las acciones, procurando explicitar y eventualmente resolver discrepancias entre ambos. En particular en situaciones problemáticas, el esfuerzo por justificar la elección de una entre varias acciones alternativas resulta de la negociación en términos culturalmente apropiados para lograr combinaciones válidas entre la cultura y la conducta.

De modo similar, Bloch sugiere una forma de comprender el rol de los conceptos clasificatorios –bloques esenciales de cultura– en la *performance* de acciones prácticas, demostrando la importancia del conocimiento no lingüístico para llevar a cabo tareas diarias. Haciendo referencia a los trabajos de Markham y Seibert (1976) y Smith (1988), Bloch señala que tales conceptos clasificatorios son basados en la apreciación de sus referentes en el mundo y en la manera en que los sujetos piensan sobre la construcción y conciliación de tales referentes, o sobre la comprensión de cómo estos son constituidos. Así, parece que la forma mental de los conceptos clasificatorios tiene que ver con redes implícitas de patrones de conocimiento práctico-cum-teórico, basadas en la experiencia de instancias físicas del mundo. Tal configuración de conocimiento permite comprender el reconocimiento de la diversidad de situaciones en la vida corriente, incluso aquellas inusuales. “Aprender a ser un experto en áreas familiares es un aspecto preliminar necesario para otros tipos de aprendizaje y para ser capaz de hacer frente a otros menos familiares y menos predecibles” (Bloch, 2006: 289-292). Las diversas dimensiones de la realidad son percibidas por los sujetos y tal percepción da lugar a la interpretación –o cognición– en la cual las especificidades culturales e históricas se hacen evidentes, para luego ejecutar las acciones en respuesta a tales interpretaciones (Berenzin, 2005: 110).

El planeamiento de Bloch, nos permite, por un lado, comprender la articulación entre la percepción de dominios del mundo y las prácticas cotidianas –entre ellas, las económicas–

⁴⁴ Para entrar en detalle sobre la noción de “definición de situación” ver McHugh (1968; citado en Stokes y Hewitt, 1976: 846).

que dan forma a la vida de los sujetos. Por otro lado, el supuesto de tal proceso de articulación provee una base conceptual que enfatiza el carácter activo y dinámico del esfuerzo de los actores singulares respecto de las combinaciones entre aspectos subjetivos, socioculturales y económicos de la vida humana. Asimismo, el papel de la configuración dinámica del conocimiento cultural del mundo en torno a la ejecución de prácticas tales como las económicas, pueden permitir comprender las formas en que los actores reconocen la diversidad de situaciones habituales en la vida corriente, y son capaces de hacer frente a situaciones noveles, características de los períodos de crisis. Partiendo del reconocimiento de la vida interactiva de la experiencia humana, no guiada por bloques cognitivos, sino por la creación de los mismos, comprendemos la cultura como el resultado de la vida social, no su causa.

4.3.3. Emoción y cognición

Dado que las emociones, los fines, los propósitos y los motivos están incrustados en *scripts* culturales, forman parte y se intersectan con factores cognitivos en los juicios que conducen a las acciones. Esta perspectiva de lo cognitivo es opuesta a visiones más tradicionales cuestionadas por hacer referencia a estructuras privadas o psicologicistas, resolviendo la tensión entre procesos individuales biopsicológicos y procesos colectivos sociales y culturales (Palmer y Jankowiak 1996: 253). En cada situación singular, el interjuego de factores subjetivos –cognitivos y emotivos– y de patrones convencionales de conducta, adquiere una configuración peculiar. Tal interjuego es producto del esfuerzo creativo con el que los sujetos razonablemente buscan, negocian, concretan o redefinen cursos de acción.

La hipótesis de “riesgo como emoción” propuesta por Löwenstein y sus colegas, sugiere el rol complementario de las reacciones emocionales y cognitivas influyen el comportamiento en situaciones de riesgo, guiando el razonamiento y conduciendo el juicio respecto de los cursos de acción alternativos. Por lo tanto, el comportamiento es determinado por el interjuego –frecuentemente conflictivo– entre las respuestas emotivas y las evaluaciones cognitivas de la situación en cuestión (Löwenstein *et al.*, 2001: 7). Esta perspectiva intenta enfatizar el papel crucial de las emociones al tener efectos directos en el juicio y, por lo tanto, en los procesos de toma de decisión. Tales efectos son directos en la

medida en que no son mediados por ninguna evaluación cognitiva de la situación, a excepción de aquellos procesamientos perceptuales más básicos (Löwenstein *et al.*, 2001: 10).

Las crisis iluminan las intersecciones entre la vida y las actividades económicas, las cuales se proyectan en los microprocesos de orientación de las acciones, en los que elementos de orden afectivo y cognitivo tienen decisiva influencia. Sin embargo, nuestra intención aquí es enfatizar más en la forma en que las emociones ejercen una influencia dominante en el comportamiento y, por lo tanto, en las acciones llevadas a cabo por los sujetos, que en la manera en que las evaluaciones cognitivas inciden en las mismas y se entrelazan con las reacciones afectivas. Esta decisión tiene que ver con la escasa literatura dedicada a cómo se hace visible la influencia de las emociones en el proceso creativo de orientación y reorientación de las acciones e interacciones económicas ante situaciones extraordinarias y, por consiguiente, se pone en evidencia la operatividad y las configuraciones que adquieren situacionalmente las conexiones entre emoción y cognición, las cuales reflejan en cierta medida la razonabilidad de dichos procesos.

Con o sin razón respecto de potenciales proyecciones a futuro, la manera en que Marcela hace frente a las circunstancias intrínsecas de la crisis de 2001, se ve reflejada, no obstante, en la razonabilidad que dirige su conducta, la cual es producto de la relación continuamente entrelazada entre sus reacciones afectivas y evaluaciones cognitivas:

“Sé que mucha gente podía retirar [los ahorros] por medio de demandas judiciales para un fin determinado, o aceptando un desagio o para la compra de bienes inmuebles. En mi caso, es difícil para mí reaccionar de forma inesperada, tengo que pensar. Por eso retiré mi dinero con el fin de no ser afectada parcial o totalmente por lo que sucedió... Eso me hizo sentir un poco más segura [...].

Hubo gente que hizo cosas inusuales como la apertura de 1.000 cuentas e ir al banco cada semana para obtener el poco importe, lo poco que podían, y ¡lo lograron! Había conversaciones y preguntas todo el tiempo, entre colegas, amigos o personas de los bancos. En las reuniones familiares era obligatorio hablar del tema y hacer preguntas. Yo, personalmente, confiaba mucho en mi propio criterio.”

La combinación, en el relato de Marcela, entre el estado emocional de “tener confianza” en una evaluación cognitiva provista por su “criterio” respecto de cómo manejarse en determinadas situaciones, refleja la capacidad de los sujetos de operar sobre la realidad de

manera razonable, de acuerdo con un procedimiento en el que se entrelaza lo emocional y lo cognitivo. La realidad dista de reflejar procedimientos lineales en los que las emociones se presentan como obstáculos para el juicio elaborado mediante operaciones cognitivas. Por el contrario, nuestros hallazgos muestran la existencia de lógicas que guían la coexistencia armónica y necesaria entre aspectos afectivos y cognitivos, los que a su vez ejercen una influencia decisiva en la conducta y las acciones.

Según Slovic y Weber (2002) existen dos sistemas en las teorías psicológicas contemporáneas respecto de la manera en que los sujetos procesan la información sobre el mundo, la que guía los juicios o las decisiones: el *sistema experiencial* y el *sistema racional*. Mientras el primero representa un procesamiento basado en asociaciones y respuestas afectivas el cual es rápido, bastante automatizado y, por ende, no necesariamente accesible al control consciente, el segundo supone un procesamiento analítico basado en modelos normativos aprendidos que se hacen efectivos de manera más lenta mediante el esfuerzo que implica un control consciente de la situación.

Los autores sugieren que ambos sistemas no solo coexisten sino que operan en forma simultánea y se intersectan en el curso concreto de la elaboración de juicios y decisiones. En este sentido, los actores solo necesitan dirigir la atención de esta operatividad conjunta en casos en los que se producen resultados divergentes. La percepción y las respuestas a amenazas potenciales o actuales características de las situaciones de incertidumbre o riesgo permiten aseverar, en términos de Slovic y Weber, que el sistema experiencial basado en asociaciones y reacciones afectivas representa una forma recurrente con que los sujetos transforman aspectos inciertos y amenazantes del entorno en respuestas afectivas que a su vez inciden en el juicio, la conducta y, por lo tanto, en la ejecución de acciones. No obstante, en casos en los que aspectos básicos de la existencia humana son amenazados –tales como la salud, la seguridad o la subsistencia misma– Holtgrave y Weber (1993) sugieren que resulta más apropiado recurrir a un modelo que resulte del interjuego de ambos sistemas de percepción y juicio del riesgo e incertidumbre –procesamientos basados en experiencia y respuestas afectivas, por un lado, y en reglas racionales, por el otro–, y por consiguiente, tomen en consideración tanto elementos afectivos como cognitivos.

Como hemos mencionado previamente, basándose en metodologías formalizadas, Löwenstein *et al.* (2001) han mostrado también que las percepciones de riesgo o de situaciones de incertidumbre son igualmente –e incluso más aún en ciertas ocasiones– influenciadas por procesos de asociación y afecto que por procesos basados en reglas racionales. Ellos han demostrado que en casos en los que los resultados de ambos tipos de

procesamiento entran en conflicto, el sistema basado en asociaciones y reacciones afectivas prevalece, sugiriendo que contrariamente a considerar irracionales las respuestas afectivas frente a las situaciones de riesgo ante semejantes hallazgos debe ser reconsiderado el sistema racional como único promotor de conductas o cursos de acción razonables.

La relación entre ambos modos de procesamiento en situaciones extraordinarias o extremas pone en evidencia la complejidad de las lógicas que guían las reacciones de los actores ante tales eventos que constriñen el curso habitual de la vida. Existe evidencia empírica respecto de reacciones aparentemente contradictorias de sobrestimar y subestimar tales eventos. Dado que el procesamiento asociativo-afectivo prevalece sobre el analítico-racional, muchos sujetos tienden a sobrestimar tales eventos. Sin embargo, otros los subestiman, ya que las experiencias sobre tales situaciones infrecuentes son escasas y, por lo tanto, no permiten constituir un esquema de referencia con el cual dar cuenta de la magnitud de semejantes acontecimientos. En estos últimos casos, las respuestas afectivas respecto de los eventos que implican consecuencias de una magnitud difícil de capturar en su totalidad resultan ser de menor intensidad emotiva que lo que pueden generar eventos adversos aislados (Slovic y Weber, 2002).

En suma, el procesamiento de la información en circunstancias extraordinarias, aunque engendre juicios en apariencia contradictorios, pone en evidencia, por un lado, la intervención de factores afectivos y cognitivos y, por el otro, la influencia decisiva del sistema asociativo-afectivo. Sonia y Marcelo (su esposo), retratan mediante la expresión *timing* el caso de su suegro y padre respectivamente, a través de la cual sintetizan las asociaciones afectivas y experienciales que permitieron al mismo tomar una decisión razonable durante la crisis a pesar de las disquisiciones en el seno de la familia, en torno a la confiabilidad en los bancos:

“Nosotros hablamos, nosotros hablamos, siempre hablamos mucho en casa sobre eso. Tal es así, hay algún ejemplo, a mí si me agarraron con dólares en el banco, porque yo en realidad hasta último momento no pude creer que realmente llegase un momento donde no te den tu plata.

Pero, yo digo por ejemplo, yo tengo que decir que nosotros hablamos mucho, y un ejemplo es mi suegro. Que mi suegro en el año 79, la primera vez que lo vi, me dijo, ‘te voy a dar un consejo, nunca confíes en un banco en Argentina’. Me acuerdo muy bien de eso. Y con el tiempo, como trabajo en el banco, yo fui convenciendo a mi suegro, que en realidad los tiempos cambiaron, que tenemos bancos extranjeros en el país, que son otra cosa, o sea que

no es lo que él decía [...] Tienen una ética de trabajo. Claro, que tienen ética, que no es lo que él había visto hasta entonces. Y tanto le hablé, tanto que lo convencí, realmente pusieron la plata en un banco. Sus ahorros... En realidad él vivía de la jubilación, esto estaba claro que él... esos ahorros habían sido parte de la indemnización que encontraron cuando se jubiló, cuando le ajustaron la jubilación. Él era profesional y entonces después, pasó a ser un miserable. Esa plata era más o menos una cosa razonable. Era para regalar a sus hijos. Para cuando alguien lo necesitaba. No era para el día a día. Pero, en el 2001, en septiembre, hablando así sobre la situación, en un momento dado viene y dice, 'tomé la decisión de sacar la plata del banco'. Él no tenía nada que ver con los bancos, pero ¡tiene un *timing* parece!

Dijo: 'esto me huele mal. No, no a mí no me enganchan', dijo, 'esto no cambia, vas a ver que estos no te van a devolver la plata, yo tengo toda la plata en mi casa, prefiero que me roben antes cualquiera, antes que me robe un banco', y lo sacó todo.

Y yo, que trabajo en un banco, que trabajaba en un banco y sigo trabajando en un banco, dejé mi dinero, que por suerte en ese momento no era demasiado pero igual era la plata que uno ahorra. Y que al final el banco me devolvió lo que quiso.

Pero, no solamente en el banco, yo me quedé incluso con un contrato en un seguro en dólares, que tendría que haber sido mi seguro de retiro, ¿no? Cumpliendo los 60 años. Que me costó, que lo dejé sin mover, pensando que un HSBC, por ejemplo, banco internacional con un seguro, nos va a salvar de todo eso. Pero fue un desastre.

O sea, vos ahí te dabas cuenta de que la ética, cuando hay una crisis, la verdad no hay en ningún lado, sea ahora en la Argentina o en el mundo, porque los bancos como el Citibank, como el HSBC, como cualquier banco extranjero la verdad robó, se llevó la plata."

4.4. ACCIONES E INTERACCIONES CREATIVAS

Al enfocar la investigación en las prácticas económicas en circunstancias de crisis estamos haciendo énfasis más en las singularidades que en las regularidades de la vida humana. Esto parece implicar el abordaje de un terreno sumamente complejo, ya que según Bourdieu (2005: 214) son las regularidades caracterizadas por la relativa persistencia de patrones recurrentes en los juegos económicos en los que se constituyen las disposiciones, las que permiten a los agentes generar anticipaciones razonables con el fin de adaptarlas a situaciones noveles.

Si el planteo de Bourdieu es correcto, ¿qué es lo que ocurre durante las crisis? ¿Las interrupciones de la rutina que caracterizan las crisis en efecto alteran la influencia de las estructuras objetivas sociales y culturales sobre la conducta de tal manera que se quiebran las irregularidades de las que el sociólogo habla? En tales circunstancias, ¿se modifican o se quiebran las interacciones sociales y los significados culturales involucrados en las actividades y procesos económicos que constituyen la vida diaria? Si estas cambian, provocando irregularidades en la vida económica, ¿implica que los procesos que guían la conducta se vuelven irracionales e incluso ni siquiera razonables?

Contrariamente al estrecho supuesto instrumental, la razonabilidad planteada por Bourdieu procura dar cuenta de la forma en que las estructuras objetivas y subjetivas se conjugan para dar lugar a principios que rigen de manera sensata las prácticas humanas en circunstancias usuales e inusuales. En el mismo sentido, sugerimos que aún en situaciones de crisis, la influencia social y cultural sobre los estados emocionales y las evaluaciones cognitivas – respecto de las consecuencias potenciales o actuales que supone la crisis– sigue su curso. Incluso cuando tales circunstancias supongan la reconfiguración de estructuras objetivas –y subjetivas– encarnada en los microprocesos llevados a cabo por los agentes, las regularidades parecen prevalecer. Los esfuerzos de combinación que los actores hacen entre elementos personales, socioculturales y económicos, aún en situaciones extraordinarias, ponen en evidencia la continuidad de las regularidades. Sin embargo, nuestros hallazgos muestran que la persistencia de tales regularidades coexiste con la creatividad que supone emprender situacional y subjetivamente la orientación o reorientación de la vida económica en tiempos críticos. Dicha coexistencia se expresa, por un lado, en el interjuego entre la relativa regularidad de las estructuras objetivas de las que los actores se valen a fin de alinear su conducta y, por el otro, en la creatividad con que los sujetos operan en situaciones nuevas, el cual pone de manifiesto la existencia de principios razonables de acción.

Aún en el orden micro de las experiencias de la crisis en el cual pueden percibirse cambios en las interacciones involucradas en la vida económica e incluso en los significados de las actividades económicas mismas, podríamos aseverar que solo un porcentaje de las rutinas se ponen en cuestión y requieren intervenciones creativas no rutinarias por parte de los sujetos. Sea en la percepción, interpretación o en las prácticas mismas, todo cambio requiere en principio dirigir la atención hacia el mismo y, luego, eventualmente redefinir creativamente el curso de la acción. Este proceso de atención y reorientación creativa resulta de reacciones afectivas combinadas con evaluaciones cognitivas respecto de la situación novel –ambas

enmarcadas en patrones socioculturales que conceden relativa regularidad a las mismas— el que se traduce en el uso que los agentes hacen de tales principios razonables de acción.

“Al reflexionar sobre sí mismos, los actores monitorean sus experiencias, recuerdos y estados emocionales, y evalúan sus propias *performances* en concordancia con imágenes de sus propios repertorios cognitivos” (Palmer y Jankowiak, 1996: 248). Este proceso usualmente ha sido denominado “autorreflexividad” en torno a la propia *performance* (Palmer y Jankowiak, 1996; Turner, 1986). La *performance* o la falla en performar echa luz sobre el esfuerzo de los sujetos en dedicar su atención a las situaciones extraordinarias generadas por la crisis, que son experimentadas como desconfirmación de una imagen (rutina, *script* o consistencia adecuada entre situación, *frame* y emoción), (Palmer y Jankowiak, 1996: 249). En el marco de las crisis, este tipo de incidentes conducen a la “reflexión” que puede provocar autocriticismo (interior) o descontento respecto del entorno (exterior). Ambas alternativas inciden diferencialmente en las acciones consecuentes. Tal como hemos visto con anterioridad, los sujetos pueden deprimirse por ser desempleados, o insultar a la empresa por haber sido despedidos, por ejemplo (Hochschild, 1979: 567).

El acto de intentar cambiar una reacción emocional ante una situación determinada, plasmado en el *trabajo emocional* refiere en efecto al esfuerzo involucrado y no al resultado del mismo, el cual puede ser exitoso o no. Hochschild sostiene que la misma idea de intento sugiere una actitud activa respecto de las emociones por parte de los sujetos. Sin embargo, mientras el *trabajo emocional* refiere ampliamente a evocar o dar forma a las emociones, difiere —aunque los incluye— del mero control o supresión de los sentimientos (Hochschild, 1979: 561).

Cabe reiterar que el *trabajo emocional* se vuelve objeto de la conciencia más frecuentemente cuando las emociones de un individuo no se amoldan a la situación (Hochschild, 1979: 563). Lo extraordinario pone de manifiesto la inadecuación de la consistencia y esto implica la necesidad de dirigir la atención, explicitar el problema y redefinir cursos de acción posibles. Esta secuencia en cierta medida reflexiva es entendida como la habilidad de pensar amplia, certera y creativamente (Wiley, 1994).

El proceso de crear una narrativa cognitiva de la experiencia emocional o transformación del *frame* (Snow *et al.*, 1986: 474) supone la adquisición de significados enteramente nuevos respecto de aquellos marcos de interpretación familiares. Asimismo, Snow y colaboradores extienden tal noción general hacia la de transformación de marcos interpretativos de dominios específicos, a fin de dar cuenta de la transformación de aquellos dominios específicos previamente dados por sentado, como problemáticos o injustos y, por lo tanto,

cómo deben ser reparados. Summers-Effler sostiene que los sujetos hacen uso de símbolos para nombrar sus experiencias y en este sentido, recurren a la creatividad para interpretar sus emociones. Ella sugiere, tomando prestada la definición de creatividad de Scheff (1990: 157), en tanto capacidad compartida por todo ser humano de generar nuevas soluciones a problemas noveles, que los actores nombran e interpretan sus experiencias emotivas previamente reprimidas, transformando su significado (Summers-Effler, 2002: 52).

Al enfatizar la relevancia de las situaciones como constitutivas de las acciones como asunción básica para exponer su argumento sobre la acción económica creativa, Bandelj (2009: 361) insinúa (citando a Whitford, 2002: 340) la centralidad del papel de las circunstancias noveles e inciertas en impulsar a los sujetos a identificar soluciones creativas como respuestas a las mismas. Incluso señala que las situaciones que provocan que los actores se apoyen en otro tipo de acción diferente de aquella regida por el esquema medios-fines, es decir en acciones creativas, son aquellas caracterizadas por condiciones de gran incertidumbre y de carga emocional. Aunque no es su intención proporcionar una visión descriptiva o analítica de la distinción entre los procesos económicos llevados a cabo en situaciones ordinarias y extraordinarias, el enfoque teórico de Bandelj es particularmente valioso para nuestro propósito en tanto provee un extenso alcance de aplicación que incluye estructuras convencionales, tanto de estabilidad como de conflicto.

“Gran parte de la vida cultural diaria es mantenimiento cultural rutinario, apreciación de formas culturales y elaboración de nuevas formas, incluso en ausencia de quiebres de protocolo que la motiven” (Palmer y Jankowiak, 1996: 239). Es por ello que en situaciones envueltas en procesos sociales tanto ordinarios como extraordinarios, resulta aplicable el modelo de acción creativa de Bandelj. El mismo provee una argumentación teórica en la que dos aspectos son cruciales para el desarrollo creativo de las acciones e interacciones económicas: por un lado, las situaciones en las que reina la incertidumbre y la dimensión afectiva, y por otro –quizás insuficientemente enfatizadas–, las circunstancias noveles que requieren respuestas novedosas por parte de los actores.

Dada la problemática de la crisis, nuestro foco de atención se dirige hacia lo extraordinario, el quiebre de la rutina, lo no convencional, que forma parte y es tan esencial en toda sociedad como lo es lo ordinario, lo rutinario y lo convencional. Entonces, el amplio argumento de Bandelj resulta apropiado también para analizar situaciones extraordinarias propias de una crisis acotada local y temporalmente. El énfasis en las condiciones noveles, inciertas o extraordinarias de las situaciones en las que los sujetos se encuentran al llevar a cabo creativamente acciones económicas, resulta crucial para dar cuenta de:

1. El papel de la definición de la situación para ejecutar una acción.
2. La condición razonable de los principios que guían las acciones.
3. La capacidad creativa de los actores puesta en escena durante el proceso de diseño y ejecución de las acciones económicas.

Ya que la acción práctica es caracterizada por el hecho de que las dimensiones afectivas y evaluativas de las acciones están estrechamente ligadas a lo cognitivo (DiMaggio y Powell, 1991: 22), una definición focalizada hacia situaciones conflictivas y procesos sociales restringidos a momentos de quiebre (como las crisis económicas), requiere tomar en consideración los factores emocionales y los cognitivos que guían a los actores en el transcurso de la determinación de las acciones económicas. Las acciones refieren a las actividades organizadas de manera solo parcialmente consciente –aunque tampoco puramente aleatoria–, en las que “el razonamiento es inspirado con el seguimiento no reflexivo de rutinas, reacciones emocionales, compromisos normativos, y creatividad” (Bandelj, 2009: 361).

También la teoría de la *performance* propuesta por Palmer y Jankowiak enfatiza el papel de las experiencias activas de los actores (1996: 231). Durante una *performance*, actores y audiencia experimentan, registran, aprecian, analizan y evalúan imágenes que son proyectadas en sus propias *performances* y en las de otros. Las experiencias recordadas o imaginadas constituyen *enactments* interiores, en los que hay una coincidencia entre *performance* y experiencia. La *performance* es intermitente mientras que la experiencia es continua (Bruner, 1986). El imaginario en el que se sustenta toda *performance* emerge según ellos, tanto en las experiencias corporales como socioculturales. Asimismo, toda *performance* incluye emociones, en el sentido que lo cognitivo tiene un carácter emocional que adhiere contenido a las imágenes esquemáticas específicas. “Dado que la cultura y la biopsicología operan mutuamente en constituir la construcción simbólica de las emociones, que podemos decir también son mutuamente constitutivas en la misma *performance*” (Palmer y Jankowiak, 1996: 242). Las emociones pueden tanto motivar las *performances* como constreñir su construcción simbólica. En esta perspectiva, el significado constituye la vinculación activa de sentidos convencionales con representaciones de la experiencia.

Palmer y Jankowiak (1996: 241) sugieren que las acciones resultan de procesos cognitivos en términos amplios (en tanto incluyen motivaciones, intenciones y estados emocionales), lo cual implica además el reconocimiento del carácter social y cultural de las mismas. Esta perspectiva intenta dar cuenta de la posibilidad analítica de observar las *performances* en dominios mundanos y espectaculares, y al mismo tiempo de dar crédito a la capacidad de

creatividad e improvisación de los sujetos. Mientras la creatividad puede percibirse en los *enactments* en nuevas combinaciones de esquemas convencionales respecto de procesos sociales o secuencias de acciones, la improvisación refiere a la habilidad de adecuar esquemas interpretativos familiares a nuevas situaciones.

Volviendo al paralelo que hemos hecho en el capítulo previo, entre los extraños de Schutz (2003) y Simmel (1908) y la experiencia de los sujetos involucrados en períodos de crisis en los que situaciones extraordinarias irrumpen la vida diaria, se evidencia que la impronta de volverse capaz de juzgar tales circunstancias excepcionales con el fin de actuar de manera apropiada implica, tanto el direccionamiento de la atención hacia lo percibido como problemático, como una actitud activa y creativa respecto del encauce del comportamiento, sea reinstaurando el patrón conocido previamente o bien reorientando la acción con un nuevo rumbo alternativo. Esta actitud más o menos objetiva pone en evidencia el carácter activo y reflexivo de los actores sociales al hacer explícitas las asunciones dadas por sentado del nuevo entorno cultural, por un lado, y a adecuar su marco de referencia y sus prácticas, en términos de la nueva realidad (Schutz, 2003). Una forma, al menos de dar cuenta de la actitud activa de los actores sociales, se refleja en el reconocimiento y diferenciación entre situaciones ordinarias y extraordinarias con las que se confronta en el contexto de crisis, y en ese proceso redefinen interpretativamente el marco de referencia con el que da nuevos sentidos a sus prácticas económicas en términos de la nueva coyuntura económica y social.

Las formas de conocer y operar en el mundo de la vida rutinaria resultan del manejo de un conocimiento de la realidad en gran medida impreciso (Schutz, 2003: 97). Paralelamente a este supuesto, si consideramos la idea de Preda (2009b) en torno a la preeminencia contemporánea de la producción y manejo continuo de incertidumbres, los cuales requieren de un procesamiento cognitivo y emocional, podríamos sugerir que peculiarmente en momentos de crisis, la experiencia de la vida diaria no se rige por la certidumbre sino por el contrario, se desenvuelve de manera efectiva, aún sobre la base de un conocimiento incierto proveniente de situaciones extraordinarias y en cierta medida desconocidas. Esto implica una comprensión de las incertidumbres como algo con lo que los sujetos conviven, aceptan y negocian de manera eficaz constantemente.

La habilidad de elaborar combinaciones y estrategias creativas involucrada en la relación entre la situación y la acción se pone particularmente en evidencia cuando la situación remite a circunstancias extraordinarias que disparan sentimientos (tales como: la culpa al respecto de dificultades ajenas), los cuales a su vez influyen las reconfiguraciones de la vida económica. Cabe recordar que la percepción de situaciones de riesgo en el campo de los

procesos decisionales tiene implicancias conocidas en tanto las reacciones emocionales que resultan de la misma, además de las evaluaciones cognitivas, ejercen una influencia dominante en el comportamiento (Löwenstein *et al.*, 2001). Así, vemos como Marcela, contadora y dueña de una empresa que lucha por subsistir durante la crisis de 2001, explica la relación entre las emociones que emergen como respuesta a la situación experimentada por otros y los efectos en su propia vida, reflejados en la redefinición de las prioridades:

“Todas las personas que conozco de clase media tenían relación con la gente de un nivel social más bajo y, por lo tanto, en ese momento se sentían culpables por consumir o tener. Muchas personas sufrieron dificultades, otros perdieron sus puestos de trabajo, incluso amigos profesionales pasaron momentos muy difíciles, no porque perdieron sus puestos de trabajo sino porque no se les pagaba a tiempo, por el hecho de que la cadena de pagos se cortó. Las empresas no pagaban y era muy difícil recibir el dinero por el trabajo que habían hecho. [...]

Todos los miembros del coro donde canto ajustaron su consumo, es lo que le pasó a todo el mundo. También hago turismo alternativo con un grupo de personas, y durante los tres años antes de la crisis, en lugar de comprar paquetes, los organizamos nosotros mismos en lugares más baratos. Escribí mis propias prioridades: lo que no estaba lista para dejar, lo que podía cambiar y lo que iba a dejar definitivamente. La compra de electrodomésticos se aplazó también, había que arreglarlos si se rompían. Decoraciones de interior o reparaciones en la casa se aplazaron también.”

4.4.1. Sacrificios

Un gran espectro de dimensiones de la vida diaria son definidas en términos económicos y, a su vez, aspectos económicos diversos se entrelazan con otras esferas de nuestras vidas. Por ello, es imposible mantener separadas las actividades económicas y el resto de la vida humana si se observan las intersecciones que acontecen en la realidad.

Las alteraciones en el flujo habitual de la vida cotidiana provocadas por circunstancias extraordinarias resultan en redefiniciones operativas, materiales y simbólicas que evidencian el esfuerzo situacional de combinación o adecuación que los actores realizan entre la dimensión económica y el resto de las dimensiones que intervienen en el mundo cotidiano. Este esfuerzo se plasma en reorientaciones concretas de la vida económica, las que tienen, a la vez, implicancias en la experiencia subjetiva –cognitiva y emocional–, en las relaciones

interpersonales y en los significados requeridos en la práctica económica diaria. La mutua dependencia de lo económico y los demás aspectos de la vida cruciales para su sostenimiento representa una característica fundamental de la vida económica, en especial cuando las condiciones circunstanciales instan a redefinir sustancialmente el curso de la misma.

Incluso circunstancias apremiantes –aunque relativamente previsibles– como la muerte o la enfermedad propia o de un ser querido, ponen en evidencia las interconexiones de las diversas dimensiones subjetivas, sociales y culturales involucradas en la vida económica y su mutuo desempeño. Las redefiniciones que tales situaciones suponen pueden abarcar cambios operativos, materiales y simbólicos respecto de la asignación de las tareas hogareñas, de la distribución de las responsabilidades respecto del manejo de las finanzas domésticas y aun del presupuesto familiar. Semejantes cambios repercuten a su vez en los estados afectivos de los participantes, los cuales inciden de manera crucial en los microprocesos que conducen la orientación y reorientación de la vida económica en la novel situación provocada por el advenimiento del evento trágico.

El trabajo o la falta del mismo, las finanzas del hogar, la compra y venta de productos y servicios, la constitución y el pago de deudas, entre muchos otros, son cuestiones económicas que dejan huellas en las vidas más amplias de los seres humanos. Una acción económica, como tomar un crédito debido a circunstancias personales fuerzan a hacerlo, o bien comprar o dejar de comprar un bien puede significar renunciar o posponer otro proyecto, o bien tener que trabajar un poco más aún, lo cual incide en la cantidad de tiempo dedicado a la familia y, por lo tanto, en los estados afectivos conflictivos que esto supone. A la vez, la disyuntiva emocional involucrada y el significado atribuido a renunciar a determinados proyectos o el escaso tiempo libre pueden transgredir el curso de la vida económica. Tales sacrificios forman parte de la vida económica de los humanos. Sin embargo, los mismos se magnifican en escenarios extraordinarios poniendo en evidencia de manera significativa las intersecciones entre la experiencia emotiva y cognitiva, las relaciones sociales, los significados culturales y las prácticas económicas concretas. A la vez, en tales circunstancias se iluminan las formas en que los significados de esos sacrificios cambian junto a las transformaciones que los escenarios de crisis conllevan. Tales resignificaciones son al mismo tiempo reflejadas en dichas intersecciones.

En este sentido, entre otras cosas, escenarios críticos pueden revelar las conexiones entre relaciones sociales cruciales y experiencias emocionales personales requeridas para emprender actividades económicas concretas. Además, los sacrificios resultantes de la situación personal, en circunstancias extraordinarias se amplifican, lo cual se refleja en

cambios en los formatos de interacción y en la resignificación de los mismos, que a su vez incide en la vida de los sujetos.

El “caso de los espeleólogos” ideado por Lon Fuller (1949) es recuperado por Mary Douglas (1996: 19-25) para introducir su análisis antropológico sobre la relación entre las mentalidades y las instituciones. El ejemplo remite a un grupo que queda atrapado y luego de juzgar la situación en la que se encuentra lleva a cabo el sacrificio de uno de sus integrantes para alcanzar la supervivencia del resto. Las disquisiciones que suceden cuando los sobrevivientes salen a la luz, permiten a Douglas ilustrar el procesamiento resultante de las conexiones entre el pensamiento y las categorías institucionales compartidas. Debemos, sin embargo, agregar que ella –al menos respecto de este ejemplo– no enfatiza el carácter excepcional de la situación en cuestión, lo cual representa un elemento crucial cuando se procura dar cuenta analíticamente de dichas conexiones. Aduciendo que estas últimas, lejos de ser autónomas, son interpretadas por los sujetos; la antropóloga señala que los actores sociales razonan en función de sus compromisos institucionales. Esto supone la posibilidad de que existan formas de razonamiento diversas que escapan de la lógica racional instrumental. Centrando su estudio en el principio de la solidaridad, Douglas sostiene que en la medida en que los individuos compartan categorías de pensamiento, las interpretaciones subjetivas de las mismas los conducirán hacia conductas determinadas, las cuales en contraposición con el comportamiento racional; dan muestras de la compleja y mutua relación entre el pensamiento y las instituciones.

Las formas de vinculación entre el pensamiento y las categorías compartidas reflejada en el estudio de Douglas, da muestras de la intrincada relación entre el dinamismo subjetivo y la continuidad de las estructuras objetivas. El hecho de que los acontecimientos del ejemplo resulten en un sacrificio extremo (como el de un ser humano) pone en evidencia de manera significativa las intersecciones entre las reacciones emocionales y cognitivas de los evaluadores del caso y el compromiso institucional del que habla Douglas, reflejado en categorías y significados compartidos. Los juicios respecto de si dicho sacrificio es el producto de una decisión apropiada o no, serían otros si el mismo sucediera en una situación habitual. Por lo tanto, es necesario adjudicar un papel elemental a la situación en la que se pone en juego la relación entre el procesamiento subjetivo y las estructuras convencionales, si el propósito es analizar las formas de razonamiento apropiadas de acuerdo con las circunstancias.

Aunque el ejemplo de Fuller remite a un sacrificio de características extremas, representa una ilustración apropiada para indagar la relación entre las prácticas resultantes de la

articulación entre las evaluaciones cognitivas, las reacciones afectivas y las estructuras convencionales que se ponen en juego ante una situación extraordinaria. La narración de Marcela en referencia a los acontecimientos inmediatos a la explosión social de 2001 ilumina la manera en que se combinan y maniobran situacionalmente, sentimientos de miedo y preocupación frente al desenfreno social –manipulado o espontáneo– respecto de determinados razonamientos en consonancia con marcos socioculturales compartidos:

“La movilización me sorprendió, pero la represión fue más impactante, hubo muertos. Lo vi en la televisión, en el programa de noticias, el 21 de diciembre. Los días anteriores fueron muy preocupantes. El dinero en los bancos, las tomas de los supermercados.

Tenía miedo del estallido social. Mi sensación era ver a la gente que entra y devasta supermercados, sin discernimiento acerca de lo que estaban haciendo, o por ser influenciados por la gente que los indujo a hacerlo. Y los chinos, el dueño de un supermercado, es una persona como yo, un trabajador. Yo estaba preocupada por eso. Pensé que esto nos puede suceder a nosotros. En ese momento decidimos poner rejas en la casa de mi madre.

Esta gente, pensé, están tan sobrecargados de trabajo y manipulados que ¡pueden entrar en las casas en cualquier momento! Parecían animales, de verdad. Yo tenía mucho miedo. Sabíamos que eran manipulados políticamente. Si su conducta había sido espontánea, habría sido un desastre.

Recuerdo también que tenía que volver del trabajo en colectivo a la noche, eso no lo hice más porque el colectivo pasaba por lugares muy humildes. Por las dudas era mejor no ir. Por eso tomé un taxi en esos casos o un colectivo no muy conveniente, ya que tardaba mucho más en llegar a casa.

Los piquetes me hicieron sentir demasiado asustada en ese momento, pero ahora no. Creo que la gente tiene derecho a manifestarse.”

Por un lado, la misma demostración social como lo son los piquetes repercute de manera diferente en las emociones de Marcela, según se plasmen en circunstancias usuales o de crisis. Además, durante la crisis, el hecho de evitar volver del trabajo en colectivo es una decisión excepcional que incide en su vida, mediante la cual se altera el patrón usual de conducta resultando en un costo mayor (taxi), o bien en un sacrificio personal (tiempo). Aunque tales acciones efectuadas en respuesta a una combinación entre las reacciones emotivas y las evaluaciones cognitivas determinadas por la situación, no parecen ser racionales en términos del esquema costo-beneficio, para Marcela y su entorno familiar

resulta más “razonable” semejante cambio de conducta que hacer frente a una amenaza potencial, percibida de tal modo en tales circunstancias.

Las circunstancias excepcionales de la crisis iluminan las combinaciones de estados afectivos y relaciones sociales cruciales requeridas para abordar actividades económicas alteradas en tales situaciones. Dichas combinaciones se reflejan en sacrificios singulares determinados particularmente ante tales escenarios.

La vida económica es alterada por las modificaciones afectivas e interactivas que resultan de circunstancias excepcionales generadas por las crisis. Asimismo, las interacciones sociales y los estados afectivos ligados a las actividades económicas son a su vez perturbados de manera significativa en tales escenarios. La visibilidad que adquieren durante las circunstancias críticas las conexiones entre los reacomodamientos logísticos de las actividades económicas y las redefiniciones emocionales e interaccionales respecto de la situación particular, pone de manifiesto de una manera singular los efectos que las mismas tienen sobre la ejecución de la vida económica. Tales efectos se ven proyectados en particular al amplificarse el significado de los sacrificios que enfatizan la mutua incidencia de lo económico y las otras esferas de la vida.

Luego de una vida sin grandes alteraciones en el desempeño laboral, Pablo nos muestra cómo las circunstancias de la crisis y, por ende, la bancarrota del banco donde trabajaba alteraron la dinámica familiar y repercutieron en su estado emocional. Al mismo tiempo, las relaciones sociales íntimas y aquellas producto de su vida laboral anterior viabilizaron la concreción de dos nuevas fuentes de trabajo:

“Después estuve seis años en el Banco Alemán Transatlántico, de ahí me fui a una empresa de transportes, y ahí cambié de carrera en la universidad para Sistemas.

Nunca tuve ni un mes sin laburo, siempre pasé de uno a otro, cada vez con mejor sueldo. [Luego de ser despedido del Scotia Bank]. Eso fue un golpe tremendo para mi familia y emocionalmente para mí. Ahora puse con las hermanas de mi mujer esta pensión [en donde hacemos la entrevista].

Y ahora lo de Habana con otros socios, compañeros del Scotia. Tengo puesto otra pata en otro lado... dará menos que lo otro, pero... eso tiene otra ventaja que es que a las 9 de la noche cierra y chau, en cambio el hotel es siempre.”

Pese a que Pablo reconoce que tales iniciativas proveen menores beneficios, ambas lo ayudaron a paliar el sentimiento de inseguridad respecto de los ingresos familiares alterados

por el despido. Además, señala que tales modificaciones en su vida económica repercutieron también (en el caso del hotel) en el sacrificio que supone tener que cumplir con un horario de trabajo extendido. Otro ejemplo es narrado por Ariel:

“En mi caso, como en el de otros, me las arreglaba porque en mi casa había alguien más que aportaba y aquí nos daban vales como forma de pago, por eso nos debían tanto. Nos pagaban algo del salario hoy martes y el resto en vales, es decir, un poco de plata solo cuando había y el resto te lo debían.

No era un sueldo, con recibo de sueldo firmado, sino que era un poquito de plata cada vez que había plata. Te daban lo elemental para que pudieras venir al otro día. Y nos pagaban a todos igual, ese poquito de a poquito.

Eso era terrible, porque los que tenían más calificación, o sea más sueldo, cobraban el mismo puchito que el resto. Eso se arrastró en el tiempo y se hizo una deuda enorme. Pero era una situación que se aguantó durante mucho tiempo porque no había trabajo y por la promesa de que cuando todo mejorara, se volvería a la normalidad.

Familiares y amigos, no, porque todos tenían sus problemas también en ese momento. Pero en mi casa aportaba mi pareja el salario entero y yo lo que me daban. Vivíamos con muy poco.”

Estos casos revelan las intrincadas formas que se presentan en la realidad mediante las cuales las emociones inciden en las interacciones económicas y viceversa, dado que las emociones son generadas durante los procesos mismos de interacción. Las maneras con que los sujetos generan soluciones creativas a situaciones problemáticas sobre la base de emociones y relaciones sociales cruciales sugieren que en circunstancias de incertidumbre desconcertante, y aquellas caracterizadas por la incrustación emocional, hacen que la lógica medios-fines no sea un referente apropiado para llevar a cabo acciones económicas. Las acciones e interacciones económicas, particularmente ante situaciones noveles, dependen más de la creatividad que de la racionalidad de los actores para ser llevadas a cabo (Bandelj, 2009: 361).

La crisis generó situaciones extraordinarias, tales como cambios en el curso de la vida laboral, las cuales fueron experimentadas afectivamente como sacrificios en cierta medida traumáticos. Sin embargo, aún en casos en los que las reacciones emocionales vividas como consecuencia de tales sacrificios laborales, por ejemplo, se manifestaban de manera aguda, no engendraron conductas irracionales. Por el contrario, el relato de Pamela, quien toda su vida laboral se desempeñó como peluquera en un emprendimiento personal, muestra que a

pesar de la carga emocional aguda que implicó el sacrificio de tener que dejar su trabajo, incluso en un nivel tan extremo como para desencadenar pánico, ella buscó alternativas de manera creativa para adecuar razonablemente la economía de su vida ante la insólita situación. El estado emocional experimentado por Pamela respecto de dicho sacrificio refleja, a su vez, la referencia a esquemas de comprensión simbólicos en relación con la valorización personal de los oficios:

“Tuve que cerrar la peluquería en el 99, porque no entraba gente. La gente no venía, no entraban porque no trabajaban, la gente no tenía plata para venir. Yo no tenía trabajo para nada, estaba desesperada, salí a la calle a buscar trabajo y no encontraba. Bueno, y después encontré en la calle dos señoras, fui a trabajar por hora y me daban 5 pesos, y yo con eso, tenía que vivir. Y, bueno, estaba desesperada y de ahí me agarró como un ataque de pánico porque yo no sabía de qué manera resolver el problema, porque yo no tenía [...] no veía nada como para resolver mi problema porque no había trabajo. Además, los jueves yo me iba al club de los jubilados, a trabajar allá para los jubilados con la peluquería. Siempre cobrando lo mínimo para que los jubilados se corten. Era muy estricto todo y los jubilados tampoco tenían como para, no disponían de la plata. Entonces, yo hacía un precio especial y así fui pasándola [...]

Me agarraba miedo de que yo no iba a poder salir más y no sabía cómo, digo ¿cómo sobrevivo? y cuando alguna gente me decía ‘yo trabajo’, yo me asustaba, me decía ¿cómo? qué... ¿vos trabajas? Viste, porque no había trabajo.

Y, alguno trabajaba, entonces yo me quedaba y donde salía algún trabajo yo iba en seguida corriendo para trabajar.

Yo pensé. Pensé eso, ¿cómo *hago*? Y bueno, hice en ese momento lo que yo pude y lo que estaba dentro, al alcance de mi mano. Pero la pasé mal, muy mal, porque a veces no cuento, viste yo a veces no cuento a nadie. Era como mío solo y no podía quejarme, porque ya no tenía a dónde ir a quejarme. No. Porque mi hijo también estaba mal y no me podía ayudar y estaba sin trabajo también, creo que estuvo un año sin trabajo. Y con Andrea ya no podía contar porque también tenía sus cosas.

No sé qué me pasó, ¡una cosa fea! Estuve tres años así mal, mal, que ya no salía a la calle, con eso te digo todo. Y, no podía, yo no tenía esperanza de nada, decía ¿ahora qué hago? Esto va a ser mi vida para siempre, me dije yo, seguro. No sé lo que voy a hacer, digo ¿cambiará, no cambiará? Y cuando tuve que cambiar de trabajo de repente me sentí muy mal, porque no era lo mío. Yo lloraba, cuando yo iba a trabajar a lo de la señora. Yo lloraba cuando hacía el trabajo para ella, era una casa muy humilde pero eran dos señoras que vivían modestamente, y yo tenía que hacer esas cosas, limpiar los pisos o cosas que no eran

lo mío. Y decía ¿si esto no es para mí, por qué lo tengo que hacer? Pero lo tenía que hacer. No podía esperar que me diera alguna persona, con mis hijos no podía contar [...] y lo hice tres años, lo hice, iba de lunes a sábado, completando todo para poder llegar, llegando ahí no más, tampoco me sobraba un mango.

¡¡¡No, no!!! Horrible, patética la situación, no, no. Para mí fue una cosa, yo te voy a hablar de mí, para mí fue como una muerte, una cosa fea. Y la pude superar, bueno no me quedé de brazos cruzados, yo ahora me acuerdo, digo 'no puedo creer todo lo que hice', pero no es que yo reniego de lo que hice, todo es trabajo.”

Al menos temporalmente, dichas estrategias creativas coexistían con los planes de Pamela de abrir una peluquería en su casa, los cuales en tales circunstancias no podían substanciarse por razones financieras. En el plano de lo cognitivo, el proyecto de una futura peluquería no solo se manifiesta paralelamente a las reacciones emocionales provocadas por dichos sacrificios sino que, además, se combinan para dar lugar a estrategias para diseñar prácticas alternativas que provisoriamente constituyen la vida económica en circunstancias críticas. Sin embargo, los planes de mayor alcance en su economía –instalar la peluquería en su casa– se hicieron posibles recién cuando Pamela, que era divorciada, pudo recurrir a la ayuda financiera de su nueva pareja y a otras relaciones interpersonales.

“Acá puse la peluquería en 2001. Ahí en ese momento Carlos me ayudó, le digo: ‘Carlos ¡se me ocurrió, quiero, digo tengo todo!’ , porque tenía todo el negocio, habían quedado todas las cosas pero no tenía plata para comprar los productos al principio cuando no estaba con Carlos. Digo, pero necesito en ese momento, 50 pesos, ponele 80 pesos para reponer algunos productos, hacer un cartel, ponerlo afuera. Carlos dijo, ‘¡No te preocupes, yo te voy a comprar los productos, vamos a hacer el cartel!’ , fuimos, una carpintería me hizo el cartel y ahí yo empecé a arrancar otra vez.

A mí se me había ocurrido antes, cuando no estaba con Carlos, porque acá no tengo que pagar un alquiler, lo que hago, y si vos tenés un alquiler, tenés que juntar para pagar un alquiler, a parte el alquiler no es barato. Pero, en ese momento no pude porque no disponía de plata. Cuando yo cerré digo, ahora voy a mi casa y la instalo allá. Pero bueno, no pude. Y vos para poner una peluquería tenés que instalar el lava cabezas primero. Hacer un cartel, hacer una propaganda, comprar algunos productos.

Y yo iba a domicilio a hacer de peluquería, iba a domicilio y después cuando puedo me instalo acá. En el negocio no te quedaba nada a vos, yo trabajaba para el alquiler más o menos. Y pagar los impuestos. Estaba bien inscripta y todo. Más la jubilación que tenía que pagar sí o sí, o si no te multaban y bueno, después cuando cerré y puse un lugar acá, digo es

chiquito pero me voy a arreglar, y así puse acá. Pero, mientras tanto tuve que trabajar por hora como doméstica. Porque la oportunidad en la vida me dio, para que yo vuelva a trabajar de lo mío. ¿Entendés? Y, empecé otra vez y digo, bueno deo acá en las señoras, porque ahí empezó a venir más gente, algunas [...] La gente, alguna vecina mía que me conocía me ayudaba un montón porque me mandaba gente y así yo fui saliendo. Y así dejé el club también porque, no, no dejé el club, el club seguí como un año más a cortar allá, después bueno, me quedé acá en casa. Digo, voy a hacer de lo mío, lo que yo sé hacer y lo que me gusta, me quedo acá y en ese momento, también estaba Carlos que me daba una mano.”

4.4.2. Emociones desviadas

Fenómenos sociales complejos que emergen en las sociedades contemporáneas como la economía y las finanzas han dominado la atención de gran parte de los análisis antropológicos y sociológicos actuales. Dentro de este marco, situaciones inusuales como las engendradas por las crisis económicas han impulsado a tales estudiosos a abordar aquellas irregularidades constitutivas de las mismas y los consecuentes comportamientos que se desvían del curso habitual de la vida.

Tales desviaciones constituyen, sin embargo, reorientaciones de prácticas significativas enmarcadas en el orden de interacción social. Las circunstancias en las que los comportamientos desviados se insertan en la vida diaria adquieren particular relevancia para la comprensión de la manera en que los actores desarrollan sus vidas económicas, las cuales se vuelven significativas y razonables, en sus propios términos (Hobbs, 2007: 204).

La intención de comprender la posibilidad potencial del cambio social debe dirigirse hacia la observación de las microdinámicas emocionales, tanto entre los sujetos como al interior del *self*, sugiere Summers-Effler (2002) en su teorización –en el marco de la formación del movimiento social feminista– sobre los procesos emocionales concretos que desde un posicionamiento subordinado producen conciencia crítica y estimulan la resistencia. Ella sostiene su argumentación articulando la teoría del ritual de interacción de Randall Collins, en la que los sujetos maximizan el nivel de su energía emocional⁴⁵ y el modelo de *self* de Wiley, que sugiere una comunicación consciente o inconsciente entre las diferentes partes del

⁴⁵ Randall Collins (1990) distingue dos tipos de emociones: las emociones transitorias (*transient emotions*) y la energía emocional (*emotional energy*), las primeras alteran el flujo de la vida cotidiana, la energía emocional es de carácter durable y se sostiene desde una situación a otra (por ejemplo, miedo, enojo, alegría). La energía emocional da lugar al entusiasmo, la fortaleza personal, etc. (Summers-Effler, 2002: 42).

mismo.⁴⁶

Al estar en una posición subordinada dentro de un encuentro social, los sujetos –mujeres en este caso– pierden capacidad de optimizar su energía emocional y pueden reaccionar según Summers-Effler en tres formas: resistiendo, evitando o minimizando tal interacción en el futuro, o bien continuar participando en tales interacciones de manera que manejan internamente sus respuestas emocionales, minimizando el conflicto aunque esto requiera un drenaje de energía (2002: 46).

El conflicto que se produce entre experiencias afectivas que difieren en calidad o grado de lo típico o deseable en una circunstancia establecida (Thoits, 1990) deriva en *emociones desviadas*. Los sujetos son capaces de maniobrar cognitivamente y físicamente sus emociones ante la potencial emergencia de conflictos entre emociones experimentadas ante una situación determinada y las normas socioculturales que establecen formas de sentir apropiadas para cada situación (Hochschild, 1979).

Sin embargo, los esquemas de comprensión culturales respecto de cada situación en ocasiones no contemplan las formas de sentir en circunstancias extraordinarias producto de las crisis, en las que las condiciones de vida cambian abruptamente. Dado que las crisis representan instancias en donde no hay una definición clara de categorías de clasificación, en tales situaciones pueden evidenciarse tanto fallas en tales esquemas para abarcar dichas circunstancias, como lisa y llanamente la carencia de esquemas que puedan comprender las conductas o emociones apropiadas para tales situaciones. Una de estas instancias es reflejada en las situaciones anómicas resultantes de abruptos cambios sociales, que según Durkheim (1998), son aquellas en las que existe un conflicto de normas, de manera que los individuos no pueden orientar con precisión su conducta. Incluso algunos sociólogos como Merton (Espinosa, González García y Torres Alberó, 1994) han relacionado el concepto de anomia con el estudio sociológico de los comportamientos desviados.

El manejo de las emociones desviadas, por parte de los actores, requiere de un esfuerzo reflexivo y emocional que puede resolverse internamente en el *self* (derivando en depresión, por ejemplo) o puede transformarse en conciencia crítica y consecuente intención de resistencia (derivando en activismo, por ejemplo), (Summers-Effler, 2002: 50). Así, el conflicto social resultante de la inadecuación de las emociones actuales respecto de las pautas socioculturales relativas a la concordancia entre sentimiento y situación, puede retraerse al individuo exclusivamente o proyectarse en una entidad colectiva. Si las emociones desviadas

⁴⁶ Las partes que constituyen el *self* según Wily (1994) son: el yo impulsivo ("I"), el yo interactivo ("me") y el uno ("you") (Summers-Effler, 2002: 42).

son manejadas al interior del *self*, hay poca oportunidad de dar cuenta de que las experiencias propias no necesariamente son resultado de problemas personales o que no son inadecuadas. Si las emociones desviadas son por el contrario identificadas con un grupo, los problemas del *self* son vistos desde la perspectiva del grupo, permitiendo dar lugar a la legitimación de tales emociones previamente reprimidas (Summers-Effler, 2002: 50).

Ante una emoción desviada, la cual no se adecua de manera culturalmente apropiada a la situación en la que se desenvuelve, se produce una inconsistencia que deriva en condiciones de incertidumbre. En tales circunstancias, la lógica medios-fines deja de ser válida para afrontar la situación. Es entonces cuando “debido al carácter *open-ended* y contingente de las interacciones económicas, el cual invoca emociones en interacción”, los actores se ven forzados a modificar los objetivos o las estrategias durante el proceso de desarrollo de la acción, dando lugar a la *adaptación situacional* que los sujetos creativamente realizan respecto de la acción (Bandelj, 2009: 366).

La forma menos aventurada de manejar las emociones desviadas y el conflicto social que implican es hacerlo de manera represiva al interior del *self*, según Summers-Effler, lo cual incrementa el desequilibrio en la comunicación interna entre las partes del *self*. Como consecuencia disminuye la reflexividad en términos de la habilidad de pensar creativamente, lo cual representa un impedimento a la capacidad potencial de cuestionar el status quo (2002: 48). No obstante, nuestros hallazgos sugieren que aun en casos en los que las emociones desviadas son manejadas interiormente, los sujetos son capaces de procesar creativamente las intersecciones entre las circunstancias, las emociones y los esquemas culturales de comprensión. El ejemplo que nos provee Pamela muestra que el conflicto que generan las emociones desviadas no constituye un impedimento para llevar a cabo el esfuerzo creativo respecto de la reorientación razonable de las prácticas cruciales de la vida económica:

“Yo tuve que ajustarme en esa situación. Digo, en algún momento, no sé, me agarró un ataque de pánico porque no sabía, yo me agarró miedo. Había gente capaz que la pasaba súper bien, yo no la pasé bien. Y cuando yo me di cuenta de que ya era todo muy difícil, cuando yo vi que ya yo no tenía trabajo y se iba cada vez menos, entonces, vos te dabas cuenta de que estaba pasando algo. Me daba miedo todo. Yo tenía miedo de cruzar la calle, no sabía por qué, yo me quedaba acá dentro, más, cuando iba a trabajar volvía y me quedaba acá dentro. Porque tenía pánico de las cosas, que yo no iba a salir adelante, que yo veía que, ponele otra gente podía comprar un poquito más y yo no podía, yo no quería ver eso.

Y me decía, yo ¿por qué no puedo? y había otro que capaz estaba mejor que yo. Capaz que digo yo soy así o que no, digo por ahí fui yo la que, no, no era yo porque yo tenía mi oficio, nunca me quedé. Que me cortó todo, así rápido, ¿viste? Me aisló del mundo y me aisló totalmente del mundo. Yo estaba aislada. Yo me sentía mal, sí. Era como que yo me sentía disminuida de ir y veía que los demás por ahí podían comprar y yo siempre con lo justito y buscando los precios, lo más barato. Y entonces era como digo, punto, no salgo a la calle y ¡no salía!

Pero yo soy una persona luchadora, no me achico. Pero llega un momento, bueno cuando llegó el momento que te anulan. Que te dicen 'pero bueno... vos estás anulada del mundo'. Y ¿qué te queda? Yo me sentía anulada, porque no podía integrarme a la sociedad, no tenía un mango, no tenía trabajo. Era todo muyyy, no podía, era imposible. Y a mí me parecía que todo el mundo me miraba mal, ¿entendés? Era como una sensación mía y yo me sentía muy pobre, muy horrible, con toda esa situación.

Después a parte, cuando eso generó el ataque de pánico mío, viste el ataque de pánico ¿cuando vos ya tenés miedo a todo? Sí, miedo mío, yo a veces me miraba en el espejo y decía, pero... ¿quién soy? A ver, digo voy a salir adelante ¿sí o no? Siempre me miraba en el espejo del baño y lloraba, digo no puedo creer lo que me está pasando. Y siempre veía una imagen que ahora no la veo más, una imagen de Jesús, de Dios, no sé... siempre la imagen estaba en frente de mi cara, viste, yo cerraba los ojos y lo veía, o miraba y lo veía, siempre esa cara. Donde yo estaba siempre esa imagen, ahí, pero capaz que como yo pedía tanto, que alguien me mostrara algo para que yo tenga esperanza. Como esa señal, si yo estoy con vos, vos vas a... salir. Claro, y vos tenés buena voluntad, porque yo tenía buenos pensamientos dentro de mí. No era que yo era mala, aunque me decía 'pero esto, esto, no hago esto porque no', yo era humilde ¿viste?, iba ahí y me decía yo tengo que hacer.

Cuando se me ocurrió que podía poner la pelu en casa y no podía ni pagar lo básico para instalarla... me sentía horrible... Claro, no podía, digo en este momento no puedo y ya me sentía muy mal viste, muy mal viste, mentalmente, muy disminuida, mal, feo. Y bueno y yo no tenía, yo no podía pedirles ayuda a mis hijos porque Andrea tampoco estaba, ¡uy súper!, el varón creo que en ese momento estaba sin trabajo. Yo lo veía todo negro, era como que en esa parte yo tenía la culpa, pensé. Digo, capaz que yo soy la culpable, no hice bien las cosas. No, no, porque yo me esmeraba, era como que se me cortó ahí todo, y se cortó. Pero no me quedé acá sentada, esperando que mis hijos me dieran una mano, no para nada. Yo me fui al club, me anoté allá, digo mirá que yo corto acá, vengo a cortar para los jubilados, es tanto, creo que alrededor de 3 pesos paga el corte. Iba caminando, me volvía caminando al club ahí, viste que ni el colectivo estaba, era todo muyyy, con mucho esfuerzo. Y cuando iba a trabajar para la señora, a parte hacía peluquería para ella.”

Sin embargo, cuando las emociones desviadas son manejadas respecto de dinámicas sociales más amplias al exterior del *self*, tal experiencia emotiva ya no es proyectada en términos de inadecuación personal respecto de la situación sino en términos de una identificación de orden colectivo (en torno al género, en este caso). Semejante identidad grupal hace lugar a la legitimación de tales emociones desviadas y, consecuentemente, detiene el drenaje emocional caracterizado por transportar el conflicto social producido por las mismas al interior del *self*. Asimismo, la legitimación de tales emociones da lugar a la creación de nuevos marcos interpretativos de la experiencia personal y reconstituye la comunicación armónica entre las partes del *self*, promoviendo la reflexividad necesaria para comprender las emociones desviadas en términos de experiencias compartidas con el grupo respectivo y desarrollando, en consecuencia, un campo potencial de resistencia y cambio (2002: 51).

Incluso en el caso de aquellos actores que previamente a la crisis adherían ideológica y activamente a alguna entidad colectiva, la legitimación de las experiencias de desviación emocional respecto de la situación excepcional se produce mediante la reidentificación con un grupo social dado, lo cual supone un esfuerzo en el que se recombina lo emotivo y lo cognitivo como reubicación de la experiencia personal respecto de la del grupo, dando lugar a nuevas configuraciones en las acciones a llevar a cabo. El ejemplo de Ariel, empleado administrativo en una imprenta recuperada, nos introduce en la experiencia notable de las empresas recuperadas por sus trabajadores luego de su bancarrota durante la crisis de 2001.

“Era una empresa chica, familiar, había gente acá que trabaja desde chico, tenían mucha confianza con el dueño incluso como un padre.

Bueno, yo estaba enojado, pero ellos eran los más enojados porque eran los que más estafados se sentían, eran los que tenían más experiencia, mejor calificados, nunca habían hecho una huelga, nada. Eran los más amigos del patrón. [...]

Yo particularmente milito desde hace mucho tiempo en un partido de izquierda, pero ni el 19 y ni el 20 me sentí tan involucrado como cuando fue la toma de la imprenta, nunca lo había sentido tan personal. Yo no tenía cuenta bancaria y tenía trabajo. No me había sentido tan envuelto, aunque fui a la plaza el 19 y el 20, cuando se notaba algo muy grande, gente de todo tipo, señoras de barrio, chicos, oficinistas... todo mezclado.”

Aunque previamente participaba en una agrupación política, recién cuando sus emociones se ven entrelazadas personalmente con una situación en la que la continuidad de su fuente de

trabajo se pone en cuestión, Ariel nos cuenta que se siente personalmente más envuelto en una entidad colectiva que lucha por la supervivencia de la empresa. En su relato, él combina elementos que remiten a evaluaciones cognitivas entrelazadas con reacciones emotivas respecto de la situación inusual en la que se encontraba la imprenta en medio de la crisis. El manejo que Ariel hace del conflicto entre lo que siente en ese momento particular y lo convencionalmente pautado respecto de la relación entre situación y emoción, se proyecta en la adhesión previamente ideológica, reforzada luego por una reacción emotiva y cognitiva frente a circunstancias particulares, que lo acerca afectivamente al emergente grupo de trabajadores de la empresa. Así, la experiencia propia dista de ser percibida como el resultado de problemas personales o de una inadecuación entre las emociones y la situación. Por el contrario, al ser identificadas con el grupo, los conflictos personales que resultan de tales experiencias afectivas respecto de la situación particular, en vez de ser reprimidos, son legitimados y abren paso a la conciencia crítica y la resistencia (Summers-Effler, 2002: 50).

VIDAS ECONÓMICAS DURANTE LA CRISIS

INTRODUCCIÓN

El presente capítulo gira en torno al examen de los cambios en las interacciones interpersonales y su incidencia sobre la reorientación de las prácticas económicas en el ámbito doméstico, durante la crisis de 2001. Se examinan las percepciones acerca de las perturbaciones actuales o potenciales en la economía cotidiana y las estrategias desarrolladas para hacer frente a las mismas. De este modo, se muestra que la multiplicidad de sentidos que los sujetos atribuyen a las prácticas económicas habitualmente adquiere formas peculiares en situaciones extraordinarias o críticas. Mediante el análisis de la evidencia empírica sobre el proceso de combinaciones —entre elementos cognitivos, afectivos, simbólicos y relacionales— que guía el comportamiento económico diario, este capítulo despliega las formas en que semejantes microprocesos se encarnan en las decisiones domésticas que conciernen al dinero, la distribución y negociación del trabajo, así como otros factores relativos a la organización y planeamiento de la economía doméstica, tales como el consumo y la economía de los dones.

5.1. ECONOMÍA DOMÉSTICA

La adquisición de los medios de subsistencia y su administración en la esfera doméstica, han dominado la atención de los estudiosos desde tiempos remotos. No obstante, en el contexto occidental contemporáneo, la economía doméstica ha ocupado un lugar periférico respecto del modelo neoclásico (Gudeman, 1990: 12). La exhortación del colosal discurso económico hegemónico hace que la atención del público se dirija más hacia la macroeconomía. Sin embargo, lo público y lo privado se presentan a veces de manera distintiva y, otras, entrelazada. Por ello, el estudio de la lógica de la economía doméstica en el

contexto general, representa el reconocimiento del lugar significativo del ámbito privado en la economía contemporánea (Salaff, 1990).

El sentido otorgado al dinero, al trabajo dentro y fuera del ámbito doméstico, así como a las decisiones económicas privadas, establecen la posición de la economía privada dentro de la sociedad, teniendo consecuencias públicas en la construcción de la economía de gran escala. La esfera privada está arraigada cultural, institucional y estructuralmente en la vida social cotidiana, la cual tiene efectos en la política económica general (Salaff, 1990).

Para explorar la orientación que han tomado las prácticas que han constituido la vida económica doméstica en el contexto de la crisis de 2001, en lugar de poner atención a los actos individuales o decisiones aisladas respecto del contexto social, enfocamos el análisis en las interpretaciones y las acciones de los actores como miembros del ámbito doméstico. Con ello, intentamos reconsiderar la centralidad de la esfera doméstica en la economía, en particular en períodos de inestabilidad estructural.

Consideramos aquí el marco conceptual sobre la naturaleza, la configuración y el papel de la economía doméstica como figura intermedia crucial en el interjuego entre estructura social y agencia individual (Elias, 1983 [1969]: 21, 208, 209; en Preda, 2006: 144). En escenarios sociales cambiantes, la economía doméstica representa una arena de negociaciones y redefiniciones en la que los individuos juegan un rol clave a fin de reformular sus acciones en términos de la nueva realidad. Esto se ve reflejado en la manera en que los sujetos establecen un conjunto de categorías de comprensión y prácticas acordes que operan para reorganizar la vida económica en la medida en que esta se adapte a una nueva e inestable situación.

Adscribimos a las definiciones contemporáneas que revalorizan el análisis de la economía doméstica resaltando su centralidad respecto de la economía en sentido amplio. Como una ruta de escape entre el colectivismo durkheimiano y el individualismo metodológico neoclásico, el reconocimiento de la economía doméstica como una figura central en la sociedad contemporánea, responde a la necesidad por superar, en términos de Norbert Elias, las dicotomías de las categorías analíticas entre estructura y agencia incluidas en los niveles macro y micro (Olick, 1999).

Ciertos esquemas culturales en contextos históricos variables ejercen una influencia decisiva en la interpretación del entorno crítico y, en consecuencia, en las prácticas de la vida cotidiana. La interacción de variables históricas y culturales se refleja en las configuraciones que adquieren las relaciones sociales, los significados culturales y las actividades económicas durante la vida diaria en un contexto de crisis general. Sostenemos que también en tales períodos, factores personales, socioculturales y económicos están íntimamente relacionados

en el transcurso de la existencia diaria, y dan lugar al sostenimiento de la economía de gran escala. El entorno histórico circunstancial puede habilitar o limitar la influencia de dichos factores en las formas de pensar, sentir y actuar de los sujetos sociales.

Las experiencias vividas en situaciones recurrentes permiten a los actores saber cómo reaccionar tanto en circunstancias habituales como inciertas. Este supuesto, esclarecido mediante la concepción del conjunto de disposiciones encarnadas en el *habitus* de Bourdieu, o de modo similar en la formulación de Schutz sobre el acervo de conocimiento, permite una comprensión de la manera en que los actores operan en la vida cotidiana, evaluando, juzgando y ejecutando acciones singulares.

Existen circunstancias inciertas que pertenecen al ámbito de lo eventualmente posible (el panadero me dio un billete falso, o me dio mal en vuelto), que aunque requieren de nuestra atención y de una actitud reparadora, no constituyen situaciones en las que aspectos de nuestra vida económica, o peor aún, la subsistencia misma, se pone en juego. No obstante, hay otras circunstancias inciertas que, por el contrario, se manifiestan como quiebres desconcertantes de las rutinas económicas (ser despedido, no cobrar el sueldo, el cierre de la empresa propia o donde trabajamos, etc.). Las crisis constituyen momentos característicos de semejantes rupturas en el flujo rutinario de la vida económica, en los que los esquemas de percepción y valoración dejan de ser marcos válidos para guiar el comportamiento y la ejecución de acciones económicas concretas se vuelve problemática.

Contrariamente a las incertidumbres y situaciones problemáticas que emergen en el seno mismo del ámbito de lo habitual, los quiebres de la rutina en la vida económica, inherentes a las crisis, son decisivos en términos de la continuidad de la subsistencia; a estos últimos podríamos denominarlos *quiebres en las rutinas de subsistencia*. Tales circunstancias – concretas o potenciales- dan lugar a un desconcierto respecto de la manera en que el esquema de percepción conocido deja de ser competente para guiar el comportamiento, el cual puede provocar reacciones emocionales intensas que inciden, a su vez, en la orientación de las prácticas concretas.

Intentando ir más allá de la dicotomía de lo económico y lo social, los científicos sociales han desarrollado diferentes estrategias. Así, se han apoyado sobre todo en dos enfoques teóricos, el análisis estructural y el cultural (Biggart y Delbridge, 2003: 30). Aunque el análisis estructural en realidad no impugna el relato neoclásico, destaca la organización social de los mercados, su inserción en la vida social, y cómo esto provee una comprensión de las variaciones culturales en las actividades económicas. En los enfoques estructurales, la comprensión del comportamiento económico racional, de las actividades económicas

incrustadas en las relaciones sociales, y de las categorías económicas como construcciones culturales, no implica necesariamente una oposición, sino más bien exige una síntesis de estos enfoques a fin de obtener una explicación cabal de la dinámica del mercado (Biggart y Delbridge, 2003).

En el análisis cultural, el conjunto de significados compartidos actúa como un repertorio para la ejecución de las prácticas económicas. La explicación de las mismas es, por lo tanto, alternativa a la manera en que la economía neoclásica da cuenta de los intercambios económicos. Los ejemplos a continuación se basan principalmente en los enfoques culturales. Las propuestas provenientes de los mismos para desafiar el concepto de “esferas separadas”, consisten en estudiar la influencia mutua de la economía y las relaciones sociales, o en centrarse en las fronteras simbólicas entre la economía y la sociedad, y poner de relieve la porosidad de esta división arbitraria.

A fin de llevar a cabo una comprensión cabal de la evidencia empírica surgida en esta investigación, retomamos la conceptualización del trabajo relacional (*relational work*) de Zelizer (2005b), dado que destaca la capacidad de actores singulares para realizar combinaciones apropiadas entre estructuras de relaciones sociales, sistemas de significados culturales y procesos económicos concretos, durante la vida diaria. Zelizer ilustra, mediante gran cantidad de evidencia empírica (sociológica y legal) cómo la gente y la ley maniobran las conexiones entre lo que a veces parecen actividades incompatibles: las relaciones domésticas y las actividades económicas. La coexistencia de lo económico y lo privado es difícil de comprender si nos basamos en la idea de que el interés económico determina toda relación social, cayendo en la distinción ilusoria entre las esferas de la racionalidad y de las emociones. De acuerdo con lo expuesto por Zelizer, no deberíamos preocuparnos tanto si el dinero corrompe o no las relaciones sociales, sino más bien deberíamos analizar qué combinaciones de actividades económicas y relaciones personales son más efectivas y justas para los seres humanos. El dinero y la intimidad se encuentran entrelazados en la vida diaria, cohabitando y a veces sosteniéndose mutuamente en la esfera doméstica (Zelizer, 2005b).

La extensa investigación elaborada por Zelizer sobre la manera en que los actores crean y dan sentido a sus acciones económicas realizando un trabajo relacional en el que combinan relaciones sociales, transacciones, medios y fronteras, representa un análisis del esfuerzo de la gente por constituir, organizar, cuestionar y redefinir los vínculos entre lo social y lo económico, negociando composiciones apropiadas entre las relaciones sociales y actividades económicas cruciales concretas, en el marco de los *circuitos de comercio*. Estos circuitos son conjuntos distintivos de relaciones sociales en los que se desarrollan actividades económicas

compartidas. Al mismo tiempo, refieren a sistemas simbólicos también compartidos en los que la gente se basa para dar sentido a tales actividades, son delimitados por fronteras precisas, y tienen la particularidad de que el intercambio es conducido en escenarios socioculturales particulares (Zelizer, 2006b: 4).

El trabajo relacional incluye el establecimiento de lazos sociales diferenciados respecto de determinadas actividades económicas, su mantenimiento, su redefinición, su distinción respecto de otras relaciones y a veces su terminación. Estas distinciones cruciales que la gente hace permiten caracterizar una relación social y diferenciarla de otras similares. ¿Es la misma relación económica con el enfermero que cuida al abuelo en casa o la señora que nos ayuda con los quehaceres del hogar, si estos son profesionales, amigos, conocidos, contratados por medio de una empresa o recomendados por nuestra tía? ¿En qué varían las reglas del contrato de trabajo o el pago?

Según Zelizer y Tilly (2006), a través del trabajo relacional de la creación, negociación y transformación de las interacciones sociales, los seres humanos constantemente dan forma a los límites, las relaciones, las categorías taxonómicas significativas, en torno a las actividades económicas. Este proceso de articulación llevado a cabo por las diversas culturas refleja el trabajo que las personas hacen relacionalmente para el establecimiento de distinciones morales de un conjunto de actividades económicas habituales o noveles, en sus propios términos culturales.

Partimos del supuesto de que las maneras en que las estructuras objetivas (sociales y simbólicas) influyen en el modo de pensar, sentir y actuar económicamente, se enmarcan en situaciones singulares que acontecen en un entorno histórico circunstancial. Tales situaciones constituyen el marco en el que los actores se ubican para combinar relacionalmente la experiencia subjetiva, lo sociocultural y lo económico en el ámbito cotidiano. Como hemos visto, las experiencias subjetivas respecto de las situaciones extraordinarias propias de la crisis de 2001, remiten a procesamientos de información sorpresiva involucrados en la determinación de la conducta económica, los cuales son atravesados por dimensiones cognitivas, emocionales y relacionales. Estos últimos son caracterizados por el posicionamiento de los actores respecto de sus redes de interacciones interpersonales que intervienen en la vida económica; las mismas señalan el carácter negociado de la determinación de la conducta económica.

Las combinaciones, producto del esfuerzo creativo, no solo consisten en estrategias razonables de acción, sino que a su vez dan lugar a múltiples significados que los sujetos atribuyen a fenómenos de índole económica, tales como el dinero, el trabajo y las decisiones

respecto de la organización económica privada. Por ello, es necesario no confundir la economía como disciplina y su objeto (Meillasoux, 1993: 17).

5.2. DINERO

La antropología se ha dedicado a comprender y demostrar la complejidad de las sociedades llamadas “exóticas”, las cuales a los ojos occidentales representaban etapas primitivas de la evolución social. Así, ha sido reconocida la diversidad de lógicas que las complejas instituciones y estructuras de relaciones sociales de las diferentes culturas ilustran desafiando las dicotomías etnocéntricas: occidental/no occidental, moderno/no moderno, monetarias/no monetarias, racional/no racional, todas definidas en términos negativos con arreglo a criterios occidentales. De este modo, la particularidad de la racionalidad occidental emergió dejando de lado su aspiración universalista y se convirtió en una construcción característica de la modernidad de la cultura de Occidente.

El dinero constituye uno de los componentes más notables de la economía contemporánea, y por ende, de la vida económica doméstica actual. El supuesto de que la moneda es por naturaleza un medio de intercambio homogéneo ha sido cuestionado recientemente en el ámbito de las ciencias sociales. En la esfera doméstica, el dinero adquiere diversos sentidos según el contexto social en el que se utilice (Zelizer, 1994). Un peso ganado no es lo mismo que un peso regalado, ni tampoco lo es un peso obtenido mediante un acto de corrupción.

La idea divulgada de que la característica primordial del dinero es su uniformidad y transferibilidad tiene raíces en la perspectiva economicista del sistema monetario racional dominante. Esta considera que no son los individuos sino las organizaciones y los gobiernos los que pueden distinguir diversas formas de dinero como elementos centrales de las economías capitalistas (Zelizer, 1994: 200). Aunque teóricos clásicos como Simmel proveyeron notables observaciones sociales acerca del dinero, fallaron en considerar la capacidad ingeniosa de los actores sociales para personalizarlo y diferenciarlo según su inserción en los diversos ámbitos privados, creando una multiplicidad de significados de manera paralela a aquellos provistos desde la esfera pública (Zelizer, 1994: 201).

En la actualidad, existe un acuerdo entre los estudiosos sociales contemporáneos sobre la diferenciación social del dinero, no solo en las economías exóticas sino también dentro de las sociedades monetarias occidentales, en las que las relaciones sociales y las pautas culturales proveen el marco para que los actores redefinan el sentido del dinero en sus propios términos.

Al respecto, de manera simultánea a la homogeneidad física del dinero moderno, este es categorizado cuantitativa y cualitativamente por los individuos en la medida en que la cultura abre paso a su diferenciación en los diversos espacios de la vida cotidiana en tanto es destinado para distintos propósitos. Los antropólogos tempranamente han advertido acerca de la existencia de este proceso social de diferenciación del dinero en las culturas exóticas, pero solo últimamente los científicos sociales han acordado, por un lado, sobre la aplicación en las sociedades occidentales contemporáneas, y por el otro, sobre la dimensión microsocial que este adquiere reflejando el esfuerzo de los actores singulares.

Sin embargo, muchos antropólogos, influenciados por los modelos económicos, han establecido una dicotomía entre el dinero destinado a fines especiales y el dinero reservado para cualquier propósito, dada su característica de transferibilidad en los intercambios. En estos casos, la poderosa herramienta analítica provista por la antropología del reconocimiento de procesos por los cuales las culturas proveen disímiles significados al dinero, y la consecuente diferenciación y multiplicidad del mismo, es resignada frente a la idea de la uniformidad del dinero moderno (Zelizer, 1994: 22).

Sin embargo, aunque el dinero con frecuencia tiene una funcionalidad económica, como medio de intercambio, la antropología contemporánea ha demostrado mediante hallazgos empíricos que en muchas culturas adquiere funcionalidades sociales al ser utilizado como elemento ritualizado, por ejemplo. De esta manera, es redefinido de acuerdo al marco cultural en el que adquiere sentido.

En un extenso trabajo etnográfico, Althabe (2001) examina el tratamiento singular del dinero en el contexto malgache colonial. En la percepción de los habitantes de Madagascar, el dinero reflejaba de modo simbólico la relación de dependencia y dominación; el sentido que adquiriría en el contexto de la recaudación impositiva, ilustraba la intersección entre la economía colonial y la administración doméstica. El rol cultural atribuido al dinero en la forma de impuesto, revelaba la materialidad de la sumisión. Así, cuestionando y degradando el poder colonial, los intercambios monetarios rituales, en tanto puestas en escena del mercado, lo inscribían en lógicas no estrictamente económicas (Althabe, 2001).

En la percepción de la cultura occidental, un componente central de la economía como lo es el dinero tiene el poder de diluir cualquier diversidad cualitativa culturalmente categorizada. Desafiando esta posición, Parry y Bloch (1989) demuestran, por un lado, que lejos de universalizar o corromper especificidades culturales, el dinero es simbólicamente representado, en tanto las culturas le asignan una valoración moral en términos de su propia visión del mundo. Por otra parte, esta aparente diversidad de significados culturales en las

distintas sociedades revela, según los autores, un patrón general de articulación cultural entre un ciclo de intercambios a corto plazo y uno de intercambios comunitarios de larga duración, caracterizados por la reproducción del grupo. A través de una colección de etnografías, proporcionan una explicación de cómo las distintas sociedades incorporan la práctica monetaria occidental a través de procesos culturalmente distintivos. Estas consisten en la apropiación en todos los casos negociada y resignificada del dinero basada en la valoración moral en términos de su propia comprensión cultural. Por lo tanto, las culturas negocian relacionamente la condición moral de los intercambios monetarios dando forma a los límites y categorías según la nueva realidad. Para entender la forma en que las representaciones simbólicas de las actividades económicas foráneas son culturalmente variables, tanto en espacio como en tiempo, es fundamental comprender el proceso dinámico y negociado de generación de mecanismos de articulación de la realidad habitual y de una nueva situación.

La diversidad simbólica demostrada por la perspectiva antropológica, no solo se refleja en las formas en que las distintas culturas otorgan sentido al dinero “foráneo”, sino también en las variadas maneras en que los actores en la sociedad occidental contemporánea lo hacen de acuerdo con las relaciones y prácticas sociales (Zelizer, 1994). Asimismo, el proceso de articulación entre los patrones conocidos y las situaciones noveles, no solo es ilustrado en contextos culturalmente variables, sino también dentro de una misma sociedad e incluso a nivel microsocioal.

La variabilidad de las formas que toman las vidas económicas en un contexto de crisis, permite además dar cuenta de la manera en que los sujetos combinan lo económico y lo social en circunstancias históricas concretas, así como revelar en qué medida factores contextuales, sociales, culturales y psicológicos inciden en las acciones económicas de la vida diaria. Las relaciones sociales y los significados culturales influyen de modo decisivo en las formas que toman las decisiones económicas cotidianas (Zelizer, 2005b; DiMaggio, 1994). A su vez, ambas se insertan en contextos históricos cambiantes, que suponen marcos para su interpretación y aplicabilidad.

Desafiando la noción tradicional del dinero como neutral, impersonal e intercambiable, Zelizer demuestra su carácter significativo, subjetivo y no fungible, regulado por convenciones sociales y culturales (Zelizer, 1994: 203). En la economía monetaria occidental, los usos del dinero en el ámbito doméstico manifiestan el ingenio de los actores en apropiarse simbólicamente del mismo de acuerdo con las actividades socioculturales dinámicas y complejas en las que se inscribe según las diferentes áreas de la vida social.

El dinero es diferenciado socialmente. En el transcurso de la vida diaria, la gente realiza un esfuerzo creativo por clasificarlo en términos de sus variadas actividades y relaciones sociales. Además, adquiere significados múltiples mediante la creación de sentidos distintivos que las personas hacen en ámbitos sociales diversos.

A pesar de ser visto como la herramienta de la esfera económica contemporánea por excelencia, el dinero es profundamente influenciado por estructuras sociales y esquemas de comprensión culturales. Esta característica social y cultural desafía la uniformidad y neutralidad otorgada por la narrativa neoclásica que domina el discurso corriente (Zelizer, 1994). La consideración del sentido simbólico del dinero desdibuja la aparente separación entre lo económico y lo sociocultural asociada con la modernidad.

Mientras Althabe (2001) o Parry y Bloch (1989) demuestran cómo el aspecto simbólico del dinero moderno desafía la propiedad de la intercambiabilidad clásicamente definida por la teoría económica, Zelizer y Tilly (2006) hacen referencia a la relación entre las relaciones sociales y prácticas económicas y Thaler (1999) se centra en las raíces psicológicas de la falla de la intercambiabilidad del dinero. Desde distintos niveles analíticos –cultural, social y psicológico– todos se ocupan de enfatizar la propiedad múltiple del dinero moderno, desafiando el criterio hegemónico de supuesta fungibilidad.

Zelizer y Tilly se ocupan de las prácticas sociales de *asignación* (*earmarking*), que refieren a la operación de categorización de ciertas actividades económicas que los actores realizan durante la vida diaria. Ellos señalan que hay que reconocer cómo las relaciones sociales pueden cambiar las categorías, y que los orígenes de las mismas deben ser considerados. Por otra parte, muestran cómo los agentes, inmersos en interacciones sociales diarias, establecen categorías y fronteras, delimitando el campo de las actividades económicas circunscriptas a ellos. Para estos autores, las fronteras crean un conjunto de categorías respectivas, no solo entre locales y forasteros, sino también entre nosotros y ellos, merecedor de y no merecedor de, íntimo e impersonal, conocido y amenazador. Los patrones culturales y los procesos cognitivos afectan la percepción y el uso de tales categorías; las mismas emergen de la interacción social y sus contenidos dependen también de esta. La interacción genera un conjunto significativo de categorías conectadas. A su vez, estas dependen de la interacción entre fronteras socialmente mantenidas, relaciones dentro y a través de las fronteras. Además, las categorías implican sistemas de contabilidad mental que son complementados con prácticas de demarcación, señalizando combinaciones entre determinadas actividades económicas y relaciones sociales distintivas. La labor de dar forma a las fronteras, sistemas de contabilidad mental y categorías, es realizada continuamente mediante el *trabajo relacional*, a

fin de establecer, negociar, transformar y terminar relaciones interpersonales ligadas a ciertas prácticas económicas.

Aunque esto parece guardar relación con la idea de la *contabilidad mental* de Thaler (1999), Zelizer y Tilly cuestionan su similitud al referirse a esta última como un tipo de mecanismo psicológico de asignación, argumentando que tiene que ver con aspectos más cognitivos que relacionales, contrariamente a la “asignación” en tanto prácticas que articulan elementos socioculturales y cognitivos. Estos últimos aseveran que toda contabilidad cognitiva está inserta en las relaciones sociales.

Según Thaler, los sujetos se involucran en la *contabilidad mental* mediante la cual sus activos son categorizados y segregados en locus separados; tales recursos son intransferibles de un locus a otro. Los miembros de las unidades domésticas hacen uso de un conjunto de operaciones cognitivas distintivas a fin de organizar y evaluar sus actividades y decisiones económicas (Thaler, 1999: 184). Así, la contabilidad mental, mediante la creación de fronteras, viola la fungibilidad del dinero, afectando el consumo y otras transacciones económicas. La función de valor de los recursos asignados en cada locus, que determina la utilidad derivada de una transacción, depende de la evaluación subjetiva y no de comparaciones racionales.

Las relaciones sociales en general y las privadas en particular, son por naturaleza heterogéneas, por lo tanto, el dinero no es homogéneo. La esfera doméstica consiste en un ámbito muy sensible en lo que concierne a la distinción del dinero. Asimismo, un entorno de crisis general pone en cuestión las pautas de asignación privada del dinero dadas por sentado en otras circunstancias. El análisis de la influencia mutua entre lo económico y lo cultural reflejada en la esfera doméstica, resulta iluminador en particular cuando se enfoca en momentos de crisis económicas, es decir, aquellos en que los significados culturales se intersectan con realidades económicas cambiantes. Estos períodos constituyen una situación ideal para investigar el producto de tales intersecciones y sus efectos en la existencia de los individuos.

El transcurso de la vida económica doméstica se forja en el proceso por el cual los sujetos combinan categorías culturales y elementos de la experiencia personal, en el marco del orden de interacción social, resultando en el interjuego de fuerzas que derivan en actos económicos concretos (Preda, 2006: 144). Las prácticas económicas no son productos puramente individuales, sino que se constituyen en términos del procesamiento cognitivo de la articulación de elementos provenientes de la experiencia personal, del sistema de significados culturales y de la interacción social. Preda (2006: 143-144) recurre a la noción de *figura* para

indagar sobre la naturaleza, la configuración y el papel de los actores insertos en un marco de interacción social, la cual permite dar cuenta de las intersecciones entre la estructura social y la agencia individual, que se encuentran en la realidad económica cotidiana. Pero, si la vida económica se organiza de tal manera durante los períodos en los que el orden social transcurre habitualmente, ¿qué es lo que sucede cuando se producen acontecimientos que perturban las actividades cotidianas, obligando a la gente a hacer frente a nuevas condiciones?

La manera en que el dinero es asignado para determinados destinos domésticos se encuentra en estrecha relación con la forma de las relaciones sociales y el significado que estas le atribuyen. En la esfera doméstica a menudo se asigna dinero para el consumo de bienes o servicios esenciales, o para aquellos considerados de lujo, para celebraciones rituales, para pago de deudas, etc. Los pagos monetarios en las diversas dimensiones de la vida doméstica adquieren significados distintivos en tanto son atravesados por las interacciones sociales en las cuales se encarnan y por significados culturales, ambos enmarcados en un entorno histórico variable.

Una pareja que sale a pasear y toma un café. ¿Quién paga la cuenta? ¿Es el hombre quien debe hacerlo? ¿O la comparten? Los esquemas culturales y las relaciones sociales inciden en la manera que los actores definen la asignación y el sentido del dinero. ¿Qué sucede si el participante masculino de la pareja es quien está desempleado y la participante femenina mantiene su trabajo? ¿Quién paga? Situaciones noveles provocadas por entornos cambiantes ponen en cuestión pautas de comportamiento preestablecidas, iluminando el carácter dinámico y negociado del esfuerzo relacional de la gente al realizar combinaciones apropiadas entre lo económico y lo social.

Zelizer (1994) muestra, por ejemplo, cómo el dinero regalado o donado se ve simbólica e incluso físicamente diferente al de los ingresos, tanto si el regalo es un billete o una cosa. Del mismo modo, Thaler está de acuerdo en que la forma del dinero, o el contexto en que se ha recibido, puede influir en cómo la gente piensa sobre él. Asimismo, las personas toman decisiones diferenciales de compra cuando el pago es en efectivo o con tarjeta de crédito. Una pérdida o una ganancia se perciben de manera diferente si se traduce en efectivo, en su equivalente en un cupón o en fondos electrónicos. Estas percepciones tienen importantes implicancias en la comprensión de las estructuras económicas diarias. A su vez, los sistemas simbólicos culturales, las formas de las interacciones sociales y las experiencias personales, todas enmarcadas en escenarios históricos particulares, tienen efectos decisivos en tales percepciones y en las prácticas que las mismas viabilizan.

La investigación empírica de Charles Smith (Swedberg, 1993: 176-191) sobre la construcción social del valor de ciertos bienes entre los participantes de diversas subastas, provee ejemplos de situaciones en las que el significado del dinero es solo un indicador de intercambios basado en las emociones y en la negociación en las relaciones interpersonales al interior de las unidades domésticas. Smith concluye que la valorización de los objetos presentados en las subastas, es el producto de la interacción social puesta en escena, lo cual no resulta del agregado de evaluaciones individuales sino del conjunto de evaluaciones respectivas influenciadas el resto. El valor de un bien resulta entonces del juicio colectivo de los participantes de la subasta, más que de los juicios individuales, contrariamente al supuesto neoclásico.

Las prácticas económicas como los usos del dinero en el seno de la esfera doméstica, las divisiones del trabajo del hogar o la organización de la vida económica diaria son influenciadas por las estructuras sociales y los sistemas de significados culturales.

En el escenario de la crisis de 2001, la escasez de dinero en general, dada la falta de trabajo, y la insuficiencia de efectivo en particular, hizo que para algunos, que todavía tenían acceso al mismo, el dinero adquiriera nuevos sentidos. El consumo de ciertos servicios, inaccesibles en otros momentos, se volvió una posibilidad efectiva para determinados sectores de la población, ya que la demanda había mermado y los precios se habían estancado.

Para Andrés, un empleado bancario que mantuvo su puesto de trabajo durante la crisis, el dinero asignado para realizar su boda, evento ritual que cultural y socialmente supone la canalización de emociones íntimas y de elementos sociales tales como el estatus, debía ser utilizado para pagar un salón que se acomodara a su nivel de ingresos. Él nunca hubiera pensado en recurrir al “mejor salón de Buenos Aires”, aunque este favoreciera la demostración de estatus que la ceremonia requería. Sin embargo, aunque el dinero asignado era el mismo, dadas las nuevas condiciones establecidas por la crisis, adquiriría un nuevo significado para Andrés ya que le permitía acceder a un servicio inaccesible en otra situación:

“Yo me casé durante la crisis. Era un buen momento para mí, porque nadie tenía dinero, la mayoría de la gente estaba en bancarota. Por eso, nosotros, que no estábamos tan mal, pudimos conseguir el mejor salón de Buenos Aires por un precio aceptable en pesos.”

Asimismo, el contexto circunstancial se articula con los esquemas culturales y las relaciones sociales dando lugar a nuevos sentidos simbólicos del dinero. Categorías culturales como el estilo de vida influyen relacionalmente en los múltiples significados atribuidos al

dinero según los diversos ámbitos privados en los que se utiliza. A su vez, el escenario crítico enmarca tal incidencia de manera que la misma cantidad de dinero asignada para “ir a la disco” en otro momento, se volvía cuestionable, como resultado de una decisión frente a la incertidumbre contextual o de la “moda” de adecuarse a la situación crítica del entorno, a pesar de no padecerla en lo privado. Los 20 pesos categorizados cuantitativamente eran los mismos que permitían el acceso a un servicio, pero cualitativamente se distinguían situacionalmente:

“Mi esposa y yo teníamos trabajo, pero no éramos los más ricos. Vivíamos bien, pero igual tratábamos de recortar costos, por las dudas. Recuerdo que pedimos un descuento en nuestro alquiler y lo aceptaron. O en lugar de ir de Luna de Miel a Hawai, fuimos a Tandil. No teníamos problemas económicos, pero notábamos fuertemente la inestabilidad y el desempleo. La cuestión no era ni cambiar de estilo de vida, ni vivir con excesos. Recuerdo que antes de la crisis pagábamos 20 pesos solo para entrar en una disco, y durante la crisis, ¡ni locos lo hubiéramos hecho! No fuimos más a lugares caros, además ya no era bien visto. Por ejemplo, incluso en el banco, en donde todos estaban bien financieramente, antes era *chick* decir que tenías dinero, pero durante la crisis se volvió casi de moda decir ‘no tengo dinero’. De repente, todos, incluso los más ricos del banco, decían ‘yo no puedo pagar eso’. Y eso no era cierto, aun cuando ellos tenían quizás un poquito menos que antes. Creo que era como una moda, quizás debido al contexto social.”

El contexto de inestabilidad pone en evidencia el carácter dinámico del esfuerzo relacional de combinación entre las relaciones sociales y las actividades económicas. Aunque las relaciones sociales y los significados culturales influyen de manera decisiva en las formas que toman las decisiones económicas cotidianas, el entorno crítico supone de modo distintivo un marco novel de interpretación que permite negociar, cuestionar y redefinir la relación entre lo económico y lo social. Alberto, tornero de oficio y dueño de una pequeña tornería, muestra la forma en que el contexto de la crisis pone en cuestión las estructuras personales de *asignación* (*earmarking*), que refieren a la operación de categorización de ciertas prácticas económicas que los actores realizan durante la vida diaria. Asimismo, el relato de Alberto muestra con claridad la forma en que sus actividades económicas se entrelazan con factores emotivos que a su vez se combinan mutuamente con alteraciones en las relaciones sociales. Tales intersecciones constriñen y al mismo tiempo viabilizan la continuidad de sus finanzas personales. Las circunstancias particulares en el marco de un escenario inusual iluminan así la conexión entre las actividades económicas y el resto de las dimensiones de la vida. Esto se ve

reflejado en situaciones determinadas en las que las relaciones sociales y las reacciones afectivas se intersectan con la vida económica, forzándolo a modificar obligaciones, posponer deseos, sacrificar tiempo personal, o redefinir el significado de ciertas prácticas cruciales para la vida. El extracto que sigue, de la entrevista con Alberto, da cuenta de ello:

“Antes de la crisis, cuando tenía dinero, prefería comprar máquinas o un auto, pero luego solo tenía dinero para vivir. Hasta el 96 tenía dos empleados en la tornería. Luego los tuve que despedir porque no había trabajo. Les pagué la compensación que correspondía, con mucho esfuerzo, mitad en dinero y mitad en instalaciones. [...] Yo vivía con mi madre entonces, debido a la situación. Pero yo no tenía graves problemas personales a pesar de que trabajaba completamente solo y hacía lo que podía, recolectaba algo de dinero porque mi madre me apoyaba. Pero yo tenía una terrible sensación de soledad. Le di a mi madre algo de dinero y por eso no me quedaba mucho. Con lo que me quedaba pagaba la deuda que tenía. A pesar de estar indignado, me sentía emocionalmente tranquilo. El problema financiero era de verdad complicado porque no tenía recursos para contratar empleados. El pago de la deuda absorbió todo mi dinero, así que tuve que trabajar muy duro, incluso los domingos. Debido a un problema financiero, y porque sentía la soledad, los domingos trabajaba por la mañana y luego iba a comer con mi mamá. Trabajé hasta el sábado por la noche y los domingos hasta el mediodía para pagar la deuda. Obtenía dos dólares por hora, que no era mucho pero yo hacía la siguiente estimación: yo tenía dos tornos automáticos y si hice el trabajo de 10 horas, que podría conseguir 20 y 20 dólares, ya que son automáticos, además de 20 dólares, porque trabajé con una máquina manual, que podría conseguir 60 dólares. Eso era mucho dinero para mí, 60 dólares por día. De esta manera podría sobrevivir económicamente hablando. Yo solo tenía la hipoteca porque había cancelado todo. Solo las deudas, los cheques a los proveedores [...]”

El dinero asignado para el consumo de bienes durables, considerado como inversión a largo plazo, adquiere un nuevo sentido al deber ser usado para pagar las compensaciones a los empleados despedidos. Del mismo modo, la situación contextual provoca cambios en las relaciones sociales, las cuales a su vez tienen nuevos efectos en las prácticas económicas. Al despedir a sus empleados, Alberto tuvo que trabajar solo, y debido a esa situación no pudo sostener el nivel de ingresos previo. La posibilidad de recurrir a la convivencia con su madre, le permitió trabajar intensivamente a fin de lograr un sustento mínimo y afrontar el pago de su deuda, lo cual constituyó un objetivo incuestionable para él.

Aunque los actores definen, negocian y redefinen la asignación y el significado del dinero, basándose en esquemas simbólicos culturales y en relaciones sociales concretas, las situaciones noveles provocadas por un entorno de crisis ponen en evidencia de manera peculiar tales mecanismos de intersección cuestionando pautas de comportamiento habituales y haciendo necesaria la reinterpretación de tales combinaciones entre lo económico y lo social en ese contexto.

Para muchos, como para Raúl, un fotógrafo con un ingreso inestable, no era lo mismo ganar en pesos que en dólares. Su relato refleja la complejidad que significa semejante apreciación del dinero obtenido como ingreso y las repercusiones que esto implicaba en la vida diaria, incluso respecto de la imposibilidad de afrontar una deuda de ABL. Con el fin de encontrar la forma de hacer frente a la misma, el manejo cognitivo y emocional de tal situación conflictiva se sostiene sobre aspectos interrelacionados que hacen referencia a conexiones deliberativas y concretas entre la Justicia y el Estado, por un lado, y a la necesidad concreta de recurrir a la ayuda de su hija:

“Mi mujer, como maestra, en esa época ganaba 580 pesos, pero con esos 500 yo podía comprar dólares. No había inflación. Pero después, no. Yo ya cobré porque hice juicio. Retiramos los 15.000 dólares del Banco Ciudad, pesificados a 1,4 de la cuenta sueldo de mi mujer. Además, yo tengo un juicio por daños y perjuicios, porque tenía una deuda de ABL de 5.000 pesos y no los podía pagar. Entonces, yo decía: ‘devolveme y te pago la deuda, si no, no’. Mi hija, durante el corralito, me depositó un cheque para pagar un poco de esa deuda y para mí para vivir [...] Y ahora va a volver a pasar lo mismo. Yo le dije a mi mujer que tendríamos tener nuestros 15.000 pesos en vez de en la cuenta sueldo del banco (que no nos da intereses), sacarlos y tenerlos en nuestra casa y ella me dijo ‘¡pero, no! No pueden tocar una cuenta sueldo’. Siempre pensábamos en alguna enfermedad. Yo tenía la suerte de no depender de ese dinero dado que mi señora cobraba un sueldo mensual de maestra. Porque yo, como fotógrafo *free-lance* [...] Igual sacábamos lo que se podía sacar. Ahora no tengo más auto ni moto y por eso viajo en colectivo que hacía mucho que ya no viajaba. Todo bien, excepto cuando vamos al supermercado y compramos en cantidad que tenés que depender de un remis.”

Los sujetos no reflexionan sobre si las relaciones sociales deberían involucrar o no actividades económicas, sino que elaboran combinaciones apropiadas entre relaciones, medios y transacciones, dando sentido a sus acciones económicas. Tales combinaciones ilustran la capacidad relacional de crear, categorizar, cuestionar y redefinir los vínculos entre lo social y

lo económico. La cuestión es combinar la forma correcta de pago monetario con la interacción social en la que se plasma. La combinación depende de la definición significativa de los lazos sociales requeridos para emprender actividades económicas. Para ello, los actores adoptan símbolos, rituales, prácticas y formas de dinero físicamente identificables, a fin de demarcar relaciones sociales distintivas. En este trayecto, los mismos llevan a cabo una labor relacional al crear combinaciones viables entre lazos personales, transacciones, medios de cambio y fronteras. Prácticas económicas tales como: compras, contratación de servicios, presupuestos del hogar, provisión de seguridad de salud o de jubilación o regalos ceremoniales, involucran a los participantes en tanto seleccionan medios apropiados para el pago, combinando esos medios con transacciones, disponiendo diversos sentidos a sus relaciones sociales, y demarcando fronteras que separan las relaciones privadas de otras con las cuales podrían ser fácil y peligrosamente confundidas (Zelizer, 2005).

5.2.1. Crédito

En principio, ninguna diferencia substancial separa el crédito del dinero. Ambos refieren a reclamos legitimados de valor y se prestan para el intercambio. Sin embargo, el crédito implica intercambios intertemporales. Ambos, el dinero y el crédito, en tanto forma promesa de pago, tienen efectos que van más allá de lo económico, y a su vez, son influenciados por factores no económicos (Carruthers, 2005). Mientras el dinero es definido, en términos tradicionales, como generalizado, inmediato y transferible –como hemos visto y cuestionado hasta aquí–, el crédito consiste en una forma de pago no generalizado, diferido y variablemente transferible (Carruthers, 2005: 356).

Como hemos señalado, el dinero es clasificado en diversas categorías por los actores sociales de manera presupuestaria, normativa o cognitiva, alterando su supuesta fungibilidad, propiedad que es violada con frecuencia en la vida económica diaria. Es así diferenciado, apropiado y domesticado (Zelizer, 2005a). De manera similar, los acreedores y deudores hacen menos fungibles sus préstamos de acuerdo con las relaciones sociales en las que se inscriben. Asimismo, el carácter negociado de la instancia del crédito, por parte de los participantes, constituye un punto central en las relaciones sociales de tales obligaciones económicas (Carruthers, 2005: 369).

La dinámica social del crédito ilustra las variadas combinaciones entre relaciones sociales y económicas que se presentan en las evidencias. El acceso diferencial al crédito, las

relaciones entre acreedores y deudores, las representaciones culturales del crédito, las prácticas sociales que el mismo viabiliza en determinados contextos, son algunas de las problemáticas en las cuales se refleja la intrincada relación entre los aspectos socioculturales y los económicos.

En el escenario anterior a la crisis de 2001, encontramos evidencia concerniente a la extendida práctica del crédito, en particular entre los sectores de más bajos recursos. La posibilidad de acceder a un crédito, implica en el caso de Juan y Ana, la única forma de adquirir bienes como electrodomésticos. Por diversas razones, la suspensión progresiva de la posibilidad de comprar a crédito, o de acceso a un crédito, simboliza para ellos no solo un decrecimiento en el nivel social al que pertenecen, sino también una depreciación del estilo de vida. Además de entrañar un desequilibrio en las finanzas familiares, las secuelas que conlleva la deuda a pagar, suponen en el relato provisto por Juan, una frustración por no poder “disfrutar de sus beneficios”, dado que la variable intertemporal del crédito tiene efectos en la representación diferida que los actores realizan del intercambio:

“Durante la crisis, el poder adquisitivo disminuyó mucho. Destruyó mis finanzas personales. Yo había conseguido un préstamo, tenía una tarjeta de crédito y terminé perdiendo todo. Tuve que pagar por todo [...] Me fueron sacando todo. Esta situación me destruyó. Perdí mi tarjeta [de crédito], tuve que devolver todo. Tenía crédito en Garbarino [electrodomésticos]. Mi poder adquisitivo cayó, porque tenía que pagar todas las deudas. Hasta ahora no puedo disfrutar de algunas cosas porque tengo que pagar esas deudas. Tengo que pagar sin disfrutar de las cosas. Antes yo podía pagar los créditos para comprar artefactos para el hogar, ir de vacaciones o comprar ropa. [En ese momento] me compré la lavadora, el televisor. Hoy en día, después de la crisis, ya que no tengo crédito, no pude comprar nada más. Con la crisis he perdido el crédito, ya que no pude pagar ¡y te ven como un delincuente! [...] Personalmente, la crisis me destruyó, me mató. Yo había tenido crédito para comprar electrodomésticos, ropa o para ir de vacaciones. Compré el congelador y el televisor, pero después no podía ni siquiera pagar el crédito. También tuve un crédito para pagar el cumpleaños de 15 de mi hija. Yo no podía pagar más y me sentía como un delincuente delante de la gente que me dio el crédito, pero fue solo porque en mi fábrica no nos pagaban. El Gobierno tiene la culpa porque no nos protege [...].”

También vemos la relevancia de las relaciones sociales que facilitan el acceso al crédito. Usuarios legítimamente autorizados para emplear una tarjeta de crédito, no son los únicos que se benefician de tal medio de pago. Ciertas relaciones personales en el seno de una familia

extendida constituyen la base de una compleja trama de obligaciones sobre la que se sostienen diversas prácticas económicas. Asimismo, en el caso de Ana, el único miembro de la familia que tiene acceso a una línea de crédito, representa para los demás, el punto de articulación entre la economía doméstica y la economía del mercado:

“Antes podía comprar algo más que comida, por ejemplo electrodomésticos, pude comprar un televisor y cambiar la heladera que tenía desde hacía 35 años. Todo esto porque podía pagar a crédito. Tenía una cuñada, con la que me llevaba bien, y usaba su tarjeta de crédito porque yo no podía tener una porque mi salario es en negro. Ella pagaba y yo le daba la plata cada mes por las cuotas. Pero después, yo ya no tenía esa posibilidad porque ni siquiera a ella le daban la tarjeta. Después de eso todo cambió porque los pagos tenían que hacerse por el banco y yo no tenía cuenta. Además, yo tenía plata solo para pagar comida, nada más.”

Desde la perspectiva de aquellos que facilitaban el acceso al crédito para la compra, por ejemplo de vestimenta, también se evidencia un proceso de diferenciación de dicha forma de pago. Tanto la experiencia de los deudores como la de los acreedores pone en evidencia la no fungibilidad y la naturaleza negociada interactivamente de los préstamos de acuerdo con las relaciones sociales relevantes en tales transacciones y los significados atribuidos a las mismas.

Celia era propietaria de una boutique en un barrio humilde de la Capital. Ella provee su punto de vista respecto de los cambios acontecidos durante la crisis en relación con la modalidad del préstamo para la compra de ropa. Las circunstancias extraordinarias la obligaban a dar mercadería a crédito, aun cuando la mayor parte de sus clientes no cancelaban sus deudas. Según ella, aunque era inevitable vender mediante esa variante, dada la situación generalizada de crisis, en numerosas ocasiones las deudas impagas eran reflejo de aspiraciones financieras personales para aprovechar la situación de inestabilidad. Este relato muestra que en tales circunstancias transaccionales se ponían de relieve ciertas conductas en interacción, en tanto desvíos de pautas culturales respecto del cumplimiento de tales obligaciones, las cuales desencadenaban reacciones afectivas y cognitivas, que a su vez daban lugar a redefiniciones del significado de esas prácticas. En el extracto a continuación, provisto por Celia, se plasman dichas cuestiones:

“Yo tenía miedo también de lo que pasara con mi negocio, lo que luego pasó, porque muchas clientas me debían dinero y cuando vino la devaluación me quedé con la tercera parte. Antes había problemas, pero no se veían tanto porque como los bancos daban tantos

intereses y daban créditos [...] yo vendía un poco más que siempre. Por ejemplo, conozco una portera, que tenía un sueldo bajo, pero tenía los ahorros de toda la vida, esos ahorros le daban intereses con lo que se podía dar el lujo de comprarse ropa. Eso fue antes de 2001, ahí vino la debacle. Todos sentíamos como una inestabilidad mental. Yo me acuerdo que tenía mucha bronca porque me debían mucho dinero. Yo vendía y no cobraba, no recibía dinero. Ya habíamos vivido las devaluaciones, las inflaciones, o sea que se podía ver venir. El Rodrigazo, los pequeños sinvergüenzas de los barrios, de las inmobiliarias generalmente, que daban créditos del 20% mensual o que prestaban cheques. Se veía venir, todo lo que yo vendía era importado. Yo daba a pagar, a crédito en tres o cinco veces. Y ni siquiera así me pagaban. Todos los comercios daban a crédito.

Tal era la histeria, que Mecha me acuerdo, una clienta, me debía mucha plata, como 500 pesos y un día vino y me dijo: 'Celia, espérame un poco porque estoy esperando que aumente el dólar para pagarte'. Era una sinvergüenza. Yo solo les daba a crédito a los conocidos o gente que veo que me van a poder pagar, ¡pero mirá! Yo también pagaba a dos o tres veces la mercadería, pero no le debía a nadie nada. Otra que recuerdo que vino y le dijo a mi marido, que justo estaba allí: '¿Qué le parece que haga con mis ahorros, porque se habla de que se vienen problemas graves, los dejo en el banco o lo saco?', y mi marido le dijo 'sáquelos', pero ella seguía con la idea de que ya que le daban tantos intereses quería dejarlos en el banco. Entonces mi marido le dijo: 'O saque mitad y deje la otra mitad'. Hoy todavía ella le agradece porque pudo sacar la mitad, el resto le quedó adentro. La gente quería hacerse el negocito. Era como una desesperación por hacer negocio o por sobrevivir."

En su investigación, Nicole Biggart toma nota de la creciente popularidad de los microcréditos como una estrategia de reducción de la pobreza, y ofrece una descripción de las condiciones en que tales acuerdos de préstamo informal surgen y tienen éxito. Lo hace mediante la realización de un análisis secundario de los estudios de caso de la rotación de asociaciones de ahorro y crédito (ROSCA), una institución donde la gente se reúne en grupos para "cumplir el ahorro y la extensión de la garantía de libre préstamos" (Biggart, 2001: 131). Para Biggart, el grupo es un recurso, una fuente de identidad, y provee medios facilitadores y restrictivos a la vez; además, excluye en principio a los miembros de riesgo, y una vez que se forma la institución, ejerce presiones hacia los restantes para hacer cumplir con las normas de la devolución.

5.3. INTERACCIONES LABORALES

Otro aspecto central de la economía doméstica es el trabajo. Tradicionalmente existía un acuerdo sobre la idea de que en el mercado, el intercambio de trabajo humano por un salario obedece a mecanismos similares a los que otros bienes lo hacen. No obstante, las ciencias sociales se han dedicado a mostrar que, por un lado, la forma en que el trabajo se inserta en la economía es variable, ya que no siempre se cambia por un salario ni tiene lugar en un mercado general de trabajo. Esto se pone en evidencia con ejemplos tales como la prestación de cuidados personales, el trabajo sexual, el trabajo voluntario, el trabajo doméstico, etc. En esta sección de la investigación, nos ocuparemos principalmente de este último, dada su relevancia respecto de la esfera doméstica. En segundo lugar, estos otros tipos de trabajo no siguen los mismos mecanismos que el mercado de trabajo tradicional.

Chris y Charles Tilly (1998) centran su análisis en el trabajo remunerado en el mercado laboral. Muestran en qué medida el trabajo remunerado es el producto de luchas sociales en escenarios históricamente contingentes. Asimismo, estudian la base cultural e histórica del trabajo y del mercado laboral, a fin de realizar un análisis del trabajo remunerado más como producto de la interacción social que como resultante de la acción individual. El mismo es, para los autores, principalmente relacional, es decir que se caracteriza por ser negociado y tiene lugar en ámbitos sociales organizados por las redes sociales, la historia y las luchas políticas. Por ello, debe ser entendido en términos de compensación, de compromiso y de coerción (Tilly y Tilly, 1998: 3).

A efectos de centrarnos en la relación entre lo económico y lo social en la esfera privada de la vida social, basta en esta tesis con partir desde el análisis del ámbito doméstico en donde se entrelazan dos formas de trabajo: el del mercado laboral y el del hogar. El ámbito doméstico ilumina de manera particular la lógica de intersección entre las actividades económicas públicas y las privadas. La relación entre la intimidad y las actividades económicas se construye en función de los contextos sociales. Estrecha o amplia, duradera o efímera, cada relación exhibe las condiciones de un equilibrio negociado entre las personas (Zelizer, 2005b: 5). Esta comprensión alternativa de los mecanismos sociales de las formas de trabajo supuestamente marginales puede aplicarse al mercado laboral incluido en una definición más amplia del trabajo (Tilly y Tilly, 1998: 31).

Sin embargo, también se podría argumentar que el trabajo en el mercado laboral es una excepción, que no desafía el relato economicista de las actividades económicas. Es por eso que una estrategia proveniente de las ciencias sociales cuestiona el núcleo de la teoría

neoclásica y muestra que tales mercados no funcionan como dicen los economistas que lo hacen.

Lejos de ser mutuamente perjudicial, la actividad económica y las relaciones personales ponen de manifiesto las combinaciones complejas y diversas que se presentan en la vida cotidiana. El trabajo en el mercado laboral, el trabajo doméstico y las relaciones personales son combinados por los actores en la vida cotidiana y dan forma a emociones, juicios, significados y comportamientos. Toda relación social, ya sea íntima o distante, tiene significados tanto privados como públicos, y estos se encuentran lejos de ser independientes. El trabajo remunerado y el no remunerado, dentro de las unidades domésticas, involucran la negociación constante de relaciones familiares.

Con el capitalismo tardío, el trabajo –doméstico no remunerado y remunerado en el mercado laboral– implicó cada vez más la separación de dos lógicas diferenciadas y con frecuencia subordinadas la primera a la segunda, de acuerdo con la perspectiva de las “esferas separadas”, ya que cada una refiere a relaciones íntimas e impersonales, respectivamente. De igual modo, tal separación enfatiza el papel del trabajo en el mercado laboral como principal terreno para la autorrealización, además de ser fuente de subsistencia.

La necesidad de obtener el sustento para la familia no siempre es la única causa por la cual se recurre a un trabajo. El cumplimiento del mandato cultural del “trabajo duro” o de la “adicción al trabajo” como el elixir para lograr la autorrealización personal, proveniente del discurso económico capitalista reinante (con amplia reputación en la sociedad contemporánea) ilustra la predominancia del trabajo remunerado en el mercado laboral por sobre el trabajo doméstico no remunerado llevado a cabo en el seno de la familia. Este sometimiento se expresa a menudo en formas de sentir, pensar y actuar, ejerciendo una presión normativa y emocional. Pero la gente trata arduamente de superar el dilema que representa esta situación de desequilibrio en sus vidas.

Este dilema es ilustrado por Blair-Loy como la tensión que los sujetos experimentan en las sociedades contemporáneas entre el esquema de devoción laboral y el esquema de devoción familiar (Blair-Loy, 2001). El mismo refleja en cierta medida la relación entre economía e intimidad y oculta la comprensión generalizada de una disparidad en el grado de dimensiones relevantes de la vida entre “economía real” y las lógicas que guían la economía del hogar. Este dilema constriñe la mente de las personas y, por lo tanto, su comportamiento. Igualmente, ilustra la lógica de las intersecciones domésticas entre el trabajo en el mercado laboral y en el hogar, la cual tiene efectos en la vida económica diaria.

Los esquemas culturales, las relaciones sociales y las experiencias personales, enmarcadas en escenarios históricos concretos, influyen indudablemente en las decisiones y actividades económicas del hogar tales como la organización, el alcance, la distribución y la negociación del trabajo doméstico. En este sentido, los límites entre el trabajo, las tareas del hogar y la familia no siempre son bien definidos. Esto muestra la permeabilidad entre las actividades económicas domésticas y las relaciones sociales privadas.

Numerosos estudios etnográficos han demostrado que tales límites tienen la característica de ser más borrosos que definidos, lo que conduce a una heterogeneidad significativa de maneras de negociar relacionalmente lo económico y lo sociocultural (Blair-Loy, 2001; Song 1999; Carrington, 1999). Seleccionamos tres ejemplos pertinentes de la literatura contemporánea. Mientras Blair-Loy (2001) estudia la manera en que mujeres ejecutivas luchan en el conflicto de combinar el trabajo y el hogar, a su vez, familias de inmigrantes chinos en Estados Unidos desarrollan estrategias de inserción mediante el trabajo en empresas familiares, en las cuales lo doméstico y el mercado se intersectan al unísono (Song, 1999), Carrington (1999) ilustra la forma en que familias *lesbigay* son moldeadas por las rutinas del trabajo doméstico, tanto desde la percepción de sus miembros como del conjunto de la sociedad.

El dilema proyectado por dos patrones culturales en tensión –el esquema de devoción al trabajo y el esquema de la devoción familiar– orienta la interpretación de las mujeres sobre la definición de una vida deseable (Blair-Loy, 2001). El primero refiere a un fuerte compromiso tradicionalmente masculino respecto del empleo y la carrera en el mercado laboral. El segundo se relaciona con las responsabilidades y el apego sentimental al hogar y la familia.

Aunque la combinación de ambos esquemas culturalmente construidos implica un dilema conflictivo para las mujeres ejecutivas en la arena de las finanzas, Blair-Loy demuestra cómo tales esquemas pueden habilitar y limitar las formas de pensar y actuar, y al mismo tiempo, pueden llevar a una interacción contextualmente variable entre ellos. El entorno histórico ejerce, en este caso, una influencia crucial que media la interpretación de los sujetos de la relación entre actividades económicas de la vida diaria y relaciones sociales fundantes del ámbito doméstico. De hecho, incluso si después de dos generaciones de lidiar con el dilema trabajo y/o familia, eligiendo solo una parte de la dualidad, y una tercera generación haciendo un gran esfuerzo de negociación de diferentes combinaciones con el fin de articular ambas partes, la restricción ideológica de concepciones culturales tan profundamente arraigadas continúa limitando las mentes de las personas y, en consecuencia, su comportamiento. En palabras de Blair-Loy: “en las tres generaciones estudiadas, el esquema de la devoción de

trabajo no se ve alterado, sin embargo, el esquema de devoción de la familia ejerce una fuerte atracción normativa y emocional. Las tres cohortes tratan de resolver esta contradicción de diferentes maneras” (Blair-Loy, 2001: 694).

Pero ¿por qué el esquema de devoción al trabajo permanece inalterado? ¿En qué grado se refiere a una fuente de subsistencia y/o de genuina autorrealización? ¿Y por qué a pesar del énfasis en este, la devoción hacia la familia es tan poderosa? ¿Solo el esquema de devoción familiar ejerce una presión normativa y emocional en las mujeres o también el esquema de devoción de trabajo lo hace? Todas las fracciones del dilema trabajo y/o familia se dan por sentadas. A fin de desnaturalizar ambos esquemas, sería útil revelar en qué medida se considera que la familia tiene antecedentes reproductivos-emocionales, y el trabajo representa un imperativo de subsistencia y/o autorrealización. Asimismo, es determinante enfocar la atención hacia la manera en que el contexto histórico habilita o limita el espectro de posibilidades concretas de alternar entre ambos esquemas culturales.

La incidencia de semejantes pautas culturales en la forma de representar y actuar se orienta según los parámetros de la realidad circunstancial, en la medida en que el contexto histórico permita a los sujetos actuar en concordancia con tales preceptos. Es por ello que el terreno doméstico se manifiesta como bisagra clave entre la estructura y la agencia en la vida económica.

En las empresas familiares, este tipo de dilema se resuelve de una manera pragmática. En su investigación, Miri Song (1999) explica las múltiples formas en que los jóvenes chinos y el trabajo de los niños desempeñan un papel central en el marco de sus respectivas familias. Como resultado de la cooperación familiar, la intrincada configuración familia/trabajo funciona como fuente de producción, consumo y cuidado organizados en torno a la familia, y emerge como una estrategia común para afrontar el proceso de adaptación del inmigrante chino en el contexto de destino. La familia como una estructura social para crear y mantener una actividad económica, que a su vez la soporta, es al mismo tiempo, según la percepción de sus miembros (en especial los niños), un resultado de dicha configuración entre trabajo y familia.

La percepción del contexto en el que se insertan las actividades económicas relevantes de la esfera doméstica, como el empleo y las labores domésticas, está inextricablemente relacionada con la construcción de sentido de tales acciones. Las actividades económicas domésticas adquieren múltiples sentidos dependiendo de cómo los esquemas culturales y las relaciones sociales se manifiestan en los contextos históricos contingentes. El trabajo es resignificado en términos del contexto de inmigración, como estrategia de inserción en la

sociedad. A pesar de que estos jóvenes tienen un sentido muy fuerte de voluntad de participar “ayudando” a sus padres, el trabajo de los niños en la empresa familiar no está libre de ser cuestionado y negociado. Más que como un trabajo “real”, para estos jóvenes trabajar en el restaurante familiar es una forma de ayudar a su familia en el proceso de inserción en una nueva cultura y una nueva vida, no solo a través de la contribución material de trabajo en las empresas y las tareas del hogar, sino también como intermediarios entre su cultura y la británica. La percepción infantil de “ayudar” en lugar de “trabajar” refleja una vez más la devaluación y subordinación de los *closed-ties* relacionados con el trabajo respecto a la “economía real”. Estas configuraciones de trabajo/familia se basan, en particular, en significados y prácticas culturales. No obstante, una explicación más amplia del papel de la contribución de los niños en las empresas familiares implica adoptar estrategias de supervivencia, las obligaciones familiares y la búsqueda de su propia identidad cultural en el proceso de inserción como inmigrantes en un nuevo país.

Carrington (1999) también hace un interesante tratamiento de la relación entre trabajo y familia, pero de una manera muy diferente porque en lugar de centrarse en el empleo remunerado del mercado laboral, afirma que el desempeño de las tareas del hogar define y sustenta un conjunto de relaciones sociales. Explora el seno de la comunidad bisexual y homosexual (*lesbigay*), a fin de demostrar la forma en que las labores hogareñas y la vida doméstica contribuyen de forma diferente a la interpretación de los logros de una vida familiar. Además de la comprensión común de amor y cuidado, los miembros de la familia *lesbigay* reclaman ante la sociedad, la legitimación de un estado civil a través de la redefinición de la distribución de las tareas domésticas convencionalmente establecida. Tal redefinición se sustenta en diferencias de clase, de género, étnicas, de ocupación, e incluso de longevidad de la relación. Estos elementos tienen un efecto en el carácter y la interpretación de las labores domésticas en tanto implican la construcción social de una vida familiar *lesbigay*. El autor muestra el poder de la lógica hogareña en definir las relaciones sociales así como en ser constituidas por ella. Prestando especial atención al reconocimiento social de la domesticidad, afirma que gran parte del trabajo doméstico es públicamente invisible y/o devaluado. Solo en raras ocasiones miembros de la familia *lesbigay* pueden concebir tales labores como dignas de compensación o de igual valor a los trabajos remunerados. Sin embargo, señala Carrington, las tareas del hogar no solo permiten la subsistencia, sino que construyen el sentido de la familia. Un ejemplo encantador que provee el autor es el de las parejas que poseen mascotas: estas tienen un sentido mucho más fuerte de la familia, que en parte se atribuye a la cantidad de trabajo doméstico asociadas al cuidado de animales, y al

hecho de que adquirir una mascota representa una señal de la consolidación de la familia ideal.

Contrariamente, el análisis de Miriam George (2005) sobre enfermeras de Kerala en los Estados Unidos, quienes son las principales proveedoras de ingresos en sus respectivas dinámicas familiares, contiene hallazgos sobre informantes para los cuales las tareas domésticas en realidad imposibilitan las relaciones familiares, como cuando la necesidad obliga a los padres a trabajar en turnos diarios opuestos, lo cual impide a los niños verse. Por otra parte, los roles familiares de la división del trabajo tradicional se ven distorsionados generando cuestionamientos emocionales.

Estas investigaciones demuestran la complejidad de la interacción del contexto, el empleo, el trabajo doméstico y las relaciones sociales en el curso de la vida. También hay una diferencia entre cómo los dilemas se resuelven y cómo son percibidos, ya que ambos procesos no siempre van de manera conjunta, lo cual puede conducir a tensiones. El trabajo (remunerado y no remunerado) se inscribe en relaciones sociales y significados culturales, que se insertan y configuran de acuerdo con entornos históricos cambiantes.

La crisis de 2001 y su divorcio condujeron a Ana, una empleada administrativa de una empresa química, a recurrir a trabajar como empleada doméstica en casas particulares. La convivencia con sus padres, su hijo divorciado y su hermano también divorciado favorecía la acumulación de ingresos provenientes desde los diversos empleos y jubilaciones de los miembros de la familia extendida, y al mismo tiempo complejizaba la distribución de las labores domésticas. Asimismo, situaciones de orden personal como la enfermedad de la madre de Ana, implicaba gastos “extras” que en alguna medida empeoraban las finanzas familiares:

“[Antes de la crisis] Compré la secadora de ropa porque tenía a mi madre muy anciana y enferma que no podía retener la orina. [Más tarde] no pude comprar más aparatos eléctricos porque tenía el dinero justo para comer, nada más, ni siquiera ropa [...] La enfermedad de mi madre y el velatorio hizo que todo fuera peor, a pesar de que lo pagamos en cuotas [...] Yo no podía comprar mucha comida, tuve que comprar exactamente lo que necesitábamos. Si precisaba un paquete de fideos, me compraba un paquete. Dejé de salir o ir a la peluquería. Yo no podía pagar más la televisión por cable y la prepaga y después fui solo a los médicos privados o al centro médico de la comunidad, pero traté de no ir mucho porque era caro. [...] Tuvimos que cortar las pocas cosas de bienestar, como para sentirse bien como ver una película [...] Por ejemplo, con el velatorio de mi madre era un problema porque no tenía el dinero. Pero estos servicios cambiaron, te daban a crédito y luego lo pagamos poco

a poco. Al menos, uno no tiene que lidiar con el problema de pagar en ese momento triste, pero hemos tenido que pagar de todos modos [...] Ya no había abundancia de comida.”

Aunque los ingresos eran compartidos, y Ana provee una de las fuentes de ingresos gracias a su empleo, la carga de las labores domésticas sigue un patrón cultural patriarcal que hace que recaigan casi exclusivamente en ella. Mientras la percepción de Ana sobre los ingresos de los demás miembros de la familia es en términos de “ayuda”, las tareas del hogar representan para ella una responsabilidad como mujer, tanto hacia sus padres como hacia su hijo y su hermano. Mientras el sentido cultural de la ejecución de las labores hogareñas por parte de la única mujer activa en la familia no son cuestionadas, a pesar del entorno crítico, el mismo incide en la manera en que ella interpreta la distribución de las entradas de dinero, dado que no podía sustentarse sola.

La compra de un secarropas, considerado un lujo en otro momento, se vuelve crucial ante la enfermedad de una persona mayor. Por otro lado, la muerte de la misma implica gastos que aunque no son ni básicos ni necesarios, presentan el carácter de ineludibles por consistir en consumos ceremoniales de orden cultural. Estos repercutían tanto en las finanzas familiares por el deber de pagarlos en cuotas, como en las emociones. La imposibilidad de afrontar el funeral de su madre representa el acrecentamiento del dolor de la pérdida. Aunque durante el contexto de crisis, las funerarias, cuenta Ana, realizaban el servicio a cambio del pago a crédito, con el fin de no acrecentar el sufrimiento en el momento del funeral, la cancelación del servicio se extendía complicando aún más las finanzas del hogar.

Los esquemas culturales en contextos históricos variables influyen en las prácticas económicas de la vida familiar. Situaciones críticas echan luz de manera singular sobre tales influencias culturales, dado que ponen en cuestión rutinas reconocidas. Estas adquieren nuevos y particulares significados mediante el proceso de combinaciones elaboradas de modo creativo por los individuos, entre lo subjetivo, lo sociocultural y lo económico, durante la vida diaria.

El trabajo doméstico no remunerado fue resignificado en escenario de la crisis, en tanto adquirió un sentido como recurso familiar de soporte recíproco frente a la urgencia de algunos miembros de recurrir al trabajo asalariado para obtener nuevos ingresos. Debido a su condición de desempleado, el yerno de Rita (un ama de casa jubilada) realizaba tareas del hogar que ni ella ni su marido enfermo podían hacer. A su vez, ella cuidaba de sus nietas para que su hija pudiera volver a trabajar por necesidad. Asimismo, la reciprocidad resultante de la compensación en trabajos domésticos por la “ayuda” financiera de padres jubilados hacia

hijos con problemas económicos, ilustra la intersección de factores relativos a las relaciones sociales –como la responsabilidad de los hijos hacia sus padres y viceversa– y a las actividades económicas de las familias nucleares y ampliadas:

“Nuestra situación en ese momento no era mala porque teníamos la pensión de mi marido, que es francés y que alquila apartamentos. Pero nuestra única hija y yerno tenían grandes problemas, porque él fue despedido y no tenía trabajo. Les ayudamos con dinero. Les dimos durante algunos años el alquiler de dos departamentos, que era nuestra manera de ayudar con sus problemas financieros [...] Mi yerno, más que mi hija, siempre me ayuda con las cosas de la casa, por ejemplo, la reparación, la pintura, todo.”

Cabe destacar que la escasez de dinero en efectivo producto de la crisis de 2001 tuvo implicancias en la reestructuración temporal de los pagos de salarios y de la adquisición de bienes y servicios que solo era viable mediante moneda tangible.

Uno de tales ejemplos es claramente provisto en la narración que Oscar hace su situación laboral como ingeniero en una fábrica de matafuegos. Los salarios de los trabajadores eran en ese momento abonados con retrasos de hasta seis meses respecto de lo habitual, lo cual aunque generaba el descontento entre los mismos era en gran medida aceptado debido al temor de experimentar una situación peor representada por la pérdida potencial del empleo. Las reacciones afectivas, como el enojo, coexisten en este relato con los criterios cognitivos y se conjugan como una guía dinámica de la orientación que toma la conducta respecto de mantener el empleo a pesar del descontento.

“Desde hacía tiempo [los empleados] veníamos cobrando 3 ó 6 meses atrasados. Ellos [la empresa] estaban mal, pero nosotros tampoco podíamos vivir así. Tampoco podíamos hacer nada, porque era preferible cobrar después, pero tener trabajo. Aunque me daba bronca, no entraba en mi cabeza dejar el laburo. Andá a saber lo que te esperaba afuera si dejabas el trabajo. Todo andaba mal. Igual te las arreglabas si alguien te bancaba por un tiempo, que sé yo, bajabas los gastos, comprabas cosas más baratas o lo necesario solamente. Nosotros teníamos ayuda doméstica dos veces por semana y le tuvimos que decir que no venga más. Entonces, cuando volvíamos del trabajo, mi mujer y yo limpiábamos un poco la casa.”

Por otra parte, la interpretación de Oscar respecto de esta compleja y extraordinaria situación lo conduce a optar por determinado curso de acción reflejado en priorizar el mantenimiento del puesto de trabajo. A su vez, semejante decisión influye concretamente en

la economía familiar, dado que esta supone la reorientación de ciertas prácticas económicas como cambios en los patrones domésticos de consumo tanto de bienes como de servicios. El apremio económico laboral se ve reflejado así en alteraciones en la vida económica concreta, la cual al mismo tiempo implica cambios y redefiniciones en las relaciones y las tareas familiares requeridos para sostenerla.

5.3.1. Trabajos de géneros

Traer la cuestión del género a la mezcla de lo económico y lo social en la organización financiera de la esfera doméstica es inevitable. Complica y a la vez clarifica algunos de los desafíos de nuestros modelos y teorías más arraigados.

La relación entre el trabajo en el ámbito doméstico y en el mercado laboral capitalista se encuentra desde hace tiempo impregnada de la cuestión de género. Son incontables los aportes de los estudios de género sobre las actividades económicas domésticas (England y Folbre, 2005; Bittman *et al.*, 2003; Blair-Loy, 2001; Edin y Lein, 1997; Hondagneu-Sotelo y Avila, 2002). Al menos como fuente de reproducción de fuerzas de trabajo o como base de la reproducción social, la esfera doméstica ha sido reconocida como una unidad social fundamental para la economía en sentido amplio. Asimismo, el trabajo doméstico de las mujeres en particular provee la base de la subsistencia de la misma en las diversas sociedades. Sin embargo, la economía de gran escala ha sido con frecuencia presentada por el discurso capitalista reinante como independiente, haciendo invisible la notable contribución de la economía doméstica, en donde se articulan lo privado y lo público.

La problemática de la división del trabajo doméstico en términos de género en el contexto económico capitalista ha trascendido hacia otros debates estrechamente relacionados. Ese ha sido el caso de una gran diversidad de tareas hogareñas atravesadas tanto por elementos económicos como por relaciones sociales y emocionales, tales como: el cuidado de los miembros de la familia (bebés, ancianos o enfermos), las decisiones concernientes a la organización del hogar (seguridad de salud, educación), la gestión administrativa, etc. Sin embargo, existe la tendencia, tanto en la economía neoclásica como en algunos científicos sociales contemporáneos, de excluir el análisis de actividades humanas, relevantes en la esfera doméstica, que incluyen emociones, como amor o altruismo, por no ser consideradas económicas.

England y Folbre (2005) presentan una síntesis de algunas de las principales formas de tomar en cuenta el género en la economía. Concluyen que muchos patrones empíricos de actividades económicas relativas al género son consistentes con múltiples enfoques teóricos, y que muchos enfoques teóricos estrechos han fallado sistemáticamente en comprender los datos empíricos. La cultura influye en las aspiraciones y expectativas sobre el tipo de trabajo que las mujeres desean y son capaces de llevar a cabo de manera productiva. El papel de la cultura, según las autoras, es contribuir a la desvalorización de las ocupaciones. El significado y el valor que se asigna a determinados puestos de trabajo se correlaciona con la proporción de mujeres en los mismos; no obstante, hay poca o ninguna evidencia capaz de identificar un mecanismo cultural en oposición a los mecanismos de elección racional que están limitadas por distintas preferencias culturales.

Un problema fundamental con su perspectiva es que se centra en las mujeres como agentes individuales. En su investigación, una mujer, aunque sea casada y con hijos, toma decisiones basándose en preferencias personales aunque tenga en cuenta aspiraciones delimitadas culturalmente. A su vez, estas preferencias reflejan la percepción de compensaciones aceptables entre trabajos con salarios altos y seguros, o accesibles, las cuales podrán tener en cuenta las relaciones con otras personas, tales como la necesidad de tiempo libre para criar a los hijos, que también son culturalmente limitadas.

Zelizer (2006b) muestra que el intercambio en apariencia simple de trabajo a cambio de remuneración se revela como algo más que una elección individual sencilla. En esta perspectiva se considera al individuo como parte de una red de reciprocidad en tanto instancia de negociación que influye en la elección del trabajo. Las acciones económicas de remuneración y su redistribución son fundamentales en su relación con las redes sociales en las que se insertan. En este caso, el intercambio de trabajo por una remuneración y la distribución desigual del mismo entre los géneros no es el final de la historia, sino el principio. En el caso de las remesas estudiadas por Zelizer, las redes sociales basadas en el parentesco transnacional contribuyen a redefinir constantemente los roles de género dentro de la familia. La disponibilidad de trabajos femeninos de bajos salarios, y su atractivo para las grandes empresas, crea un mercado de trabajo para las mujeres que les dan el control económico, que luego transfieren a sus hijas en sus hogares, a cambio de la ausencia del país de origen. Estas prácticas han perturbado las creencias acerca de la maternidad, el dinero y las divisiones de las labores del hogar. En lugar de ser limitadas por la cultura, estas operaciones reflejan y a la vez redefinen ciertos conceptos culturales. En la forma negociada de operar por

parte de estos grupos, y al permitir esta posibilidad, las operaciones ponen en evidencia la interrelación de la cultura y el intercambio económico.

A pesar de la tendencia romántica a pensar en la familia como la unidad social más rudimentaria y natural, que se rige por el compromiso emocional, su fundamento en una división tradicional del trabajo por género implica que es estructuralmente coextensiva con el capitalismo. Como tal, merece una atención singular como una entidad económica central respecto de la economía en sentido amplio. El papel conyugal tradicional de la mujer, de reproducir y cuidar el hogar, ha sido vital para el sustento de un sistema que permita a los hombres, designados como el sostén de la familia, participar en el mercado laboral. La familia, por lo tanto, no es ajena al mercado, sino más bien forma parte de lo que facilita su actividad.

Bittman y colaboradores (2003), al argumentar que los cambios en las actitudes públicas hacia la legitimidad del trabajo de las mujeres, y la consiguiente transformación estructural que poco a poco se ha producido, han hecho que las capacidades de aquellas para obtener ingresos se han incrementado dramáticamente desde finales de 1960 (aunque todavía distan de estar a la par de los hombres). Sería de esperar que tales posiciones mejorasen el poder de negociación de las mujeres para redefinir la división doméstica del trabajo. De hecho, las investigaciones han demostrado de modo consistente que las mujeres trabajan menos tiempo en el cuidado de la casa, aunque sigue siendo sustancialmente más que los hombres. Más sorprendente aún es el hallazgo empírico de estudios sociales contemporáneos sobre el hecho de que una vez que la mujer gana más que su marido u otros hombres de la casa, también aumenta la cantidad de trabajo doméstico que realiza, lo que implica compensar la “desviación” de las expectativas mediante la adopción de una función normativa de género en el hogar. Esto sugiere que a pesar de las transformaciones en las expectativas culturales que acompañaron los cambios contextuales, el reparto de responsabilidades domésticas siendo en alguna medida normativamente reglamentada por categorizaciones construidas socialmente (Bittman *et al.*, 2003; Hochschild, 1989).

Ana nos muestra la manera en que compensa la supuesta desviación del rol de género mediante la ejecución de las tareas del hogar, por ser uno de los miembros que recibe un salario relativamente aceptable. Asimismo, tal distribución de las responsabilidades del hogar, no solo responde a preceptos culturales, sino que incluye la reinterpretación de la realidad doméstica en el contexto histórico contingente:

“Yo misma, como empleada doméstica en dos casas, un salón y una fábrica, gano más que él [su hijo]. Pero ellos [sus jefes] también redujeron los días que tenía que ir, desde cuatro a una vez por semana. Dijeron que era porque estaban en una mala situación pero yo no lo creo, sé que lo hacen por sí mismos. En ese momento la mayor ayuda fueron mis padres, que tenían dos jubilaciones. Ya que vivimos en la misma casa pero separados, ellos compraban y yo cocinaba para ellos también. Mi papá y yo pagamos los servicios por separado, pero compartíamos el cable y el teléfono. Pero después tuvimos que cortarlo.”

El trabajo de Blair-Loy que hemos mencionado parece arrojar luz sobre los mecanismos culturales que subyacen a este tipo de construcciones sociales, intersectados por entornos variables. En un clima social en el que existe cada vez más aceptación o necesidad del trabajo de femenino, resulta crucial la interpretación negociada de las mujeres respecto de la prioridad que sus empleos tienen sobre sus obligaciones del hogar, a través de su función de proveedores y de su capacidad de externalizar las tareas domésticas. Sin embargo, la responsabilidad emocional y práctica del cuidado de la casa sigue recayendo en ellas, reproduciendo la lógica jerárquica de género y de devoción de la familia.

Transformaciones en las actitudes hacia la carrera de las mujeres en las últimas cuatro décadas se volvieron incompatibles con los patrones tradicionales de división doméstica del trabajo. En este camino, las mujeres han sido persuadidas para actuar y modificar (aunque no fundamentalmente reformar) el esquema de devoción familiar. El trabajo relacional, según Blair-Loy, se produce cuando la gente amplía o adapta los esquemas a las nuevas situaciones contextuales (2001: 707). Pero esto no significa forzosamente descartar un esquema y construir otro, sino modificar los esquemas existentes a fin de adecuarlos a las nuevas condiciones, lo cual muestra la continuidad, aunque sea relativa, de las influencias culturales sobre la conducta.

El aumento de la presión del trabajo en el mercado reduce el tiempo de las mujeres para la familia y aumenta su dependencia sobre otros miembros de su red de confianza o sobre el trabajo doméstico subcontratado. De esta manera, los esquemas culturales dan forma a las interpretaciones que los sujetos hacen de las características de sus situaciones domésticas particulares que resultan de su inserción en el contexto económico reinante.

5.3.2. Cambios de interacciones

Las disrupciones de la rutina, inherentes a las situaciones de crisis, dan lugar a la producción de indicios relevantes para las acciones, lo cual requiere un procesamiento que resulta del interjuego entre factores cognitivos, emocionales y relacionales, y resultan en intervenciones no rutinarias de los actores en cuestión (Preda, 2009b: 38). Aunque las motivaciones que nos guían en las interacciones son usualmente inconcientes, los conflictos tienden a sacarlas a la luz (Summers-Effler, 2002: 47).

¿En qué medida las rutinas y las *sorpresas informacionales* son redefinidas y reformadas durante las crisis? ¿Las situaciones extraordinarias pueden eventualmente afectar los modos usuales de interacción? Examinaremos ahora el papel que juega la información en situaciones de crisis respecto de posibles cambios en las interacciones, reparando en aquellos procesos microsociales que potencialmente pueden dar lugar a tales cambios en los formatos de las interacciones.

A tal fin recuperamos la consideración teórica de Preda (2009b), quien sugiere que los cambios inesperados parecen consistir en fenómenos característicos que acompañan las crisis económicas y financieras. Los mismos toman la forma de suspensiones, redefiniciones, etc., en los que la información, en tanto revelaciones o sorpresas, adquiere un rol crucial; la misma implica un procesamiento distintivo por parte de los sujetos que demanda, a su vez, de intervenciones no rutinarias (2009b: 204).

Tales transformaciones pueden reflejarse en cambios de: las relaciones, la forma de las interacciones (por ende el juicio, como resultado del interjuego entre las reacciones emocionales y las evaluaciones cognitivas, ligado al desarrollo secuencial de las acciones) y la información (en tanto sorpresas e incertidumbres) desplegada en la secuencia y procesada (emocional y cognitivamente por los actores), o bien la relación de adecuación entre el procesamiento de tales sorpresas informacionales respecto de la situación.

Con el objetivo de cuestionar la idea ampliamente difundida de que las crisis económicas suponen que elementos irracionales, tales como las emociones, toman el control sobre aquellos racionales, tales como el cálculo maximizador, Alex Preda (2009b) sugiere un modelo basado en un microanálisis de las transacciones económicas como unidades analíticas básicas de la sociología de los mercados. Retomando la noción weberiana de los mercados como sistemas de transacciones competitivas, Preda supone que las transacciones constituyen logros interaccionales y formas básicas de competición social. Además, sostiene que la idea

generalizada de que el papel de la información en los mercados se proyecta en rutinas desplegadas para reducir ineludibles incertidumbres. Desde este punto de partida, el argumento teórico refiere a que los mercados como sistemas de transacciones competitivas engendran y requieren de la producción y manejo incesante de información en forma de *sorpresas e incertidumbres*, ante las cuales los actores reaccionan emocional y cognitivamente, y en consecuencia derivan en comportamientos o acciones concretas. El modelo, rechazando la idea sobre la incongruencia entre emoción y cognición, se sustenta en un microanálisis sobre el proceso por el cual lo emotivo y lo cognitivo se entrelazan en las transacciones económicas concretas, situacionalmente delimitadas, que hacen posible la producción de *sorpresas informacionales* que guían las acciones (Preda, 2009b: 21).

Una forma característica en que se producen sorpresas informacionales, argumenta Preda, resulta de la trasgresión de *fronteras*, la cual se manifiesta en especial en los períodos críticos. Aunque las sorpresas son interpretadas de diversas formas, todas constituyen información que genera una situación de incertidumbre, la cual demanda atención y reacción por parte de los actores. Tales alteraciones influyen en la información dado que modifican las relaciones entre los participantes de la transacción.⁴⁷ Las sorpresas informacionales en tanto que transgresiones de fronteras constituyen señales relevantes que impulsan las acciones. Tales señales son desencadenadas por las alteraciones características de las crisis y requieren del procesamiento cognitivo de los actores involucrados.

Las acciones e interacciones tienen para Schutz (2003) la propiedad de ser constituidas secuencialmente y de ser políticas. Esto implica que las partes que conforman la acción se van desplegando en etapas que constituyen de manera conjunta el encadenamiento que la caracteriza. Asimismo, las partes secuenciales que conforman la acción pueden ser definidas de modo independiente y, por lo tanto, de diversas maneras, sin hacer referencia a dicha acción. Dadas estas propiedades de las acciones, Preda sostiene que, por un lado, la secuencialidad incide en la producción de sorpresas e incertidumbres, y el carácter político de la acción requiere del juicio de los actores para lograr el encadenamiento de la secuencia, en la forma de precisiones que ilustran orientaciones comunes tomadas como válidas por los participantes envueltos. Siguiendo la argumentación teórica de Preda, la *información* – elemento central de las economías de mercado– “puede ser vista como el procesamiento de

⁴⁷ Esto respecta tanto a la relación entre seres humanos como a la relación con objetos. Asimismo, la relación entre participantes de una transacción económica puede definirse de acuerdo a su inserción en los dos tipos de situaciones que distingue Karin Knorr-Cetina (2009: 63; en Preda 2009: 29): situaciones *naturales* y situaciones *sintéticas*. Mientras en las situaciones naturales, elementos de carácter físico que garantizan la copresencia dan forma a la mutua orientación de los participantes respecto de la transacción; en las situaciones sintéticas, el foco de mutua atención necesario para llevar a cabo la transacción se hace posible gracias a “tecnologías presentacionales”.

sorpresas en interacción, en contraste con el marco (relativamente estable) de expectativas comunes provistas por las rutinas” (Preda, 2009b: 18).

Ambas propiedades de la acción hacen que el resultado sea incierto hasta el final de la secuencia interactiva. El proceso de generación de incertidumbres no puede separarse de las acciones prácticas de los participantes en una transacción. Ellos deben, ante todo, reconocer las incertidumbres como tales. Este reconocimiento se produce como resultado del ejercicio interactivo de definición de la alteración como algo nuevo e inesperado, llevado a cabo por los actores involucrados en la transacción, para lo cual hacen uso de recursos situacionales (Preda, 2009b: 38).

De acuerdo con esta conceptualización, los cambios imprevistos inherentes a las crisis económicas se reflejan en alteraciones, suspensiones y redefiniciones del flujo de la rutina, en las que la información en forma de revelaciones adquiere un rol fundamental que implica un procesamiento distintivo y por ende consecuentes intervenciones extraordinarias por parte de los actores envueltos. En circunstancias excepcionales, tales transformaciones revelan cambios en los formatos de las interacciones. Del mismo modo, el procesamiento emocional y cognitivo de la información al alcance de los sujetos (en tanto sorpresas e incertidumbres) es desplegado en tal secuencia que deriva en las acciones concretas, que pueden ser alteradas ante una disfunción en la relación de adecuación entre el procesamiento de tales sorpresas informacionales respecto de la situación.

Tanto las rutinas y las sorpresas informacionales relativas a las prácticas económicas, como sus significados para la vida, son redefinidas durante las crisis. Con el fin de sugerir que la información tiene un papel central en situaciones críticas respecto de posibles cambios en las relaciones sociales, reparamos en procesos microsociales que revelan transformaciones en los formatos de las interacciones sociales, intentando iluminar las maneras en que estas últimas presuponen estrategias creativas de acción ante circunstancias colmadas de incertidumbres.

La notable experiencia de las empresas recuperadas durante la crisis de la Argentina de 2001, ha sentado precedentes en lo que respecta a la lucha por mantener las fuentes de subsistencia. Según el relato de Ariel, quien participó en uno de estos emprendimientos, la reconfiguración de las interacciones constitutivas de la firma en donde él trabaja ha revelado contribuir de manera fundamental a la redefinición de la crítica situación laboral engendrada en las circunstancias mencionadas. Al mismo tiempo, el procesamiento emotivo y cognitivo de aquellos indicios informacionales cruciales al alcance de los trabajadores involucrados incidió de modo significativo en el curso de las acciones ejecutadas más tarde, el cual se

proyectó en la transformación de los modos de interacción previos. El cambio en los formatos de interacción fue decisivo, ya que marcó el rumbo creativo hacia una reformulación del ámbito laboral. Tales cambios no solo se plasmaron en transformaciones interaccionales al interior de la empresa, sino además en alteraciones que eran el resultado de recurrir por primera vez a profesionales de confianza, a vecinos que apoyaban sustancialmente la lucha y a otras empresas cooperativas con experiencias similares.

“Lo primero que hicimos fue llamar a una abogada conocida, aunque no tenía experiencia en quiebras ni nada, un familiar de uno de los compañeros, alguien de confianza quien pudo tener acceso al expediente. Ella se dio cuenta de que esas máquinas que se querían llevar no estaban en el inventario. Ahí se puso muy seria la cuestión con el dueño porque sentimos que nos estaban estafando. En ese momento ya había reuniones de empresas recuperadas, ellos venían a nosotros y viceversa. Además, había mucha efervescencia social, estaban las asambleas barriales, eso tenía mucho peso. Y a nosotros los vecinos del barrio nos ayudaron mucho, nos traían víveres, nos apoyaban. ¡Incluso cuando hubo una orden de desalojo y trajeron ocho carros de asalto, porque nosotros éramos ocho trabajadores! Y enseguida se juntó un montón de gente, de vecinos, para apoyarnos, para que no nos echen, aunque no teníamos permiso para trabajar, y por ese apoyo y los medios que vinieron enseguida, por eso no se efectivizó el desalojo.”

La importancia del procesamiento de revelaciones informacionales no rutinarias es sustancial para iluminar las formas que adquieren los cambios en las interacciones en circunstancias extraordinarias. En el caso de Pablo, se pone claramente en evidencia cómo factores afectivos se entrelazan con elementos cognitivos al procesar una sorpresa informacional crucial para su vida laboral. Asimismo, semejante procesamiento refleja cambios en las interacciones laborales y en aquellas íntimas, algunas de las cuales pueden suponer mecanismos de amortiguación del inminente perjuicio que implica perder el puesto de trabajo:

“El primer choque fue medio indiferente. Yo lo tomé tranquilo porque nosotros siempre laburamos los dos, de toda la vida. No solo por el tema de que mi mujer tenga una profesión, sino también porque alguien me dijo una vez que el mejor seguro de vida que podés sacar es que tu mujer labure, si espichás, bueno. Yo antes estaba de novio con una niña que adoraba la idea de casarse y dejar de laburar, yo con eso no. Por eso, una cierta tranquilidad. ¿Lo primero que le dije a mi mujer cuando llamé el 26 de febrero de 2003?

‘Linda, me quedé afuera, no me dijeron nada pero me acabo de enterar’. ‘Bueno, igual no nos vamos a morir de hambre. ¿Cómo fue?’, dijo ella. Por mi puto manejo de la base de datos. Yo tenía una visión restringida de la base de datos de recursos humanos, no me mandaba la información de aquellas personas que estaban marcadas de baja. O sea que si no venían de allá, decías ¡ojo, este está de baja! Esa mañana, cuando mi jefe viene y me pregunta: ‘Che, ¿tenés alguna novedad para hoy?’. Estaba yo, el Beto, un compañero y mi jefe. Él: ‘Porque Pablito, el gerente, el jefe de él, me llamó’ y yo le dije ‘será para informarte de estas cosas. Yo: ‘De todas maneras, vos sabés que yo acepto rebajas de sueldo, traslados, cualquier cosa, con tal de seguir, no?’. Él dijo: ‘Bueno, voy a ver qué puedo hacer’. Pasaron 20 minutos y yo por joder, hice de nuevo la consulta, y me echaron a mí, a los dos. A los 15 minutos me llama y dice: ‘Tu consulta no sirve, no podía hablar de baja pero ahora sí que estás’. Lo que pasa es que en la de él no estaba porque es un tipo de alto nivel y en la mía sí. Después él vino y dijo: ‘Me encargaron para que se los diga yo, vos ya lo sabés...’, y bueno, estábamos afuera.”

Una gerente de banco ilustra de manera significativa estas cuestiones vivenciadas en su ámbito laboral durante y después de la crisis de 2001. La entidad en la que trabajaba Sonia, según ella, había adoptado durante los 90 la filosofía empresarial “típicamente norteamericana” de contratar jóvenes profesionales mayoritariamente. Como resultado de tal filosofía, en los años previos a 2001 habían sido despedidos muchos empleados de edades más avanzadas y mayor experiencia laboral. Para aquellos de similares características que quedaban en el banco, dichos cambios generaban un “pesimismo” y descontento reflejado en un sentimiento de desánimo causado por la percepción de desvalorización respecto de su edad y experiencia en el banco:

“Del 95 hasta el 2001 nuestra profesión fue totalmente desvalorizada. Achicaron todo, echaron gente [...] Mi sector estaba prácticamente por cerrarse. Todos los de mi sector eran pesimistas. Ese fue el gran problema después o durante la crisis, que de repente los bancos no tenían gente con experiencia, y sin experiencia no podés sobrevivir a la crisis. Necesitaban mucho tiempo para llegar a un nivel de afrontarlo y creo que ahí nuestro banco sí tenía una ventaja, que por algo se había quedado con algunos viejos. Mi sector, entonces en realidad una vez que se llegó, digamos al punto mayor de la crisis, a fines de 2001, y se empezó a arreglar las cosas a principios de 2002. Ahí, nunca habíamos ganado tanto como en esa época a nivel banco, y eso por supuesto se reflejó en un gran optimismo en la gente. [...] si nosotros podíamos aumentar de repente de 10 personas en mi sector duplicamos el sector en gente. Duplicamos el sector para poder enfrentar las consecuencias, digamos que

la crisis en el sentido que se empezó a arreglar las cosas, que necesitaba gente con mucha experiencia y se tomaba gente realmente de 40 años para arriba, no se tomaban jóvenes porque ningún joven en 2001 ni siquiera viniendo de una universidad de las mejores, sabía por ejemplo calcular un ajuste por la inflación, no sabían lo que es un ingreso de divisas, porque no se enseñaban en las universidades. ¿Por qué? Porque durante diez años no era necesario, entonces se dejó de enseñar. Entonces, por ejemplo, a nosotros, a gente de ya mucha experiencia, de mayor edad, este nos dio una importante mario, que realmente en su mayoría se mantiene hasta hoy y fue la primera vez que realmente fuimos reconocidos en un ambiente que se había americanizado. Este, en el sentido que los viejos no valían nada, la experiencia no valía nada y solamente los jóvenes con muchos, muchos estudios y muchos master. Y al final en el 2001 y en el 2002 se mostró, que ninguno que tenía los master de la universidad que sea servía para algo y no sabían absolutamente nada, qué hacer con la crisis, los únicos que entendían fueron los técnicos que incluso el Banco Central tuvo que llamar técnicos de años que estaban trabajando olvidados en el Ministerio de Economía para que sacaran el país adelante. Y la verdad mi sector, y por lo tanto mi gente, por la gente de mi sector estaba en 2002 lleno de optimismo. Si yo hablo de una economía virtual, que ni yo entiendo y los otros no lo entienden, pero que en algún momento sobre el papel muestra mucha ganancia, aunque es todo virtual. Este, por supuesto un tipo que es con una educación con una experiencia tradicional de economía real como teníamos nosotros, en una época como los 90 no valés nada. Completamente, estas ahí pero en realidad no sabés por qué estás y eso cambió.”

De acuerdo con el relato de Sonia, una de las sorpresas informacionales que dominó su atención fue que la crisis puso en evidencia una limitación fundamental de las filosofías economicistas que se venían aplicando en el marco institucional en el cual ella trabajaba. Tales formas institucionales no solo repercutían concretamente en los hechos, sino también generaban un descontento reflejado en reacciones emocionales de los empleados más antiguos. Ante la percepción de la sorpresa que suponía ver que tales filosofías no eran adecuadas al momento de hacer frente a la crisis, se generaron desde lo institucional estrategias más convencionales que remitían a la revaloración de empleados que tuvieran la experiencia necesaria para afrontar situaciones nuevas pero no del todo desconocidas.

Otro caso que ilustra la medida en que indicios relevantes para las acciones, gestados en circunstancias extraordinarias, son procesados cognitiva y emocionalmente por los sujetos, es el de Gustavo, un joven emprendedor que era propietario de un instituto de belleza. Ante la caída estrepitosa de las ganancias obtenidas en su negocio, respecto de años anteriores,

Gustavo procuró recurrir a redes de contactos conocidos y nuevos para buscar tareas alternativas que pudieran acrecentar el nivel de ingresos y complementar las escasas ganancias de su negocio. Luego de la observación minuciosa de nuevas necesidades provocadas en el entorno cambiante, una tarea que él comenzó junto con un amigo que tenía contactos en una financiera, consistía en “comprar” monedas alternativas (patacones, lecop, lecor, etc.) a un precio menor del corriente para luego “venderlas” sacando una diferencia, o bien usarlas para adquirir bienes para su propia subsistencia. En este último caso, la utilización de tales monedas también alteró su forma de consumo en tanto adquiría únicamente los bienes que podían ser vendidos en esos términos.

Me acuerdo de que no había un peso en la calle, que no se consumía. Personalmente en el negocio yo no vendía nada. La gente empezó a bajar los precios como para poder empezar a vender y había mucho malestar. No llegué a bajar los precios [...] pero estuve muy cerca de bajarlos. Lo que me acuerdo muy claro, es haber cerrado el negocio e irme a sacar plata del banco. Sí. Digo, ¿qué estoy haciendo acá? Estoy ansioso, y si no entra nadie, cerraba y me iba. Era como algo, que había como todo un caos. Bueno, empezaron los saqueos, empezó todo como una movida en el conurbano con los saqueos y después me acuerdo, no sé si, si, si esto, ¿qué fue primero, no? Pero me parece que después vimos lo de los cacerolazos. De los cacerolazos, daba en la tele, y sí. Me acuerdo de que teníamos bastante miedo en casa porque se escuchaban [...] y había disturbios ahí en los edificios, que están cerca de casa y habían cortado la autopista. Teníamos miedo porque estaban metiéndose en las casas, no acá... pero... se escuchaba en la tele que se metían en un lado, en el otro, había como toda una psicosis y bueno, yo me subí también a eso, y es más, yo tenía, yo tengo, armas en casa, las tengo todas desarmadas. Y en ese momento las armé. Estabas como preparado a que se te vengan a [...] que se metan en mi casa, preparado para que no se me metan. [...] el 98 fue mi mejor año laboral, después empezó a bajar, a bajar, a bajar y ya se notaba que, cuando asumí De la Rúa, ya ni me acuerdo cuándo asumí. Es muy difícil acordarse de las fechas. Sí, y estaba haciendo otra cosa a parte del negocio. Cambiaba plata, esto era en la época de los patacones y todo eso. Cambiaba patacones, les retenía una tasa digamos y después los liquidaba en una financiera, estaba con eso. Eso me daba más plata que el negocio. ¿Cómo llegué a eso? Y, mirando, porque al principio nadie aceptaba ni lecop, ni patacones, después se empezaron a aceptar más los patacones y yo veía que la gente me decía no, se me complica, a veces los tengo que vender, me los cambian por menos. Y como no había plata en la calle, ya se había hecho moneda corriente. Y, llegué a cambiar hasta, creo que los lecor que eran los de Córdoba. Pero no sé cómo llegué a eso, sé que por medio de un amigo llegué a la financiera, se los liquidaba y yo cobraba, no me acuerdo, creo que era la tasa,

pero yo le ganaba otro tanto como ganaba la financiera. Y me estaba moviendo con eso. La gente venía y me los vendía. Y yo les daba plata, pesos a cambio de [...]

Y después los revendía, digamos. Además, compraba cosas que se pudiera comprar con eso, comida principalmente. Los que aceptaban esos patacones, ahí iba a comprar. El problema fue que se paró el consumo completamente, yo que lo mío es... puro consumo. Puro consumo y algo que no es primordial, es algo súper superficial, ocioso. Un artículo de lujo vendría a ser, encima servicio, es más difícil vender un servicio que vender algo tangible, claro. Lo mío se había parado, yo me acuerdo los últimos meses facturaba 3.000 pesos por mes. [...] por ejemplo en el 98 facturaba 10.000, 12.000 pesos. Sí, y después cuando fue la crisis, lo que yo veía era un montón de oportunidades y por no tener, si hubiese tenido plata en ese momento, hubiese hecho un desastre. Los saqueos, dije, esto va a ser una anarquía, una revolución popular, yo la verdad que me asusté bastante y sobre todo donde yo tengo el local ahí en Wilde, estaban cerca peleando. Me acuerdo de que pasaba la policía diciéndoles a los del negocio que cierren, porque se venía una horda de gente. Todo el mundo estaba mal, era algo general, no es que nosotros solos, sobre todo los que peores estaban eran los que fabricaban cosas. Los que producían, yo tenía amigos que tenían grandes fábricas y que se fueron todos al tacho, todos presentaban convocatorias, pero ya venía con una sangría de todo el 1 a 1 y venían vendiendo más o menos y cuando se cayó el consumo, se fundieron casi todos. Entonces creo que ahí no se salvaba nadie [...] me acuerdo de que había mucha gente que estaba conectada que endeudaba pesos, que tenían posibilidades de créditos, endeudaban pesos ya especulando la devaluación, eso me lo acuerdo. Sí, y yo decía, qué cosa no poder tener conexiones para poder. Obviamente no sabía qué hacer, y tampoco gastaba, no consumía. ¿Sabés de qué me acuerdo? De que nos habíamos *stockeado* mucho de mercadería, de comida. No sé, por las dudas, por si pasaba algo, yo había comprado muchas latas de tomates, de conservas, arroz, fideos [...] estaba súper *stockeado*.

5.4. DECISIONES ECONÓMICAS

El esfuerzo creativo de combinaciones entre elementos subjetivos (cognitivos, emocionales y relacionales) y objetivos (sociales y culturales) que guían el comportamiento económico diario, se encarna en las decisiones domésticas que conciernen al consumo, la producción y distribución de bienes y servicios, los medios para adquirirlos, y a la organización y planeamiento de la economía doméstica.

Partiendo del modelo analítico de la acción racional individual, la asunción de la economía neoclásica sobre las decisiones concierne a la manera en que los individuos eligen aquella

alternativa de acción que maximiza la utilidad, basándose en un conjunto estable de preferencias. Las ciencias sociales, en contraste, han enfatizado mediante el estudio empírico de fenómenos económicos concretos, el rol de variables culturales y sociales en la ejecución de las decisiones de la vida económica. En la medida en que las acciones económicas son evocadas como decisiones que los actores toman de acuerdo con un conjunto de elementos racionales, tradicionales y afectivos, en términos de Max Weber, derivan de la interacción social y su significado es construido históricamente y culturalmente (en Smelser y Swedberg, 2005).

Muchos fenómenos simbólicos y cognitivos usualmente agrupados en lo que denominamos “cultura” influyen de modo decisivo en las representaciones y las prácticas económicas cotidianas de maneras diversas (DiMaggio, 1994). Según DiMaggio, la cultura puede tener efectos *constitutivos* o *regulativos*. Mientras los primeros refieren a categorías y cosmovisiones culturales que dan lugar al énfasis de mutua implicancia entre lo cultural y lo económico, los segundos señalan normas, valores y rutinas que constriñen los intereses individuales (Smelser y Swedberg, 2005: 16).

Las limitaciones de las orientaciones teóricas neoclásicas en determinar el valor de bienes particulares, como por ejemplo, las emociones (Zelizer, 1985) o las partes del cuerpo humano (Healy, 2004) ilustran la existencia de lógicas culturales contextualmente dependientes que rigen tales intercambios. En estos casos, la cultura tiene implicancias constitutivas respecto de las orientaciones económicas hacia la acción (DiMaggio, 1994).

El problema central de la perspectiva neoclásica remite al supuesto de la elección racional. En este, los individuos experimentan la vida social en términos de deliberaciones en una serie de contextos atemporales y ahistóricos; las mismas tienen lugar en instancias limitadas en las que el entorno es estable, lo cual excluye la consideración de los procesos que se presentan en la realidad empírica. Sin embargo, son los problemas del mundo real los que han mostrado, según Smelser, que los actores experimentan la vida social más en términos de *ambivalencias* que de *certezas*. Lo que caracteriza la orientación de los actores hacia otros actores o hacia objetos o símbolos, es más el estado de ambivalencia que el de certeza. No obstante, el modelo de elección racional puede ser útil en aquellos contextos en los que la elección es institucionalizada (Berezin, 2005: 109).

La esfera doméstica representa un terreno en particular atractivo para analizar, dado que las articulaciones entre las acciones económicas se entrelazan de manera cotidiana con las relaciones personales. Asimismo, en estas combinaciones diarias se refleja la lógica de los juicios que cotidianamente los actores realizan sobre las acciones económicas, en la que la cultura –contextualmente dependiente– ejerce influencia. Tales juicios resultan de la

interpretación relacional de la experiencia social respecto del contexto histórico, de patrones culturales y de la interacción social. Tanto la cultura como la cognición intervienen entre los juicios y las acciones económicas (Berezin, 2005: 111).

Sostenemos que tales juicios resultan de la interpretación relacional de la experiencia respecto de la información relevante, la cual en momentos de crisis se presenta como sorpresas informacionales o incertidumbres. Dicha interpretación, previo esfuerzo observacional, se entrelaza con los patrones culturales y la interacción social. Los actores emprenden entonces acciones económicas en respuesta a esos juicios.

Una vez más, lo que gobierna el planeamiento de la economía doméstica tiene que ver con la integración entre actos económicos y la vida social. Las decisiones respecto al consumo, la producción y la distribución de bienes y servicios toman la forma de procesamientos cognitivos y reacciones afectivas respecto de la experiencia, en el marco de elementos culturales, sociales y económicos. Thaler (1999) se ocupa de la comprensión de las decisiones individuales, poniendo de relieve el hecho de que las decisiones se hacen a menudo de manera aislada, sin necesidad de referir constantemente a la vida social como un todo. La cuidadosa observación de la manera en que la cultura, las relaciones sociales y los procesos económicos interactúan, provee los indicios para una comprensión de la lógica doméstica de cómo los actores ponen en práctica acciones económicas cotidianas.

Las actividades económicas en un amplio rango de dimensiones sociales no convencionales, que incluyen las finanzas domésticas, las economías de dones, los sectores informales, los sistemas de compensación y el consumo, han sido dejadas de lado por los principales enfoques tradicionales. Es por ello que, ubicándonos en la línea argumentativa alternativa de los estudios culturales de la economía, proponemos el análisis de algunas de estas dimensiones centradas en la esfera doméstica. Siguiendo una vez más este supuesto, revisaremos en especial los casos del consumo y de la economía de los dones, desde la perspectiva de las unidades domésticas.

5.4.1. Consumo

Las decisiones sobre el consumo son de característica relevancia, ya que representan la dimensión social en la que las vidas singulares se integran de manera más obvia en la economía en sentido amplio (Zelizer, 2005: 332). En esta sección tomaremos en consideración el ámbito doméstico como un sitio de consumo en donde puede observarse

empíricamente las intersecciones entre significados culturales, relaciones sociales y actividades económicas cotidianas, las cuales se forjan de manera peculiar en momentos de crisis dando lugar a formas de consumo distintivas. El consumo, en tanto obtención y uso de bienes y servicios, representa un conjunto de prácticas reveladoras en términos de las relaciones sociales y las actividades económicas que las sustentan.

Contrariamente al enfoque del consumo como comportamiento masivo, gran variedad de observadores sociales han enfatizado el carácter creativo que implica emprender prácticas de adquisición y uso de bienes y servicios (Zelizer, 2005: 333). En este sentido, el quiebre de los patrones habituales de conductas respecto al consumo durante una crisis puede acrecentar la necesidad de recurrir a conductas creativas en relación con tales actividades económicas, lo que permite observar de manera peculiar las lógicas que requiere la redefinición de las prácticas cotidianas y su significado para la vida corriente.

Los principios de toma de decisiones económicas basados en hallazgos empíricos muestran el carácter heterogéneo y dinámico del consumo, desafiando la comprensión del mismo como proceso de maximización individual proveniente del relato neoclásico, o como comportamiento de masas en el relato sociológico tradicional. Enfatizando la creatividad de los consumidores, estos estudios etnográficos proponen enfocar relacionamente el fenómeno del consumo en términos de relaciones interpersonales significativas (Miller, 1987; Ritzer, 1996; DiMaggio y Louch, 1998; Chang, 2005).

Al destacar las distinciones entre patrones de consumo según variables étnicas, ocupacionales, locales, de origen social o de género, la antropología y algunos sectores de la sociología han llevado el estudio de este fenómeno hacia el terreno de los significados compartidos (Zelizer, 2005: 333). El consumo, en tanto parte de la vida económica, es construido culturalmente a través de representaciones compartidas que se presentan como el producto de la interacción entre procesos económicos, relaciones sociales y esquemas culturales.

El influyente aporte de Bourdieu (1984) respecto de la problemática del consumo. En *La Distinción*, provee los elementos teóricos para la comprensión de la forma en que los actores, a través de las disposiciones o esquemas de percepción y valoración (adquiridos mediante la incorporación de experiencias en situaciones recurrentes, lo que hace que sean diacrónicamente variables, diferenciales, relacionales y atentos a las desviaciones) distingan y clasifiquen fenómenos sin necesidad de identificar con claridad sus características constitutivas, y por ende, guíen sus prácticas concretas. El conjunto de disposiciones encarnado en el *habitus* constituye un principio de taxonomización práctica que conduce a la

acción. El *habitus*, en donde se conectan las estructuras objetivas convencionales y las disposiciones adquiridas a nivel subjetivo, es lo que da cuenta de la incidencia de elementos convencionales internalizados en las prácticas concretas de consumo.

La antropología se ha destacado por proveer interpretaciones acerca del consumo al considerarlo producto del comportamiento atravesado por elementos culturales e introduciendo una comprensión del mismo en términos de significados compartidos (Sahlins, 1976; Douglas e Isherwood, 1979). De este modo, el consumo ha sido abordado analíticamente por antropólogos contemporáneos desde una perspectiva relacional que intenta superar los enfoques subjetivos e individualistas, sugiriendo que las prácticas de consumo constituyen y sostienen relaciones interpersonales significativas (Miller, 1998).

Otro de los aportes más recientes desarrollados en el marco de la sociología económica, dedicada al estudio de la incidencia de la cultura en las actividades económicas, sugiere un tratamiento del consumo como producto del trabajo relacional que emprenden los sujetos (DiMaggio y Louch, 1998; Uzzi, 1997). Esto es, como “la creación, el mantenimiento y la alteración de conexiones interpersonales mediante la adquisición de bienes y servicios” (Zelizer, 2005a: 337).

Las relaciones sociales y los significados culturales en torno al consumo pueden ser especialmente explorados al interior de sitios como los hogares. Incluso, sugerimos que puede ser revelador indagar sobre los cambios producidos en los mismos, que pueden dar lugar a redefiniciones de patrones habituales de conductas, interacciones y prácticas relativas al consumo.

Las economías domésticas son sectores cruciales de producción, distribución y consumo. Las decisiones hogareñas sobre el consumo incluyen constantes negociaciones de los vínculos familiares. Las relaciones interpersonales pueden resultar de relaciones económicas, pero a su vez pueden ser previas a estas últimas y hasta pueden constituir la razón misma de su puesta en práctica (Woolsey Biggart y Castañas, 2001: 492).

Estudios etnográficos han demostrado complejas diversidades al centro mismo de las unidades domésticas. DiMaggio y Louch (1998) examinan lazos no comerciales preexistentes que inciden al respecto del consumo, mostrando hallazgos notables sobre los efectos que relaciones sociales estrechas tienen acerca de la adquisición de ciertos bienes y servicios, contrariamente a la idea de un mercado impersonal. Ellos concluyen que frente a resultados inciertos, los consumidores tienden a recurrir a relaciones sociales no comerciales tales como el parentesco, las amistades o los conocidos, a fin de tomar determinadas decisiones

comerciales. Interacciones sociales significativas inciden en este sentido, en rutinas de consumo supuestamente impersonales.

En el escenario de la crisis argentina de 2001, las tendencias mencionadas por DiMaggio y Louch proveen un punto de partida para examinar el consumo de bienes en situaciones insólitas. En tales circunstancias se hacen evidentes las intersecciones mencionadas por los autores entre las relaciones sociales y el acceso a bienes que en otro momento serían de consumo habitual y en el entorno crítico son resignificados como objetos de lujo. La entrevista que sigue es un ejemplo de ello:

“Porque yo estaba solo, los pocos pesos que me pagaban eran suficientes para comer y para pagar la luz y el gas, el resto lo dejé de pagar [...] Algunas cosas seguía recibiendo, tales como el periódico o zapatos porque conozco a las personas que los venden y me los daban a crédito. Pagué siempre primero la luz y el gas que tiene fecha de vencimiento y después el resto con crédito de los amigos, que no tenía vencimiento.”

En otros casos, ciertos lazos no comerciales previos también sostienen el consumo de bienes de lujo, a través del establecimiento de una forma de pago adecuada a la inestable situación. Ana, quien nos cuenta que solo podía afrontar la compra de alimentos durante la crisis, señala que ciertas relaciones constituían la única vía que propiciaba el consumo, aun cuando estos fueran escasos, de bienes distintos de los requeridos para la subsistencia:

“Una amiga que tiene un negocio me dio un préstamo sin fecha de vencimiento para comprar un pantalón o algo así. Así que podría tener algo nuevo. Ella me dio una mano. Ella estaba en una situación mejor que yo.”

Los significados culturales compartidos y sus representaciones por parte de los actores subyacen toda actividad económica. Las prácticas de consumo en la esfera doméstica proveen un ejemplo notable de la forma en que relaciones sociales significativas penetran los procesos económicos diarios. El consumo no solo permite el sostenimiento de la existencia humana, sino que da forma a las relaciones interpersonales (Zelizer, 2005: 348).

La comprensión de las prácticas de compra y venta, así como de los productos y servicios que se consumen, no pueden separarse de los significados asociados a los mismos. La clasificación de los bienes y servicios que son objeto de consumo, resulta de la compleja labor relacional que los actores sociales realizan sobre la base de parámetros culturales y sociales,

históricamente variables. Ejemplos contundentes son provistos por etnografías que abordan la problemática de la mercantilización del cuerpo humano, de objetos sagrados, de relaciones personales, etc. (Healy, 2006; Ertman, 2003; Zelizer, 1985). La forma en que el pago se produce y las relaciones sociales involucradas tienen una fuerte incidencia en los términos de tales intercambios.

Las alteraciones en el consumo diario durante la crisis de 2001 han mostrado aumentar la necesidad de recurrir a formas creativas para emprender cursos de acción adecuados a la situación. La heterogeneidad y el dinamismo con que los consumidores redefinen las prácticas económicas cotidianas, ponen en evidencia el esfuerzo creativo con que hacen frente a semejantes alteraciones. La orientación de las conductas de consumo se gesta en los microprocesos que son atravesados por las expectativas culturales, tales como el estilo de vida deseado, y por las relaciones sociales requeridas para responder a las mismas. A la vez, la adecuación de tales conductas respecto de la situación crítica es producto de juicios cognitivos y expresiones afectivas. Marcela expone su experiencia como consumidora en esas circunstancias:

“Hubo un replanteo en el consumo. Todo el mundo, los que tenían dinero y los que no, tuvo la precaución de gastar menos. Yo me había adaptado ya mi presupuesto, mediante la reducción de la misma [en cosas personales]. Es por eso que no fue difícil para mí. No tengo ningún problema en reducir mi presupuesto en casa. Por ejemplo, en lo que concierne a los productos primarios me mantuve en la compra de artículos de marca, pero compré la más barata de productos de limpieza, por ejemplo. También cancelé cosas, la televisión por cable más barato. No abandoné el consumo, pero he cambiado a una categoría de menor calidad. Dejé de comprar el periódico todos los días. Viajar en taxi era más caro, así que comencé a viajar en colectivo. Viajé en taxi cuando solo cuando llegaba tarde. Fui a la peluquería una vez cada tres meses en lugar de ir cada mes. Seguí con la depilación y me quedé con mi sistema de salud, que es muy caro. Tenía una chica que me ayudaba en casa que venía dos veces por semana, pero le dije que venga una sola vez. Antes de la crisis hice las compras en Jumbo, pero luego empecé a comprar en los supermercados chinos, ya que no era tan tentador, hay menos productos. Y también me ajusté con la ropa y las salidas nocturnas. En lugar de salir a comer con mis amigos, nos reunimos en nuestras casas. Fuimos al cine los miércoles, cuando era más barato. [...] También hago turismo alternativo con un grupo de gente y durante unos tres años antes de la crisis, en vez de contratar paquetes, lo organizábamos nosotros mismos en lugares más baratos. En vez de comprar algo nuevo, se lo arreglaba en un *service*. Yo suprimí algunas cosas y cambié algunos productos por otros

más baratos, y traté de manejarme con algunos otros productos para pagar menos, pero para mantener la compra. Me di cuenta de que todo el mundo hizo lo mismo. En ese momento fue bien visto ser ahorrativo y mal visto ser ostentoso o desperdiciar el dinero.”

A su vez, las relaciones interpersonales requeridas para emprender tales actividades económicas inciden en la forma que el consumo adquiere en circunstancias críticas, la cual se proyecta en la redefinición de los significados atribuidos al mismo. El relato de Ana es una muestra de ello:

“Me alcanzaba para la comida exacta, pero medida, ojo. Para apenas comprar, que yo no soy una persona gastadora pero era lo mínimo que yo compraba, para comer y juntaba para pagar la luz y el teléfono. Nada más. Obviamente que yo la luz la cuidaba muchísimo, la sigo cuidando ahora, pero era más, y bueno eso, llegaba ahí. Entonces, no te voy a decir, no en algún momento si yo como no podía comprar no compraba y yo tenía hambre a veces. Y digo, pero no puedo comprar. Entonces yo me arreglaba con otras cositas. También fui, ahora que me estoy acordando. Viste, ¿te acordás de los que hacían cambio de comida por ropa? Fui al club del trueque, en Flores me acuerdo, con una amiga. Llevé ropas mías, por cambiar, por comida. Ponele, arroz, harina y bueno así el cambio. Sí, porque ella también llevaba cosas, ella hacía dulces. Pero ella no necesitaba como yo, pero me acompañaba. Ella hacía dulces, mermelada ¿viste? y fuimos al trueque, ella vendía eso para ella. Y yo llevaba ropa mía y digo, bueno pero cambio este, arroz, harina, fideos y lo hacía el cambio la gente, siempre hay otro que necesitaban la ropa y me daban la comida. Y yo después, veníamos viajando, con el 36 con la bolsa y yo con eso ya estaba contenta. Antes no hubiera ido ahí, pero digo, tengo comida para hacer, ¿me entendés? Pero yo fui también en el trueque que estaba acá cerca para trabajar con la peluquería ahí por la comida, sí. A cambio de lo que yo necesito. Nada de ropa, zapatos no, no, no, no. Eso ya no podía ni pensarlo. El pelo, yo creo que no me teñía en ese momento, más vale que me lo cortaba yo [porque es peluquera], este y no, nada yo no, no. Y yo te digo que no salía, yo salía a la calle para ir a trabajar en lo que se podía, después ya no tenía ganas de salir a la calle.”

5.4.2. Dones

Tanto sociólogos como antropólogos económicos usualmente asocian el modo de intercambio de mercancías con las sociedades capitalistas y el modo de intercambio de dones con las sociedades preindustriales. Esto remite al hábito de ambas disciplinas de restringir su

atención, respectivamente, a los intercambios mercantiles y a los intercambios recíprocos. De acuerdo con Yunxiang Yan (2005: 249), la misma antropología económica como subdisciplina ha surgido en el seno de una serie de debates sustanciales respecto a la naturaleza y diversidad cultural de las formas que adquieren los dones en distintas sociedades.

La antropología económica se ha ocupado del análisis minucioso de las prácticas de dones, en tanto formas de crear una obligación recíproca, estableciendo la confianza necesaria entre las partes, la cual constituye la base social de otras formas de intercambio económico (Mauss, 2000 [1925]; Malinowski, 1932). Sin embargo, estudios recientes han mostrado empíricamente la intrincada relación entre ambos modos de intercambio que se presenta en las sociedades occidentales contemporáneas, resultando en prácticas que reproducen la interdependencia entre los mismos (Darr, 2003). Las implicancias económicas de las prácticas de dones son tan complejas y diversas en el mundo occidental contemporáneo como en las sociedades preindustriales de pequeña escala (Yan, 2005).

Aunque Marcel Mauss no ha sido el primero en investigar este tipo de prácticas de intercambio, ha sentado las bases teóricas para su examen sistemático y continúa siendo de interés fundamental para la antropología y la sociología contemporáneas. En el célebre *Ensayo sobre los dones* (1925), Mauss caracteriza el sistema de intercambio de dones como aquel que engendra obligaciones de dar, recibir y devolver, creando en este trayecto vínculos de mutua dependencia entre sujetos sociales. Este análisis se basa en las relaciones sociales engendradas mediante los lazos entre los seres humanos y los objetos. Con la intención de comparar las economías basadas en intercambios de dones “primitivos” y personales, con aquellas sustentadas en el sistema moderno e impersonal de intercambios de mercancías, Mauss desarrolla un esquema de evolución de tres etapas. La primera consiste en “prestaciones totales”, en las que los intercambios materiales entre grupos forman parte de un amplio rango de transacciones no económicas. La segunda etapa remite al intercambio de dones entre personas que representan a grupos. Y por último, señala el intercambio de mercancías entre individuos independientes, característico de las sociedades de mercado (Yan, 2005: 249).

La modalidad de los dones constituye una de las formas más extendidas de intercambio social en las diversas sociedades humanas. Esta puede crear, mantener o intensificar diferentes lazos sociales cooperativos, competitivos e incluso antagonicos (Yan, 2005: 246).

Los intercambios basados en los dones han sido usualmente tratados como transacciones desinteresadas, motivadas emocionalmente y no por estrategia; no obstante, recientes investigaciones han sugerido reconsiderarlos en términos de actividades estratégicas y

motivadas intencional y activamente por los sujetos a fin de crear obligaciones de reciprocidad (Darr, 2003: 32).

Las prácticas de intercambio de dones pueden ser clasificadas de diversas formas. Es posible establecer distinciones respecto del carácter ceremonial o no ceremonial, del rol de los agentes que las llevan a cabo, etc. (Yan, 2005: 246-247). Aquí, nos limitaremos a examinar intercambios de dones no ceremoniales desplegados entre actores independientes en el escenario de la crisis argentina de 2001. Los datos surgidos de las entrevistas revelan el carácter heterogéneo de los intercambios recíprocos aun respecto de dicha categoría limitada de dones. Esto nos ha permitido una vez más dar cuenta del esfuerzo que los actores realizan para elaborar creativamente estrategias relacionales significativas de combinación de recursos materiales, interpersonales y simbólicos.

Aunque los intercambios ceremoniales de dones se caracterizan por ser institucionalizados y ritualizados, distan de ser estáticos (Yan, 2005: 246). De manera similar, los intercambios recíprocos no ceremoniales consisten en respuestas dinámicas y eventualmente precipitadas a cambios sociales. Entre estos últimos se encuentran dones ocasionales para expresar gratitud, intercambios de regalos entre familiares o amigos, donaciones solidarias, etc.

No obstante, nuestros hallazgos sugieren que el intercambio de dones no ceremoniales puede tomar formas diversas, que podemos distinguir en dos categorías amplias: intercambios de objetos y de tareas o responsabilidades. Mientras las entrevistas evidencian el intercambio recíproco de objetos tales como alimentos, vestimenta, e incluso dinero, también son centro de las mismas tareas y responsabilidades tales como labores domésticas, el pago de la escuela privada, el cuidado de familiares ancianos o de niños, el permiso de acceso a la vivienda. Las obligaciones generadas por estos intercambios recíprocos, sin embargo, pueden manifestarse en términos de dar, recibir y devolver indistintamente ambos tipos de recursos materiales e inmateriales. Esto sugiere que la distinción analítica entre intercambios de objetos e intercambios de tareas o responsabilidades, no implica necesariamente dos ámbitos de circulación separados. Por el contrario, ambos tipos de dones se encuentran entrelazados en la vida diaria, reflejando complejos sistemas de obligaciones recíprocas con profundas implicancias en la vida económica.

A pesar de que ambas clases de intercambios recíprocos acontecen durante el curso habitual de la existencia cotidiana, circunstancias extraordinarias caracterizadas por cambios en la economía de la vida diaria impulsan de manera distintiva la puesta en escena de prácticas de dones tanto materiales como inmateriales, las cuales son el resultado del diseño creativo de estrategias de adaptación respecto de tales modificaciones.

No solo las disrupciones en la vida económica provocadas por el escenario crítico, sino también su percepción de las circunstancias personales de su hermano, permiten a Beatriz y a su padre determinar la forma más adecuada de ayudarlo de acuerdo con el tipo de dones materiales (bienes o dinero):

“Mi hermano tenía un problema enorme porque no encontraba trabajo y tener tantos chicos es terrible. Pero los chicos comían en las escuelas donde se empezó a ofrecer comidas gratis y así no se murieron de hambre. Y para conseguir algo de plata fue a cartonear en la basura en las calles. Por otra parte, nosotros mismos, es decir, mi papá y yo, le dimos plata o cosas, pero principalmente cosas porque él tiró el dinero [...] A mí me ayudaban mis vecinos y yo los ayudaba a ellos. Cuando el esposo de mi hija no tenía trabajo o mis otros hijos tenían que comer con sus hijos, entonces yo les ayudaba, les di de comer, por ejemplo. Cuando mi hijo tenía trabajo siempre me ayudaba, me compró una cocina, una licuadora y otras cosas, o 50 pesos. Mis hijas, no. Pero nunca les pedí nada. Yo no ayudaba a mi padre porque él tenía una pensión. Él nos ayudó con dinero o con la construcción de la casa. Mi esposo construyó la casa de Raúl [su hijo] y Andrea [su hija] pero ella le pagó más tarde.”

El relato de Beatriz además, muestra que ambos tipos de dones no son intercambiables. Según los cambios circunstanciales en las vidas económicas de los diversos miembros de la familia extendida, mientras en ocasiones Beatriz y su marido proporcionaban alimentación o ayuda en la construcción de las viviendas de sus hijos y sus nietos, en otras ellos recibían bienes tales como electrodomésticos o dinero. Beatriz se emociona al relatar que recibió esporádicamente electrodomésticos en forma de regalos de su hijo. Al expresar con cierto resentimiento que por el contrario sus hijas nunca le habían ayudado, aun cuando explica que una de sus hijas dio dinero a su padre en forma de una compensación por su ayuda para construir su casa, Beatriz muestra que aunque ella y su marido ayudaron a sus hijos por igual, las formas de devolución que su hijo (regalos) o su hija (pago) realizaron de manera similar, no solo tienen significados diferentes, sino que constituyen relaciones económicas también distintas. Notemos que esto pone en evidencia que la frontera entre los intercambios de dones y las transacciones comerciales o compensatorias más que diluirse, se torna más tajante cuando las circunstancias críticas generan situaciones en las que muchos sujetos dependen económicamente de tales formas de intercambios. La obligación de dar, recibir y devolver crea, sostiene o intensifica lazos sociales. Además, son las relaciones humanas las que dan sentido, definen tales obligaciones y las distinguen de otras actividades cruciales en la economía de la vida diaria.

Pamela también da cuenta no solo de la ofensa que representa el solo hecho de imaginarse la supuesta intercambiabilidad entre los dones, sino que adicionalmente hace referencia a las relaciones interpersonales en las que tales intercambios se basan. Ella señala que cuando estuvo en condiciones de hacerlo, a pesar de haber restituido lo que su hija le dio, la devolución exacta (en términos materiales) de la ayuda provista hubiera consistido en una ofensa. Tal interpretación de lo acontecido se basa en esquemas culturales de comprensión. Así, se pone en evidencia la complejidad con que tales prácticas se presentan en la realidad, ya que resultan de delicadas combinaciones relacionales entre lo económico, lo social y lo simbólico.

“Y Claudia [su hija], cuando le daban los *tickets* canasta a ella, me ayudaba con los *tickets* para la comida. Entonces con eso y más lo que yo ganaba, ella los *tickets* me daba poco, no todo. Ponele 30 pesos. Que ella me lo daba a mí, me dice mami comprá lo que vos necesites, entonces con eso y más lo poquito que tenía yo juntaba e iba tirando así los meses. Y bueno y todo eso. No, no, yo después trataba de devolver, este, los que me ayudaron en ese momento, sí. Ponele que me daba la mitad de los *tickets* de ella, ella tenía *tickets*, me daba un poco a mí y yo después con el tiempo se lo devolví. En un momento, cuando yo pude y sí, le devolví. ¡Pero ojo! No es que yo dije, te devuelvo tal y tal cosa que vos me diste, ¡no! ¡Para nada!”.

Los dones materiales e inmateriales resultan del diseño creativo de estrategias para paliar efectos adversos de las circunstancias críticas propias y ajenas. La intercambiabilidad entre ayuda en forma de recursos materiales e inmateriales constituye una constante en semejantes circunstancias. Sin embargo, la investigación empírica revela implicancias emocionales de tales estrategias, algunas de las cuales distan de ser armónicas. Asimismo, en algunas ocasiones estas implicancias repercuten en la vida económica propia.

“Pero nuestra única hija y yerno tenían grandes problemas, porque él fue despedido y no tenía trabajo. Les ayudamos con dinero [...] Esto ha cambiado nuestra forma de gastar, por supuesto. Pero también me hice cargo de mis nietas para que mi hija pueda trabajar, debido a la necesidad. Entonces tuve menos tiempo libre. Estaba agotada, pero nos ayudábamos unos a otros porque somos una pequeña familia. Al principio ayudamos a mi hija de pagar la escuela de las nietas, aunque no me gustaba la escuela. Más tarde les dimos directamente el dinero del alquiler.”

En este último relato, la ayuda de Rita y su esposo a la familia de su única hija con dinero o con el cuidado de sus nietas tiene tanto efectos directos en las finanzas domésticas de esta pareja de jubilados, como implicancias emocionales respecto de la disminución de su tiempo libre. Incluso a pesar de no compartir la idea en torno a la escuela de sus nietas, la donación que Rita hace para pagar la misma prevalece como estrategia diseñada para mitigar las circunstancias extraordinarias que asolaban la economía de la familia de su hija. En este sentido, puede observarse el rol complementario de las reacciones afectivas y de las evaluaciones cognitivas, las cuales inciden en el proceso que conduce el esfuerzo estratégico que guía la conducta. Pero, es la situación excepcional y crítica que atraviesa la familia de su hija la que permite a Rita establecer un orden de prioridades en el que la responsabilidad del pago de la escuela que recae sobre ella predomina en detrimento de sus propias ideas y sentimientos. Esto manifiesta la peculiaridad con que se presentan en escenarios agudos las intersecciones entre las relaciones sociales significativas, los estados emocionales, las evaluaciones cognitivas y las actividades concretas que en su conjunto dan forma a la vida económica.

El encadenamiento de obligaciones también simboliza un aspecto relevante en el análisis de la diversidad de formas que han adquirido los intercambios recíprocos durante la crisis. Cuando Ana expone su experiencia en ese momento, lo hace respecto de la ayuda que ella debe brindar a su hijo, quien dadas sus circunstancias personales y laborales, a la vez tiene obligaciones con su propia hija. Adicionalmente, el hecho de que su novio también aportaba una ayuda económica no solo resultaba en un eslabón más de la cadena de obligaciones, sino que modificaba las relaciones interpersonales significativas, las cuales atravesadas por reacciones afectivas, al mismo tiempo incidían en la potencial continuidad o discontinuidad de tal modalidad de ayuda:

“Mi hijo no ganaba mucho dinero, era chofer de taxi, y cuando volvió porque se divorció y no podía pagar un alquiler, tuve que dejarlo vivir conmigo y darle de comer. Antes, él me ayudó con dinero, pero después ya no pudo. Hubo menos trabajo y tuvo que darle algo de plata para su hija [...] Cuando empecé a salir con Roberto [su novio], él me ayudó a comprar pizza o darme dinero para comprar algo. Y la pizza era para todos, incluso para mi hijo. No era fácil la situación porque eso generaba problemas entre nosotros. Pero mis padres siempre me ayudaron, también con mi hijo. Mi hermano también, pero yo también le ayudaba.”

Incluso en algunas entrevistas se pone en evidencia el dilema generado por una tensión sobre la apreciación de la responsabilidad respecto del pago de una deuda o un crédito. En estos ejemplos de reciprocidades que podríamos llamar “negativas”, los sujetos justifican mediante juicios cargados emocional y moralmente, la imposibilidad de afrontar sus deudas, redireccionando la responsabilidad, la cual recae sobre quienes deberían cumplir correctamente con el suministro del ingreso de tales actores. En el caso de Juan, tal justificación focaliza la responsabilidad de la empresa metalúrgica en la que sigue trabajando a pesar de no cobrar en término:

“Si no me pagan, no puedo pagar. Mi conciencia estaba en calma. Si tuviera que ir a la cárcel, bueno, yo no tenía ninguna otra alternativa. Yo no maté a nadie, si no te pagan, no podés pagar. Lo más importante para mí era la comida [...] También cortaron el cable de televisión y el teléfono porque no podía pagarlo, pero traté de pagar la luz y el gas. O comía o veía el cable. Comí y luego cortaron el cable.”

El caso de Osvaldo, un jubilado que antes había trabajado externamente en una imprenta recuperada durante la crisis, pone en evidencia además que el esfuerzo creativo de estrategias no solo se presenta como formas para mitigar consecuencias adversas del momento crítico propias, sino también ajenas, dando lugar a una comprensión de la reciprocidad en términos ideológicos de solidaridad. Ante la quiebra de la imprenta, Osvaldo tomó la decisión de ayudar, en tanto don inmaterial, mediante sus conocimientos e incluso su mano de obra, dadas sus convicciones solidarias e ideológicas:

“Cuando quiebra la empresa, los muchachos resisten, se quedan acá a pesar de la policía. Al final, triunfan ellos, como triunfan todas las recuperadas y se ponen a trabajar. En el medio, pasaron penurias, pero los vecinos hacían ollas populares y los apoyaron mucho. Vino el 2002 y 2003 y el país comenzó a levantarse. Y todos los simpatizantes de izquierda empezaron a acercarse y darles las publicaciones de izquierda que son muchísimas en el país. Los muchachos no son marxistas ni entienden nada de leninismo, pero empezaron a conocer todo eso a través de las publicaciones que les daban para trabajar, para imprimir, por la simpatía de esos grupos respecto de su acción. Yo estaba jubilado ya y mi socio era viejo. Bueno, cuando ellos empiezan a trabajar (como cooperativa) yo les empecé a enseñar esa parte que antes les proveía, o a veces lo hago yo mismo, vengo una vez por mes. No era multimillonario pero tenía reservas, no estaba mal financieramente. La quiebra de esta imprenta a mí no me afectó. Vivo cómodo. Perdí mucho más con las hiperinflaciones, la del

90, la del Rodrigazo. Yo entiendo un poco de política, yo sí soy marxista. Y por simpatía vengo a ayudarles a los muchachos. Yo no pertenezco a la cooperativa, pero ayudo, les enseño lo que sé, les doy una mano cuando necesitan. Y muchas veces lo hago yo mismo.”

CONSIDERACIONES FINALES

Las crisis económicas azotan cada vez con más frecuencia al mundo contemporáneo. Aunque han sido numerosas las ocasiones en que las crisis han dejado perplejas a las economías locales, solo recientemente el sistema capitalista se ha visto desbordado por sucesivos colapsos regionales e incluso globales. La crisis de 2008 en Estados Unidos y la de 2009 en Europa han constituido notables ejemplos de ello.

Mientras las políticas económicas neoliberales han logrado someter a las economías locales de gran parte de las naciones del planeta a los principios fundantes del “mercado libre”, las crisis resultantes del desmoronamiento de tales políticas han logrado a conectar los sentimientos de sociedades y culturas disímiles embarcadas en destinos políticos y económicos análogos. El estremecimiento que nos produce ver en los medios la furia del pueblo griego en lucha contra el modelo hegemónico que ha llevado a la ruina a una nación que atesora siglos de sabiduría, es una muestra entre tantas de tales conexiones.

Aunque la conmoción que las crisis generan alcanza a las sociedades, a los modelos y números que constituyen sus economías, son los seres humanos los que padecen sus efectos en sus vidas económicas singulares. En un intento por reconsiderar el papel central de las vinculaciones entre los contextos históricos de crisis, las situaciones extraordinarias engendradas por estos y las intervenciones particulares de los actores envueltos en las mismas, la tesis desafía la difundida pretensión neoclásica de la primacía de lo económico sobre lo sociocultural, de lo racional sobre lo emocional. Podría afirmarse que la imprevisibilidad de los retos que las crisis suponen para la vida diaria tiene efectos meramente desconcertantes sobre los actores involucrados. No obstante, los resultados de esta investigación muestran que la perspicacia de los mismos para hacer frente a tales desafíos mediante estrategias de reconfiguración de su vida económica se sobrepone al desconcierto causado por las circunstancias inciertas.

A lo largo de las páginas de esta tesis doctoral se han presentado los hallazgos de una investigación etnográfica que enfatiza la diversidad de experiencias humanas de la crisis argentina de 2001, que alcanzó una magnitud sin precedentes en el ámbito local, e incluso ha sido considerada paradigmática a escala mundial. En este camino hemos focalizado, desde la

perspectiva antropológica, el análisis interpretativo de los factores involucrados en los microprocesos que guiaron la orientación de la vida económica cotidiana en tales momentos turbulentos. Primero se delineó la trayectoria metodológica y conceptual de la investigación y se trazó el contexto histórico local que sirvió de marco para indagar acerca de las experiencias humanas en situaciones extraordinarias engendradas por la crisis. Luego, los resultados de la investigación etnográfica se articularon con las interpretaciones. La demostración de la implausibilidad de la idea de la desincrustación constituye un eje constante en la argumentación. En efecto, hemos ofrecido argumentos empíricos y teóricos sobre la inviabilidad de comprender el funcionamiento de la economía diaria como una dimensión aislada respecto de otros componentes centrales de la vida social. En este sentido, hemos provisto la evidencia necesaria para mostrar la necesidad de abordar analíticamente la economía de la vida diaria en términos de las interpretaciones, sentimientos, relaciones interpersonales, significados culturales y prácticas concretas que la componen. Las limitaciones de principios básicos de la economía neoclásica, la tesis de la incrustación y los fundamentos de un entendimiento alternativo sobre la inextricable interconexión entre la economía y la vida, han sido enunciados y mostrados en términos conceptuales a grandes rasgos. En esta tesis mostramos no solo tales limitaciones, sino también su inadecuación con gran detalle, mediante la minuciosidad de la observación empírica que el enfoque antropológico provee de manera singular.

Uno de los aportes significativos de la investigación ha consistido en el examen cuidadoso de literatura abundante y actualizada respecto de la argumentación central en torno a la relación entre los factores cognitivos, emocionales y relacionales involucrados en los microprocesos por los que los actores guían sus vidas económicas personales. La reconsideración crítica de bibliografía clásica y contemporánea, proveniente de diversas disciplinas y corrientes de pensamiento, que ha tomado forma a lo largo de un camino nutrido de definiciones y redefiniciones conceptuales a la hora de dar cuenta de la evidencia etnográfica.

La peculiaridad de indagar acerca de la economía de la vida diaria en circunstancias de crisis consiste en el examen de procesos que habitualmente son dados por sentado y que en tales momentos se ponen en evidencia o se agudizan. En este sentido, nuestros hallazgos dan cuenta del papel sustancial del ingenio de los actores en constituir, adaptar y reformar sus vidas económicas de manera razonable respecto de situaciones extraordinarias. La perspicacia con que los sujetos hacen frente a circunstancias apremiantes o amenazadoras se refleja en lo que hemos denominado el “esfuerzo creativo” de combinación de elementos subjetivos y

objetivos en las situaciones extraordinarias puntuales generadas por la crisis. Ese esfuerzo es lo que les permite desarrollar nuevas estrategias de acción proyectadas en prácticas centrales de sus vidas económicas. Tales modificaciones, sin embargo, no se hacen en contextos vacíos de significados sino que son producto de experiencias cognitivas, emocionales y relacionales del entorno crítico y, por ende, implican peculiares redefiniciones materiales y simbólicas.

Nuestros hallazgos añaden complejidad a la argumentación en torno a la incrustación de las acciones económicas en relaciones sociales (Granovetter, 1985), en significados culturales específicos (Zelizer, 2005*b*) y en intersección con factores de índole cognitivo y emocional (Bandelj, 2009). Muestran no solo como se combinan y articulan las tres dimensiones, sino que lo hacen respecto de las situaciones particulares extraordinarias o críticas. Por ejemplo, la decisión de trabajar sin descanso aun los domingos, no remite únicamente a la urgencia por afrontar deudas, sino de manera esencial a la soledad resultante de las circunstancias económicas personales (despidos), e incluso a la posibilidad abierta por las relaciones interpersonales involucradas (divorcio y mudanza).⁴⁸ Hacer largas filas en el banco para sacar los bienes personales de las cajas de seguridad y almacenar latas de alimentos, son medidas que resultan de la combinación de elementos tan disímiles como la interpretación de rumores mediáticos, barriales y/o entre amigos, el temor a los saqueos y pautas familiares de conducta previas a la crisis.⁴⁹

La tesis ofrece una comprensión alternativa de los lazos entre elementos subjetivos – cognitivos, emocionales y relacionales– y objetivos –sociales y simbólicos– que los sujetos creativamente reconfiguran de acuerdo con las circunstancias singulares con el propósito de reorientar sus prácticas económicas. Las alteraciones que tales circunstancias suponen en la vida diaria a su vez implican paralelamente modificaciones en los significados atribuidos a tales prácticas.

Los hallazgos sugieren que la experiencia respecto de la crisis, en tanto procesamiento cognitivo, emotivo y relacional de alteraciones en el curso habitual de la vida diaria, es fundamental para comprender cómo se redefinen las dinámicas económicas singulares. Las experiencias de circunstancias asiduas de la vida corriente dotan a los actores de las habilidades necesarias para operar en situaciones extraordinarias. Aunque no sean radicalmente insólitas, tales situaciones constituyen desafíos inusitados para los actores que requieren de explicitación y redefinición de las prácticas habituales. Tales desafíos plasmados en los microprocesos que conducen a la acción, al contrario de la idea ampliamente difundida

⁴⁸ Entrevista con Alberto.

⁴⁹ Entrevista con Darío.

de que engendran conductas irracionales, suponen la puesta en escena de lógicas razonables de acción.

Esto se pone en evidencia cuando analizamos comparativamente los testimonios de quienes incluso por la edad ya han experimentado fluctuaciones previas en sus economías personales. Ellos están en mejores condiciones de afrontar la crisis que aquellos que han experimentado el colapso de 2001 como la primera ocasión en la que deben confrontarse con disrupciones tan significativas. Aun cuando las experiencias pasadas no sean estrictamente análogas, favorecen la emergencia de un estado de alerta propicio para el desenvolvimiento en momentos cargados de dificultades. Incluso aquellos que hacen referencia a patrones de conducta económica familiar (“somos conservadores” o “austeros”) que trascienden el momento de crisis, lo hacen en términos de la importancia de haber atesorado experiencias en situaciones críticas recurrentes, que han nutrido la conformación de sus esquemas de interpretación doméstica, facilitando en cierta medida el afrontar las modificaciones generadas por la crisis.

El contexto de 1990 había supuesto el acceso –en gran medida favorecido por el fomento al crédito y el endeudamiento– a niveles de consumo desconocidos hasta el momento por algunos sectores. No poder ya acceder a algunos bienes y servicios generó en la crisis una frustración de magnitud en esos sectores, dado que perdían una posición de confort a la cual les era emocionalmente difícil renunciar. De manera similar, sectores medios que gradualmente habían logrado acomodarse en una mejor posición que sus antecesores, experimentaron la movilidad negativa, consecuencia de la crisis, como emocionalmente devastadora. Incluso lo que concierne a la tendencia magnificada durante los 90 de ahorrar en dólares, resultó en una indignación sin precedentes cuando la convertibilidad dejó de tener efecto y los depósitos fueron pesificados.

El significado atribuido a tales “conquistas” respecto del bienestar implicó que su deterioro tuviera efectos en la vida que excedían lo material, denotando profundas implicancias en lo emocional y lo simbólico. En tales casos, nuestros hallazgos sugieren que el hecho de haber conquistado económicamente un bienestar antes inexistente, acrecentó el padecimiento de tales sujetos en la crisis.

Asimismo, la tesis desafía la noción de las crisis como análogas al caos y opuestas al orden. La evidencia muestra que las interacciones interpersonales más que colapsar ante circunstancias críticas son reconfiguradas en términos de su adecuación respecto de las nuevas situaciones. Aun en los momentos más críticos las relaciones sociales no solo siguen su curso sino que son modificadas y adaptadas para hacer frente de la manera más

eficazmente posible a las dificultades. Las interacciones pueden tomar la forma de marcos que constriñen aun más la vida económica abatida por la crisis, de soportes que permiten mantener el nivel de vida previo, de recursos asociativos novedosos, etcétera.

Las interacciones interpersonales y los significados adscriptos a estas se ocupan de desdibujar las fronteras entre lo ordinario y lo extraordinario. La vida oscila entre ambos. Sin embargo, los efectos positivos o negativos que genera un acontecimiento extraordinario sobre la vida diaria son de cualquier modo excepcionales y, por lo tanto, requieren de la intervención no rutinaria por parte de los sujetos. El carácter en gran medida insólito del escenario crítico representa un reto sin precedentes para estos últimos, en la medida en que las configuraciones económicas, sociales y culturales constitutivas de sus vidas económicas diarias se ven potencial o concretamente modificadas. Esto ocurre aun cuando las experiencias problemáticas circunscriptas al flujo habitual de la vida sienten las bases de un dominio práctico que provee a los sujetos la habilidad de adaptación ante noveles circunstancias. De hecho, la vida misma transcurre entre lo usual y lo inusual. La vida y la muerte son un ejemplo de ello. Todos nos alteramos en diversos grados cuando sabemos que alguien murió o cuando reflexionamos acerca de la posibilidad de nuestra propia muerte, tanto por el *shock* emocional si la víctima es conocida o porque simplemente es un acontecimiento extraordinario, si la o las víctimas son desconocidas. No obstante, convivimos con la idea de la propia muerte y de la de los demás, así como sabemos que constantemente personas mueren, por lo tanto, tenemos una vaga conciencia de la habitualidad de la muerte como parte de la vida.

La formulación de Slovic y Weber (2002: 13) sobre los mecanismos de amplificación social de la percepción del riesgo sugiere que la percepción de señales respecto de la magnitud de eventos accidentales está relacionado con el impacto social potencial. Un incidente de gran magnitud percibido por actores que están familiarizados con el ámbito conocido en que se produjo supone escasa perturbación social en términos relativos (accidente de trenes). Por el contrario, si los actores perciben un incidente acaecido en un ámbito desconocido o escasamente comprendido de la realidad (accidente nuclear), la probabilidad de que se produzcan grandes consecuencias sociales será mucho mayor, incluso si los daños son menores que en el ejemplo anterior. Sin embargo, en ninguno de ambos casos en el nivel individual el espectador-participante está o se siente personalmente involucrado en los incidentes.

En los ejemplos de Slovic y Weber el foco se encuentra en la perturbación social, en la dimensión colectiva. Nuevamente, nuestra investigación centrada en el ámbito micro permite

especificar y complejizar estas afirmaciones al diferenciar distintas modalidades de lo conocido o desconocido respecto del nivel macro o micro e incluso del sector social al que se pertenezca.

Uno de los hallazgos más notables de nuestra investigación, no obstante, remite a que en tanto los actores experimenten –cognitiva, emocional o relacionalmente– un involucramiento en el nivel personal respecto de determinados eventos críticos, la influencia de la percepción e interpretación de la amenaza es mayor si esta acontece en un ámbito conocido que en un ámbito desconocido. Podemos afirmar que aunque las interpretaciones de los eventos críticos en el orden macro repercutan en cierta medida sobre las vidas económicas singulares, tal intervención en los micro-procesos se diluye en la medida en que dichos eventos representen una constelación compleja y en ocasiones abstracta –y, por lo tanto, no familiar o desconocida– de elementos que se presentan principalmente de manera mediada.

Por el contrario, las interpretaciones de eventos críticos en el orden micro, que forman parte del ámbito más íntimo y, efectivamente, conocido de la realidad subjetiva, tienen implicancias mayores sobre la experiencia –cognitiva, emocional y relacional– implicada en los microprocesos que conducen la orientación de las prácticas. Un ejemplo de ello es la percepción de la amenaza potencial en relación con la creciente desocupación (macro) o la posibilidad concreta de ser despedido (micro). Los datos empíricos sugieren que aunque los actores se preocupen en cierta medida por fenómenos tales como la creciente desocupación, su interpretación de aquellas señales amenazantes respecto a la posibilidad concreta de ser despedidos de sus trabajos tiene mayores implicancias en la conducta que adoptan.

Como consecuencia de situaciones críticas experimentadas en el ámbito de lo conocido, los cambios en el seno de la vida económica constituyen radicales, graduales o potenciales modificaciones en actividades que sostienen un estilo de vida o, incluso, la propia subsistencia. Los mismos no representan elementos de la vida completamente desconocidos aunque resulten de situaciones extraordinarias.

Por consiguiente, la interpretación de tales cambios en cierta medida desconocidos en un ámbito conocido tiene efectos mayores sobre la conducta que eventos desconocidos en un ámbito también desconocido. Esto supone que con frecuencia se subestimen los efectos negativos de circunstancias críticas en el orden macro de las crisis, y se agudice el procesamiento cognitivo, emocional y relacional de amenazas concretas o potenciales respecto de situaciones críticas en la vida económica diaria.

No obstante, la interpretación de situaciones extraordinarias en tanto señales o indicios que exteriorizan la magnitud de la amenaza respecto del curso habitual de la vida económica

muestra la complejidad de los microprocesamientos que realizan los sujetos. Si bien tales indicios son interpretados como elementos en los que se proyectan circunstancias desconocidas, al mismo tiempo se manifiestan en ámbitos conocidos de la realidad (como son las actividades económicas diarias, por ejemplo). El esfuerzo de los actores por comprender el entorno circunstancial adverso, hacer frente a las alteraciones en el mismo y adecuar sus vidas a las nuevas circunstancias supone una tarea interpretativa que oscila entre lo conocido (o potencialmente posible) y lo desconocido, para arribar a un juicio en torno a la relación entre la situación y la acción. A su vez, este juicio producto del procesamiento subjetivo de las consecuencias inciertas de las acciones llevadas a cabo en circunstancias extraordinarias guía la acción.

Para aquellos sujetos provenientes de sectores sociales trabajadores, acostumbrados a la falta de recursos, la profundización de la escasez de los mismos no representa cambios abruptos en el estilo de vida, como puede serlo para aquellos provenientes de sectores medios. Por lo tanto, el procesamiento de tales cambios adquiere un significado distinto para cada sector social. En el caso de los sectores bajos, aun cuando las alteraciones se produjeron más en la subsistencia que en el estilo de vida y pertenecen al ámbito de lo conocido, tuvieron menores efectos en las evaluaciones cognitivas y en las reacciones emocionales. El margen de lo aceptable respecto de una situación adversa es significativamente divergente según el posicionamiento en la estructura social y los cambios que el entorno supone. Beatriz, una empleada doméstica, muestra con resignación este fenómeno:

“La situación era mala en ese momento, pero siempre había algo para comer. De todos modos, siempre puede ser malo no prestar atención al dinero, depende de la persona, porque de una manera u otra uno puede salir de una mala situación, por lo menos un poco. Uno puede ‘cartonear’ si uno no consigue trabajo, por ejemplo. Se consigue algo siempre de alguna parte. Alguien te da siempre algo. En cuanto a la crisis, mi vida era siempre la misma. Nunca me pasó de no tener nada, como siempre tuve lo suficiente para vivir. Nunca tuve las cosas en abundancia. Quizás lo hubiera notado si hubiera tenido en abundancia, como cuando estás acostumbrado a gustos o a otras cosas. Los que estábamos acostumbrados, con el poquito era bastante. Un poco de pan y medio de carnaza era para nosotros una riqueza y para otros una pobreza. No veíamos necesidad, porque siempre fue lo mismo. No veíamos una diferencia. No creo que hubo tiempos peores, porque siempre desde algún lugar salía algo.”

Sobre la base de sus investigaciones concernientes a los comportamientos en situaciones de crisis, Forman (1963: 290) sugiere que la actitud de resignación consiste en el resultado de ignorar o fracasar en responder efectivamente a señales reconocidas como amenazas inminentes. Este tipo de resignación gestada en circunstancias críticas según el autor un tipo de comportamiento que aunque no deriva en acciones racionales, tampoco puede considerarse completamente irracional, lo cual supone la redefinición de lo que es racional en circunstancias críticas.

La historia contemporánea, además de ser exhortada por la idea de la hegemonía de un mundo regido por la economía y el mercado financiero, ha sido testigo recurrentemente de crisis económicas y financieras también sin precedentes. En este contexto, la crisis argentina de 2001 y las crisis globales de 2008 y 2009 –entre otras– han sido consideradas paradigmáticas en cuanto representan sombrías consecuencias de la implementación de políticas neoliberales.

Como hemos enfatizado con frecuencia en esta tesis, la economía y las finanzas no solo son constituidas por modelos formales sino que representan construcciones culturales distintivas y dimensiones de la vida social concreta, lo que se manifiesta en la diversidad de formas en que los sujetos las experimentan cotidianamente. Entendemos a la economía y, por lo tanto, al mercado no solo en su aspecto formalizado sino como prácticas socioculturales vividas. En este sentido, las interpretaciones y explicaciones de los actores ordinarios son tan imprescindibles para el análisis de la economía y de sus crisis como las de los expertos.

Con miras a dar continuidad a las disquisiciones desplegadas en esta tesis, se nos abren líneas de investigación futuras. Existen otros actores que se encuentran en posiciones intermedias entre legos y expertos. Un ejemplo son aquellos sujetos ordinarios que dedican gran parte de su tiempo libre a realizar transacciones financieras *online*. Los argumentos planteados en esta tesis en torno a los microprocesos en los que la conducta económica se forja en circunstancias críticas sugieren la importancia de analizar las prácticas financieras desarrolladas por tales grupos de especuladores legos o *traders* no profesionales.⁵⁰ A través del microanálisis de prácticas financieras individuales realizadas por actores legos se pretende

⁵⁰ Con *traders* no profesionales –en contraste con *traders* institucionales– hacemos referencia a una amplia categoría de participantes en el mercado financiero constituida por actores ordinarios que compran y venden *securities* de manera individual, con cierta frecuencia, y mediante dispositivos *online*. Tales actividades son denominadas (incluso en español) *trading* y los individuos que las llevan a cabo, *traders*, por no corresponder exactamente la traducción de la palabra castellana “comerciante” con la connotación histórica correspondiente. Tales actores financieros dedican usualmente tiempo libre a tal fin, derivando para ello una parte de sus ingresos y actividades. Los *securities* son instrumentos financieros intercambiables que representan un valor determinado. Son emitidos por entidades financieras y gubernamentales particulares y pueden ser agrupados en dos categorías: *debt securities* (bonos, etc.) y *equity securities* (acciones y derivativas tales como *futures*, *options* y *swaps*).

profundizar en la relación entre la cultura y las finanzas en contextos de crisis financieras, a fin de comprender el sostenimiento mutuo del mercado y las vidas económicas singulares.

El propósito de tales pesquisas futuras es sacar provecho de las herramientas antropológicas para lograr una comprensión meticulosa de un dominio capital de la realidad contemporánea como lo son las finanzas. Y así, contribuir al análisis de lo que prominentes antropólogos contemporáneos dedicados al análisis de la construcción cultural de los mercados financieros han denominado “las dimensiones materiales de las finanzas” (Maurer, 2006: 25) y desafiar la idea generalizada del mundo financiero como un ámbito intangible de la realidad social capturado exclusivamente por expertos.

El empleo de la noción de “crisis” se ha traducido a lo largo de la historia en un mosaico de posibilidades que van desde los aspectos más concretos hasta los más abstractos de la vida humana. Como hemos visto, los tempranos abordajes teóricos en torno al concepto de “crisis” han tenido como centro lo más concreto del ser humano: su cuerpo. Paradójicamente, el uso del término fue con paulatinidad alejándose para dominar esferas humanas de un nivel de abstracción notable como lo son la economía y las finanzas. En el camino quedó en el olvido el papel central de los sujetos que las construyen. Sin embargo, como sucede en la vida misma, en la economía se amalgaman dimensiones concretas y abstractas de la existencia. Las coyunturas de crisis ponen en evidencia, en particular, la inconsistencia de una formulación exclusivamente formal de la economía.

Nuestra intención en esta tesis ha sido aclamar que la antropología posee los elementos necesarios para complementar la visión de otras disciplinas, identificando conexiones entre la economía de gran escala y la economía de la vida diaria mediante el análisis de los microprocesos involucrados en las prácticas económicas concretas. Las recurrentes crisis locales, regionales y globales han abierto caminos de indagación en los que la perspectiva antropológica puede contribuir notablemente a llenar los vacíos entre la economía y la vida, abiertos por la hegemónica ideología del “libre mercado”. El mérito antropológico de observar la realidad sociocultural desde el punto de vista de los actores, sus pensamientos y sus prácticas (Carrier, 2005: 4) se traduce en la exhaustiva labor empírica de comprender la vida económica en términos de la realidad concreta, histórica y culturalmente variable.

El valioso aporte de la antropología sobre el análisis de la economía en tiempos de crisis tiene que ver con un enfoque original sobre dimensiones informales de la vida social y cultural, el cual es central para esclarecer discrepancias entre las comprensiones formales y lo que sucede en la realidad. Esto supone una aproximación en detalle a las redefiniciones materiales y simbólicas que son engendradas en el seno de las crisis. El conocimiento

antropológico puede ofrecer un entendimiento distintivo del complejo –y recurrentemente crítico– mundo contemporáneo desde la perspectiva concreta de actores singulares, mediante el cual dar cuenta de la diversidad de formas en que los mismos piensan, sienten y actúan sobre la economía de sus vidas diarias.

Argentina vivió, al comenzar el siglo XXI, un colapso económico y social sin precedentes que se reprodujo de manera similar casi una década después en gran parte de los países del mundo, y notoriamente en las potencias centrales, aunque enraizado en condiciones locales particulares. El escenario de la crisis argentina de 2001 ha sido globalmente considerado en este sentido como clave para iluminar las dinámicas de las crisis y, por lo tanto, ha trascendido su alcance local.

ANEXO | SELECCIÓN DE ENTREVISTAS

NOMBRE	PERFIL	COGNITIVO	EMOCIONAL	RELACIONAL
1. Analía	29. Abogada/ comerciante	No cree en lo que dicen. No tiene experiencia en crisis. Acceso diferencial a la información.	Incertidumbre. Enojo. Rabia porque algunos aprovechan la crisis y otros la padecen.	Revaloración. Retrospectiva de red de contactos.
2. Alberto	61. Tornero	Su Pyme estaba quebrada. Cálculos para afrontar deudas. Decisión de despido de sus empleados. Referencia a experiencias pasadas.	Indignación con lo macro. Tranquilo en lo personal porque afronta deudas. Soledad, estaba cansado de los problemas.	Compromisos de pago. Reconfiguración de relaciones laborales (trabaja hasta los domingos) e íntimas (divorcio, vuelve a vivir con su madre).
3. Ana	63. Empleada doméstica	Referencia a experiencias pasadas. Referencia a experiencias de otros.	Miedo al futuro desconocido. Privaciones por temor. Dolor. Gran sacrificio.	Cambios. Cambios de cohabitación (vuelve su hijo por divorcio). Responsabilidades financieras familiares. Cambios en la distribución de tareas domésticas. Acceso a crédito por redes (bienes y servicios) de conocidos o de

				<p>organizaciones solidarias (recurre a servicios públicos de salud).</p> <p>Nuevos patrones de consumo de bienes y servicios (compra solo comida, deja la peluquería).</p>
4. Ariel	37. Empleado de una imprenta recuperada	<p>Su conocimiento no basta, requiere asesoramiento legal.</p> <p>Toma posición empresarial para la recuperación de la empresa, cooperativa.</p>	<p>Confianza.</p> <p>Ayuda mutua.</p>	<p>Contacto con organizaciones de empresas recuperadas.</p> <p>Nuevas relaciones laborales.</p> <p>Contactos vecinales.</p>
5. Andrés	32. Ingeniero/empleo bancario	<p>Aprovechamiento de cambios de demanda, referencia al modelo macroeconómico.</p> <p>No se gasta aunque se tenga dinero: es bien visto ser ahorrativo, es mal visto ser ostentoso.</p>	<p>Descontento respecto del Gobierno y de sus colegas, que pretendían ignorar la crisis.</p>	<p>Sostén familiar compartido.</p> <p>Referencia a experiencias de colegas.</p> <p>Recorte de costos por las dudas.</p> <p>Intento de mantener el estilo de vida.</p>
6. Beatriz	41. Empleada doméstica	<p>Nunca tuvo nada.</p> <p>No percibe mucha diferencia.</p> <p>Búsqueda de recursos</p>	<p>Acostumbramiento a la escasez.</p> <p>Resignación, contra los saqueos.</p> <p>Crítica a los que no</p>	<p>Acceso a bienes básicos.</p> <p>Ayuda familiar y vecinal.</p> <p>Recurre a</p>

		alternativos (trueque, cartoneo, etc.). Diferentes patrones de satisfacción (“con pan y carnaza basta”).	se esfuerzan y a los mezquinos que tienen y no dan.	organizaciones solidarias (servicios públicos de salud).
7. Celia	57. Comerciante	Referencia a experiencias pasadas. Conducta económica en relación con el patrón familiar. Referencia a medios de comunicación. Referencia al modelo macroeconómico. Contacto con clientes le da conocimiento de experiencias variadas.	Miedo. Histeria. Inestabilidad mental/ psicosis. Desesperación.	Referencia a experiencias de conocidos. Asesoramiento financiero a conocidos.
8. Estela	55. Artista	Referencia a normas bancarias, jurídicas y morales. Garantía de legitimidad de lo extranjero. Garantía de asesoramiento de los empleados	Confianza en los bancos. Indignación por traición a las normas (estafa de los bancos). Solidaridad con otros estafados.	Valoración de contactos cercanos. Distante. Incertidumbre por cambios de contactos. Participa activamente en movilizaciones de ahorristas estafados.

		bancarios conocidos.		
9. Darío	49. Gerente bancario	Referencia a experiencias pasadas. Referencia al modelo macroeconómico. Referencia a medios de comunicación.	Psicosis. Ridículo por las medidas que tenía que tomar por las dudas. Inseguridad por pobreza, robos, saqueos.	Emprendimiento vecinal contra la inseguridad. Cofinanciación entre miembros familiares. Ayuda a miembros familiares. <i>Stock</i> de bienes comestibles y de necesidad.
10. Juan	57. Trabajador metalúrgico	Tiene créditos que no puede pagar. Referencia a medios de comunicación. Referencia a experiencias pasadas. Referencia a experiencias de otros.	Estafado/estafador. Dignidad.	Cambio de filosofía (lo que tiene lo gasta, no contrae deudas). Ayuda a familiares (bienes y servicios). Acceso a crédito por redes (bienes y servicios). Cambio de patrón de consumo (bienes y servicios).
11. Marcelo	48. Gerente de empresa	Referencia al modelo macroeconómico. Referencia a experiencias pasadas. Referencia a patrón familiar de consumo.	Miedo a perder el trabajo. Calma, pues su situación no cambio mucho.	Ayuda a familiares. Reflexiones familiares acerca de qué hacer. Diferencias de concepciones, los que tiene mayor experiencia de vida deciden mejor.
12. Oswaldo	58. Trabajador externo de imprenta	Adhesión al marxismo. Imparcialidad en	Solidaridad con colegas por motivos	Presta su conocimiento y su trabajo a la

		el conflicto entre trabajadores y patrón.	ideológicos.	cooperativa de fábrica recuperada.
13. Pablo	53. Empleado bancario	Rumores provenientes de su banco y otros bancos. Búsqueda alternativa de trabajos por despido. Emprendimientos laborales alternativos.	Confianza en el banco. Miedo. Cierta tranquilidad porque su mujer trabaja.	Sostén familiar compartido. Cambia de banco empleador por fusión y luego es "suspendido". Emprendimiento laboral con ex colegas y familiares. Reestructuración de responsabilidades financieras y familiares.
14. Marcela	47. Peluquera	Cierre de peluquería. Búsqueda de alternativas laborales varias (peluquera en centro de jubilados, empleada doméstica).	Pánico por no saber cómo salir de la situación. Miedo a lo que vendrá. Depresión (no sale de la casa, se ve hasta fea) por creer que el problema de no poder afrontar la crisis recae en ella. Soledad.	Recurre al trueque. Búsqueda de nuevas fuentes de ingreso mediante contactos. Los hijos la proveen de <i>tickets</i> canasta. El novio la provee de ayuda financiera para un nuevo emprendimiento.
15. Pamela	43. Contadora / empresaria	Criterios personales, necesita pensar por sí misma. Referencia a experiencias pasadas.	Miedo (inseguridad sobre el futuro). Solidaridad. Confianza en su criterio. Culpable por consumir o por	Referencia a experiencias de conocidos. Cambio de patrones. Tiempo libre grupal. Toma medidas de seguridad (transporte

		Referencia al modelo macroeconómico. Garantía de legitimidad de lo extranjero. Es bien visto ser ahorrativo, es mal visto ser ostentoso.	tener.	más seguro). Realiza donaciones a una iglesia de carenciados. Cambios de consumo, hacia una categoría inferior.
16. Sonia	48. Gerenta bancaria	Cambios positivos de condiciones laborales. Referencia al patrón familiar de consumo. Incredulidad respecto de los efectos de la crisis. Tensión entre interpretaciones familiares.	Tranquilidad. Temor a ser despedida. Se siente revalorizada por su experiencia bancaria.	Ayuda a familiares. Sostén financiero familiar compartido. Reflexiones familiares acerca de qué hacer. Diferencias de concepciones, los que tiene mayor experiencia de vida deciden mejor.
17. Sandro	61. Dueño de fábrica	Criterios de gasto e inversión personal. Experiencias ajenas positivas y negativas.	Angustia. Esperanza infundada de cambio. Decisiones impulsivas.	Imposición de nuevos criterios de consumo familiar. Recurre al consejo de expertos. Recurre a charlas con amigos clave. Baja costos por corte de la cadena de pagos.
18. Rita	66. Ama de casa	Redefinición de ingresos y gastos. Referencia a	Incertidumbre. Desgaste por ayudar a la crianza	Ayuda mutua con dinero y tareas a familiares.

		medios de comunicación. Su hija requiere ayuda.	de los nietos.	Pérdida de tiempo libre.
19. Oscar	49. Ingeniero/empleado de fábrica	Redefinición temporal de ingresos/gastos. Vías alternativas de obtención del salario.	Desesperación. Incertidumbre.	Sostén financiero familiar compartido. Decide "aguantar" en la empresa, donde no le pagan.
20. Gustavo	29. Comerciante	Evaluación y práctica de emprendimientos alternativos. Procesamiento minucioso de información para hacer negocios. Referencia a medios de comunicación. Reconfiguración de ingresos por compra y venta de monedas provinciales y privadas.	Miedo a los saqueos. Psicosis.	Red de contactos proveen alternativas de ingresos. Compra solo con lecops, etc.
21. Raúl	56. Ex militar/fotógrafo	Responsabiliza a los políticos. Equipara la inflación al aumento de costo en dólares.	Se siente justificado en no pagar sus deudas, pues no se las pagan a él.	Sostén familiar compartido. Recurre a la ayuda de su hija. No puede ahorrar.
22. Rafael	64. Ingeniero/empleado de empresa	Continuidad del patrón de gasto familiar.	Desesperación. Sorpresa. Imprevisibilidad	Redefinición laboral por retiro voluntario. Apertura de cuentas a

		Referencia a información de medios sobre la situación particular. Responsabiliza a bancos. Vulneración de garantía de legitimidad de lo extranjero.	por el retiro súbito. Incertidumbre.	nombre de sus hijos. Cambio de criterio del gasto familiar.
--	--	---	---	--

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abolafia, M. *Making Markets: Opportunism and Restraint on Wall Street* (Cambridge: Harvard University Press, 1996).

Althabe, G. y Schuster, F.G., comps. *Antropología del Presente* (Buenos Aires: Edicial, 1999).

Appadurai, A. *The Social Life of Things* (Cambridge: Cambridge University Press, 2006).
— “Theory in Anthropology”, en *Comparative Studies in Society and History* (abril de 1986: Vol. 28, Nº 2, 356-361).

Arno, A. “Cobo and Tabua in Fiji: Two Forms of Cultural Currency in an Economy of Sentiment”, en *American Ethnologist* (2005: Vol. 32, Nº 1, 46-62).

Atkinson, P., Coffey, A. Delamont et al. *Handbook of Ethnography* (Londres: Sage Publications, 2007).

Balazote, A. *Antropología económica y economía política* (Córdoba: Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, 2007).

Bandelj, N. “Emotions in Economic Action and Interaction”, en *Theoretical Sociology* (2009: 38, 347-366).

Basualdo, E. *Estudios de historia económica argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006).

Bearman, P. *Doormen* (Chicago: Chicago University Press, 2005).

Berenzin, M. “Emotions and the Economy”, en *The Handbook of Economic Sociology*, 2ª ed. [Smelser, N. y Swedberg, R., eds] (Nueva York: Russell Sage Foundation and Princeton: Princeton University Press, 2005).

Berger, P. y Luckmann, T. *La construcción social de la realidad* (Buenos Aires: Amorrortu, 1995).

- Beunza, D. y Starck, D.** “Risk Management in a World of Uncertainty” [*Paper* presentado en el Columbia Workshop on Social Studies of Finance], (3-5 de mayo de 2002).
- “Tools of the Trade: The Socio-technology of Arbitrage in a Wall Street Training Room” [Conferencia dictada en la Constance International Conference: Inside Financial Markets], (Alemania: Konstanz, 2003).
- Bittman, M. et al.** “When does Gender Trump Money? Bargaining and Time in Household Work”, en *American Journal of Sociology* (2003:109, 186-214).
- Blair-Loy, M.** “Cultural Constructions of Family Schemas: The Case of Women Finance Executives”, en *Gender & Society*, 15 (octubre de 2001, 687-709).
- Blair-Loy, M. y Jacobs, J.A.** “Globalization, Work Hours, and the Care Deficit Among Stockbrokers”, en *Gender & Society*, 17 (2003: 230-249).
- Blaug, M.** *La Metodología de la Economía* (Madrid: Alianza, 1985).
- Blim, M.** “Culture and Economy”, en *A Handbook of Economic Anthropology* [Carrier, J., ed.], (Massachusetts: Edward Elgar Publishing, 2005).
- Bloch, M.** “Language, Anthropology and Cognitive Science”, en *Anthropology in Theory: Issues in Epistemology* [Moore, H. y Sanders, T., eds.], (Oxford: Blackwell Publishing, 2006).
- *How We Think They Think: Anthropological Approaches to Cognition, Memory, and Literacy* (Oxford: Westview Press, 1998).
- Boltanski, L.** *Distant Suffering. Morality, Media and Politics* (Cambridge: Cambridge University Press, 1999).
- Boltanski, L. y Thevenot, L.** *De la Justification: Les Économies de la Grandeur* (París: Gallimard, 1991).
- Bourdieu, P.** *The Social Structures of the Economy* (Cambridge: Polity Press, 2005).

— “Le Champ Economique”, en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* (1997: Vol. 119, 48-66).

— *Distinction* (Cambridge: Harvard University Press, 1984).

Boyer, R. “Dos desafíos para el siglo XXI: disciplinar las finanzas y organizar la internacionalización”, en *CEPAL*, 69 (1999: 33-51).

Braudel, F. “The Structures of Everyday Life”, en *Civilization & Capitalism 15th-18th Century* (Los Ángeles: University of California Press, 1992, Vol. 1).

— *On History* (Chicago: University of Chicago Press, 1980).

Callon, M. *The Laws of the Markets* (Oxford: Blackwell, 1998).

Canguilhem, G. *Lo normal y lo patológico* (México: Siglo XXI, 1986).

Cardoso, F.E. y Faletto, E. *Dependencia y desarrollo en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1969).

Carrier, J. *A Handbook of Economic Anthropology* [Carrier, J. ed.], (Massachusetts: Edward Elgar Publishing, 2005).

— *Meanings of the Market: The Free Market in Western Culture* (Nueva York: Berg, 1997).

— *Gifts and Commodities: Exchange and Western Capitalism since 1700* (Londres: Routledge, 1994).

Carrington, Ch. *No Place Like Home. Relationships and Family Life among Lesbians and Gay Men* (Chicago: University of Chicago Press, 1999).

Carruthers, B. “The Sociology of Money and Credit”, en *The Handbook of Economic Sociology* [Neil Smelser y Richard Swedberg, eds.], 2^a ed. (Nueva York: Russell Sage Foundation and Princeton, Princeton University Press, 2005).

Carruthers, B. y Babb, S. “The Color of Money and the Nature of Value: Greenbacks and Gold in Postbellum America”, en *American Journal of Sociology*, 101(6), (1996: 1.556-91).

- Casson, R.** "Schemata in Cognitive Anthropology", en *Annual Review of Anthropology* (1983: Vol. 12, 429-462).
- Chang, M.** "With a Little Help from My Friends (and My Financial Planner)", en *Social Forces*, 83 (2005: 1.469-97).
- Charmaz, K. y Mitchell, R.** "Grounded Theory in Ethnography", en **Atkinson, P. et al.** *Handbook of Ethnography* (Londres: Sage Publications, Ltd., 2007).
- Collins, R.** "Situational Stratification: A Micro-Macro Theory of Inequality", en *Sociological Theory*, 18 (2000, 17-43).
- "Stratification, Emotional Energy, and the Transient Emotions", en *Research Agendas in the Sociology of Emotions* [Kemper, T. ed.], (Nueva York: State University of New York Press, 1990).
- "On the Microfoundations of Macrosociology", en *American Journal of Sociology*, 86(5), (1982: 984-1.013).
- Dalton, R.** "Teoría Económica y Sociedad Primitiva", en *Antropología y Economía* (Madrid: Siglo XXI, 1978).
- Da Matta, R.** "Para uma Sociologia da Inflação: Notas sobre Inflação, Sociedade e Cidadania", en *Na Corda Bamba. Doze Estudos sobre a Cultura da Inflação* (Rio de Janeiro: Relume Dumara, 1993).
- Darr, A.** "Gifting Practices and Interorganizational Relations: Constructing Obligation Networks in the Electronic Sector", en *Sociological Forum* (2003, Vol. 18, Nº 1, 31-51).
- De Santos, M.** "Los Fact-totems y la Imaginación Estadística: la vida pública de una estadística en la Argentina de 2001", *Apuntes de Investigación* 16, Buenos Aires.
- DiMaggio, P.** "Culture and Economy", en *The Handbook of Economic Sociology* [Smelser N. y Swedberg, R., eds.], (Nueva York: Russell Sage Foundation and Princeton, Princeton University Press, 1994).

DiMaggio, P. y Louch, H. "Socially Embedded Consumer Transactions: For What Kinds of Purchases do People Use Networks Most?", en *American Sociological Review*, 63 (1998, 619-37).

Douglas, M. *Cómo piensan las instituciones* (Madrid: Alianza Editorial, 1986).

Durkheim, E. *El suicidio* (Madrid: Ediciones Akal, 1998).

— *The Rules of the Sociological Method* (Nueva York: The Free Press, 1982).

Edin, K. y Lein, L. *Making Ends Meet: How Single Mothers Survive Welfare and Low-Wage Work* (Nueva York: Russell Sage Foundation, 1997).

Elster, J. "Emotions and Economic Theory", en *Journal of Economic Literature* (1998, Vol. 36, N° 1, 47-74).

England, P. "Concepts of Care", en *Annual Review of Sociology*, 31 (agosto de 2005, 381-99).

England, P. y Folbre, N. "Gender and Economic Sociology", en *The Handbook of Economic Sociology* [Neil Smelser and Richard Swedberg, eds.], 2ª ed. (Nueva York: Russell Sage Foundation y Princeton: Princeton University Press, 2005).

Faubion, J. "Currents of Cultural Fieldwork", en **Atkinson, P. et al.** *Handbook of Ethnography* (Londres: Sage Publications, Ltd., 2007).

Ferrer, A. *El devenir de una ilusión* (Buenos Aires: Sudamericana, 1989).

— *Historia de la globalización* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1996).

Fligstein, N. *The Architecture of Markets* (Princeton: Princeton University Press, 2001).

Fourcade-Gourinhas, M. y Babb, S. "Neoliberalism in Four Countries", en *American Journal of Sociology*, 108 (2002: 533-79).

Gaggioli, N.N. “Mercado: entre Economía, Finanzas y Sociedad”, en *Antropología del mundo contemporáneo, homenaje a Gérard Althabe* [Hidalgo, C., comp.], (Buenos Aires: Editorial Colihue, octubre de 2006). Colección Centro Franco Argentino de Altos Estudios de la UBA.

— *La comunidad nuclear: una mirada antropológica sobre el desarrollo nuclear argentino* (Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2003).

Geertz, C. “Thick Description: Toward an Interpretative Theory of Culture”, *Anthropology in Theory: Issues in Epistemology* [Moore, H. y Sanders, T., eds.], (Oxford: Blackwell Publishing, 2006).

— “The Bazaar Economy”, en **Granovetter, M. y Swedberg, R.** *The Sociology of Economic Life* (Cambridge: Westview Press, 2001).

— *Conocimiento local* (Barcelona: Paidós, 1994).

— *The Interpretation of Cultures* (Nueva York: Basic Books, 1973).

George, Sh. *When Women Come First. Gender and Class in Transnational Migration* (Berkeley: University of California Press, 2005).

Godelier, M. *Racionalidad e irracionalidad en la Economía* (México D.F.: Siglo XXI, 1967).

— *Antropología y economía* (Madrid: Siglo XXI, 1978).

Goffman, E. *Interaction Ritual* (Nueva York: Pantheon Books, 1967).

— *The Presentation of the Self in Everyday Life* (Nueva York: Doubleday Anchor Books, 1959).

Goode, E. y Nachman, B.Y. “Moral Panics. Culture, Politics, and Social Construction”, en *Annual Review of Sociology*, 20 (1994: 149-171).

Granovetter, M. “Economic Action and Social Estructure; The Problem of Embeddedness”, en *American Journal of Sociology*, 91 (1985: 481-510).

Granovetter, M. y Swedberg, R., eds. *The Sociology of Economic Life* (San Francisco: Westview Press, 1992).

- Gudeman, S.** "Community and Economy: Economy's base", en *A Handbook of Economic Anthropology* [Carrier, J., ed.], (Massachusetts: Edward Elgar Publishing, 2005).
— *The Anthropology of Economy* (Oxford: Blackwell Publishing, 2001).
- Habermas, J.** *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío* (Madrid: Cátedra, 1999).
- Hassoun, J.P.** "Emotions on the Trading Floor: Social and Symbolic Expressions", en **Knorr-Cetina, K. y Preda, A.** *The Sociology of Financial Markets* (Oxford: Oxford University Press, 2006).
- Healy, K.** "Organizational Altruism: The Case of Organ Procurement", en *American Sociological Review*, 69 (2004: 387-404).
— *Last Best Gifts* (Chicago: University of Chicago Press, 2006).
- Henrich, J. et al.** "Economic Man in Cross-cultural Perspective: Behavioral Experiments in 15 Small-scale Societies", en *Behavioral and Brain Sciences*, 28 (2005: 795-855).
- Hertz, E.** "Stock Markets as Simulacra: Observation that Participates", en *TSANTSA*, 5 (2000: 40-50).
— *The Trading Crowd: An Ethnography of the Shanghai Stock Market* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998).
- Helleiner, E.** "One Market, One People? The Euro and Political Identities", en *Before and Beyond the Euro* [Crowley, P., ed.], (Londres: Routledge, 2002).
- Hidalgo, C.** "Reflexividades", en *Cuadernos de Antropología Social* (2006: N° 23, 45-56).
- Hirschman, A.** *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before its Triumph* (Princeton: Princeton University Press, 1977).
- Hobbs, D.** "Ethnography and the Study of Deviance", en *Handbook of Ethnography* [Atkinson, P. et al., eds.], (Londres: Sage Publications, 2007).

Hochschild, A. "The Economy of Gratitude", en *The Sociology of Emotions: Original Essays and Research Papers* [Hood, T., ed.], (Greenwich, C.T.: JAI Press, 1989).

— *The Managed Heart: Commercialization of Human Feelings* (Berkeley: University of California Press, 1983).

— "Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure", en *The American Journal of Sociology* (noviembre de 1979, Vol. 85, Nº 3, 551-575).

Holton, R.J. "The Idea of Crisis in Modern Society", en *The British Journal of Sociology* (1987: Vol. 38, Nº 4, 502-520).

Hondagneu-Sotelo, P. y Ávila, E. "I'm Here, but I'm There", en *Families at Work: Expanding the Bounds* [Gerstel, N. et al., eds.], (Nashville, T.C.: Vanderbilt University Press, 2002).

Hughes, E. "Tarde's Psychologie Economique: An Unknown Classic by a Forgotten Sociologist", en *The American Journal of Sociology* (mayo de 1961, Vol. 66, Nº 6, 553-559).

Humphrey, C. "Icebergs, Barter, and the Mafia in Provincial Russia", en *Anthropology Today*, 7 (abril de 1991: 8-13).

Hutchins, E. "Distributed Cognition" [*Paper* presentado en el Workshop de la *Unit of Knowledge, Finances and Society*, 2000], (Alemania: Konstanz Universitaet, 2004).

Ingold, T., ed. *Key Debates in Anthropology* (Londres y Nueva York: Routledge, 1996).

James, W. "What is an Emotion?", en *Mind* (1884: Vol. 9, Nº 34, 188-205).

Kalthoff, H., Rottenburg, R. y Wagener H. *Facts and Figures: Economic Representations and Practices* (Marburg: Metropolis Verlag, 2000).

Knorr-Cetina, K. "The Synthetic Situation. Interactionism for a Global World", en *Symbolic Interaction*, 32(1), (2009: 61-87).

— "Inhabiting Technology: Features of a Global Lifeform", en *Current Sociology*, 50 (2002b: 389-405).

— “The Market as an Object of Attachment: Exploring Postsocial Relations in Financial Markets”, en *Canadian Journal of Sociology*, 25(2), (2000: 141-168).

Knorr-Cetina, K. y Bruegger, U. “Global Microstructures: The Virtual Societies of Financial Markets”, en *American Journal of Sociology*, 107 (2002a: 905-950).

Knorr-Cetina, K. y Preda, A. *The Sociology of Financial Markets* (Oxford: Oxford University Press, 2006).

Leavitt, J. “Meaning and Feeling in the Anthropology of Emotions”, en *American Ethnologist*, 23(3), (1994: 514-539), DOI: 10.1525/ae.1996.23.3.02, material electrónico.

Lee, B. “Cultures of Circulation: The Imaginations of Modernity”, en *Public Culture*, 14(1), (Duke University Press: 2002, 191-213).

Le Bon, G. *The Crowd. A Study of the Popular Mind* (Nueva York: Ballantine Books, 1969 [1895]).

Le Goff, J. *Mercaderes y banqueros de la Edad Media* (Madrid: Alianza Editorial, 2004).
— *La bolsa y la vida* (Barcelona: Gedisa, 2003).

Löwenstein, G. Weber, E. Hsee, Ch. y Welch, N. “Risk as Feeling”, en *Psychological Bulletin* (marzo de 2001: Vol. 127, Nº 2, 267-286).

Lutz, C. “Emotion, Thought, and Estrangement: Emotion as a Cultural Category”, en *Cultural Anthropology* (1986: Vol. 1, 287-309), DOI: 10.1525/can.1986.1.3.02a00020, material electrónico.

Maciver, R. “Some Reflexion on Sociology During a Crisis”, en *American Sociological Review* (Nueva York: Harper & Bros, 1941, Vol. 6, Nº 1, 1-8).

Mackenzie, D. y Millo, Y. “Constructing a Market, Performing Theory: The Historical Sociology of a Financial Derivatives Exchange”, en *American Journal of Sociology*, 109 (2003: 107-45).

- Malinowski, B.** *Argonauts of the Western Pacific* (Illinois: Waveland Press, 1984).
- Marcus, G.** "Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-sited Ethnography", en *Annual Review of Anthropology* (octubre de 1995: Vol. 24, 95-117).
- Mars, F.** "Wir sind alle Ser. Die praxis der Aktienanalyse" [Disertación inédita], (Universität Bielefeld, Departamento de Sociología, 1998).
- Maso, I.** "Phenomenology and Ethnography", en Atkinson, P., Coffey, A., Delamont, S. *et al. Handbook of Ethnography* (Londres: Sage Publications, Ltd., 2007).
- Masur, G.** "Crisis in History", en *Dictionary of the History of Ideas* [Philip P. Wiener, ed.], (Nueva York: Scribner, 1973, Vol. 1, 589-595).
- Maurer, B.** "The Anthropology of Money", en *Annual Review of Anthropology*, 35 (2006: 15-36).
— "Finance", en *A Handbook of Economic Anthropology* [Carrier, J., ed.], (Massachusetts: Edward Elgar Publishing, 2005).
- Mauss, M.** *The Gift: The Form and Reason for Exchange in Archaic Societies* (Nueva York: W.W. Norton, 1990).
- McHugh, P.** *Defining the Situation* (Nueva York: Bobbs-Merrill, 1968).
- Mead, G.** *The Philosophy of the Act* [Charles Morris, ed.], (Chicago: University of Chicago Press, 1938).
- Miguens, J.E.** *Desafío a la política neoliberal: comunitarismo y democracia en Aristóteles* (Buenos Aires: El Ateneo, 2001).
- Miller, D.** *A Theory of Shopping* (Ithaca: Cornell University Press, 1998).

- Miyazaki, H.** “Economy of Dreams: Hope in Global Capitalism and Its Critiques”, en *Cultural Anthropology* (2006, Vol. 21.147-172), DOI: 10.1525/can.2006.21.2.147, material electrónico.
- “The Temporalities of the Market”, en *American Anthropologist*, 105(2), (2003: 255-265).
- “The Temporality of No Hope”, en *Ethnographies of Neoliberalism* [Greenhouse, C., ed.], (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2010).
- Narotzky, S.** “The Project in the Model. Reciprocity, Social Capital and the Politics of Ethnographic Realism”, en *Current Anthropology*, 48(3), (2007: 403-424).
- “Provisioning”, en **Carrier, J.**, ed. *A Handbook of Economic Anthropology* (Edward Elgar Publishing Ltd.: 2005, Cap. 5).
- *Antropología Económica. Nuevas tendencias* (Barcelona: Melusina, 2004).
- “Economic Anthropology”, en **Smelser, N.J. y Baltes, P.B.** eds. *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences* (Elsevier Science, Ltd.: 2001, 4.069-4.073).
- Neiburg, F.** “As moedas doentes, os números públicos e a antropologia do dinheiro”, en *MANA*, 13(1), (2007: 119-151).
- O’Connor, J.** “The Meaning of Crisis”, en *International Journal of Urban and Regional Research* (1981: Nº 5, 301-329).
- Ortiz, S.** “Decisions and Choices: the Rationality of Economic Actors”, en *A Handbook of Economic Anthropology* [Carrier, J., ed.], (Massachusetts: Edward Elgar Publishing, 2005).
- Palmer, G. y Jankowiak, W.** “Performance and Imagination: Toward an Anthropology of the Spectacular and the Mundane”, en *Cultural Anthropology* (1996: Vol. 11, Nº 2: 225-258).
- Parsons, T.** “The Motivations of Economic Activities”, en *Essays in Sociological Theory* [Glencoe, ed. rev.], (Illinois: Free Press, 1954).
- Parry, J. y Bloch, M.**, eds. *Money & The Morality of Exchange* (Nueva York: Cambridge University Press, 1989).

Polanyi, K. “The Economy as Instituted Process”, en **Granovetter, M. y Swedberg, R.** *The Sociology of Economic Life* (San Francisco: Westview Press, 1992).

— *La gran transformación* (Buenos Aires: Editorial Claridad, 1947).

Pollner, M. y Emerson, R. “Ethnomethodology and Ethnography”, en **Atkinson, P., Coffey, A., Delamont, S. et al.** *Handbook of Ethnography* (Londres: Sage Publications, Ltd., 2007).

Preda, A. *Information, Knowledge, and Economic Life: An Introduction to the Sociology of Markets* (Nueva York y Oxford: Oxford University Press, 2009b).

— *Framing Finance: The Boundaries of Markets and Modern Capitalism* (Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 2009a).

— “The Investor as a Cultural Figure of Global Capitalism, en *The Sociology of Financial Markets* [Knorr-Cetina, K. y Petra, A., eds.], (Nueva York: Oxford University Press, 2006).

— “On Ticks and Tapes: Financial Knowledge, Communicative Practices, and Information Technologies on 19th Century Financial Markets” [*Paper* presentado en el Columbia Workshop on Social Studies of Finance], (3-5 de mayo de 2002).

— “The Rise of the Popular Investor: Financial Knowledge and Investing in England and France, 1840-1880”, en *The Social Quarterly*, 42 (2001: 205-232).

Preda, A. y Gaggioli, N.N. “Panic! A Sociological Theory of Extreme Behavior”, trabajo aceptado para publicación en *Sociological Theory* (Blakwell Publishing: 2010), (en revisión).

Quarantelli, E.R. “The Nature and Conditions of Panic”, en *American Journal of Sociology*, 60(3), (1954: 267-275).

Quiros, G.E. *Fundadores y descendientes. Lazos de sangre, relaciones económicas y sucesiones políticas* (Buenos Aires: SB, Colección Complejidad Humana, 2009).

Rapoport, M. *Historia económica, política y social de la Argentina* (Buenos Aires: Ediciones Macchi, 2003).

Rapport, N. y Overing, J. *Social and Cultural Anthropology. The Key Concepts* (Londres y Nueva: Routledge, 2000).

- Repplinger, R.** *Auguste Comte und die Entstehung der Soziologie aus dem Geist der Krise* (Frankfurt: Campus-Verlag, 1999).
- Ricoeur, P.** *Del texto a la acción: ensayos de hermenéutica II* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000).
- Riles, A.L.** *Real Time: Governing the Market after the Failure of Knowledge* (Northwestern University School of Law: Law and Economics Research Paper Series N° 01-2, 2000), <<http://papers.ssrn.com/abstract=272598>>.
- Riles, A.L. y Miyazaki, H.** *Failure as an Endpoint [Paper]*, (Berkeley Electronic Press: 2003), <<http://lsr.nellco.org/cornell/clsops/papers/7>>.
- Ritchie, D.** *Doing Oral History* (Nueva York: Oxford University Press, 2003).
- Sahlins, M.** *Culture and Practical Reason* (Chicago: The University of Chicago Press, 1976).
- Sassen, S.** *¿Perdiendo el control? La soberanía en la Era de la Globalización* (Barcelona: Bellaterra, 2001).
- Schiller, R.** “Bubbles, Human Judgement, and Expert Opinion”, en *Cowles Foundation Discussion Paper* (mayo de 2001, N° 1.303).
— *Irracional exuberante* (Princeton: Princeton University Press, 2000).
- Schutz, A.** *Estudios sobre teoría social: Escritos II* (Buenos Aires: Amorrortu, 2003).
— *El problema de la realidad social: Escritos I* (Buenos Aires: Amorrortu, 2008).
- Schutz, A. y Luckmann, T.** *Las estructuras del mundo de la vida* (Buenos Aires: Amorrortu, 2003).
- Simmel, G.** *La Filosofía del Dinero* (Madrid: Galo Sáez, 1977).
— “Exkurs über den Fremden”, en *Soziologie. Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung* (Berlín: Duncker & Humblot, 1908), Capítulo: “Der Raum und die Räumlichen Ordnungen der Gesellschaft”.

Slater, D. y Tonkiss, F. *Market Society: Markets and Modern Social Theory* (Cambridge: Polity Press, 2001).

Slovic, P. y Weber, E. "Perception of Risk Posed by Extreme Events" [*Paper* presentado en el Congreso Risk Management Strategies in an Uncertain World, Palisades], (Nueva York: abril de 2002, 12-13).

Smelser, N. "The Rational Choice Perspective: A Theoretical Assesment", en *Rationality and Society*, 4(4), (1992: 381-410).

— *Theory of Collective Behavior* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1962).

Smelser, N. y Swedberg, R. *The Handbook of Economic Sociology*, 2ª ed. (Nueva York: Russell Sage Foundation and Princeton: Princeton University Press, 2005).

— *The Handbook of Economic Sociology* (Princeton: Princeton University Press, 2001).

Smith, Ch. "Auctions: From Walras to the Real World", en *Explorations in Economic Sociology* [Swedberg, E., ed.], (Nueva York: Russell Sage Foundation, 1993).

Smith-Doerr, L. y Powell, W. "Networks and Economic Life", en *Handbook of Economic Sociology*, 2ª ed. [Smelser N. y Swedberg R., eds.], (Princeton, N.J.: Princeton University Press, y Nueva York: Russell Sage Foundation, 2005).

Snow, D. Rochford, B. Worden, S. y Benford, R. "Frame Alignment Processes, Micromobilization and Movement Participation", en *American Sociological Review* (1986: Vol. 51, N° 4: 464-481).

Song, M. *Helping Out: Children's Labor in Ethnic Businesses* (Filadelfia: Temple University Press, 1999).

Spradley, J.P. *Participant Observation* (Londres: Wadsworth, 1980).

— *The Ethnographic Interview* (Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1979).

Spradley, J.P., McCurdy, D.W. y Shandy, D.J. *The Cultural Experience. Ethnography in Complex Society*, 2ª ed. (Illinois: Waveland Press. 2005).

Stanley, L. "Mass-Observation's Fieldwork Methods", en **Atkinson, P., Coffey, A., Delamont, S. et al.** *Handbook of Ethnography* (Londres: Sage Publications, Ltd., 2007).

Starn, R. "Historians and Crisis", en *Past and Present* (1971: N° 52 [1], 3-22), DOI:10.1093/past/52.1.3, material electrónico.

Stokes, R. y Hewitt, J. "Aligning Actions", en *American Sociological Review* (octubre de 1976: Vol. 41, N° 5, 838-849).

Strathern, M. "Kinship and Economy: Constitutive Orders of a Provisional Kind", en *American Ethnologist* (mayo de 1985: Vol. 12, N° 2, 191-209).

Summers-Effler, E. "The Micro Potential for Social Change: Emotion, Consciousness, and Social Movement Formation", en *Sociological Theory* (marzo de 2002: Vol. 20, N° 1, 41-60).

Swedberg, R. "Markets in Society", en *The Handbook of Economic Sociology*, 2ª ed. (Nueva York: Russell Sage Foundation and Princeton: Princeton University Press. 2005).

Talento, M. y Ivancich, N., eds. "A cinco años del 19 y 20 de Diciembre", en *Cuadernos de Argentina Reciente* (diciembre de 2006: N° 3.544).

Thaler, R.H. "Mental Accounting Matters", en *Journal of Behavioral Decision Making*, 12 (1999: 183-206).

Tilley, Ch. "Ethnography and Material Culture", en **Atkinson, P., Coffey, A., Delamont, S. et al.** *Handbook of Ethnography* (Londres: Sage Publications, Ltd., 2007).

Thoits, P. "Emotional Deviance: Research Agendas", en *Research Agendas in the Sociology of Emotions* [Kemper, T., ed.] (Nueva York: State University of New York Press, 1990).

Trincherro, H. “Economía política de la exclusión. Para una crítica desde la experiencia de las empresas recuperadas por sus trabajadores (ERT)”, en *Cuadernos de Antropología Social* Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2007, N° 26, 41-67.

— *Antropología económica: ficciones y producciones del hombre económico* (Buenos Aires: EUDEBA, 1998).

Trincherro, H., Balazote, A. y Valverde, S. “Antropología económica y ecológica: recorridos y desafíos disciplinares”, en *Cuadernos de Antropología Social* (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA 2007: N° 26, 7-19).

Turner, J.H. y Stets, J.E. “Sociological Theories of Human Emotions”, en *Annual Review of Sociology*, 32 (2006: 25-52).

Turner, V. *The Forest of Symbols: Aspects of Ndembu Ritual* (Ithaca: Cornell University Press, 1982).

Uzzi, B. “Social Structure and Competition in Interfirm Networks: The Paradox of Embeddedness”, en *Administrative Science Quarterly*, 42 (1997: 35-67).

Van Loon, J. “Ethnography: A Critical Turn in Cultural Studies”, en Atkinson, P., Coffey, A., Delamont, S. *et al. Handbook of Ethnography* (Londres: Sage Publications, Ltd., 2007).

Velthius, O. “Symbolic Meanings of Prices: Constructing the Value of Contemporary Art in Amsterdam and New York Galleries”, en *Theory and Society*, 32 (2003: 181-215).

Wacquant, L. “A Fleshpeddler at Work: Power, Pain, and Profit in the Prizefighting Economy”, en *Theory and Society*, 27 (1998:1-42).

Weber, E. y Johnson, E. “Mindful Judgement and Decisión Making”, en *Annual Review of Psychology*, 60 (2009. 53-85).

Weber, E. y Hsee, CH. “Culture and Individual Judgment and Decision Making”, en *International Review of Applied Psychology*, 49(1), (2000: 32-61).

Weber, M. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Buenos Aires: Prometeo, 2003).
— *Economy and Society* [Guenter R. y Wittic C., eds.], (Los Ángeles: University of California Press, 1978, Vol. 1).

Wolff, K., ed. *The Sociology of Georg Simmel* (Nueva York: The Free Press: 1950).

Woodruff, D. *Money Unmade: Barter and the Fate of Russian Capitalism* (Ithaca: Cornell University Press, 1999).

Woolsey Biggart, N. y Delbridge, R. "Systems of Exchange", en *Academy of Management Review*, 29 (2004: 28-49).

Wright Mills, C. *The Sociological Imagination* (Nueva York: Oxford University Press, 2000).

Wyatt, S. "Danger! Methaphors at Work in Economics, Geophisiology, and the Internet", en *Science, Technology and Human Values* (2004: Vol. 29, N° 2).

Yan, Y. "The Gift and Gift Economy", en *A Handbook of Economic Anthropology* [Carrier, J., ed.], (Massachusetts: Edward Elgar Publishing, 2005).

Zaloom, C. "Ambiguous Numbers: Trading Technologies and Interpretation in Financial Market", en *American Ethnologist*, 30(2), (2002).

Zelizer, V. *Economic Lives. How Culture Shapes the Economy* (Princeton y Oxford: Princeton University Press, 2011).

— "Circuits in Economic Life", en *European Economic Sociology Newsletter*, 1 (noviembre de 2006b, 30-5).

— "Money, Power and Sex", en *18 Yale Journal of Law and Feminism*, 303 (2006a).

— *The Purchase of Intimacy* (Nueva Jersey: Princeton University Press, 2005b).

— "Culture and Consumption", en *Handbook of Economic Sociology* [Smelser, N. y Swedberg, R., eds.], 2ª ed. (Princeton, N.J.: Princeton University Press y Nueva York: Russell Sage Foundation, 2005a).

- “Payments and Social Ties”, en *Sociological Forum*, 11 (septiembre de 1996: 481-95).
- *The Social Meaning of Money* (Nueva York: Basic Books, 1994).

Zelizer, V. y Tilly, Ch. “Relations and Categories”, en **Markman, A. y Ross, B., ed.** *The Psychology of Learning and Motivation* 47 (San Diego, C.A.: Elsevier. 2006, 1-31).

LISTA DE DOCUMENTOS

Boletín Informativo de la Comisión Nacional de Comercio Exterior, Ministerio de Economía. Desde Año 6 - N° 27 - enero / febrero 2001 hasta Año 6 - N° 33 - Enero / Marzo 2002.

Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001, INDEC.

Comunicados del Banco Central de la República Argentina, 2001.

Diario Clarín. Desde Enero de 2001 hasta Julio de 2002.

Diario La Nación. Desde Enero de 2001 hasta Julio de 2002.

Diario Página 12. Desde Enero de 2001 hasta Julio de 2002.

Informe Económico Anual del Ministerio de Economía, Año 2001.

La Gaceta de Económicas. Desde Año 1 N° 6, Enero de 2001 hasta Año 2 N° 22, Mayo de 2002.